

TERRY
PRATCHETT

LA
UTOPIA
LARGA

STEPHEN
BAXTER

TERRY
PRATCHETT

LA
UTOPIA
LARGA

STEPHEN
BAXTER

LA UTOPIÍA LARGA

Terry Pratchett
y Stephen Baxter

Traducción de
Gabriel Dols Gallardo



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

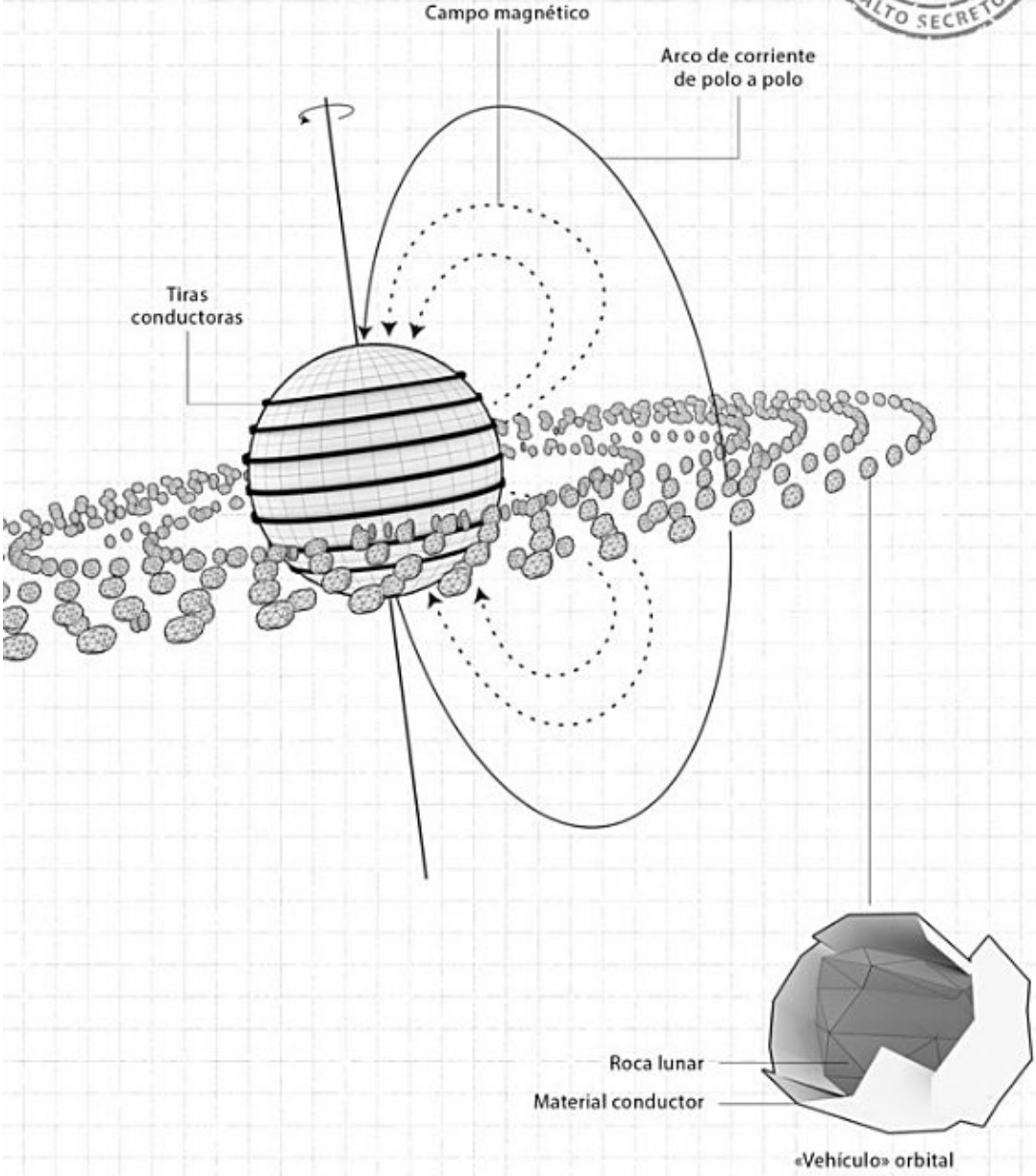
Para Lyn y Rhianna, como siempre

T. P.

Para Sandra

S. B.

DIAGRAMA CONCEPTUAL DEL MOTOR DE GIRO PLANETARIO DE FREEMAN DYSON



Febrero de 2052, en un lejano lugar de la Tierra Larga:

En otro mundo, bajo un cielo diferente —en otro universo, cuya distancia al Datum, la Tierra de la humanidad, se contaba pese a todo con una unidad de medida tan mundana como los cruces—, Joshua Valienté yacía junto a su propia hoguera. Abajo, en el fondo del valle, gruñían y resoplaban las fieras que habían salido de caza. La noche, de un violeta aterciopelado, estaba plagada de insectos: pulgas invisibles y jejenes kamikazes que se lanzaban en picado contra cada centímetro de piel que Joshua hubiera dejado a la vista.

Ya llevaba dos semanas allí y no reconocía ni a una sola de las malditas fieras con las que compartía aquel mundo. En realidad, no estaba muy seguro de dónde estaba, ni en términos geográficos ni en cuanto a distancia del Datum; no se había molestado en contar las Tierras que iba atravesando. Cuando uno se tomaba una temporada sabática, la gracia era no saber exactamente dónde se encontraba. Incluso después de más de tres décadas recorriendo la Tierra Larga, para Joshua era evidente que no había agotado aún sus maravillas.

Lo cual le estaba dando que pensar. Joshua iba a cumplir los cincuenta ese mismo año. Los aniversarios de esa clase sacaban la parte reflexiva de un hombre.

—¿Por qué ha tenido que ser todo tan extraño? —preguntó en voz alta. Estaba solo en el planeta, así que ¿por qué carajo no hablar alto?—. Todos esos mundos paralelos y demás. ¿Qué fin tiene todo? ¿Y por qué me ha tenido que pasar todo a mí?

¿Y por qué empezaba a dolerle otra vez la cabeza?

En realidad, las respuestas a algunas de esas preguntas estaban ahí fuera, tanto en la extraña geografía paralela de la Tierra Larga como enterradas en lo más hondo del pasado del propio Joshua. En concreto, una respuesta parcial sobre la verdadera naturaleza de la Tierra Larga había empezado a desvelarse en una fecha tan temprana como julio del año 2036, en los Altos Megas:

Mientras vivieron en la casa de Nuevo Springfield, que al final fue solo unos pocos años, Cassie Poulson siempre hizo todo lo posible por olvidar lo que había descubierto al cavar la bodega de la parte de atrás en el verano del 36.

A Cassie no le había convencido mucho su nuevo mundo cuando lo había pisado por primera vez, apenas un año antes de aquello. No dudaba sobre su propia capacidad para construir una casa o sacar adelante una familia, aunque fuese allí, en los parajes apenas explorados de la Tierra Larga. Tampoco le preocupaban la relación que tenía con Jeb, tan fuerte y fiable como los clavos de hierro que él ya estaba produciendo en su forja, ni las personas con las que habían caminado hasta allí, en una travesía épica de más de un millón de cruces a partir del Datum, en busca de un nuevo hogar, en uno de los infinitos mundos revelados apenas unos años antes por el pionero viaje de exploración de Joshua Valienté a bordo de uno de los primeros dirigibles de la Tierra Larga.

No, era el mundo en sí lo que la inquietaba, por lo menos al principio. La Tierra Oeste 1.217.756 estaba cubierta de bosque, y nada más que bosque. Era algo completamente marciano para una chica que se había criado casi toda la vida en Miami Oeste 4, por aquel entonces poco más que un barrio

dormitorio de su metrópolis en el Datum.

Sin embargo, sus sensaciones habían mejorado a medida que terminaba el primer año. Cassie había descubierto, con gran alegría, que allí no había estaciones propiamente dichas: ni los veranos que convertían Miami Oeste 4 en un horno abrasador ni inviernos dignos de tal nombre. La gente podía tomarse el tiempo atmosférico con calma; nunca molestaba. Entretanto, aparte del repertorio habitual de mosquitos y demás insectos con aguijón, en aquel bosque no había nada que pudiera hacer daño a una persona. Nada peor que un mordisquillo en el dedo por parte de una bola de pelo asustada. Nada siempre que una se mantuviera alejada de los ríos donde acechaban los cocodrilos y de los nidos de los pajarracos.

Y la cosa fue a mejor cuando ella y Jeb hubieron desbrozado terreno suficiente para plantar sus primeras cosechas, de trigo, patatas, lechugas y remolachas; cuando las gallinas, las cabras y los cerdos empezaron a tener crías; cuando ella y Jeb hubieron levantado, a base de martillazos, los comienzos de su propio hogar.

Sí, todo iba bien, hasta el día en que Jeb decretó que necesitaban una bodega.

Todo el mundo sabía que excavar una bodega era una precaución sensata, tanto para almacenar víveres como a modo de refugio ante peligros como los tornados y los bandidos equipados con cajas cruzadoras. Aunque Jeb y sus vecinos no preveían ningún peligro, en fin, más valía prevenir, y sería reconfortante tener un sótano antes de empezar una familia.

De modo que ahí estaba Cassie, cavando en la tierra con la pala de bronce que se había llevado a cuestas desde Miami Oeste 4, mientras Jeb andaba de batida con un grupo que trataba una vez más de cazar un pajarraco. No era un trabajo muy duro. La tierra ya estaba despejada de árboles y habían arrancado las raíces, y ella era fuerte, porque la vida de excursionista y pionera la había

endurecido. Para primera hora de la tarde, Cassie, sucia y sudada, cavaba en un hoyo que ya era más profundo que ella alta.

Momento en el cual su pala, de pronto, se clavó en el aire vacío y ella cayó hacia delante.

Amortiguó la caída con las manos, retrocedió un poco, tomó aire y miró mejor. Había atravesado la pared de la incipiente bodega. Al otro lado había una intensa negrura, como una cueva. Cassie no conocía a ningún animal capaz de excavar una madriguera tan grande y profunda como aparentaba ser aquella; en el planeta había bolas de pelo que vivían bajo tierra, pero nadie había visto ninguna que fuese mucho más grande que un gato. No obstante, que nadie hubiera visto nunca un bicho así no significaba que no pudiera existir... y era muy probable que no le gustase que lo molestaran. Le convenía salir de allí.

Pero era un día tranquilo. Un par de sus vecinas charlaban mientras tomaban limonada a apenas unos metros de ella. Se sentía a salvo.

Y le picaba la curiosidad. Aquello era algo nuevo en el verano infinito e inmutable de Nuevo Springfield. Se agachó para asomarse por el agujero de la pared.

Solo para encontrar una cara que le devolvía la mirada.

Era de tamaño humano, pero no humana. Tenía más de insecto, pensó: una especie de escultura negra brillante, con un ojo múltiple como un racimo de uva. Y la mitad estaba cubierta de metal plateado, una máscara. Cassie apreció todo esto en el segundo que el susto tardó en recorrer su sistema.

Entonces chilló y retrocedió a rastras. Cuando volvió a mirar, la cara enmascarada había desaparecido.

Josephine Barrow, una de sus vecinas, se acercó caminando y miró desde arriba.

—¿Estás bien, cielo? ¿Te has clavado la pala en el pie?

—¿Me ayudas a salir? —Levantó los brazos.

Cuando Cassie estuvo en la superficie, Josephine dijo:

—Parece que hayas visto un fantasma.

Bueno, había visto... algo.

Cassie miró hacia su casa, a la que estaban casi a punto de ponerle el tejado permanente, y hacia los campos que habían desbrozado para sembrar, y hacia el agujero que ya habían cavado para hacer el arenero donde algún día jugaría su hijo... Miró todo el trabajo que habían empeñado en aquel lugar, todo el amor. No quería abandonarlo.

Pero tampoco quería vérselas con lo que fuera que había en aquel agujero.

—Tenemos que cubrir esto —anunció entonces.

Josephine arrugó el entrecejo.

—¿Después de todo lo que has trabajado?

Cassie pensó de prisa.

—He encontrado agua. Aquí no puede hacerse una bodega; algún día cavaremos un pozo. —Había un montón de madera cortada toscamente apoyada contra la pared de atrás de la casa—. Ayúdame. —Empezó a tender los tablones por encima del agujero.

Josephine la miró de arriba abajo.

—¿Por qué no lo rellenamos y listos?

Porque tardarían demasiado. Porque quería esconder aquello para siempre, antes de que volviera Jeb.

—Más adelante lo rellenaré. De momento ayúdame, ¿de acuerdo?

Josephine la miraba con cara rara.

Pero aun así la ayudó y, para cuando Jeb llegó a casa, Cassie había echado tierra y porquería del suelo del bosque por encima de la madera, de modo que nadie podía saber que allí había un agujero, y hasta había empezado a escarbar el principio de una segunda bodega en el otro lado de la casa.

Y para cuando se sentaron a cenar aquella noche en el porche de su casa, Cassie Poulson ya había iniciado el proceso de olvidar que alguna vez había visto aquella cara enmascarada.

Y unos años más tarde, en marzo de 2040, en Miami, Tierra Oeste 4:

Fue pura coincidencia, convendrían más adelante los historiadores, que Stan Berg naciera en Miami Oeste 4, la misma ciudad huella en la misma Tierra Baja en la que se había criado Cassie Poulson. La misma Cassie Poulson en cuyos terrenos situados en los Altos Megas se había localizado la anomalía de engarce primaria; una anomalía que, al final, sería determinante para la corta vida de Stan Berg y para muchos sucesos más. Raro, pero pura coincidencia.

Por supuesto, el mismo año en que Stan nació, la ciudad empezó a cambiar de manera espectacular a medida que llegaba el primer aluvión de refugiados huidos de unos Estados Unidos del Datum arrasados por Yellowstone. Para cuando cumplió los ocho años, el gobierno y los intereses empresariales habían tomado el poder de un campamento cada vez más poblado y anárquico, que convirtieron en una obra de construcción extraordinaria. Y para el undécimo cumpleaños de Stan, apareció una nueva «estrella» en el cielo, estacionaria sobre el horizonte del sur, que no era un auténtico astro, sino la estación terminal de un incipiente ascensor espacial que descendía hasta la versión local de Florida, construido por una comunidad de habichueleros que para entonces ya incluía a los padres del propio Stan.

Pero fueran cuales fuesen las convulsiones que teñirían la juventud de Stan, lo que no tenía nada de raro era el amor que colmó a su madre, Martha, desde el primer momento en que sostuvo en brazos a su hijo. Y ella, por lo menos, no vio nada raro en la aparente curiosidad con la que Stan

inspeccionaba, con ojos precozmente abiertos, el mundo cambiante desde el momento en que llegó a él.

Joshua Valienté siempre se había tomado con escepticismo las anécdotas de Bill Chambers sobre Bromistas, pero volviendo la vista atrás comprendería que, si hubiera prestado más atención y pensado un poco más a fondo en lo que Bill decía, podría haber obtenido alguna pista temprana sobre el significado de todo aquello. Por ejemplo, lo que Bill le contó en 2040 —el año en que nació Stan Berg— mientras viajaban juntos en dirigible por los Altos Megs, mucho más allá de Nuevo Springfield. Era una historia sobre un Bromista al que Bill llamaba la Bola Blanca.

A decir verdad, Joshua había entrevistado ese Bromista con sus propios ojos. Habían sido él y Lobsang quienes lo habían descubierto, en mitad de aquella franja de mundos relativamente domesticados que se conocía como Cinturón del Cereal, en su primera travesía de exploración de la Tierra Larga, durante la cual Joshua había descubierto el significado del término. «Bromistas —le había explicado Lobsang—. Mundos que no encajan en el patrón. Porque hay un patrón, en términos generales. Pero las series generales se ven interrumpidas por estas excepciones: el Bromista de cada grupo, como los llaman los entendidos en la Tierra Larga...» Joshua ya conocía muchos mundos de esa clase, aunque no hubiera asignado un nombre a la categoría. El Bromista en cuestión era un mundo como una bola de billar, una superficie totalmente lisa e incolora bajo un cielo azul intenso y sin nubes.

Pero aunque había visto el planeta con sus propios ojos, Joshua sabía que no era prudente creerse las batallitas de Bill a pies juntillas. Bill Chambers, que tenía más o menos la misma edad que Joshua, se había criado con él en el Centro, en Madison, Wisconsin. Había sido un amigo, un rival, una fuente de

problemas... y siempre un redomado mentiroso.

—Conozco a un tío que conoce a un tío... —dijo Bill en ese momento.

—Sí, ya.

—Que acampó en la Bola Blanca por una apuesta. Una noche, nada más. Solo. Como harías tú. Y además en pelotas, porque eso formaba parte de la apuesta.

—Claro.

—Por la mañana se despertó con un resacón de la hostia. Beber solo nunca es buena idea. Pues bien, el tipo era un cruzador natural. O sea que recogió sus trastos medio atontado y medio a ciegas, y cruzó, pero dice que al hacerlo fue como si tropezase.

—¿Como si tropezase?

—Le dio la sensación de que no cruzaba en la dirección correcta.

—¿Qué? ¿Eso cómo es posible? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, cruzamos al este o cruzamos al oeste, ¿verdad? Están los sitios blandos, los atajos, para quien sepa encontrarlos, pero eso viene a ser todo...

«Cruzar»: en el Día del Cruce el mundo había dado un vuelco en torno a la humanidad. De repente, a cambio del esfuerzo de montar una caja cruzadora, que era un aparato eléctrico muy rudimentario —que algunos, como Joshua, ni siquiera necesitaban—, cualquiera podía cruzar, dar un paso lateral con el que abandonaba la vieja realidad, el viejo mundo, para entrar en otro, idéntico al original pero lleno a rebosar de bosque virgen y plagado de animales salvajes, porque solo en la Tierra original la humanidad había evolucionado y tenido la oportunidad de dar forma a su mundo. Planetas enteros a apenas un paseo de distancia. Y en cualquier dirección, este u oeste, siempre se podía cruzar una vez más, y otra. Si la Tierra Larga, como se conocía a la cadena de mundos, tenía un final, todavía estaba por descubrir. Después del Día del Cruce todo había sido diferente para la humanidad, para la propia Tierra

Larga... y, en concreto, para Joshua Valienté.

Pero incluso la Tierra Larga tenía sus reglas. O eso había creído siempre Joshua.

—No sé, pero ese tío tuvo la impresión de que había cruzado en otra dirección. En perpendicular. Como si hubiera cruzado al... norte.

—¿Y?

—Y apareció en una especie de mundo distinto. Era de noche, no de día. Y no había estrellas ni nubes en el cielo. No había estrellas, por decirlo de algún modo. Lo que había...

—Tu estilo narrativo a veces crispa los nervios, Bill.

—Pero te tengo enganchado, ¿a que sí?

—Venga, acaba. ¿Qué vio?

—Vio todas las estrellas. Todas y cada una. Vio la puñetera galaxia entera, tío, la Vía Láctea. Desde fuera.

Fuera de la galaxia. A miles de años luz de la Tierra, de cualquier Tierra.

Bill concluyó:

—Y además seguía en pelotas.

Ese era el problema de los raqueros, había concluido Joshua. Eran unos fantasmas de tomo y lomo. A lo mejor pasaban demasiado tiempo solos.

Pero cuando se paró a pensarlo en febrero de 2052, comprendió que había considerado un fantasma incluso a Lobsang, aunque él fuera un mentiroso construido a auténtica escala cósmica. Cómo deseó haberle hecho caso cuando tuvo la oportunidad.

Ya era demasiado tarde, porque Lobsang había muerto.

Joshua lo había presenciado, a finales de otoño de 2045.

Sally Linsay y él habían estado esperando ante la puerta del Centro, en Madison Oeste 5. Anocheecía, y las farolas empezaban a encenderse dando chispazos.

Sally llevaba puesto su equipo de viaje, con la chaqueta de pescador de muchos bolsillos bajo un impermeable y una mochila ligera de cuero a la espalda. Como de costumbre, parecía que fuese a largarse de allí en cualquier momento. Y cuanto más tardasen las hermanas en abrir la maldita puerta, más probable se volvía esa eventualidad.

—Mira —dijo Joshua, en un intento de pararle los pies—, no te pongas nerviosa. Saluda. Aquí todo el mundo quiere verte y agradecerte lo que hiciste por los Siguietes. Rescatar a esos chavales superinteligentes de aquella cárcel de Pearl Harbor...

—Ya me conoces, Joshua. Hoy en día la gente está hacinada en estas Tierras Bajas. Y los sitios como este. Como este «Centro», donde te encierran por tu propio bien. Me da igual lo feliz o infeliz que fueras aquí, Joshua, con esas pingüinas.

—No las llares pingüinas.

—En cuanto acabemos, pienso ir a emborracharme como una rata, lo más rápido posible.

—Entonces necesitarás algo más fuerte que nuestro jerez dulce. —La hermana John había abierto la puerta sin hacer ruido y estaba sonriendo—. Pasad.

Sally estrechó la mano de la hermana con bastante educación.

Joshua las siguió por un pasillo que conducía a lo que, para él, era una inquietante réplica del Centro en el que había crecido, el original que había quedado destruido hacía mucho en la explosión nuclear del Datum.

La hermana John, que llevaba la cabeza envuelta por un impecable griñón,

se acercó a Joshua.

—¿Tú cómo estás?

—Bien. Desorientado por estar aquí.

—Lo sé. El olor no acaba de ser el mismo, ¿verdad? Bueno, dales unas décadas a los ratones para que trabajen y eso se arreglará.

—¿Y tú qué me dices? ¡Ahora eres la jefa! Para mí siempre serás la misma Sarah de siempre.

—A la que tuviste que rescatar del bosque en el Día del Cruce. Cuando vuelves, da la sensación de que nos hayamos hecho todos mayores de repente, ¿no?

—Ya lo creo. Para mí la superiora debería ser una figura imponente, y vieja...

—¿Tan vieja como yo? —La hermana Agnes los esperaba en el umbral del salón del Centro, la habitación mejor decorada de todas, donde las hermanas siempre habían recibido a las visitas.

Pero Agnes parecía inquietantemente más joven que la hermana John. Y cuando Joshua se sometió a un abrazo, notó un levísimo atisbo de artificio, una excesiva suavidad en la mejilla que besó. Y bajo su hábito práctico y algo ajado, una sensación alarmante, casi subliminal, de fuerza sobrehumana. Tras su muerte, Lobsang había *resucitado* a Agnes, descargando sus recuerdos en un androide de aspecto humano pero vacío, a la vez que entonaba plegarias budistas. Para Joshua era como si alguien hubiera convertido a la principal figura materna de su vida en un robot estilo Terminator. Pero hacía mucho que conocía a Lobsang y había aprendido a distinguir al espíritu que habitaba dentro de la máquina. Lo mismo le pasaba ahora con Agnes. Se limitó a decir:

—Hola, Agnes.

—Y Sally Linsay. —Con Sally se dieron un receloso apretón de manos en

lugar de un abrazo—. He oído hablar mucho de usted, señorita Linsay.

—Lo mismo digo.

Agnes la escudriñó de arriba abajo, casi con aire de desafío, antes de volverse.

—Y bien, Joshua, ¿dónde está tu familia? Es una pena que estés separado de tu pequeño.

—Ya no es tan pequeño —señaló Joshua—. En fin, ya me conoces. Soy un alma dividida, Agnes. Una parte de mí siempre se siente arrastrada a viajar por la Tierra Larga.

—En cualquier caso, ahora estás en casa. Venid, uníos a la fiesta...

Sentados uno al lado del otro en los blandos sillones de siempre —parte del mobiliario original que se había rescatado del viejo Centro del Datum— estaban Nelson Azikiwe y Lobsang.

Lobsang, o por lo menos ese avatar itinerante en concreto, descalzo y rapado, iba vestido con su ya característico atuendo color azafrán. A Sally le presentaron sin grandes ceremonias a Nelson. Sudafricano de nacimiento y expárroco de cincuenta y tantos años, vestía de manera relativamente sobria, con traje y corbata. La extraña pareja sostenía en equilibrio sobre las rodillas sendas tazas de porcelana y platitos con pedazos de tarta. Una joven hermana a la que Joshua no reconoció andaba de un lado para otro, sirviendo.

También estaba presente la gata Shi-mi, que se acercó a Joshua para obsequiarle con un frote contra sus piernas, a la vez que fulminaba a Sally con una mirada de sus ojos verdes de LED.

Cuando Joshua y Sally se sentaron, Agnes se sumó al círculo mientras la hermana John y su joven compañera servían más té y pastel. Agnes tomó la palabra:

—Bueno, esto ha sido idea mía, Joshua. En este momento de relativa tranquilidad, ahora que se ha calmado un poquito el último estallido de

pánico global, cuando todos pensábamos que los niños del supercerebro iban a empujarnos a la extinción, mi plan era traer aquí a Lobsang y reunir a sus amigos por una vez.

Sally puso mala cara.

—¿«Amigos»? ¿Es así como nos ves, Lobsang? Para ti somos más bien fichas de un juego. Moneditas que echar en la máquina tragaperras del destino.

Nelson se sonrió.

—Muy cierto, señorita Linsay. Pero aquí estamos, a pesar de todo.

—Amigos —repitió Agnes con firmeza—. ¿Qué otra cosa hay en esta vida que no sean los amigos y la familia?

Lobsang, tranquilo y bastante inexpresivo, dijo:

—Tu familia, por cierto, está dando que hablar, Sally. Por lo menos tu padre, con sus ideas sobre una nueva clase de desarrollo espacial.

—Ah, sí, el bueno de papá, soñando con usar sus matas de habichuela marcianas para abrir el acceso al espacio. Un camino directo a la industrialización en masa.

—Willis Linsay es sabio, a su manera. Debemos reconstruir, partiendo de esta base tan baja a la que nos ha reducido Yellowstone. De la manera más rápida y limpia que encontremos, y los ascensores espaciales lo harán posible. A fin de cuentas, es posible que algún día nos toque competir con los Siguietes.

—¿Qué sabes tú de los Siguietes, Lobsang? —preguntó Nelson—. Sé que entablaron una especie de contacto contigo. ¿Hay algo más, aparte de lo que has explicado de cara al público?

—Solo que han desaparecido. Todos esos niños brillantes, surgidos de todos los rincones del Datum y de la Tierra Larga, el paso siguiente de la evolución humana, a los que nuestro gobierno reunió en un centro de

detención en Hawái. Se han ido a un sitio que llaman la Granja, situado en algún lugar perdido de la Tierra Larga. No me atrevería ni siquiera a especular dónde.

Sally se rio.

—¿No te lo dijeron? ¿Ni a ti? Te dejaron tirado para que limpiases detrás de ellos en Buen Viaje, ¿verdad? El dios omnipresente y omnisciente de la Tierra Larga, reducido al papel de mensajero, y por unos niños, nada menos.

Joshua le hizo señas para que callara, pero Lobsang dijo:

—No, déjala hablar. Tiene razón. Ha sido una temporada difícil para mí. Tú lo sabes mejor que nadie, Joshua. En realidad, es por eso que he permitido que Agnes os haga venir a todos.

Agnes se puso rígida.

—Ah, conque lo has permitido, ¿eh? Y yo que pensaba que todo esto había sido idea mía.

Lobsang los miró uno por uno: Sally, Nelson, Joshua, Agnes, la hermana John.

—Sois mi familia. Así es como os veo. Y sin embargo, vosotros tenéis vuestros propios lazos familiares. No debéis descuidarlos. —Se volvió hacia Nelson—. También tú, amigo mío. No estás tan solo como creías.

Nelson parecía más intrigado que ofendido por esa opacidad.

—Enigmático de manual. ¡Típico de Lobsang!

—No pretendía ser críptico. Si recuerdas la vez que fuimos a Nueva Zelanda...

Frustrada a todas luces por aquel descarrilamiento de su fiesta, Agnes lo interrumpió con brusquedad.

—Lobsang, si tienes algo que decir, será mejor que vayas al grano.

Lobsang se sentó con el torso adelantado y los hombros encorvados. De repente parecía, a ojos de Joshua, incalculablemente viejo. Viejo y cansado.

—Yellowstone y el hundimiento del Datum fueron difíciles para mí. Estoy extendido por la Tierra Larga, tengo iteraciones repartidas por todo el sistema solar, pero mi centro de gravedad siempre fue la Tierra Datum. Ahora el propio Datum ha sufrido una herida gravísima y, a consecuencia de ello, yo también. —Se apretó las sienes con los pulgares—. A veces me siento incompleto. Como si perdiera recuerdos, y luego perdiera el recuerdo de la pérdida en sí... Para mí, Yellowstone fue como una lobotomía.

»Desde entonces he tenido... dudas. A ti te lo dije, Joshua. He experimentado la extraña sensación de que *recordaba* mis encarnaciones anteriores. Pero esa no es la norma aceptada, según la tradición tibetana, porque si mi reencarnación ha sido completa, debería haberme desprendido de todo recuerdo de mis vidas previas. Quizá esta reencarnación sea imperfecta, pues. O —añadió mirando de reojo a Agnes— tal vez haya una explicación más mundana. Al fin y al cabo, no soy más que una criatura de chispas eléctricas repartidas en almacenamientos distribuidos de gel de la Corporación Black. Puede que me hayan hackeado.

»Y luego llegaron los Siguietes, y su veredicto sobre mí. Antes de todo esto, imaginaba que llegaría a ser, ¡sí, Sally!, omnipresente y omnisciente. ¿Por qué no? Todos los sistemas informáticos de la humanidad, todas las comunicaciones, acabarían integradas en una entidad: en mí. Y yo os cobijaría, calentitos y a salvo para siempre jamás.

Sally resopló.

—¿Un «siempre jamás» de subordinación? No, gracias.

Lobsang la miró entristecido.

—Pero ¿qué hay de mí? Sin mi sueño, no soy nada.

Dejó en el suelo, con cuidado, su taza de té.

Aquel pequeño gesto alarmó claramente a Agnes.

—¿Qué quieres decir, Lobsang? ¿Qué vas a hacer?

Él le sonrió.

—Querida Agnes. Esto no dolerá, estate tranquila. Es solo que yo...

Se quedó paralizado. Sin más, en mitad de un movimiento, a mitad de frase.

Agnes gritó:

—¿Lobsang? ¡Lobsang!

Joshua corrió a su lado, con Agnes. Mientras él le agarraba por los hombros, ella le frotó las manos, la cara. Manos sintéticas sobre mejillas sintéticas, pensó Joshua, y aun así la emoción no podría haber sido más auténtica.

Lobsang volvió la cabeza —y solo la cabeza, como un muñeco de ventrílocuo— hacia Joshua en primer lugar.

—Siempre he sido tu amigo, Joshua.

—Lo sé.

Luego Lobsang alzó la vista hacia Agnes.

—No tengas miedo, Agnes —susurró—. No es morir. No es morir...

Se le relajaron todos los músculos de la cara.

Por un momento, reinó el silencio.

Entonces Joshua notó un cambio de fondo, en los suaves sonidos rutinarios del Centro: el cese de un ruido, de un zumbido de máquinas invisibles, de ventiladores y bombas. Un apagado. Miró por la ventana y vio que en el edificio de enfrente las luces parpadeaban y desaparecían. Más allá distinguió manzanas enteras que se quedaban a oscuras. En alguna parte, sonó una alarma.

Agnes agarró a Lobsang por los hombros y lo sacudió.

—¡Lobsang! ¡Lobsang! ¿Qué has hecho? ¡Lobsang, serás cabrón!

Sally se rio, se puso en pie y se marchó cruzando.

Por supuesto, ni siquiera Lobsang lo había llegado a saber todo. Algunos de los misterios de la peculiar naturaleza de Joshua, como se descubriría más adelante, no estaban ocultos en los confines paralelos de la Tierra Larga, sino en las profundidades del tiempo. Eran misterios que habían empezado a enmarañarse en fechas tan tempranas como marzo de 1848, en el Londres de la Tierra Datum.

La ovación fue atronadora, y el Gran Elusivo la oía mientras bajaba la escalera de la entrada de artistas del teatro Victoria. Todavía le pitaban los oídos por culpa del jaleo del gallinero cuando le asaltaron las imágenes y los ruidos callejeros del New Cut: los escaparates, los puestecillos, el tráfico embotellado, los artistas ambulantes, los niños mendigos que daban volteretas a cambio de un penique. Y por supuesto, había gente esperando a Luis fuera del teatro, en la oscuridad del anochecer que se extendía sobre el barrio de Lambeth; siempre la había. Incluso jóvenes muchachas. Muchachas esperanzadas, tal vez.

Pero en esa ocasión, una voz masculina y queda le llamó desde un callejón.

—Se mueve muy deprisa, ¿verdad, señor? Podría decirse que extraordinariamente deprisa. ¿Puedo llamarle Luis? Me parece que ese es su verdadero nombre. O uno de ellos. Tengo una propuesta para usted. Consiste en invitarle a cenar en la Almeja Borracha, la mejor ostrería de Lambeth, por si resulta que no la conocía. Porque sé que le pirran las ostras.

El hablante resultaba indistinguible en las sombras.

—Juega usted con ventaja, señor.

—Sí, es cierto, ¿verdad? Y el motivo de que le hable con tanto apremio, por no llamarlo vehemencia, es que sé que, en cualquier momento que le plazca, puede usted desaparecer sin más. Es una facultad que le viene muy bien, salta a la vista. Aun así, usted no sabe cómo lo hace, ni yo tampoco. En

pocas palabras, señor...

Sopló una ligera brisa a la vez que el misterioso interlocutor desaparecía.

Y luego se materializaba otra vez. Soltó una boqueada y se agarró el estómago, como si le hubieran dado un puñetazo. Pero se puso derecho y dijo:

—Yo también sé hacerlo. Me llamo Oswald Hackett. Luis Ramón Valienté, ¿hablamos?

Y en febrero de 2052, en un lugar remoto de la Tierra Larga:

En el firmamento, las estrellas particulares de Joshua Valienté brillaban para su exclusivo disfrute. Al fin y al cabo, era razonable suponer que la suya era la única alma en toda aquella Creación concreta.

Aún le dolía la cabeza.

Y no solo eso, sino que le picaba el muñón del brazo izquierdo.

Cuando una criatura chilló y murió en la penumbra, la oscuridad movió algo en el espíritu de Valienté, que sintió un miedo cerval.

—Empiezo a ser demasiado viejo para esto —murmuró Joshua en voz alta. Comenzó a recoger sus trastos. Se iba a casa.

El funeral se había celebrado un desapacible día de diciembre de 2045 en Madison, Wisconsin, Tierra Oeste 5.

Al principio, la hermana Agnes se había planteado si era posible dedicar unos servicios fúnebres a un hombre que no había sido un hombre, al menos según cualquier definición al uso, y cuyo cuerpo no había sido la consabida masa de carne frágil. En realidad, Agnes ni siquiera estaba segura de cuántos cuerpos había tenido Lobsang o de si la pregunta misma tenía sentido. Y aun así, Lobsang, hombre o no, había muerto claramente en cualquier sentido de la palabra que significara algo para el corazón de sus amigos. Por lo tanto, tendría su funeral, había decretado Agnes.

Se reunieron alrededor de la tumba excavada en el pequeño terreno del hogar infantil reubicado, donde habían dado sepultura a su amigo... entendiendo por «su amigo» a la unidad itinerante que habitaba en el momento de su «muerte». No hacía nada por mitigar la sensación de irrealidad, pensó Agnes, que cuatro de sus unidades itinerantes de repuesto, impávidas y vestidas con su acostumbrado uniforme de túnica naranja y sandalias a pesar del intenso frío, se hubieran colocado en torno a la fosa como una suerte de guardia de honor.

En comparación con eso, las plegarias y lecturas murmuradas de forma conjunta por el padre Gavin, de la parroquia católica local, y Padmasambhava, abad de un monasterio en Ladakh y, supuestamente, viejo amigo de Lobsang en una vida anterior, parecían casi rutinarias. Pero tal vez aquello fuera un reflejo del aspecto más extraño de Lobsang, pensó Agnes:

que hubiera cobrado consciencia, plena consciencia, como software dentro de un complejo sistema informático y a la vez afirmara ser la reencarnación de un mecánico de motocicletas tibetano y, como tal, exigiera plenos derechos humanos. El caso había dado trabajo a los tribunales durante años.

En ese momento, con su leve acento irlandés, el padre Gavin leyó:

—«No sé qué aparento para los demás, pero para mí no soy más que un niño pequeño que pasea por las orillas inmensas del conocimiento y, de vez en cuando, encuentra un pequeño guijarro brillante con el que alegrarse mientras ante él se extiende el vasto océano de la verdad aún por descubrir...»

Agnes se deslizó hacia la parte de atrás del grupo hasta situarse junto a un hombre mayor, alto y canoso, que llevaba una gabardina y un sombrero negros y anónimos.

—Bonita cita —comentó Agnes en voz baja.

—Es de Newton. Siempre ha sido una de mis favoritas. La he escogido yo: quizá peque un poco de inmodestia, pero solo se tiene un funeral.

—Bueno, en tu caso, eso está por ver. Y bien, «George»...

—¿Sí, «esposa» mía?

—Ha venido mucha gente, incluso sin contarte a ti. Allí está la comandante Kauffman, espléndida con su uniforme de gala. Nelson Azikiwe, tan solemne y observador como de costumbre. Siempre ha sido un buen amigo, ¿verdad, L... esto, «George»? ¿Quién es esa mujer de ahí? Atractiva, cuarenta y tantos años... la que lleva llorando toda la mañana.

—Se llama Selena Jones. Trabajó conmigo hace años. En teoría sigue siendo mi tutora legal.

—Hum. Vienes con todo un pasado, ¿eh? Hasta Cho-je ha hecho acto de presencia, por lo que veo, y si algo no entiendo es por qué no lo han mandado al desguace a él. Y Joshua Valienté y Sally Linsay.

—Rey y reina de la Tierra Larga —dijo «George».

—Sí. Juntos, con el mismo aspecto de siempre de ser la pareja ideal, y aun así deseando poner mundos de distancia entre sí, cosa que nunca ha tenido sentido, ¿verdad?

—Conoces a Joshua desde que era pequeño, o sea que tú sabrás. Pero, hablando de niños...

—El papeleo ya está entregado. Puede que pase un tiempo antes de que aparezca el niño o la niña adecuado. Años, incluso. Hasta es posible que no haya nacido todavía. Pero cuando llegue la autorización para adoptar, estaremos preparados. ¿Y hemos escogido el nuevo mundo donde criaremos a nuestro «hijo» o «hija»?

—Como te dije, para eso he pedido a Sally Linsay que nos ayude cuando llegue el momento. ¿Quién conoce la Tierra Larga mejor que ella?

Agnes echó un vistazo a la aludida.

—¿Es la única que sabe quién eres?

—Sí. A excepción de ti, la única. En realidad, me dijo que nunca se había creído del todo que mi final fuera definitivo. En cierto modo, lo sabía antes incluso de que acudiera a ella. Pero es discreta. Apostaría cualquier cosa a que se guarda los secretos.

—Hum. No estoy segura del todo de si me fío de ella. No por su discreción, eso lo doy por hecho.

—Entonces ¿qué?

—No sé. Sally tiene... un extraño sentido del humor. Es una lianta. Y tú estás seguro de que quieres hacer esto, ¿verdad? Dejarlo todo y limitarte a...

Él la miró.

—¿A ser humano? ¿Y tú?

Y esa era la pregunta que agitaba las emociones de Agnes, en lo más hondo del pegote de gel de la Corporación Black que tenía por corazón.

El padre Gavin leyó otra cita, y «George» arrugó la frente.

—¿Lo he oído bien? Algo sobre ser un pecador a las puertas del cielo y volver a rastras conmigo...

Agnes le pasó un brazo por el suyo.

—Tú tienes a Newton, yo a Steinman. Vamos, salgamos de aquí antes de que alguien sospeche.

3

Si no hubiera sido porque su perra Rio se puso a perseguir alguna bola de pelo imaginaria por la parte de atrás de la vieja casa de los Poulson, Nikos Irwin probablemente nunca habría encontrado la gran bodega. Fue una especie de accidente imprevisible... o quizá no, para quien conociese a Rio y las cualidades de testarudez y curiosidad que había heredado de sus antepasados boyeros de Berna. Pero de no haber sido por Nikos y su cabezona mascota, la historia posterior de la humanidad podría haber sido diferente... para bien o para mal.

Era abril de 2052. Nikos tenía diez años.

La cuestión no era que a Nikos le gustase en especial la vieja casa de los Poulson ni la aldea abandonada de la que formaba parte. Lo que pasaba era que el edificio se usaba como casa de trueque local y su madre lo había enviado en busca de patucos, porque su amiga Angie Clayton estaba embarazada.

Así pues, con Rio trotando a su lado, Nikos había caminado a la sombra de los árboles hasta salir del espeso verde del bosque, donde, en alguna parte, una banda de trolls entonaba una dulce canción, a la deslumbrante luz directa del sol.

Miró a su alrededor y vio las grandes casas que se alzaban silenciosas sobre el espacio despejado. Nikos se había criado en el bosque y desconfiaba de los claros por instinto, pues le dejaban a uno al descubierto. Además,

aquella comunidad era un lugar extraño. Sus padres siempre le habían contado que la Tierra Larga era demasiado nueva para la humanidad como para tener mucha historia, pero si la había en algún lugar del mundo de Nikos, era allí. La vegetación empezaba a engullir algunas de aquellas viejas casas, pero las demás seguían destacando bajo la luz, duras, cuadradas y fuera de lugar, con su capa de cal con desconchones y sus ventanas agrietadas. A Nikos el sitio hasta le olía raro, no solo a podredumbre generalizada tras años de abandono, sino a leña cortada y tierra seca, polvorienta, inerte.

Todo aquello había sido obra, básicamente, de los primeros colonos que habían llegado a aquel mundo, los fundadores, que habían despejado un trecho de bosque para construir su pueblecillo. Todavía se apreciaban los tocones lisos y quemados de los grandes árboles que habían talado, y los campos que habían sembrado, y los caminos que habían delimitado con piedras pintadas de blanco y, por supuesto, las casas de madera que habían construido en unos pocos años, con sus vallas, sus mosquiteras y sus cortinas de cuentas. Algunas de las casas tenían vidrieras de colores. Había incluso una pequeña capilla a medio terminar, con un campanario truncado abierto a las inclemencias.

Y en una casa grande quedaba incluso, increíblemente, un piano: una caja de madera que alguien debía de haber construido con madera local para después equiparla con pedales y un bastidor que soportara las cuerdas, todo transportado desde las Tierras Bajas. Toda una hazaña de artesanía casi inútil.

Los padres de Nikos decían que los fundadores habían sido personas entregadas, trabajadoras y llenas de energía, y que al llegar a aquellos mundos remotos —a más de un millón de cruces del Datum, el primer mundo de la humanidad— tras sus largas travesías estaban poseídos por una especie de sueño que era herencia de su pasado, cuando sus ancestros habían emigrado a la América original y habían construido poblaciones como

aquella, con granjas, jardines, escuelas e iglesias. Hasta le habían puesto de nombre a su aldea Nuevo Springfield.

Pero el problema estribaba en que aquello no era la América colonial.

Y esa Tierra no era el Datum. El padre de Nikos decía que ese mundo, y toda una serie de Tierras parecidas que formaban una franja a su alrededor, estaban cubiertos de árboles en toda su extensión, desde el polo hasta el ecuador y luego al otro polo, y que lo decía en el sentido literal: allí prosperaban los bosques incluso en la noche ártica. Desde luego esa huella de Maine estaba llena de árboles que parecían secuoyas y laureles pero probablemente no lo eran, con un sotobosque de plantas parecidas a tés, arbustos frutales, helechos y colas de caballo. En el aire cálido, húmedo y umbrío zumbaban los insectos, mientras que los árboles y el suelo fértil eran un hervidero de bolas de pelo, como las llamaba todo el mundo: pequeños mamíferos asustadizos que se pasaban la vida correteando en pos de los citados insectos.

Y en un mundo así, los hijos de los fundadores pronto habían empezado a explorar otras maneras de vivir, desafiando a sus padres, los pioneros.

¿Por qué dejarse la piel cultivando cuando estaban rodeados de mundos enteros despoblados y llenos de frutales siempre generosos? Y ríos preñados de peces, y bosques donde las bolas de pelo eran tan abundantes que resultaba fácil cazarlas con trampas. Claro, ser granjero a lo mejor tenía sentido en los mundos más despejados del Cinturón del Cereal, pero allí... Los viajeros sin rumbo que pasaban por el lugar de forma esporádica, haciéndose llamar raqueros, *oakies* o vagabundos, ejemplos palmarios de otros estilos de vida, habían contribuido a inspirar la ruptura. Los padres de Nikos todavía hablaban de una joven, especialmente persuasiva y dotada a las claras de una gran inteligencia, que se había quedado unas semanas, cantando las alabanzas de una vida más relajada.

Los pioneros tendían a tener hijos siendo jóvenes; cuanto antes obtuvieras una nueva cosecha de trabajadores voluntarios, mejor. Pero los numerosos hijos de Nuevo Springfield, que se habían criado en un mundo que no tenía nada que ver con el de sus padres, pronto habían aprendido a pensar como personas independientes y se habían rebelado. La mayoría de los jóvenes, y una cantidad nada desdeñable de sus progenitores, habían abandonado la granja y se habían adentrado en la espesura. La fuerza de voluntad que mantenía viva la población se había disuelto, por decirlo así. En realidad, solo había durado una generación.

En la actualidad, los Irwin y las demás familias no tenían residencias permanentes como tales. En lugar de eso, practicaban una especie de ciclo de domicilios, que se visitaban en función de los frutos de las benignas estaciones y se mantenían despejados de matorral nuevo mediante pequeñas quemas, a la vez que se reparaban los cobertizos y chimeneas del año anterior. Así que, por ejemplo, en los meses de primavera escalaban el monte Manning en un mundo en concreto situado un par de cruces al este, cuando los topos ardilla salían en tropel de la tierra para escoger nuevas reinas y fundar nuevas madrigueras, lo que los volvía fáciles de atrapar. O en otoño, podían ir al arroyo de Soulsby, ubicado cuatro cruces al oeste, donde la remontada anual del salmón local para desovar era especialmente abundante. Nikos se había criado con todo aquello y no conocía otra cosa.

En cuanto al viejo poblado en sí, entretanto, muchos de los fundadores habían regresado al Datum a medida que envejecían y se cansaban. Unos cuantos pioneros desengañados habían aguantado lo mejor que habían podido, envejeciendo como héroes bajo el cuidado de sus parientes. La madre de Nikos contaba una nostálgica anécdota sobre una anciana a la que solía escuchar tocando el piano por las noches, valeses de Chopin que flotaban en el silencio del bosque mundial, una música compuesta en siglos pasados y en un

mundo muy lejano, que en ocasiones coreaba algún grupo de trolls. Pero el piano empezó a desafinar y llegó un día en que la música cesó por completo, y ya nadie lo había vuelto a tocar.

Incluso después de que quedase abandonado por completo, sin embargo, el grupo de Nikos cooperaba para mantener despejado el claro de Nuevo Springfield. Tenía su utilidad: todo el mundo necesitaba una caja cruzadora, y para eso hacían falta patatas, y las patatas requerían siembra, de modo que ese sí era un uso útil de los restos de las granjas de los fundadores. Alguien había invertido un gran esfuerzo en construir la forja situada junto a la casa de los Poulson, que se mantenía apta para el funcionamiento: dado que no podía transportarse hierro de un mundo a otro, conservar el oficio de la herrería parecía otra buena idea. Algunos animales que los fundadores habían llevado hasta allí —gallinas, cabras, cerdos y hasta ovejas— habían sobrevivido y criado. De vez en cuando alguien se llevaba una sorpresa cuando un descendiente asilvestrado de aquellos primeros colonos porcinos salía corriendo de algún matorral delante de él.

Y aquella casa en particular, la vieja granja de los Poulson, más resistente que las demás, con el tiempo había adoptado un nuevo papel. Se había convertido en la casa de los trueques, como la llamaba todo el mundo: un lugar donde la gente podía abandonar e intercambiar toda clase de cosas.

Motivo por el cual estaba allí Nikos ese día.

Cruzó el claro con paso cauteloso, en dirección a la casa de los Poulson.

Con una mano en el robusto cuchillo de bronce que llevaba sobre la cadera izquierda y la otra junto a la caja cruzadora de la derecha, estaba pendiente de todo cuanto le rodeaba. En realidad no tenía miedo a la fauna local, ya que por lo que respectaba a animales salvajes, en el bosque solo había tres

peligros: las marabuntas de hormigas, los pajarracos y los cocodrilos. En fin, estaba demasiado lejos del agua para que hubiera cocodrilos, y las grandes aves eran feroces pero estaban acostumbradas a cazar pequeñas bolas de pelo del bosque y por tanto eran pesadas, lentas y torpes. Y si hubiera una marabunta por las inmediaciones, oiría esa especie de chapoteo que anunciaba su llegada con mucho adelanto, antes de que se extendiera por el suelo como una mancha de un líquido asqueroso y corrosivo que destruía todo cuanto encontraba en su camino. Además, los trolls del bosque casi seguro que anunciarían cualquier peligro con su canto, a tiempo para que Nikos cruzase para ponerse a salvo. Casi seguro. Nikos había visto con sus propios ojos cómo uno de esos pajarracos atrapaba a un niño despistado y había sido algo espantoso, de modo que convenía mantenerse ojo avizor a causa de esa insidiosa palabra: «casi».

Pero el verdadero motivo por el que Nikos se mostraba tan cauteloso era que, por lo menos entre los jóvenes, circulaban historias sobre esa casa en concreto. Leyendas, por decirlo de alguna manera. Leyendas sobre las... cosas que vivían allí.

Y no, no eran solo anécdotas sobre bolas de pelo carroñeras y demás. Ni historias sobre los monstruos conocidos del bosque. Algo peor aún. Un elfo, tal vez, atrapado allí, un monstruito de la Tierra Larga, maltrecho, encorvado y viejo pero aun así fiero, que solo esperaba el momento oportuno para zamparse a los niños despistados. O tal vez, según afirmaba una variante de la leyenda, se trataba del fantasma de uno de esos niños, que esperaba para vengarse de aquellos que le habían obligado a ir allí en primer lugar...

Por supuesto, no tenía sentido. Nikos era lo bastante mayor para captar los fallos de la lógica —si la casa Poulson estaba encantada, ¿por qué la iban a usar los adultos de almacén?—, pero aun así seguía siendo lo bastante pequeño para tener miedo. En fin, por muchas historias que corriesen, no

pensaba volver sin lo que le habían mandado a buscar, eso estaba claro, porque de otro modo las burlas de sus amigos dolerían más que cualquier cosa que pudiera hacerle un monstruo.

Cuando llegaron al porche, Rio olfateó el aire, soltó un gañido y salió corriendo hasta perderse de vista doblando la esquina de la casa, en pos quizá del rastro de una bola de pelo desprevenida. Nikos no prestó atención a la perra.

Abrió una puerta chirriante, entró y miró a su alrededor. La película verde que poco a poco iba cubriendo las ventanas solo dejaba pasar un poco de sol. Nikos llevaba una linterna de cuerda que sacó del bolsillo en ese momento, para ver mejor en la penumbra. La desazón le erizó el vello de la nuca. Estaba acostumbrado a los tipis y los cobertizos y, al margen de cualquier leyenda de fantasmas, ya le resultaba bastante extraño meterse en una caja de madera cerrada por los cuatro costados. Aun así, se adentró en la sala, pisando con cuidado.

Un espacio principal ocupaba la mayor parte de la casa. Nikos sabía que era así como se habían construido todos aquellos edificios: se empezaba con una única habitación grande donde la creciente familia vivía, comía y dormía, y se iban añadiendo otras cuando se podía, por ejemplo una cocina, dormitorios, almacenes... Pero aquella casa, como la mayoría de las demás, no había llegado tan lejos. Reconocía algunas cosas de sus visitas anteriores, realizadas bajo la supervisión de su padre: la mesa grande y antigua de la esquina, el hogar situado bajo una chimenea a medio terminar, el suelo cubierto con unas cuantas esteras hechas con carrizo del arroyo y teñidas con plantas locales.

Pero la habitación estaba llena de trastos, desechos viejos y polvorientos que se amontonaban sobre la mesa, en el suelo y contra las paredes. Aun así, no eran trastos, o no del todo. A la gente del bosque siempre le faltaban

cosas, porque todas sus posesiones o bien provenían del Datum o las Tierras Bajas o bien tenían que fabricarlas ellos mismos, y en ambos casos conllevaban mucho esfuerzo. De manera que, si algo se rompía, ya fuese un arco, un machete de bronce o un palo de cavar, y el dueño consideraba que no valía la pena repararlo, lo dejaba allí, en la casa del truque, siguiendo la teoría de que algún otro podría sacarle partido. O por lo menos, dejaba parte del objeto: el bronce para fundirlo, un arco roto para que practicara un niño pequeño. Había una útil reserva de trozos de cable, relés y carretes de bobina, la clase de utensilios que hacían falta para reparar una caja cruzadora o una emisora de radioaficionado. Había incluso una pila de aparatos electrónicos último modelo procedentes del Datum: teléfonos y tabletas, todos negros e inertes después del fallo definitivo de sus baterías o células solares, y cuyos componentes internos eran demasiado finos y endeble para reutilizarlos, aunque había gente que se llevaba incluso eso para hacer joyería o como regalos relucientes para los trolls del bosque.

Y siempre había ropa, sobre todo infantil: ropa interior, pantalones, camisas, jerséis, calcetines y zapatos, en su mayor parte transportados desde las Tierras Bajas, aunque había prendas hechas allí. La ropa de los adultos por lo general estaba demasiado gastada para reutilizarla, pero Nikos escogió unos cuantos retales de colores para la última colcha que estaba haciendo su madre. Hasta los jirones más ásperos podían usarse para rellenar almohadas y cosas así. La ropa infantil, en cambio, a menudo apenas se usaba antes de quedarle pequeña a la criatura en cuestión. Los habitantes de Nuevo Springfield eran una gente móvil y nómada, que viajaba con poco equipaje. Desde luego no eran de los que cargaban con unos patucos durante veinte años, por si acaso en un futuro llegaba un nieto que pudiera llevarlos durante un par de meses. Y eran patucos en particular lo que buscaba Nikos, para la criatura de Angie Clayton que estaba a punto de nacer.

Después de rebuscar un poco, encontró un precioso par de pequeños mocasines cosidos con la piel raspada de alguna infortunada bola de pelo, unos zapatitos que parecían juguetes en la palma de su mano.

Fue entonces cuando oyó otro gañido de Rio, seguido de un crujir de madera y un ruido de corrimiento, como si una gran masa cayera por un agujero.

Nikos salió corriendo de la casa y la rodeó por donde había desaparecido su perra.

—¡Rio! ¡Rio!

En la parte de atrás del edificio, de cara a la jungla virgen, alguien había clavado en el suelo una hilera de postes, una empalizada a medio terminar que pretendía mantener a las ovejas dentro y a los pajarracos fuera. Nikos se abrió paso entre los arbustos de té que llenaban el espacio antaño despejado que separaba la casa y la empalizada... y estuvo a punto de caer por un socavón en el suelo.

Dio un cauteloso paso atrás y miró abajo. El agujero tendría unos dos metros de lado y había estado cubierto con unos tablones toscos de madera que el tiempo a todas luces había podrido y ablandado. Las tablas restantes tenían todo el aspecto de haber estado enterradas bajo una capa de tierra cubierta de mantillo de bosque. En aquella capa de suelo crecían incluso un puñado de resistentes helechos. Pero uno de los tablones estaba roto y dejaba a la vista un hueco negro y profundo.

Nikos se rascó la cabeza. Todo aquello le tenía bastante desconcertado. ¿Estaba ante una bodega? Podría ser. Además de servir para guardar comida y otras cosas, una bodega era una precaución sensata contra los ataques de bandidos y otros malhechores. Al fin y al cabo, no había pared que pudiese detener a alguien equipado con una caja cruzadora: bastaba con saltar de lado a un mundo donde esa pared no existiera, salvar la distancia intermedia y cruzar de vuelta al mundo original. Nadie podía cruzar a una bodega, sin

embargo. No cuando la misma ubicación en los mundos vecinos resultaba inaccesible a causa de la tierra, la roca y las raíces de los árboles. Había sótanos poco profundos incluso debajo de algunos de los campamentos más grandes y consagrados de la familia de Nikos, repartidos en paralelo por varios mundos.

Sí, cabía esperar que una casa como aquella tuviese bodega, aunque no estuviera terminada. Pero ¿por qué cubrirla con tablones?

Además, aunque toda aquella porquería que cubría la madera podía haberse acumulado sola con el paso de los años, daba la impresión de que el boquete se había ocultado adrede. ¿Por qué? ¿Era una especie de trampa, más que una bodega? Pero ¿una trampa para qué? Solo un pajarraco, un cocodrilo o un perro grande como Rio, o un humano, habrían sido lo bastante pesados para atravesar esos tablones... Y a lo mejor ni siquiera, cuando los maderos no estaban tan podridos.

Nada de todo aquello importaba. Rio había desaparecido.

Nikos vaciló bajo el sol que caía a pico. La sensación de estar encerrado sería peor incluso que en la casa de los Poulson, porque no tendría disponible su principal defensa, cruzar en caso de peligro. Estuvo a punto de dar media vuelta, pero Rio... Transportada de cachorro desde la Tierra Datum por un comerciante, era una boyera de Berna, criada, según se decía, para tirar de carretas cargadas de queso. Era fuerte y resistente, pero lenta.

Era la perra de Nikos. Si tenía que meterse en aquel boquete, lo haría.

Se puso a cuatro patas, con cuidado, y miró por el agujero que había dejado el tablón roto. Lo único que vio fue oscuridad, incluso al encender la linterna.

—¡Rio!

Al principio no oyó nada, ni siquiera un eco. Después le llegó un ladrido, que sin duda procedía de Rio, desde el agujero. Pero sonaba

sorprendentemente lejano, como si no lo hubiera emitido un perro atrapado apenas un par de metros más abajo.

—¡Rio! ¡Riooo!

Y entonces oyó otro sonido. Una especie de roce, casi un susurro, como si proviniera de un insecto enorme. Daba la impresión de alejarse, como si estuviera escarbando tierra adentro. Todas las leyendas e historias para no dormir que tenía enterradas en la cabeza afloraron de nuevo a la superficie. Una vez más, estuvo a punto de alejarse, pero su perra estaba allí abajo.

Con movimientos frenéticos, empezó a arrancar los tablones que quedaban, volcando la tierra en el agujero sin miramientos.

—¡Rio! ¡Ven, guapa! ¡Rio...!

El boquete que dejó al descubierto, toscamente horadado en la tierra poco compactada, solo tenía unos dos metros y medio de profundidad. Se colgó del borde y, tras asegurarse de que podría escalar por los lados, se dejó caer hasta el fondo.

Miró a su alrededor. Si aquello pretendía ser una bodega, no era gran cosa, con sus paredes de tierra desnuda y el suelo que aún mostraba las marcas de pala que había dejado sin alisar el cavador original. Solo era un agujero en el suelo, excavado con prisas y escondido con más prisa todavía. Y no había ni rastro de su perra.

Estaba bastante claro por dónde se había ido Rio, de todos modos. Había una brecha en una de las paredes, abajo, cerca del suelo.

Tras confirmar que tenía a mano su navaja, Nikos se puso a gatas y vio que ante él se extendía una especie de túnel subterráneo. No era demasiado ancho, pero estaba practicado con mucho más esmero que la bodega inacabada, porque tenía el contorno circular y las paredes lisas. Con una pasada de linterna, observó también que descendía en un ángulo bastante pronunciado. Bajaba a la oscuridad, más allá del alcance de su haz de luz. ¿Quién podía

haber hecho aquello? Algún animal subterráneo, tal vez. Había bolas de pelo que vivían bajo tierra, y su imaginación formó la imagen de un topo-ardilla del tamaño de un humano, con unas grandes zarpas cavadoras rematadas por garras del tamaño de una pala. Sería como un kobold, pensó, un humanoide de talla humana y aspecto de topo que a veces se pasaba por allí para intentar comerciar. Pero recordó aquel roce peculiar, aquel cruce de susurro y arañazo que no se parecía a ningún sonido que pudiera emitir una bola de pelo o ni siquiera un kobold.

Entonces, más a lo lejos, oyó otro ladrido, un gañido asustado.

Dejó que el instinto tomara las riendas.

—¡Ya voy, guapa! ¡Espera, que voy!

Se puso la linterna en la boca, entró gateando en el túnel y empezó a descender por la pendiente. Bajo las manos y las rodillas notaba solo tierra, aplanada y compacta. A su espalda, el disco de la luz diurna menguaba, y por delante la linterna iluminaba otra abertura al final del túnel, un círculo perfecto que daba a una oscuridad aún mayor. Estar encerrado en aquel túnel asustaba, y la cruzadora que llevaba enganchada a la cintura obstaculizaba sus movimientos. Para salir de allí tendría que gatear hacia atrás, porque parecía imposible dar la vuelta. Pero siguió adelante.

Recorrió unos seis metros, a ojo, descendiendo poco a poco hacia la oscuridad. Entonces el túnel inclinado terminó en un orificio que se abría a un espacio mucho más amplio. Todavía a cuatro patas, asomó la cabeza con cuidado, apuntando con la linterna. El haz de luz reveló un suelo y un techo, ambos alisados y separados por unos tres metros de distancia, y varios pilares, como si fueran restos de la tierra o la roca que se había eliminado, situados a intervalos regulares. No veía ninguna pared, ni a los lados ni por delante; su linterna no llegaba tan lejos. Era evidente que estaba entrando en un espacio mucho más ancho y profundo.

Ahí quedaba su teoría de los topos ardilla. ¿Qué demonios era aquello?

Le recordaba a lo que había leído, en las irregulares clases de su madre, sobre la minería en las Tierras Bajas. Sabía que por la zona había una veta de hierro que los fundadores habían explotado después de que los Poulson construyeran su forja. Aquella veta tan rica, exclusiva de ese mundo en particular, era uno de los motivos por los que se habían instalado en él. Pero él había visto el tamaño de aquella forja casera y los pocos clavos y demás utensilios que habían fabricado, como aquel puñado de herraduras para los animales de nombre exótico que planeaban importar en un futuro que nunca había llegado (Nikos no había visto nunca un caballo). Los fundadores no podían haber excavado todo aquello en tan poco tiempo, y en cualquier caso no habrían tenido necesidad. Pero si no habían sido ellos...

La cara apareció delante de él.

«Cara»: era una manera de decirlo, una máscara que recordaba vagamente la forma de un rostro humano, con un lado cubierto de metal plateado y el otro peor aún, tallado en lo que parecía ese material negro y brillante con el que Dios hizo a los escarabajos, como habría dicho el padre de Nikos. Pero era una cara, de eso no cabía duda, montada en una cabeza de aspecto minúsculo que remataba un cuello estrecho.

Casi expresaba curiosidad. Como si lo inspeccionara, con esa peculiar inclinación de cabeza. Curiosa. ¡Viviente!

El sobresalto le alcanzó con efecto retardado. Gritó, y el eco resonó con fuerza en el gran espacio abierto que había más allá. Intentó retroceder, pero le patinaron las manos en la pendiente del túnel y resbaló hacia delante hasta salir dando tumbos del pozo...

Y cayó directo en los brazos de aquella especie de escarabajo chapado en plata. ¿Brazos? ¿Tenía brazos de verdad? Nikos notó un metal frío bajo la espalda y las piernas. Chilló, se revolvió y notó que la criatura lo soltaba.

Cayó al suelo y, aunque no estaba a más de un metro de altura, se le cortó la respiración y se le escapó la linterna. Rodó para ponerse en pie con rapidez, pero a oscuras, porque la linterna caída solo arrojaba una esquirla de luz y se sentía desorientado, como si le hubiesen dado varias vueltas.

Vio que el escarabajo se revolvía hasta situarse sobre la panza y luego se alejaba correteando, quizá tan asustado como él mismo. Parecía de tamaño humano, pero más semejante a un escarabajo o una langosta por la forma, la manera de moverse y la dureza negra y reluciente de su cuerpo y sus múltiples extremidades.

Entonces Nikos vio, oyó, cómo se aproximaban más criaturas como aquella. Recogió la linterna del suelo y la movió en arco.

Se le acercaban desde todas las direcciones, arrastrándose por el suelo, como una colonia de hormigas pero mucho más grandes, más monstruosas. Y el hecho de que aquellas corazas negras y brillantes estuviesen recubiertas de trozos de metal, de un material artificial, de algún modo las volvía más terroríficas aún. Cuando apuntó a una con la linterna, la criatura se encogió y retrocedió como si la hubiera deslumbrado, pero las demás siguieron acercándose desde todos los lados. Cuando estuvieron junto a él, empezaron a erguirse, lo que dejó a la vista sus panzas blandas, en las que unas vainas grises pendían de la carne verdosa como si fueran ampollas.

Entonces una de ellas se alzó justo enfrente de él. Vio una máscara plateada de media cara idéntica a la primera que había visto —de hecho, a lo mejor se trataba de la misma, ya que era incapaz de distinguir a una criatura de otra— y una especie de tentáculo, fino y plateado, se extendió en su dirección.

Intentó quedarse quieto, pero, cuando el pseudópodo lo tocó y sintió el frío del metal sobre la carne caliente, Nikos perdió los nervios.

Corrió hacia delante, chillando y agitando la linterna, apartando a

empujones los cuerpos susurrantes que se inclinaban y se retiraban correteando para dejarle pasar. No llegó muy lejos antes de tropezar con algo y caer sobre un suelo duro y compacto. De nuevo se le escapó la linterna y sufrió unos instantes de pánico entre las sombras móviles de la penumbra antes de recogerla, momentos en los que pudo oír a las criaturas moverse, susurrar y arrastrarse a su alrededor. No tenía ni idea de dónde quedaba la pared y el túnel por el que había salido. El pánico le atenazó la garganta.

Y una vez más, una de aquellas criaturas parecidas a escarabajos tendió hacia él una extremidad plateada, tentacular y sinuosa. Sin pensar, Nikos lanzó un golpe con la linterna. Alcanzó a la cosa en el lado oscuro de la cara, evitando la máscara de metal. El caparazón negro se resquebrajó y por él supuró una especie de pulpa, verde y apestosa. Cuando el escarabajo cayó hacia atrás, otro se movió para sujetar a su compañero herido, pero al hacerlo se acercó a Nikos, que arremetió de nuevo con la linterna...

Y el escarabajo desapareció con un estallido sordo de aire.

Nikos estaba anonadado. ¡Era como si el escarabajo hubiera cruzado, desde aquel gran sótano, aquella caverna subterránea! ¿Cómo era posible?

Una vez más, las criaturas se le acercaron, con movimientos ya más cautelosos, sin perder de vista la linterna, que él blandía de un lado a otro, con el único ojo de aquellas extrañas medias caras. Nikos no tenía escapatoria, y si se abalanzaban sobre él no podía rechazarlas a todas.

Intentó pensar.

Aquel escarabajo había cruzado. No podía cruzarse desde un agujero en el suelo... pero el escarabajo lo había hecho. Si un bicho podía, él también.

Todavía llevaba al cinto su caja cruzadora. Giró el interruptor grande y tosco hacia la izquierda y la derecha, este y oeste, e intentó cruzar, pero en ambas ocasiones notó la extraña resistencia que se experimentaba cuando se intentaba cruzar desde un sótano o a un espacio ocupado por algo enorme,

como una gran secuoya. Era imposible. No podía cruzarse al interior de la tierra o la roca maciza. ¡Pero el escarabajo había cruzado! Tenía que haber una manera.

Los escarabajos seguían acercándose.

Con un espasmo de miedo y asco, volvió a intentarlo. Retorció el interruptor de su cruzadora hasta que lo rompió y se lo quedó en la mano. Pero entonces «cruzó», ni al este ni al oeste...

Ya no estaba en un agujero.

Estaba sentado sobre una superficie dura y lisa. Por encima tenía un cielo luminoso, deslumbrante hasta el punto de hacerle daño en los ojos después de la oscuridad del gran sótano. Pero aquel cielo era marrón anaranjado, en vez de azul, y no había sol ni luna; solo estrellas, como si fuera una noche despejada, pero mucho más numerosas, y algunas de ellas eran brillantes, más que cualquier estrella o planeta, más brillantes que la luna, luminosas como fragmentos del sol.

Paralizado por la impresión, inhaló de forma entrecortada. El aire estaba enrarecido y olía a metal y sequedad.

Miró a su alrededor. El terreno sobre el que se encontraba era como tierra compactada. Estaba en una pendiente que descendía hasta lo que parecía un río. En la orilla opuesta se agolpaban una especie de burbujas pálidas y transparentes. Eran como las ampollas que había visto en la panza de los bichos escarabajo, pensó, aunque aquellas eran más grandes, del tamaño de edificios, y estaban sujetas al suelo. Por lo menos algunas, porque otras parecían esforzarse por elevarse por los aires.

Y había escarabajos recorriendo los senderos y caminos que seguían la orilla del río y cruzando unos puentes bajos que lo sorteaban, a centenares, en

grandes grupos, levantando un rumor con el roce de sus patas.

Todo eso, en un instante, un aluvión de impresiones.

Había un escarabajo justo a su lado. Nikos no lo había visto acercarse. La cara medio plateada pendía ante la suya, y un pseudópodo enroscado se extendía hacia su sien derecha. Se sintió superado. Había visto demasiado para asimilarlo y no podía reaccionar. No se resistió.

Reparó en otro detalle extraño del cielo luminoso: muchas estrellas de su izquierda, aunque brillantes, presentaban un tinte verde, mientras que las situadas a su derecha eran de un blanco puro.

Entonces algo frío le tocó la cabeza. La negrura se cerró sobre su visión, como si estuviera cayendo por otro túnel.

Despertó sobresaltado.

Estaba tumbado boca arriba. Sobre él brillaba un cielo azul y a su alrededor había muros de tierra, buena tierra normal y corriente. Volvía a encontrarse en aquel foso a medio excavar, bajo el firmamento de siempre. Fuera del gran sótano. Con un ansia casi frenética, respiró hondo, y un aire dulce, cargado de aroma a flores del bosque, le llenó los pulmones.

Se incorporó, boqueó y tosió, con la garganta irritada.

Algo le tocó el rostro. Pensando que era el tentáculo plateado de una de aquellas criaturas de pesadilla parecidas a escarabajos, se retorció para apartarse y se puso en pie.

Era Rio, que le había lamido la cara. Y había depositado un animal en el suelo, junto a él: tan solo un mapache enano, sin nada de especial, inerte, muerto.

Nikos miró a su alrededor con rapidez y buscó en sus bolsillos y su zurrón. Todavía llevaba los mocasines de bebé. Había perdido la linterna y se

preguntó cómo iba a explicar eso a nadie.

Pero allí estaba Rio, sana y salva. La perra se dejó agarrar y acariciar. Después fue la primera en salir trepando del hoyo y dirigirse a casa.

Nikos no contó a sus padres la aventura en la vieja casa de los Poulson.

El miedo lo tuvo atenazado durante un día y una noche enteros. Ni siquiera pudo conciliar el sueño pensando en ello.

Pero al segundo día volvió al límite del claro irregular y oteó la casa de los Poulson desde la cobertura que proporcionaban los árboles.

Al tercer día se decidió a entrar otra vez, con sus amigos. De vuelta al viejo sótano.

El hijo de Joshua Valienté, Rod, fue a visitarlo a la vieja casa familiar de Reinicio, en una huella paralela del estado de Nueva York cien mil cruces al oeste del Datum. Joshua lo recibió en el porche. Pasaba un poco de la medianoche del 1 de mayo de 2052.

—Feliz cumpleaños, papá.

Joshua estrechó la mano de su único hijo con cariño. A sus veinte años, ya era más alto que su padre y que su madre. Tenía la tez pálida de la segunda y el pelo más oscuro del primero. Llevaba ropa hecha de cuero tratado y un tejido que semejaba lana hilada y teñida de verde pálido. En realidad, parecía fuera de lugar a la luz de los faroles de la casa de los Green, pero a gusto consigo mismo, en su pellejo. Y daba la impresión de que debía encajar de maravilla en las comunidades cambiantes, calidoscópicas y en perpetua fragmentación de los bosques paralelos que parecían atraerle cada vez más.

«Y ahora se llama Rod —se recordó Joshua—. Le pusimos Daniel Rodney. El niño siempre fue Dan, y el hombre es Rod. Lo ha elegido él.» Joshua sentía orgullo por aquel joven apuesto y confiado, y a la vez una punzada de remordimientos al constatar la evidente distancia que los separaba.

—Gracias por venir, hijo. Y gracias por hacer este viaje conmigo. O por lo menos el tramo que haremos juntos.

—Bueno, todavía no lo hemos hecho. Y no has visto la nave que he traído.

—Tu «aeronave cruzadora». Has sido bastante enigmático.

—No es un twain, papá. No tiene nada que ver con aquel dirigible enorme en el que viajamos al Datum cuando era pequeño. ¿Cómo se llamaba?

—*Polvo de oro*. —La respuesta provenía de Helen, exesposa de Joshua y madre de Rod, que salió de la casa y envolvió a su hijo en un abrazo.

Helen iba vestida con ropa sencilla y llevaba el pelo rubio rojizo y entrecano recogido en un práctico moño. A su regreso a Reinicio, tras separarse de Joshua, había retomado su oficio de comadrona, y a esas alturas ya gozaba de bastante prestigio en la comunidad extendida en paralelo de Nueva Scarsdale. Era fuerte, eso saltaba a la vista, fuerte de torso y brazos, además de competente. Al ser su cumpleaños, Joshua tenía muy presente su propia edad, pero Helen a su vez llegaría a los cuarenta el año siguiente.

Entonces salió de la casa el último habitante. El padre de Helen, Jack, apoyado en precario equilibrio sobre un bastón, rondaba los setenta años.

—Mi niño, mi niño. —Pasó el brazo libre por los hombros de Rod, que le dejó hacer con afecto.

Helen iba de un lado para otro.

—Entrad y así cerraremos la puerta. Puede que sea mayo, pero todavía refresca por la noche.

Les hizo pasar al salón principal de la casa, núcleo de la estructura y primer espacio que construyeron, donde, como familia de pioneros en los años anteriores a que Helen conociera a Joshua, todos los Green habían vivido en acogedor hacinamiento una temporada... todos menos Rod el fóbico, al que habían dejado atrás en el Madison del Datum: Rod, el hermano de Helen, que para su hijo era un misterioso tío perdido cuyo nombre había decidido adoptar.

Rod parecía incómodo plantado junto a una mesa cargada de comida, en una habitación en la que era evidente que ya no sentía que encajase.

—Mamá, no tendrías que haberte tomado tantas molestias.

Helen sonrió.

—Sabías que iba a hacerlo, de todas formas, ¿o no? Mirad, sé que los dos

tenéis ganas de marcharos...

Jack refunfuñó.

—¿Ni siquiera vas a pasar a saludar a la tía Katie y sus niñas, y a los nietos? Ya sabes cómo admiran al gran piloto de twains...

—Ya no piloto twains, abuelo.

—Aun así...

—Solo he venido por papá.

—¡Una insensatez!

—Si papá quiere recorrer cien mil mundos hasta llegar al Datum, en su cumpleaños, en un solo día, me parece bien. La mayor parte del camino la haremos volando. Para cuando amanezca quiero haber echado mil quinientos kilómetros, hasta la huella de Wisconsin, y después de eso otras seis horas de vuelo y más cruces sobre Madison.

—Si no sufrís ninguna avería por el camino. Una maldita insensatez, si queréis saber mi opinión.

—Nadie te la ha pedido, Jack —replicó Joshua, sin descortesía—. Y cuando Rod me desembarque, haré el resto del camino andando.

Helen puso los ojos en blanco mirando hacia su hijo.

—¡Con Sally Linsay! Eso sí que es un regalo de cumpleaños. Dos cascarrabias antisociales deambulando por la Tierra Larga quejándose de lo bonito que era cuando no había gente estropeándolo todo... Gente que no fueran ellos, se entiende.

Rod se encogió de hombros con generosidad.

—Es lo que ha escogido papá, mamá. Solo se cumplen cincuenta una vez.

—Una maldita insensatez —repitió Jack.

Helen insistió:

—Bueno, si no quieres ver a tu familia ni vas a dejar que te mime aunque sea por una sola noche, por lo menos me dejarás que te sirva de repostaje. Os

espera un viaje muy largo, o sea que aquí tienes galletas caseras con azúcar a tope y bocadillos. El cerdo es congelado, pero no está mal. Para beber hay té helado, café caliente y limonada. Ya sé que es medianoche, pero ¿qué más da? Sentaos. Comed.

Joshua y Rod cruzaron una mirada y se encogieron de hombros como hacían cuando Rod era un crío llamado Dan y los dos sabían que era mejor no discutir, y se sentaron a la mesa. Hasta Jack posó su corpachón en una silla. Llenaron los platos de comida y se sirvieron de beber.

—Es demasiado tarde para esto, maldita sea —rezongó Jack mientras mordía una galleta del tamaño de un plato de postre. Hizo una mueca y se llevó la mano a la boca.

Joshua sabía que Jack, por desgracia para él, era un ejemplo típico de su generación, los primeros pioneros de la Tierra Larga. El trabajo físico que había invertido durante aquellos primeros años en la construcción de Reinicio, adonde había llegado después de una travesía de meses con la joven Helen y el resto de la familia, le había dejado en herencia una artritis grave en su ancianidad. Pero él había rechazado con testarudez los caros fármacos de las Tierras Bajas y se había negado a aceptar ni siquiera la ayuda más básica. La mera concesión de irse a vivir con Helen había sido el resultado final de una guerra de desgaste organizada a medias entre ella, cuando había vuelto al hogar desde Quinto Infierno, y su hermana mayor Katie, que había permanecido toda la vida en Reinicio con su propia familia. Jack seguía escribiendo, o por lo menos lo intentaba, en tosco papel de manufactura local, sosteniendo plumas de ave igualmente locales con sus manos ancianas y agarrotadas. Helen le había contado a Joshua que su padre estaba trabajando en unas memorias de los tiempos heroicos de la Revolución Amable de Valhalla, cuando los pueblos de la Tierra Larga habían defendido su independencia del Datum: un breve drama que a esas alturas, sospechaba

Joshua, apenas recordaban Rod y sus amigos raqueros que iban desapareciendo en la infinitud verde de los mundos paralelos.

En cualquier caso, Joshua sabía que Jack estaba en lo cierto sobre lo tarde que era. Aunque muchos integrantes de la generación más joven se estaban dispersando, el núcleo de la población de Reinicio seguía viviendo de las granjas que ellos y sus padres habían arrancado a los bosques vírgenes desde hacía un cuarto de siglo. Y, como seguían los ritmos de vida de sus animales, solían retirarse a la puesta de sol. La medianoche era territorio desconocido para los granjeros.

—Va, deja de protestar, papá —dijo Helen de todas formas—. Cuando me sale trabajo de comadrona estamos despiertas a la hora que haga falta. Los recién nacidos no tienen horario. Tú mismo te levantas en plena noche para hacerme un café cuando llego hecha polvo antes del canto del gallo. Además, si es el único momento que Rod tiene para pasar con nosotros, no pienso malgastarlo durmiendo. ¿Más té?

—Todavía no, gracias. —Rod parecía incómodo—. Mamá, escucha, he oído que tú también tienes noticias.

Helen alzó las cejas.

—Los rumores vuelan, incluso en la Tierra Larga. En fin, no estoy segura de qué habrás oído, Rod, pero la verdad es...

Jack soltó una risilla.

—Tiene un nuevo novio. ¡Ese chaval paliducho de Ben Doak!

Joshua se obligó a no sonreír. Se alegraba de haber tenido tiempo de asimilar la noticia de antemano. A esas alturas ya no dolía tanto; era una capa más que se sumaba al conglomerado de tristeza nostálgica y remordimientos que llevaba dentro desde que su matrimonio se había deshecho. Además, Ben Doak era un poco friki.

—Va, cállate, papá —le espetó Helen—. No es ningún chaval, por el amor

de Dios, solo le llevo un par de años. Tú le conoces, Rod. Fue otro de los primeros colonos, él y su familia. Ya en la travesía entablamos una relación bastante estrecha con los Doak. Tiene un par de hijos, más jóvenes que tú, y perdió a su mujer por culpa de una enfermedad del bosque que nos golpeó fuerte hace un año...

—Ya he venido otras veces desde entonces, mamá.

—Perdona. Y como yo también perdí a mi marido por culpa de otra clase de enfermedad —añadió con una mirada de reojo a Joshua—, hemos pensado que podíamos... bueno... hacer causa común.

Jack resopló.

—Me suena más a alianza militar que a matrimonio. Pregúntaselo tú, Rod, porque yo ya lo he intentado y no le da la gana contestarme. ¿Quiere de verdad a ese jovenzuelo de Doak?

Era evidente que se trataba de una vieja discusión entre los dos. Helen respondió airada:

—Para haber pasado tanto tiempo aquí, papá, todavía te crees que es como el Madison del Datum, donde creciste tú. Lleno de gente que viene y que va, lleno de opciones para quien quiera compañía. Donde podías permitirte el lujo de esperar a encontrar a alguien con quien pudieras, tal vez, enamorarte. Aquí es diferente.

Rod cogió la mano de su madre.

—Yo te entiendo, mamá. A nosotros nos pasa lo mismo.

—Claro —terció Jack—. Correteando por el bosque como Robin Hood y sus forajidos. No estarás en uno de esos «matrimonios extensos», ¿verdad?

—Si lo estuviera, serías la última persona a quien se lo contaría, ¿no te parece?

Jack reflexionó un momento y le guiñó un ojo a Rod.

—También es verdad.

—Mamá, volveré para la boda.

—Eso está bien. —Pero por un momento Helen pareció nerviosa—. Todavía no hay nada fijo, no hay fecha. ¿Cómo te localizaré? Quiero decir...

—Tranquila, que lo sabré. —Luego añadió con aire travieso—: En realidad, a veces es útil ser pariente del gran Joshua Valienté. La gente se fija un poco más en lo que haces. Transmiten mensajes.

Helen miró a Joshua con expresión desdeñosa.

—Sé que es su cumpleaños, pero si algo no necesita es que le suban más los humos. Además, él sabe tan bien como yo que preferiría que pasara este día tan señalado con su familia en lugar de emprendiendo otra de sus estúpidas correrías por la Tierra Larga.

—Una correría con mi hijo —señaló Joshua—. Por lo menos en parte. Estrecharemos lazos.

—Solo es porque no has encontrado ninguna otra manera de hacer el viaje, so carcamal —observó Jack.

Rod se rio.

—Hablando del viaje, tenemos que ponernos en marcha. Mamá, gracias. Estas galletas están deliciosas, y el azúcar ayudará a mantenerme despierto.

Jack gruñó.

—Lo que me mantiene despierto a mí es saber lo que hemos tenido que cambiar por ese azúcar. Aquí esto lo usan como moneda.

—¿Puedo llevarme una fiambra?

Y así, la fiesta de medianoche, por llamarla de alguna manera, se disolvió. Hubo un último minuto para recoger, un abrazo tieso y un apretón de manos para Joshua de parte de su exmujer y su exsuegro y un último sorbo de café cargado.

Entonces Rod, con un farol en la mano, salió del pueblo con su padre y tomó un sendero forestal que llevaba al río, donde todavía se alzaba una

lápida en honor de la malograda madre de Helen, la esposa de Jack.

Y donde, en un claro, Rod había aterrizado una avioneta.

El casco de la aeronave era de cerámica lisa y blanca, sin más señas de identidad que un número de registro y el inevitable logotipo con el monje budista de la Corporación Black que denotaba la capacidad de volar cruzando. Las alas eran rechonchas; el alerón, gordo. El chasis principal era un cilindro achaparrado, apenas lo bastante grande para dar cabida a una pequeña cabina y asientos de banco para cuatro pasajeros.

Dentro de la avioneta, sorprendía el olor a maquinaria nueva, a limpio. Es como un coche recién comprado, pensó Joshua, un recuerdo errante de las primeras décadas del siglo XXI, cuando era pequeño y el Datum, único mundo existente, estaba lleno de coches, nuevos y no tan nuevos. Una vez guardado su escaso equipaje, Rod y Joshua se amarraron al asiento del piloto y el copiloto y Rod pasó las manos por encima de unas tabletas integradas que iluminaron la pequeña cabina con su resplandor. Joshua no reconoció ni un solo aspecto de la instrumentación virtual.

—Sabes que no soy un gran fan de los aparatitos, pero esto es bastante molón.

Rod hizo una mueca.

—¿«Molón»? ¿Cuántos años dices que tienes, papá? Agárrate fuerte, el despegue es un poco brusco.

Con el zumbido de un motor de biocombustible y un rugido apagado de los reactores, el aparato se sacudió y empezó a avanzar sobre el césped, dando tumbos por el terreno irregular. En Reinicio no había nada parecido a una pista de despegue, porque no había suficientes visitantes aerotransportados

para justificarla y, por si fuera poco, la mayoría de ellos llegaban en dirigibles que no la necesitaban en absoluto. Era evidente que aquel avioncillo tampoco precisaba una pista. Después de rodar durante un trecho sorprendentemente corto, saltó hacia el cielo oscuro.

No cruzaron de inmediato. Rod puso el piloto automático para que el avión se ladeara y trazara un giro amplio y perezoso mientras él comprobaba la caja cruzadora que llevaba a la cintura y luego abría un pequeño paquete de medicamentos y empezaba a engullir pastillas. Por lo que a cruzar respectaba, el árbol genealógico de Rod tenía una de cal y una de arena: su padre, Joshua, era el cruzador natural por antonomasia, pero en la rama materna había fóbicos, personas incapaces de cruzar en absoluto, como su tristemente famoso tío, cuyo nombre había adoptado. El propio Rod era más bien un caso típico. Con cruzadora, podía dar unos tres o cuatro saltos por minuto, pero sintiendo náuseas todas las veces, por lo que necesitaba un tratamiento para controlar la reacción. Por suerte para él, para cuando intentó hacer realidad su sueño infantil de pilotar twains —los grandes dirigibles que cruzaban de un mundo a otro transportando carga—, los fármacos contra la náusea habían alcanzado el culmen de la eficacia, por lo que permitían cruzar cada pocos segundos o incluso más rápido.

Joshua no hizo mucho caso de esa automedicación, aunque se preguntó por un instante si los tratamientos modernos todavía dejaban el pipí azul.

Las ventanas de la cabina eran grandes y generosas, de manera que, cuando el paisaje se extendió por debajo de él, Joshua pudo distinguir las luces dispersas de Reinicio y las granjas y refugios de pastor colindantes. Pero no habían cobrado mucha altura antes de que el asentamiento se perdiera en el bosque que cubría el continente entero, un profundo mar negro verdoso en aquella noche sin luna.

—Me hace pensar en lo pocos que somos en mundos como este, incluso

después de tantos años. Y con todo lo que nos hemos reproducido.

Rod gruñó.

—Para mis amigos y yo, esto es lo normal. Se supone que un planeta no tiene que brillar en la oscuridad. —Guardó sus medicamentos—. ¿Qué, estás listo?

—Vamos.

Rod tocó la esquina de otra de sus pantallas brillantes.

El primer cruce fue una suave sacudida, como un bache en una calzada, y de repente estaban en una tormenta, que desapareció en el acto con el segundo cruce.

Después de eso, los mundos se sucedieron ante los ojos de Joshua, uno tras otro, variaciones de un tema en negro, sin una luz a la vista en el terreno de abajo. Desde el primer momento, el ritmo de cruce fue más veloz que el pulso de Joshua, lo que resultaba algo desconcertante, como una música demasiado rápida. Pero cuando la frecuencia de los saltos aumentó, la inevitable sensación de sacudida también se volvió menos perceptible, camuflada, en realidad, por la leve vibración de los suaves motores cuando el avión adoptó su rumbo establecido, que lo llevaba en líneas generales hacia el oeste geográfico, en dirección al centro del continente y las huellas de Wisconsin, todo ello sin dejar de cruzar.

—Buena máquina —observó Joshua.

—Sí. «Molona.»

—No te preguntaré cuánto has pagado por usarla. Ni cómo has ganado ese dinero, viviendo como vives.

—Me gano la vida a mi manera, de la que tú no sabes nada. Mira, he venido tal y como me pediste. ¿Querías que pasáramos tiempo juntos? Pues muy bien. Este viaje es mi regalo para ti, papá. Feliz cumpleaños, ¿vale? Pero ¿por qué narices haces esto?

—¿Por qué narices no? Tengo cincuenta años. Me he pasado la vida vagando por la Tierra Larga. ¿Por qué no cruzar cien mil mundos en un día? ¿Por qué no celebrarlo con una insensatez como esta, ahora que todavía puedo?

—Odio tener que decírtelo, pero estoy bastante seguro de que no es ningún récord de velocidad.

Joshua se encogió de hombros.

—No me interesan las comparaciones. Nunca me ha interesado mucho lo que pensarán de mí los demás, mientras me dejasen en paz.

—Bueno, pues a lo mejor tendría que importarte, papá. Quiero decir que, como ha comentado mamá, podrías haber celebrado tu cumpleaños con algo que no consistiera en estar solo ahí fuera.

—¿Como qué? ¿Una barbacoa? —Joshua miró a su hijo de reojo. Las tabletas de control iluminaban la cara de Rod con un suave resplandor—. Ahora sueñas como tu madre. O tu abuelo. Hubo un tiempo en el que Dan iba a ser piloto de twains. Ahora tenemos aquí a Rod el raquero, que lo sabe todo.

Rod replicó con cierta irritación:

—Quería pilotar twains cuando era un niño pequeño, por el amor de Dios. Y llegué a trabajar en eso, durante una temporada. Pero hoy en día no existen las mismas oportunidades, ya lo sabes.

Era cierto. Seguía habiendo vuelos locales de twains, sobre todo entre las Tierras Bajas, más industrializadas, pero la gran ruta Datum-Valhalla, un «Mississippi Largo» que había sorteado un millón de mundos con un puente de comercio e intercambio cultural, había decaído después de que Yellowstone destruyera, a todos los efectos, la Tierra original. Y después, tras el catastrófico invierno de 2046 y una nueva oleada de inmigración procedente del maltrecho Datum, la mayor parte del comercio de la Tierra

Larga había quedado reducido a intercambios de alcance relativamente corto.

Aun así, una cosa era cambiar de planes profesionales y otra muy distinta cambiarse de nombre.

Joshua vaciló antes de decir:

—Creo que a tu madre le preocupa que hayas empezado a usar el nombre de tu tío, ¿sabes?

—Es mi segundo nombre. Me lo pusisteis vosotros.

—Cierto, pero...

—Es el secreto oculto de los Green, ¿verdad? Jack, el gran agitador político, y mi madre, la comadrona, antiguos héroes pioneros que hoy en día forman el corazón de Reinicio. Pero solo están aquí porque abandonaron a su hijo fóbico en la Tierra, y mira lo que pasó con él al final.

El hermano de Helen, que se había criado sin padres después de participar a los dieciocho años en el atentado terrorista nuclear anticruce de Madison, en el Wisconsin del Datum, se había pasado la vida en instituciones penitenciarias. Había muerto en una de ellas hacía poco, de una infección contraída en el hospital. Joshua cayó en la cuenta, sorprendido, de que había cometido su único pero atroz crimen cuando era más joven que Rod en ese momento.

—De acuerdo, pero es como si se lo restregaras por la cara. Sobre todo a Jack. No deberíamos juzgarlos, Rod. Es una pena, pero no encontraron una manera de satisfacer a todo el mundo.

—Todos cometemos errores, ¿eh, papá?

—Pues sí, la verdad. Lo único que pasa es que tú aún no has cometido el tuyo, hijo. O tal vez sí y no lo sepas todavía.

—Hombre, gracias. Ahora quizá deberías cerrar la boca y dejarme pilotar este trasto.

—Rod, yo...

—Olvidalo.

Después de eso, gran parte de la noche transcurrió en un silencio no muy cordial. Fueron largas horas de oscuridad que Joshua pasó en buena medida lamentándose por lo que había dicho, o dejado de decir, no por primera vez en lo tocante a su familia.

Quizá durmió un poco. Sospechaba que Rod también había echado una cabezadita, con el piloto automático puesto. No les quitó el sueño ni siquiera la aparición fugaz de algún Bromista ocasional.

Salió el sol en todos los mundos de la Tierra Larga.

A unos cincuenta mil cruces del Datum, aún seguían dentro de la gruesa franja de mundos conocida como el Cinturón Minero, más fresco y menos boscoso que las Tierras del Cinturón del Cereal, que empezaban más o menos donde Reinicio estaba situado y se prolongaban en dirección al oeste paralelo. Los mundos del Cinturón Minero se explotaban casi en exclusiva como fuente de varias clases de minerales, bien para uso local, bien para exportar al Datum y las Tierras Bajas, aunque incluso esa modalidad de comercio estaba de capa caída. Pero había manadas de animales que observar, cuando se acercaban a los cauces de agua y los lagos. En su mayor parte eran mamíferos cuadrúpedos pero muy distintos a la población habitual de la imaginación cultural humana: criaturas parecidas a camellos gigantes, criaturas como elefantes con colmillos de formas extrañas, presas de unos depredadores semejantes a felinos colosales. A medida que Joshua y Rod cruzaban, las manadas, masas oscuras y fluidas, aparecían y desaparecían en un abrir y cerrar de ojos.

Desayunaron en silencio con las galletas de Helen y café tibio de un termo.

En torno a las ocho de la mañana, el carácter de los mundos que

sobrevolaban volvió a cambiar, de manera sutil. Entraban en el Cinturón de Hielo, una sucesión de mundos sometidos a glaciaciones periódicas, de los cuales la Tierra del Datum —por lo menos en su estado primigenio, antes de que la humanidad se pusiera manos a la obra— parecía haber constituido un ejemplo típico. Esas Tierras eran más frescas, con praderas combinadas con bosques reducidos a islas de árboles de hoja perenne y tundra en el lejano norte. Como Joshua había descubierto durante sus primeras excursiones por la Tierra Larga y en aquel primer viaje de exploración con Lobsang dos décadas atrás, surcar la Tierra Larga era como volar a través del ramaje de un monumental árbol de posibilidades y probabilidades. Cuanto más se acercaba uno al Datum, más eslabones de la cadena de accidentes cósmicos fortuitos que habían conducido a las circunstancias particulares del mundo originario iban ocupando su puesto y más familiares se volvían los paisajes. De manera que, en los herbazales poco poblados que sobrevolaban, empezaron a ver animales parecidos a aquellos junto a los que habían evolucionado los humanos, aunque no hubieran sobrevivido necesariamente hasta la edad moderna: mastodontes y mamuts, ciervos y bisontes. En la mayoría de esas Tierras debía de haberse producido la colisión decisiva de las Américas, Norte y Sur, porque vieron inmigrantes sureños como perezosos gigantes y armadillos del tamaño de un coche pequeño.

Pero, aparte del muy ocasional puntito luminoso de alguna hoguera o de las luces, todavía más infrecuentes, de alguna aldea perdida, no había indicios de humanidad.

—No hay nadie en casa —señaló Joshua—. Y aun así, todavía te encuentras a gente, sobre todo en el Datum, que dice que hemos conquistado la Tierra Larga.

Rod se encogió de hombros.

—¿Y qué? ¿Qué necesidad hay de conquistar, o no conquistar, cualquier

cosa? ¿Por qué no aceptar las cosas tal y como son, sin más? Al fin y al cabo, incluso si cambian, siempre se puede cruzar a otra parte.

Y Joshua comprendió que eso era lo que Rod pensaba de verdad sobre el mundo, o mundos: una especie de «ahora» infinito, de «aquí» infinito, un lugar donde ubicación y tiempo carecían de importancia... y que era infinitamente generoso, un lugar en el que no había necesidad de trabajar, de construir, de arreglar. Un lugar para escapar de forma indefinida. Joshua sintió una mezcolanza repentina e intensa de emociones. Nacido en la Tierra Larga, Rod pertenecía a una generación que había quedado dividida para siempre de la de Joshua por la inmensa sima del Día del Cruce, y sus cosmovisiones jamás podrían reconciliarse.

No pudo evitarlo. Estiró el brazo, agarró a Rod por el hombro y apretó con fuerza. Pero su hijo no reaccionó.

Fue un alivio para los dos, sospechó Joshua, cuando llegó el mediodía y el avión descendió hacia una huella deshabitada de los lagos madisonianos, tres mil cruces exactos al oeste del Datum. Un único hilo de humo se elevaba desde una fogata encendida junto a la orilla.

Y mientras el avión efectuaba su descenso final, una mujer situada junto al fuego se puso en pie y saludó con la mano.

Rod cruzó muy pocas palabras con Sally Linsay. Joshua sospechaba que siempre se había sentido incómodo con la tensión existente entre su madre y Sally, aunque suponía que el estilo de vida errático de la segunda tenía mucho más que ver con la opción de Rod que la sedentaria labor de comadrona de Helen. Rod se despidió con educación y estrechó la mano a su padre.

Luego Sally y Joshua se quedaron de pie uno al lado del otro mientras observaban cómo la avioneta se elevaba hacia el cielo antes de emprender su vuelo en paralelo y desaparecer. Joshua intentó cerrar la tapa de aquella nueva caja de remordimientos, la sensación de que había perdido otra oportunidad, de alguna manera.

Sally dejó que Joshua comiera deprisa y corriendo un muslo de conejo a la brasa regado con café frío mientras ella se echaba la mochila a la espalda y apagaba el fuego con los pies.

—No hay tiempo que perder, ¿eh, Sally? No has cambiado.

—Puedes estar seguro. ¿Para qué iba a cambiar? Además, ya llevas sentado sobre tu culo gordo toda la noche en ese avión, o sea que no te vendrá mal un poco de ejercicio. Feliz cumpleaños, por cierto.

—Gracias.

Sally, que ya tenía cincuenta y cinco años, solo parecía más dura si cabe que de joven, pensó Joshua. Como si los estragos del tiempo la hubiesen reducido a su núcleo más firme.

—Escucha —dijo ella entonces—. Quieres llegar a las Tierras Bajas para

el atardecer, ¿verdad? Tres mil mundos en seis horas o así. Tendremos que mantener un ritmo alto, de un cruce cada pocos segundos. Haciendo descansos regulares, podemos conseguirlo. —Le miró de reojo—. Eso, dando por sentado que no quieras hacer trampas y tomar un atajo.

—¿A través de un sitio blando, quieres decir? No, a menos que haga falta.

—Esto es un capricho de cumpleaños. ¿Por qué narices tendría que hacer falta algo?

—Tengo una cita. He quedado con Nelson Azikiwe para el último tramo.

—Ese muermo.

—A ti todo el mundo te parece un muermo, Sally. Yo incluido, probablemente.

—Tú más que nadie, Valienté. No te hagas ilusiones. —Lo inspeccionó con más detenimiento, recelosa—. ¿Estás bien? En serio.

—Llevo un tiempo con mis dolores de cabeza. Por eso acorté mi último período sabático.

—Ah. Las migrañas del Silencio. Tu legendaria sensibilidad a las perturbaciones en los confines remotos de la Tierra Larga...

—No es ninguna broma, Sally. Lobsang siempre dijo que me tenías envidia por eso.

—Ja. Menudo maestro de la psicología. En fin, no sería la primera vez que aciertas...

—Como cuando Primera Persona Singular. Como cuando la gran migración troll de 2040...

—No necesito un resumen. ¿Tienes alguna idea de lo que se trata esta vez, en concreto?

—No —respondió Joshua con pesar—. Nunca lo sé.

—Ya. ¿Y es algo que te incapacita? ¿Vamos a hacer esta excursión o qué?

Sin replicar, Joshua tiró los restos de su almuerzo, se acomodó la mochila a

la espalda, comprobó sus botas y partieron.

Con Sally a la cabeza, fueron bordeando el lago a paso lento pero regular. Se mantuvieron apartados de la orilla en sí, donde era más probable que se congregasen animales, a salvo de los cocodrilos o cualquier otro peligro procedente del agua.

No iban a hacer otra cosa que caminar alrededor de aquel lago, o sus huellas en la Tierra Larga, hasta el atardecer. Cada pocos pasos, harían un cruce al este, juntos. Así de fácil. Lagos paralelos, orillas paralelas.

—No tendrías que preocuparte por tu hijo, ¿sabes?

Joshua sonrió.

—¿Me vas a dar consejos familiares? ¿Tú, que no te has casado ni reproducido y que tienes un padre que te abandonó hasta que te necesitó para que lo llevaras a cuestas por el Marte Largo?

Sally gruñó.

—¿Sabías que ahora hay aborígenes australianos viviendo ahí? Se están extendiendo por todo el Marte Largo. Sus estructuras sociales son ideales para esos mundos áridos, al parecer.

»En cuanto a lo que dices de los consejos familiares... Mira, todos los jóvenes se rebelan contra la manera en que sus padres hacían las cosas. Es natural. La generación de tu hijo, por suerte para ellos, está creciendo en un entorno que no tiene nada que ver con el tuyo y el mío. Son desafíos nuevos, una ética nueva. Sobre todo desde que el Datum se derrumbó y el gobierno dejó de intentar cobrar impuestos a todo el mundo. Y está claro que la Tierra Larga se las ha ingeniado para imponer una selección natural de los inteligentes por delante de los tontos, desde el principio mismo.

—Lo sé, Sally. Yo estuve ahí, ¿recuerdas? Y si la selección no es natural,

siempre puedes echarle una mano tú, ¿verdad?

Sally le miró con cara de pocos amigos.

—Alguien tiene que hacerlo, ahora que hasta Maggie Kauffman y sus cañoneras voladoras de la Armada están casi desaparecidas.

Joshua sabía que últimamente Sally se ganaba la vida como superviviente profesional, por así decirlo. A cambio de unos honorarios acordados de antemano, vivía unos cuantos meses, tal vez un año, con una nueva comunidad de colonos, a los que ayudaba a superar los peligros más obvios y evitar las primeras trampas. Para una mujer que nunca había soportado a los memos, Joshua sabía que aquella había sido una decisión profesional difícil: los retos físicos no le supondrían un gran problema, pero sí que le costaba ofrecer apoyo, en vez de un juicio.

No obstante, Joshua tenía sus propios contactos en la Tierra Larga y le habían llegado muchos rumores sobre lo que Sally se traía entre manos en realidad. Se estaba ganando fama de justiciera. A Joshua le preocupaba, temía que estuviera perdiendo el norte. Por el momento, sin embargo, no dijo nada.

Llegaron a un mundo en el que los animales eran relativamente abundantes, atraídos por el lago. Tal vez en esa huella en concreto hubiera una especie de sequía. Los viajeros hicieron una pausa para echar un trago de su propia agua embotellada. El aire era caliente y parecía cargado de polvo. Una manada de algo parecido a ciervos bebía a lametones con aire vigilante, mientras un perezoso gigante trepaba para mordisquear las hojas curvas de un árbol moribundo. Unas criaturas semejantes a zarigüeyas se amontonaban sin recato a los pies del perezoso, para rebuscar entre sus deposiciones.

—Verás, Joshua, tú y yo somos diferentes de los demás. No somos aldeanos ni urbanitas del Datum. Pero tampoco somos pioneros, ni colonos, como la mosquita muerta de tu Helen.

—Huy, no es ninguna mosquita muerta. Y ya no es mía.

—Somos solitarios. La gente solitaria sobrevive y punto, tira adelante. No construye cosas, como los pioneros. La Tierra Larga siempre tendrá sitio para la gente como nosotros. No necesitamos ninguna clase de definición, porque no tenemos un *papel*. Ni siquiera como lo tienen los raqueros, que han desarrollado de forma deliberada ese estilo de vida de caminar de un lado a otro, sin coger nada que no sea la fruta más madura. Nosotros somos... nosotros. Al margen de la humanidad.

—¿Y al margen de los valores humanos? ¿Eso es lo que intentas decir?

—Digo que yo tengo mis propios valores... y creo que tú también.

Joshua la miró con detenimiento y trató de leerle el pensamiento, pero fue en vano, como siempre le había pasado en los veintitantos años que hacía que se conocían.

—Exista o no el pecado, tú no eres la justicia divina, Sally. Necesitas...

—Lo que no necesito es que tú me digas cómo comportarme. —Levantó la mochila—. Pronto llegaremos a un fajo de glaciaciones. Tenemos que subir a terreno más alto para quedar por encima del hielo al cruzar.

—Ya he hecho esto otras veces, por si no lo sabías.

Y ahí estaban, discutiendo tal y como Helen había pronosticado. Sally se alejó del agua, cruzando mientras caminaba. Joshua no tuvo más remedio que seguirla, siempre un poco por detrás de su parpadeante presencia en tránsito.

Sally lo llevó hasta la Tierra Oeste 30. En aquel mundo en particular, allí en el istmo madisoniano, se erguía un complejo costero con focos de sodio encendidos bajo la luz del primer atardecer y cochecitos de golf aparcados en filas. Resultó que era un pabellón deportivo, un centro turístico. Era la clase de instalaciones que abundaban en los mundos «significativos», como los que tenían un número redondo: Oeste 30, Este 20. Y como era evidente, por mucho invierno volcánico que se hubiera producido, seguía quedando gente rica suficiente para rentabilizar esa clase de lugares.

Nelson Azikiwe, vestido con botas y ropa de excursionista al estilo de las Tierras Bajas, los esperaba en el lugar acordado, justo enfrente del aparcamiento.

Sally se subió la mochila con los pulgares y miró a su alrededor con gesto desdeñoso.

—Turistas. Me largo. Cuidaos, Nelson, Joshua.

Este último replicó:

—Tú tam...

Pero, por supuesto, Sally ya había desaparecido con un suave estallido de aire desplazado.

Joshua estrechó la mano de Nelson con afecto.

—Gracias por venir, compañero.

—Bueno, cualquier amigo de Lobsang es amigo mío, y además a estas alturas tú y yo ya hace tiempo que nos conocemos. Será un placer acompañarte en este último tramo de tu larga caminata. Nadie debería pasar

solo su cumpleaños.

Nelson tenía un suave y agradable acento sudafricano apocopado, pero con unas consonantes británicas más marcadas. No parecía haber cambiado nada desde la última vez que Joshua lo había visto, en el acto en memoria de Lobsang. La única diferencia perceptible era que, a sus sesenta años, quizá tenía algo más de gris en ese cabello moreno.

Empezó a atronar música electrónica en el pabellón, que estaba a unos quinientos metros. Nelson hizo una mueca.

—Creo que nos están echando. ¿Hacemos el primer cruce?

El centro turístico desapareció como por ensalmo. En la Tierra Oeste 29, la orilla del lago era felizmente virgen.

Al encajar el impacto del cruce, Nelson logró mantenerse derecho — muchos cruzadores inexpertos se doblaban por la cintura a causa de las náuseas, por muchos fármacos que hubieran tomado—, pero Joshua captó su expresión de angustia.

—Oye, ¿seguro que quieres hacerlo? Solo es una ocurrencia mía sin mayor importancia.

—Bueno, Joshua, esta es la última etapa de tu descenso desde el firmamento. Primero has volado por los cielos como el Espíritu Santo... o como el alma incorpórea de Lobsang entre encarnaciones, quizá. Luego has caminado sin miedo junto a Sally Lindsay, una humana superpoderosa. Y ahora, para este último puñado de cruces, debes renquear al costado de un viejo como yo, un mero mortal. Completaremos las veintinueve estaciones de la Cruz que nos quedan antes de medianoche, te lo aseguro. Por supuesto, no podemos quedarnos mucho tiempo en la ruina radioactiva que es el Madison del Datum, pero me cuentan que las hermanas del Centro han organizado una

pequeña celebración en tu honor, allá en Oeste 5. La cosa va más de tarta que de champán, eso sí.

—Es un gran detalle.

—Creo que estoy recuperado. ¿Cruzamos otra vez?

En Oeste 28 lloviznaba y, aunque el istmo en sí estaba vacío, Joshua distinguió las luces de un pueblecillo unos kilómetros más al sur.

Otro cruce, diez minutos más tarde, y en el promontorio que ocupaba el edificio del Capitolio en el Madison del Datum —o, desde 2030, sus ruinas—, se había erigido un obelisco de piedra con una placa.

—En Inglaterra —explico Nelson—, ya sabes, donde tenía mi parroquia, cuando se fueron los romanos, los primeros misioneros cristianos que intentaron convertir a los sajones levantaron cruces de piedra en sus pueblos dispersos, como prenda de las iglesias que algún día construirían allí. Muchas de esas cruces sobreviven a día de hoy. Y así, en los tiempos heroicos de la Égida, el gobierno estadounidense ha repartido sus símbolos por lugares significativos como este, en unos mundos que por lo demás están casi del todo vacíos. Un eco de las futuras comunidades que algún día llegarán.

—Entonces sí que conoces algo de los mundos paralelos.

—Ah, sí, aunque personalmente nunca me ha gustado mucho cruzar. Hice un viaje a las profundidades de la Tierra Larga con Lobsang... Pero sí que disfruto con mis excursiones por las Tierras Bajas, las Gran Bretañas bajas, para ser exactos. Aun a día de hoy, después de las grandes emigraciones causadas por el invierno de Yellowstone, esos mundos se mantienen en estado casi salvaje. La docena o así de mundos más bajos al este y el oeste absorbieron una avalancha que se calcula en la mitad de la población del Datum antes de la erupción, pero incluso Oeste 1 tiene solo los mismos habitantes que el Datum alrededor del año 1800. Si nos dan un par de siglos lo llenaremos todo, sin duda, pero de momento hasta las Tierras Bajas suenan

a hueco.

»Además, esos mundos están como estaba el Datum antes de los humanos, quizá en el período interglacial de antes de la última glaciación. Como los trolls y el resto de los humanoides se mantienen alejados del Datum, ni siquiera esos derivados de la humanidad han causado un gran efecto, de manera que la Gran Bretaña de las Tierras Bajas es un vergel de robledales, de praderas y brezal, un vergel de agua y de luz, donde los elefantes, los rinocerontes y los osos conviven con tejones, ciervos y nutrias... Lleno de maravillas del pasado perdido de la humanidad. No siento la necesidad de ir mucho más allá.

Joshua echó un vistazo a su alrededor y no vio ninguna luz en el crepúsculo cada vez más oscuro.

—Ya anochece. Traigo una linterna.

—Yo también. Sigamos adelante. Es posible que tengamos que prender unas teas para ahuyentar a la fauna, más adelante.

Después de eso recorrieron un buen trecho, cruzando cada pocos minutos, sin precipitarse, para ayudar a Nelson a superar las náuseas.

Para cuando llegaron a Oeste 11, Nelson parecía sin resuello y con necesidad de hacer un descanso más largo. Se sentaron en un promontorio bajo con vistas a otra copia del istmo madisoniano, aunque en ese existía una comunidad sustancial, la mayor que habían visto hasta el momento, extendida bajo una tenue neblina de humo de leña, con el resplandor constante de la luz eléctrica tras algunas ventanas. Joshua hasta avistó un cartel de bienvenida al pueblo, clavado junto a un caminito de tierra:

BIENVENIDOS A MADISON OESTE 11

FUNDADO EN 2047 D.C.

POBLACIÓN VARIABLE

NO HAY QUE SER UN SIN TECHO PARA VIVIR AQUÍ,
PERO AYUDA

La primera casa a la vista, un poco más adelante camino abajo, era en realidad una chabola, iluminada con una ristra de faroles de aceite y construida con lo que a todas luces eran materiales de desecho importados del Datum: placas de yeso, fieltro para tejados, canalones de plástico. Detrás de la casa había un huerto cercado, con un sembrado de lo que parecían patatas, con gallinas y cabras y un montón de leña cortada de cualquier manera. Habían montado un estante de algún material plástico corrugado de cara al sur, donde le diera el sol, con botellas de plástico transparente dispuestas sobre la superficie. Joshua sabía que era una manera barata de purificar el agua: los rayos ultravioletas del sol matarían a la mayoría de los bichos.

Mientras los dos descansaban sentados, un vehículo salió traqueteando del pueblo. Era un cochecillo endeble y abierto, que avanzaba con un ronroneo de motores eléctricos, conducido por un anciano que los saludó con una inclinación de su sombrero desteñido por el sol. Joshua supuso que en algún momento había sido un carrito de golf, impulsado por baterías y fabricado con materiales cruzables —nada de acero— para utilizarse en los enormes campos de golf que, antes de Yellowstone, habían colonizado las huellas en las Tierras Bajas de muchas ciudades del Datum. Pero al carricoche le habían cubierto el techo con una manta de celdas solares y su cargamento consistía en lecheras, no palos de golf. En aquella granja que había junto al camino, entretanto, Joshua vio la silueta de un vehículo más imponente, que parecía un tractor pero con una especie de chimenea gruesa montada en la parte de atrás. Probablemente se tratase de una solución con biofuel, un gasificador, que era un artilugio que quemaba madera para emitir hidrógeno y metano a modo de combustible.

Joshua reconocía todo aquello. Madison Oeste 11, una colonia construida con chatarra reciclada del Datum, era un ejemplo característico de la segunda gran oleada migratoria procedente de la maltrecha Tierra Datum.

El clima, como siempre, había supuesto el mayor problema. Para 2046, seis años después de la erupción de Yellowstone en sí y el arranque del invierno volcánico, las cosas habían parecido estabilizarse, sin llegar a mejorar. Seguía muriendo gente; Joshua recordaba una información según la cual, al final, Yellowstone había matado a más personas de enfermedades pulmonares causadas por la ceniza de las que habían fallecido a renglón seguido de la propia erupción. Pero pronto se alcanzó algún punto de inflexión climático —hubo quien dijo que se trataba del colapso de la Corriente del Golfo, pero para entonces la recopilación de datos se había vuelto demasiado fragmentaria para estar seguros— y el invierno de aquel año fue el peor de todos. Los ríos se congelaron, los puertos quedaron bloqueados por el hielo y las tierras de labranza del Medio Oeste estadounidense sucumbieron al permafrost. Cuando las grandes centrales hidroeléctricas de Quebec empezaron a fallar por culpa de las heladas, la red eléctrica norteamericana se vino abajo y hubo que abandonar por fin ciudades tan grandes como Boston y Nueva York.

A lo largo y ancho de Estados Unidos, personas que se habían aferrado a sus hogares durante seis años acabaron por rendirse y partir a pie o en coche, bien rumbo al sur dentro del Datum, bien cruzando a los mundos de las Tierras Bajas al este y el oeste, donde los campamentos de refugiados abrumaban a unas comunidades que ya de por sí lo pasaban mal para salir adelante. Con el tiempo empezaron a brotar nuevas comunidades, como aquella de Oeste 11, poblaciones con un carácter nuevo, que usaban los restos reciclados de las antiguas e improvisaban soluciones sobre la marcha. La madera, abundante en las Tierras Bajas, empezó a usarse en gasificadores

para producir combustible, como el que llevaba instalado el tractor que Joshua había avistado: una fuente de combustible que era mucho más accesible, por el momento, que el carbón, el petróleo o la energía nuclear. Se había vaciado los museos del Datum de ruelas, telares y motores de vapor del siglo XIX para usarlos como modelos para nuevos tipos de industrias. Se obtenía la electricidad de cualquier modo posible, por ejemplo con alternadores y baterías de vehículos capaces de cruzar, como ese carrito de golf, conectados a molinos o ruedas de paletas instaladas en ríos. Todavía era raro encontrar algo parecido a una red de comunicaciones fuera de las ciudades paralelas más grandes y antiguas como Valhalla, pero en una población como esa debía de haber walkie-talkies y equipos de radioaficionado, y quizá alguien estuviera tendiendo cable de cobre para crear una red telefónica.

Por supuesto, la agricultura había sido la clave, como lo llevaba siendo desde el día mismo de la erupción, por la necesidad de alimentar a todas aquellas personas desplazadas. Se había producido un grave incidente internacional en 2047, cuando la Armada estadounidense había realizado una incursión en la Bóveda Global de Semillas de Svalbard, una isla noruega, para hacerse con sus reservas de simientes para cultivos heredados: las variedades más primitivas y resistentes, que necesitaban menos cuidados que las que habían dominado los inmensos campos mecanizados del Datum anterior a Yellowstone.

Pero a Joshua le parecía que estaba funcionando, incluso si esos nuevos pueblos de retales de las Tierras Bajas no tenían precedente ni en sus antepasados del Datum ni en los asentamientos coloniales puros de la Tierra Larga, como Reinicio y Quinto Infierno. Madison Oeste 11 siempre iba a ser una mezcla de lo viejo y lo nuevo. No se circulaba en coche, y había pocos vehículos en los caminos de tierra a excepción de los tractores, las

ambulancias, los coches de policía y las bicicletas. Ya no se utilizaba internet, sino que se hacía cola para ingresar el dinero en sucursales bancarias, como si el director fuera Jimmy Stewart en *Qué bello es vivir*. Y aun así, esas pintorescas prácticas decimonónicas estaban salpicadas de detalles de alta tecnología, como las mantas de celdas solares clavadas a tejados de paja.

Por otro lado, tampoco se había abandonado por completo los Estados Unidos del Datum, ni siquiera entonces. Los americanos habían llegado a reconocer que lo que ellos y sus antepasados habían hecho con su país de tamaño continental era un monumento histórico en sí mismo. De modo que los nuevos mundos se habían esforzado por acudir al rescate del viejo.

Nelson, que acusaba un ostensible cansancio, había guardado silencio desde el momento en que se habían sentado. Joshua le dio un puñetazo cariñoso en el hombro.

—Ya queda poco, viejo amigo.

Nelson sonrió con aire de disculpa.

—Me alegro de estar haciendo este viaje.

—Y yo me alegro de que hayas venido. Siempre has sido buena compañía. Y siempre me haces pensar.

—Ay. ¿Incluso el día de tu cumpleaños? Mis más sinceras disculpas. —Miró a Joshua de reojo—. Por supuesto, para la mayoría de nosotros estas efemérides se celebran con la familia y amigos. Yo, por mi parte, perdí el contacto con mi familia en el caos de las barriadas de Johannesburgo, mucho antes de Yellowstone. Y aquí estás tú, Joshua, caminando solo, o casi solo, en una fecha tan señalada.

Joshua se encogió de hombros.

—Ahora estoy más domesticado. Hasta Sally lo reconoce. Pero ya sabes... a veces echo de menos lo exótico. A los beagles, por ejemplo. —Eran unos seres inteligentes de aspecto canino procedentes de una Tierra muy remota—.

La vida se vuelve aburrida cuando solo puedes hablar con humanos.

—Pensaba que fue un beagle quien te arrancó la mano izquierda a bocados.

—Nadie es perfecto. Además, él creía que me estaba haciendo un favor. Por lo demás... en fin, parece que me cuesta construir una familia.

—A lo mejor porque tú mismo no tuviste una —conjeturó Nelson con expresión seria—. Lobsang me contó tu historia, hace mucho tiempo. Tu madre, la pobre Maria Valienté, que te dio a luz a solas y murió cuando solo tenía quince años. Tu padre, del que no se sabe nada. Por supuesto, Agnes y las hermanas del Centro te adoraban, pero eso no podía ser más que una compensación parcial ante semejante pérdida, aunque nunca fueras consciente del todo de ella.

—Lobsang sí descubrió algo sobre mi madre. —Y le había entregado una preciada reliquia, una pulsera de monos, un juguete tontorrón que había pertenecido a la cría que era Maria cuando tuvo a Joshua—. Pero nada sobre mi padre.

Nelson frunció el entrecejo, con la mirada perdida.

—Lo que es bastante inusual, bien pensado.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si ni siquiera el mismísimo Lobsang pudo descubrir nada, tiene que haber una ocultación deliberada. Por parte de alguien, de alguna manera y por algún motivo. —Esbozó una sonrisilla—. De repente estoy intrigado, Joshua. Esta es la clase de acertijo que siempre me ha atraído. Descubrí al propio Lobsang siguiendo un rastro de investigación, no sé si lo sabías, aunque al final resultó que todo lo había organizado él. Y como Lobsang ya no está, mi mundo ha quedado bastante desprovisto de teorías de la conspiración.

Joshua lo miró fijamente.

—Estás pensando en investigar esto, ¿verdad?

Nelson le dio una palmadita en el brazo y se puso en pie con movimientos agarrotados.

—¿Avanzamos más? Las muchas velas de esa tarta de cumpleaños no se soplarán solas.

—Cierto.

—Las muchas, muchísimas velas...

—Ya lo pilló, Nelson.

—Hum. Pero ¿tú quieres que tire de ese hilo? Me refiero a lo de tu padre. Considéralo otro regalo de cumpleaños. Si prefieres que lo deje...

Joshua se obligó a no vacilar.

—Hazlo.

—Y si descubro algo... Teniendo en cuenta las circunstancias de la breve vida de Maria, podría ser algo desagradable. Nunca se sabe qué podría descoserse si tiramos de ese hilo.

—Bueno, ya soy mayorcito, Nelson. —Aunque recordaba lo mucho que le habían confundido las revelaciones de Lobsang sobre su madre—. Mira, confío en tu criterio, descubras lo que descubras. A la de tres: una, dos...

Cruzaron al mundo siguiente juntos, con sendas explosiones sordas de aire desplazado.

Al mismo tiempo que el dirigible echaba el ancla en la cima de la colina que dominaba el corazón de Nuevo Springfield, en una versión paralela de Maine sobre la Tierra Oeste 1.217.756, Agnes vio que los vecinos llegaban de visita. Se sentía nerviosa, como si sufriera miedo escénico, algo extraño en ella. Aquel era el momento en que empezaba su nueva vida, pensó, a finales de aquel verano de 2054 —nueve años después de la «muerte» de Lobsang— en su nuevo hogar, con aquellas nuevas personas.

Ben, de tres años de edad, también vio acercarse a los vecinos. Si se ponía de puntillas y se agarraba a la barandilla con sus manos regordetas, alcanzaba justo a mirar por los grandes ventanales de la cabina sin que nadie lo levantara en brazos, como él prefería, porque era un niño muy independiente. Mientras los cabrestantes zumbaban remolcando al twain poco a poco hacia el suelo mediante los cabos del ancla, Ben botaba una y otra vez, emocionado.

—Pues claro que vienen a curiosear —dijo Sally Linsay, que estaba al lado de Agnes—. Es lo que hace la gente. Echar un vistazo a los recién llegados. Daros la bienvenida, si es posible. Asegurarse de que no sois una amenaza, si es necesario.

—Hum. ¿Y si lo somos?

—La gente de por aquí suele arreglar las cosas a su manera —comentó Sally con voz queda—. Recuerda que este es un mundo grande y que casi todo está cubierto de jungla, como esta o más espesa. Y solo hay un puñado de asentamientos. En un sitio así es fácil perder los problemas.

—Haces que un mundo vacío casi dé claustrofobia.

—Aquí vive buena gente, para lo que son las personas. De otro modo, no os habría recomendado venir.

Pero Sally lo dijo con un deje jocoso en la voz, un deje que estaba ahí desde el principio, cuando Lobsang le había pedido consejo. (O, mejor dicho, cuando George se lo había pedido, se recordó Agnes. «George.» Desde aquel momento y para siempre él sería George Abrahams, igual que ella no sería la hermana Agnes, sino Agnes Abrahams, fiel esposa de George. Y el pequeño Ben ya no era un Ogilvy, sino otro Abrahams, como certificaban sus papeles de adopción, firmados y fechados en ese mismo 2054, después de tantos años de espera a que las autoridades, desbordadas hasta el extremo por los incesantes trastornos derivados de Yellowstone, aprobaran por fin concederles un niño al que adorar.)

Sally conocía a Lobsang desde hacía mucho tiempo y le hacía bastante gracia el nuevo estilo de vida que había escogido.

—¿Lobsang con un hijo? Lo de ser granjero tiene un pase. Lo de la gata puedo entenderlo. Era de esperar que llevara a Shi-mi consigo. Lobsang y su maldita gata. Pero... ¿un *hijo*?

Agnes había protestado.

—Ben es huérfano. Nosotros podremos ofrecerle una vida mejor que...

—¿Lobsang quiere un *hijo*?

—Lobsang se está recuperando, Sally. De una especie de avería, creo.

—Bueno, eso no me sorprendió tanto. Supongo que venía a ser un caso único: una IA anticuada, hecha de montones de tecnología de varias generaciones, todos apilados uno encima de otro. Nunca habíamos hecho un experimento como Lobsang. Los sistemas complejos pueden venirse abajo, desde las ecologías hasta las economías... pero la mayoría de los sistemas complejos no superan la crisis queriendo jugar a papás y a mamás.

—No seas desconsiderada, Sally. Siempre ha servido a la humanidad a su manera, pero desde lejos. Ahora quiere comprenderla de una forma más plena. Quiere ser humano. O sea que viviremos en una comunidad humana normal y corriente, de la manera más anónima posible. Incluso fingiremos que nos ponemos enfermos, que envejecemos...

—Él ya fingió su muerte.

—Eso fue diferente.

—¡Yo estuve en el funeral! Agnes, Lobsang no es humano. ¡Es Daneel Olivaw! ¿Y quiere un hijo?

No valía la pena razonar con ella. A juicio de Agnes, Sally había pensado largo y tendido antes de recomendar a la familia un futuro hogar. En efecto, allí en Nuevo Springfield ya había gente viviendo, personas en apariencia felices y sanas. Aun así, ¿por qué a Sally siempre le había parecido tan divertido el proyecto? Se lo parecía incluso en ese momento, a su llegada, como si ocultara una especie de chiste personal.

Lobsang salió del camarote. Encerrado en la unidad itinerante conocida como George Abrahams, aparentaba unos cincuenta y muchos años, con el pelo ralo y canoso y una barba que ocultaba gran parte de su cara, de una belleza insulsa, y su piel bronceada. Llevaba camisa a cuadros y tejanos, e incluso a esas alturas a Agnes le chocaba no verlo ataviado con sus vestiduras naranjas de monje budista.

—Bueno, ya hemos bajado —dijo—. Sacaré la cafetera del equipaje antes de que lleguen los vecinos.

Las primeras impresiones siempre eran importantes. Agnes practicó su sonrisa afable, relajando los carrillos y notando cómo se le estiraban los labios. Sally la observaba con expresión cínica.

—No está mal. Si no supiera que tú también eres una marioneta...

—Gracias, Sally.

Así pues, Agnes, con Ben de la mano, bajó por la escalerilla corta desde la nave aterrizada y dio sus primeros pasos en aquel mundo, su hogar. Por lo menos hacía buen tiempo, con un cielo azul despejado de nubes salvo por un puñado de peculiares franjas que se extendían de este a oeste. Y en el cielo oriental también flotaba una media luna plateada, como si quisiera darles la bienvenida. Era evidente que alguien había talado aquella colina en algún momento, pero luego la habían abandonado. Los árboles eran jóvenes y se alzaban entre los chatos tocones de unos gigantes caídos. Alrededor había casas vacías, a medio construir, vigilantes. El plan de Lobsang consistía en instalarse en una de esas grandes y viejas residencias y hacerla suya, aprovechando aquellos campos medio desbrozados para sembrar.

La gata, Shi-mi, bajó correteando por la escalerilla, se estiró con languidez bajo el sol y exclamó:

—¡Ah, qué maravilla ser libre!

Agnes se volvió hacia ella.

—Recuerda la regla de oro, saco de pulgas de plástico. ¡Nada de hablar! Aquí eres un gato, solo un gato y nada más que un gato, por lo que respecta a Ben y a todos los demás. Además, ya tienes más de veinte años. A ver si maduras de una vez.

—Sí, Agnes. —La gata era delgada, blanca, de aspecto saludable, con ojos que presentaban un resplandor verde algo inquietante. Su líquida voz de hembra humana procedía de un pequeño altavoz situado en su panza—. Seré buena, lo prometo. Es solo que me alivia mucho no tener nada que hacer, ahora que me he jubilado de mi carrera en la Armada con Maggie Kauffman. En fin, toca descubrir qué equivalente de rata y ratón habita este glorioso nuevo mundo.

Shi-mi salió disparada hacia la vegetación.

Ben se rio encantado bajo la cálida luz solar de media mañana y también arrancó de inmediato a correr, a través de una maleza que, en su caso, le llegaba a la cintura. Agnes ya se lo esperaba, porque había hecho lo mismo en todas las paradas del trayecto.

—Ben, ojo, no te pierdas de vista.

—Vale, Ag-ness.

Lobsang/George, entretanto, ya estaba trabajando en la cabina, aflojando los pernos y pasadores que la enganchaban al armazón interno de la envoltura del twain. La cabina era un bloque de cerámica y aluminio con forma de ladrillo y tamaño de autocaravana, colgado de un globo de twain de sesenta metros de longitud y diseñado para desprenderse y dejarse atrás. Sally, al lado de Lobsang, manejaba los controles para desviar parte del helio del globo, que era el gas que le daba flotabilidad, a unas cámaras presurizadas, para que el viento no se llevara el dirigible en cuanto perdiera el lastre de la cabina.

El plan era que Sally pilotase el resto del twain de vuelta al dique seco de la Corporación Black en una Tierra Baja. Entretanto, la cabina aterrizada serviría de refugio temporal para Lobsang y su «familia» durante los primeros días, semanas o meses que pasaran allí. Contenía herramientas, semillas, equipo médico y suplementos vitamínicos, cacerolas y sartenes para la cocina y hasta animales, como gallinas, cabritillos y un par de cerdas preñadas: todo lo que necesitaban para empezar con buen pie aquel nuevo juego de ser pioneros. Además, la cabina llevaba incorporados unos cuantos secretos que habría que mantener ocultos a los vecinos, a buen recaudo tras puertas azules, como por ejemplo un taller para sus cuerpos de androide que incluía una pequeña fábrica de gel y un centro cosmético basado en nanotecnología que permitiría a George y Agnes aparentar que «envejecían»

de forma natural. Había hasta un taller tamaño perrera para el mantenimiento de la gata.

Lobsang, incluso encarnado en su alter ego de George Abrahams, había logrado que sus contactos en la Corporación Black construyeran todo aquello. «Nosotros no tenemos por qué atravesar el Paso de la Muerte a lomos de una mula —había observado—. No tenemos que pasar calamidades. No tiene nada de malo que aprovechemos los beneficios de nuestra civilización pasada para empezar de nuevo. Además, llevaremos con nosotros a un niño pequeño, ¿recuerdas? No estará de más disponer de un tejado para cobijarnos de la lluvia la primera noche...»

Quizá todo aquello fuera necesario, pensó Agnes, pero también se preguntaba qué clase de impresión estaría causando esa estructura resplandeciente en sus nuevos vecinos, que viéndolos acercarse a la colina por el sendero le parecían tirando a desarrapados. Pero también se fijó en que los niños ya estaban cautivados por los animales, la mayoría de los cuales todavía estaban dentro de la cabina: las ovejas, las cabras, las gallinas y el ganado, que incluía a un semental de toro y un par de caballos jóvenes y musculosos. Agnes cayó en la cuenta de que aquellos críos probablemente no habían visto nunca vacas o caballos.

Abrumada de repente, sintió la necesidad de estar un momento a solas.

Siguiendo los pasos de Ben, se alejó del dirigible y remontó la suave pendiente que llevaba a la cumbre de aquella colina baja. El camino era fácil siempre que sorteara los troncos y ramas caídos que había por todas partes. La tierra bajo sus botas estaba blanda y cubierta de unas plantas parecidas a helechos que proliferaban entre los troncos rebozados de liquen. A Agnes todo le parecía normal y corriente, y a la vez no, si prestaba atención. ¿De qué especie eran esos árboles, por ejemplo? Le habían contado que en aquella región del mundo la mayoría eran de hoja perenne, incluso allí en la latitud de

Maine. Las variaciones estacionales no eran muy pronunciadas en aquel mundo cálido y húmedo, y pocos árboles se molestaban en desprenderse de sus hojas llegado el otoño. Pero no reconocía la especie.

Unos pasos más adelante llegó a un tramo de muro de piedra seca, construido por algún colono anterior para contener a sus animales. No podía tener más de unas décadas de antigüedad, porque todavía no habían pasado ni cuarenta años desde el Día del Cruce y la presencia humana más allá del Datum había sido muy poco habitual antes de aquello: apenas un puñado de cruzadores naturales vagando por el vacío. Pero el muro ya estaba desapareciendo entre la vegetación.

Agnes se veía capaz de leer la historia de aquel lugar, aquella cima. Los primeros colonos debieron de empezar a desbrozar campos para sus cultivos o su ganado, y hasta levantaron aquellas casas imponentes. Después, al cabo de muy poco tiempo, parecía evidente que habían tirado la toalla y habían partido con la intención de... bueno, de hacer lo que fuese que hacía la mayoría de la gente de por ahí para buscarse la vida. Y allí estaba el bosque, que ya reclamaba el terreno otra vez, o por lo menos lo intentaba. Por eso Sally había escogido aquel pedazo de tierra abandonado para que Lobsang y Agnes construyeran su propia granja, porque buena parte del trabajo duro de despejar la maleza ya estaba hecho.

Y alrededor de aquella colina con su granja destartada, en todas las direcciones se extendía el bosque, espeso y verde. Aquel era un mundo de árboles, eso Agnes lo sabía de antemano. Un manto de gruesos ejemplares de hoja perenne cubría gran parte de Norteamérica, mientras que en las latitudes más meridionales abundaban las selvas de especies exóticas y en el Ártico crecían peculiares caducifolios de hoja ancha. Incluso en la Antártida, los árboles llegaban hasta el mismo polo sur, una imagen que Lobsang había prometido que irían a ver algún día. Era un mundo alejado del Cinturón de

Hielo en el que se encontraba la Tierra Datum, su mundo natal. Allí, al parecer, los bosques duraban desde la época de los dinosaurios.

Y en aquellos bosques globales existía una vida que no se parecía a nada que Agnes hubiera conocido en casa. Allí plantada, la oía a su alrededor: ululatos y chillidos que resonaban como si estuviera en una inmensa catedral, además de algún crujido causado, cabía suponer, por alguna criatura más grande abriéndose paso por el sotobosque.

Sally Linsay se le acercó dando zancadas, sudando por el esfuerzo y bebiendo de un botellín de plástico. Agnes observó con aprobación que el primer instinto de Sally fue echar un vistazo a Ben, que parecía fascinado por una especie de termitero.

—Vecinos —dijo Sally sin más.

Un puñado de personas, entre hombres, mujeres y niños, vestidas con colores apagados, sobre todo marrones y verdes, se había congregado alrededor de Lobsang y la cabina. Un niño de unos doce años se agachaba para acariciar a una dócil Shi-mi, y Agnes oyó su voz clara y ligera:

—Eres una monada, ¿eh? Pero, ojo, espera a que te vea mi Rio. Ya verás si harás ejercicio entonces...

—Os ganaréis a los niños para siempre si los dejáis cepillar a esos caballos —sugirió Sally—. Lobsang ya tiene la cafetera en el fogón de gas.

—¿Ya revelamos todos nuestros lujos el primer día?

Sally se encogió de hombros.

—Causar buena impresión a los vecinos nunca está de más. Para eso, hay pocas cosas tan útiles como el café. —Miró a Agnes de hito en hito—. ¿Tú cómo te encuentras?

Agnes reflexionó.

—No estoy segura —respondió con sinceridad—. Todo esto parecía buena idea sobre el papel. Dejarlo todo y cruzar un millón de mundos a toda

velocidad. Los planes y preparativos fueron divertidos, y hasta el viaje en twain ha sido divertido. E incorporar a Ben a nuestra vida ha sido maravilloso, por supuesto. Pero ahora que estoy aquí de verdad...

—¿Se hace todo demasiado extraño? Te sorprendería la cantidad de gente que intenta disimular esa reacción.

—Bueno, yo no sé disimular. Soy una chica de ciudad. Ya me consideraba desaparecida en la selva cuando perdía de vista a mis padres en la tienda del Arboreto de Madison. Y ahora, esto.

—Si te sirve de consuelo —dijo Sally—, hay gente que intenta salir adelante en sitios peores. Estos mundos son benignos: cálidos, húmedos, casi sin estaciones. Y seguros, relativamente. Por eso escogí este lugar para vosotros. Es porque el bosque mantiene pequeños a los bichos del lugar. —Y como no podía ser menos, añadió—: Bueno, en su mayor parte.

Esa era la manera que tenía Sally de ser amable, pensó Agnes. Reconfortante en la medida en que podía serlo, porque todo tenía cierto filo.

Entonces se levantó viento del oeste, de una fuerza sorprendente. Sally se volvió, ceñuda y agarrándose el raído sombrero. Un susurro recorrió los árboles cercanos del bosque, y los trinos y graznidos de antes parecieron intensificarse hasta formar un griterío de alarma. Agnes vio que las escasas nubes parecían vetas, franjas alargadas, casi como estelas de condensación, aunque allí no había reactores surcando los cielos.

Y vio otra cosa, un destello, con el rabillo del ojo. Se descubrió mirando la luna, medio llena, con sus rasgos habituales difuminados por el cielo azul. Habría jurado que el destello procedía de la luna misma, de la mitad oscura, del hemisferio en la sombra. Probablemente no fuera nada. ¿Una luciérnaga? ¿Un pájaro? Aunque en realidad aún no había visto ningún ave en aquel mundo. Lo más probable, en todo caso, era que se le hubiera metido algo en el ojo.

Nada de eso la convenció. Allí pasaba algo raro. Ese fue su instinto inmediato y agudo. Y a juzgar por la reacción de Sally, Agnes tuvo la impresión de que sentía lo mismo.

Pero Ben estaba allí, tirándole de la mano, remolcándola de vuelta a su vida.

—¿Ag-ness?

Se obligó a sonreír.

—Hola, cariño. Venga, ¿vamos a comer y conocer a unos nuevos amigos?

—¡Comer!

Un par de días más tarde, cuando ya hacía tiempo que habían partido Sally y el dirigible, invitaron a la familia a un baile popular que iba a celebrarse en un espacio despejado a la orilla del arroyo que bordeaba la colina donde estaba su cabina. Y en el último momento se decidió celebrarlo un par de mundos al este, ya que allí el tiempo sería un poco mejor esa noche. Por supuesto, habrían aceptado aunque no hubiese resultado que la fiesta se organizaba en su honor.

Con cierto nerviosismo, Agnes se preparó para la velada. Antes de la travesía que los había llevado allí, antes de que les dieran el alta en los laboratorios de la Corporación Black por última vez, Agnes había encargado que su cuerpo itinerante aparentase unos cincuenta y tantos años, unos pocos menos que Lobsang. Y apenas unos cuarenta menos que su auténtica edad. En fin, los cincuenta eran una edad que ya había vivido una vez; sabía sacarles partido a las canas y había incluido en el equipaje un vestido de algodón a cuadros que sabía que le quedaría bien esa noche. Lobsang, por su parte, llevaba una llamativa camisa a cuadros, tejanos y botas vaqueras, y el pequeño Ben iba vestido con una versión en miniatura del mismo conjunto. La ropa no le duraría, porque se le quedaría pequeña en cuestión de meses, pero Sally había sugerido que la metieran en la maleta para dar una buena primera impresión precisamente en una ocasión como aquella.

De modo que, preparados, se unieron a sus vecinos.

El baile resultó ser ni más ni menos que lo que Agnes se esperaba. Aquel campo a la orilla del río, desbrozado y vallado con prisas, estaba pensado sin

duda para las ovejas, y en efecto Agnes vio un pequeño rebaño de ellas en un redil no muy lejano. Anochecía y el claro estaba iluminado por el fuego de unas teas que olían a alquitrán. De la música se ocupaban un presentador procaz con un par de violinistas de pie sobre cajas, mientras que el público lo formaban unas cincuenta personas en total, entre hombres, mujeres y niños, que formaban hileras y giraban de un lado a otro. Era una escena que Agnes imaginaba que podría haberse encontrado en cualquier punto de la Norteamérica rural del Datum durante décadas, si no siglos. La diferencia en ese caso eran las cajas cruzadoras para emergencias que rebotaban sobre las caderas de los bailarines.

Había una barra en un extremo del prado, donde podía uno refrescarse con zumo de un cítrico inidentificable, agua o una cerveza artesanal bastante buena. Hasta había unas cuantas botellas de whisky. Chisporroteaba una barbacoa, pero la comida que había sobre la parrilla era, en su mayor parte, desconocida para Agnes: tiras de carne roja, cabía suponer que del pequeño mamífero local al que llamaban «bola de pelo», y un muslo monstruoso que debía de proceder de alguno de los grandes «pajarracos» locales y tenía que estar más para cubrir las apariencias que para comer, porque lo más seguro es que hiciera falta toda la noche para cocinar un cuarto trasero del tamaño de un pavo entero. Además, había galletas de harina de avena y rodajas de calabaza. Un puñado de perros correteaban de un lado a otro ladrando o mendigando sobras de comida. Como era de esperar, no había ni rastro de Shi-mi.

Sus nuevos vecinos no tardaron en agarrarlos y sacarlos a bailar.

Agnes había estado en los suficientes bailes durante su disipada juventud para tener una idea general, pero se descubrió teniendo que aprender pasos nuevos a toda velocidad y sobre la marcha. Lobsang parecía estar pasándolo peor que ella, hasta el punto de que en un momento dado tropezó y cayó al

suelo, solo para que lo levantasen otra vez sus vecinos, entre risas.

Con el calor, el ruido y las carcajadas, Agnes no tardó en cansarse... o, mejor dicho, el software sin emociones contenido en su cabeza llena de gel ejecutó programas para simular el cansancio, activó glándulas sudoríparas falsas e hizo que sus pulmones mecánicos bombeasen con más fuerza el aire cálido. Intentó hacer suya esa sensación y dejar de lado el hecho de que, en pocas palabras, estaba representando una mentira delante de aquella gente manifiestamente buena.

Cuando se tomó un descanso, Lobsang se puso a su lado ante el bar improvisado y le dijo, mientras daba un sorbo a su whisky:

—Siempre lamentaré el control consciente que tengo ahora sobre mi grado de ebriedad. Además, podríamos haber venido mejor preparados. Pasamos nueve años, nada menos, entrenándonos para ser pioneros. Habría bastado con descargar una aplicación de baile popular.

Agnes resopló.

—¿Y dónde está la gracia? ¿O la autenticidad? Eres un chico de ciudad que ha venido a aprender cómo se vive en el campo, Lob... George. Acostúmbrate. Disfruta.

—Sí, pero... —Lo interrumpieron dos fornidas mujeres de mediana edad que lo agarraron por los codos y lo llevaron a rastras de vuelta a la fila.

Una mujer sonriente, morena, de unos cuarenta y tantos años, se acercó a Agnes con un vaso de limonada.

—Perdónalas. Siempre parece que vamos escasas de hombres en estos bailes, y Bella y Meg pueden ser un poco escandalosas cuando hay carne fresca a mano. Como pajarracos de cacería.

—¿Carne fresca? George se sentirá halagado. Me temo que no tenemos nada de fresco.

—Bueno, yo no diría tanto. Estáis causando buena impresión. —Le tendió

la mano para estrechársela—. Soy Marina Irwin. Mi marido, Oliver, anda por aquí, en alguna parte.

—Irwin. Ah, vuestro hijo es el que nos hace de canguro esta noche. ¿Nikos, se llama?

—Eso es. Por una módica tarifa, estoy segura. Está hecho todo un capitalista, mi Nikos, para tener doce años y haberse criado en el bosque.

—Ha sido muy amable ofreciéndose a perderse el baile por nosotros.

—Bueno, es un sacrificio para él, pero dale otro año y no podremos apartarlo de las chicas ni con una palanca.

«Quizá», pensó Agnes dubitativa. Había conocido a no pocos niños de doce años durante su período en el Centro de Madison, y Nikos le pareció de inmediato un chico majo... pero con un secreto, y de los grandes, una observación que la reconcomía desde que lo había conocido.

Marina seguía hablando:

—... no me parecería mal que le dierais trabajo en la granja, por cierto. Le vendría bien ganar algo de experiencia en eso. Pocos de nosotros hacemos ya vida de granjeros.

Agnes señaló.

—Allí hay ovejas.

—Claro. Las mantenemos más que nada por la lana. —Al decirlo se alisó el vestido, que, como apreció Agnes pese a la tenue luz, era de punto y estaba teñido de un agradable verde manzana, cabía suponer que con algún tinte vegetal—. De las bolas de pelo que tenemos por aquí, los animales del bosque, solo se sacan jirones de piel. Las plumas de los pajarracos son más útiles, en realidad. —Su voz tenía una entonación agradable, mediterránea, quizá griega, pensó Agnes—. Sí que cultivamos alguna cosa, sobre todo patatas para las cruzadoras. Y para tener reservas de comida en caso de emergencia, aunque este mundo es tan benigno que pocas veces tenemos que

usarlas. —Aun así, mientras pronunciaba esas palabras, se levantó otra vez el viento y Marina se apartó de la frente unas hebras de pelo suelto con expresión de extrañeza—. Los primeros pioneros querían ser granjeros. Talaron el bosque, demarcaron los campos, todo eso. ¿Sabes la antigua casa de los Barrow, en el monte Manning, donde os habéis instalado? Era una de ellas, como te habrás imaginado. Otra es la vieja casa de los Poulson, ya sabes, la casa del trueque, ¡nuestra casa encantada local! Mi Nikos se tira ahí media vida. Creo que es una especie de casa club para él y sus amigos. Ya se le pasará.

—Pero la vida de granjeros no triunfó —dijo Agnes, para animarla a seguir.

—No. Ahora muchos de nosotros estamos repartidos a lo largo y ancho de un puñado de mundos paralelos. Verás, tenemos hogares, pero están dispersos, son estacionales. Cooperamos para mantener las granjas de ovejas, las patatas, un puñado de gallinas y demás. Y tenemos una especie de calendario de turnos para encontrarnos y organizar eventos como este. El resto del tiempo vagamos por el mundo, sin más. Pero ¡no somos raqueros, ojo! Oliver se ofende si se lo dices.

—Ya veo. Es una vida más sencilla que la de granjero, nada más.

—Bueno, esa es la idea. Estos mundos son tan ricos que no hay necesidad de que nuestros hijos se partan el espinazo detrás de un arado. Pero —añadió enseguida— lo que escogimos nosotros no sirve para todo el mundo. Y no pretendo desanimaros para que no probéis suerte con vuestra granja, si es lo que queréis. Sobre gustos no hay nada escrito.

—Es una buena filosofía.

—Lo que quiero decir es que encajaréis de maravilla. Si al final cultiváis trigo y tal, estaremos encantados de ofreceros cosas a cambio. —Marina bebió un poco de limonada—. Y ese pequeño que habéis traído parece que

crecerá grande y fuerte, como su... ¿padre?

Agnes contuvo una sonrisa; el curioso no podía haber sido menos sutil.

—Seguro que ya te habrás enterado. Ben no es nuestro. Es adoptado.

—Sí que había oído algo. La gente chismorrea, ya lo sabes. Pero no quería andarme con suposiciones sobre algo de lo que tal vez preferías no hablar.

—Lo mejor es ir con la verdad por delante. —Agnes sintió una punzada de remordimientos católicos cuando esas palabras surgieron de su boca artificial de unidad itinerante camuflada—. Su verdadero apellido es Ogilvy, por cierto. Te lo digo por si nos pasa algo y él necesita saberlo algún día.

Marina asintió.

—Comprendo. Lo recordaré.

—Ben perdió a sus padres de muy pequeño. Los dos trabajaban en un tallo de habichuela, un ascensor espacial, ¿sabes? En la Tierra Oeste 17. Estaban en una especie de taller móvil, fuera de la atmósfera. Hubo una fuga, una descompresión. La clase de accidente que habría sido imposible del todo hace una generación, si te paras a pensarlo.

»Su hijo acabó en un orfanato donde yo trabajaba. Pero George y yo ya teníamos pensado mudarnos a un sitio como este, y resultó que los padres de Ben habían planificado ahorrar, dejar sus empleos y emprender una nueva vida por su cuenta de un modo parecido. Así que pensamos: «¿Por qué no darle a Ben la vida que sus padres tenían prevista para él?». Total, que solicitamos la adopción.

Y Lobsang, entre bastidores, en las etapas finales de su angustiosa espera, había alterado una retahíla entera de reglas, mientras Agnes atravesaba una agonía de dudas sobre si ella, un robot, podría ser una madre adoptiva adecuada para un niño de tres años.

—Bueno, aquí estáis —dijo Marina, brindando con su vaso de limonada contra el de Agnes—. Y yo, por lo menos, me alegro de haberos conocido.

Estoy segura de que os adaptaréis de maravilla los tres.

—Cuatro, si incluimos a la gata —matizó Agnes con una sonrisa—. Gracias, Marina.

—Oye, vamos a organizar una caza de huevos de Pascua. Al amanecer, pasado mañana.

—¿Una caza de huevos de Pascua?

—Lo llamamos así. Y ya sé que no es Pascua. Ven y lo verás. Y ahora, vamos, no podemos permitir que estos hombres nuestros sean los únicos que se diviertan...

El día de la caza de los huevos de Pascua solo era el quinto que Agnes pasaba en el bosque.

Empezaron temprano. Como había dicho Marina, la búsqueda debía empezar al alba de aquel día de finales de verano. Agnes, la esposa del granjero, ya empezaba a acostumbrarse a levantarse temprano.

Pero despertó sintiéndose grogui, extrañamente desorientada.

Su cuerpo artificial necesitaba el alimento y la bebida que consumía, de los que extraía diversas necesidades bioquímicas. Y estaba programada para efectuar lo que ella sentía como un auténtico dormir todas las noches, con sus correspondientes sueños simulados de manera ingeniosa. Habría insistido en que le añadieran esas prestaciones si no hubieran estado ya incorporadas: ¿cómo iba una a considerarse ni remotamente humana si no comía ni dormía? Y después de dieciséis años en aquel nuevo cuerpo y de varias mejoras de hardware y software, se conocía lo bastante bien para comprender que aquella particular sensación no tenía nada que ver con despertarse al amanecer ni con la comida poco familiar que había consumido desde su llegada. Ni siquiera con el licor casero que había probado en el baile. No, aquello se parecía más al *jet lag*, una desagradable característica de la vida moderna a la que siempre había sido vulnerable y que la había llevado a evitar como la peste los viajes de larga distancia. O quizá a una especie de desorientación leve que sufría cuando un huso horario cambiaba una hora los relojes.

Eso, y un desasosiego leve pero insidioso.

Se aplicó a su rutina de las mañanas. Se duchó en la cabina —otro toque

humano—, se vistió y desayunó algo rápido, sin llegar a sacudirse de encima en ningún momento aquella leve desazón. No le apetecía pedirle a Lobsang que sometiera sus sistemas a un autodiagnóstico automático. A fin de cuentas, intentaba vivir como una humana al cien por cien.

Ni siquiera quería saber la hora. O por lo menos, esa era la norma local.

Un principio de aquella comunidad, que habían puesto en su conocimiento antes incluso de que partieran hacia allí, era que «nada de relojes». Por lo menos, ninguno mecánico ni, desde luego, electrónico. Quien quisiera podía construir un reloj de sol, si le apetecía. La filosofía era que, para vivir tan apegados a los ritmos del sol y la luna, los días y las estaciones, no hacía falta contabilizar hasta el último picosegundo, a menos que se estuviese planeando montar un ferrocarril transcontinental o algo por el estilo que requiriese horarios precisos. Agnes había descubierto a raíz de aquello que los países como los Estados Unidos del siglo XIX habían impuesto a sus poblaciones sistemas horarios coherentes a escala nacional precisamente por ese motivo. Era la clase de peculiaridad que había atraído a Lobsang a aquel lugar: volver a una manera humana de vivir más básica. La idea le había encantado. ¡No llevarían relojes! Lobsang había llegado al extremo de efectuar unos pequeños ajustes a los temporizadores de sus propios cuerpos artificiales y los sistemas de la cabina, dispositivos necesarios para la maquinaria que los sostenía, por supuesto, pero a los que no podrían acceder de forma consciente.

Era la decisión que habían tomado. Sin embargo, una parte de Agnes, aguijoneada por aquella extraña sensación de *jet lag*, anhelaba pese a todo saber la hora correcta...

En preparación para la caminata, Agnes reunió su equipo: botas, mochila,

impermeable ligero, cruzadora falsa. Luego saludó a Angie Clayton, una vecina, madre soltera, que haría de canguro del todavía dormido Ben durante las pocas horas que en teoría debía durar aquella «caza». Cuando salió de la cabina, encontró a Oliver Irwin esperando fuera con Lobsang. El grupo lo formaban solo una docena aproximada de personas, entre ellas Oliver, Marina y Nikos, su brillante aunque extrañamente reservado hijo de doce años. Nikos parecía el más joven de la comitiva, en la que no había niños pequeños.

Nadie más aparentaba tener algún problema aquella mañana, y menos aún Lobsang. O si lo tenía, no lo estaba compartiendo con ella. Agnes intentó dejar de lado todas las distracciones y concentrarse en el momento presente.

Partiendo de la cabina, bajaron por la colina hacia un vado que cruzaba el arroyo. Oliver Irwin caminaba junto a Lobsang y Agnes, señalando puntos de interés entre un paisaje verde oscuro donde la niebla aún se aferraba a las hondonadas, bajo el cielo grisáceo del amanecer.

—Ninguno de nosotros fue de los primeros en llegar, pero nos hemos quedado con los nombres que pusieron a los sitios. Vuestra granja está en el monte Manning, que es el punto más elevado de por aquí. El río se llama arroyo de Soulsby. La región de bosque tupido hacia la que vamos, al otro lado del arroyo y un poco más al norte, es el bosque de Waldron. Las características del paisaje se mantienen, por lo menos durante varios cruces a este y oeste. La geografía es testaruda en la Tierra Larga, cuando uno se va a explorar. —Le alborotó el pelo a su hijo—. ¿Verdad, Nikos?

Agnes pensó que el chaval probablemente era demasiado mayor para eso. Nikos se agachó para apartarse, con una sonrisa resignada.

Agnes creía comprender la clase de persona que era Oliver. Él y su esposa Marina no debían de considerarse los líderes de lo que era, a todas luces, una comunidad que había decidido no tenerlos, pero sí que venían a ser un centro

social, un punto de contacto para recién llegados. En fin, alguien tenía que hacerlo.

—¿Y cuál es la vieja casa de los Poulson, Nikos? —preguntó Agnes.

Nikos la miró a la cara.

—Una casa vieja y grande en el otro lado de vuestra colina. ¿Qué sabe de ella?

—Huy, nada. Solo que tu madre me contó que a veces vas por ahí. No es un secreto, ¿verdad?

—No, ni de coña.

—Esa lengua, Nikos —advirtió su padre con suavidad.

—Solo es un sitio al que vamos, como ha dicho usted.

—Vale.

Llegaron al arroyo. Una neblina fina y algo acre flotaba sobre el agua que cruzaron chapoteando por el poco profundo vado. Al otro lado, solos o de dos en dos, cruzaron al este, pues el lugar escogido para la «caza» quedaba a un par de mundos en paralelo. Agnes fue con cuidado de manipular su caja cruzadora de forma convincente, aunque la tecnología de cruce estaba integrada en su diseño. Los cruces apenas interrumpieron la conversación. Era tal y como le habían dicho: por bien que el núcleo de Nuevo Springfield siempre sería la comunidad de los fundadores en Oeste 1.217.756, aquellas personas se desplazaban con facilidad entre los mundos vecinos según lo necesitaran o les apeteciera.

Cuando volvieron a reunirse todos, Oliver dijo:

—Preguntabas por la casa de los Poulson, ¿verdad? La usamos de almacén de trueque. Por lo demás, está vacía.

—A excepción de los fantasmas locales, según tu mujer.

Oliver sonrió.

—Me imagino que cada pueblo necesita su casa encantada. Incluso un

pueblo que a duras penas lo es, como este. Supongo que es normal que preguntes por ella. Si vuestro Ben sale como todos los demás críos, dentro de nada lo tendrás ahí abajo haciendo de las suyas con el resto...

Dejó la frase en el aire cuando se acercaron a la sección más espesa del bosque. A Agnes, que seguía plantada en la parte despejada, le pareció un muro verde, de detrás del cual surgían pitidos y chillidos.

—Vale —dijo Oliver—, de ahora en adelante hay que ir en silencio. No queremos espantar a los bichejos.

Sus acompañantes se dispersaron entre los árboles, hombres, mujeres y niños por igual, sacando de las bolsas redes y trampas de alambre. Sin hablar, trabajando casi en silencio, empezaron a poner las trampas o a apostarse bajo las ramas con lo que a ojos de Agnes parecían cazamariposas. Unos cuantos se adentraron en la penumbra del bosque para comprobar trampas que habían colocado antes.

A medida que avanzaba el amanecer y el sol empezaba a brillar, Agnes distinguió un tupido sotobosque, formado a primera vista por variedades de helecho y cola de caballo, densa maleza y unas plantas con flor alrededor de las cuales zumbaban las abejas madrugadoras. Agnes sintió un pavor primitivo ante la idea de adentrarse en aquella compacta vegetación.

Oliver murmuró:

—¿Sabes mucho de bosques?

—Soy una chica de ciudad. Ni siquiera reconozco la mayoría de estos árboles.

Oliver sonrió.

—Bueno, algunos son variantes de lo que tenemos en la Tierra Datum; o teníamos, mejor dicho. Otros, no. —Señaló—. Laurel, castaño, cornejo. Eso es una especie de secuoya enana, creo. Los de las raíces grandes y extendidas son laureles. Casi todas las enredaderas son madreselvas y ficus trepadores,

pero también hay alguna que otra parra...

Una pequeña criatura salió disparada de entre la maraña de tallos de un ficus trepador y arrancó a correr por el terreno abierto, en dirección al agua. No llegó muy lejos antes de que Nikos la atrapara contra el suelo con su cazamariposas.

El chico recogió al animalito, que se revolvió, y, con movimientos rápidos y certeros, le partió el pescuezo. Después sacó la captura de la red y la sostuvo en alto, colgando, ante su padre. El animal, que mediría unos treinta centímetros de longitud, parecía un canguro en miniatura a ojos de Agnes, con unas patas traseras desproporcionadamente grandes. Oliver sonrió e indicó su aprobación levantando el pulgar.

Fue como un pistoletazo de salida. Agnes vio que aparecían más animales de uno en uno, trepando por los troncos y las ramas de los árboles, correteando por el suelo y hasta planeando por el aire gracias a unas aletas membranosas de piel. Y las redes volaron. La mayoría de los animales se mantuvieron fuera del alcance de los cazadores o se apartaron mucho más rápido de lo que estos acertaban a reaccionar, pero unos cuantos cayeron en las redes y las trampas del suelo.

No tardó en acumularse un pequeño montón de cadáveres ante Agnes, que observó las extrañas formas. Esas eran las bolas de pelo locales, como las llamaban los colonos, o una muestra de ellas. Algunas eran como versiones distorsionadas de criaturas que conocía, como las ardillas o las zarigüeyas, y otras eran del todo diferentes, como si las hubieran creado como efectos especiales para una película de monstruos. Le llamó la atención el grado de detalle, las rayas del pelaje, los ojos abiertos mirando a la nada: cada criatura era exquisita a su manera, incluso en la muerte. Por lo menos la cosecha que estaban reuniendo los cazadores era moderada. Parecía evidente que las bolas de pelo eran tan numerosas que sus comunidades no se verían perjudicadas.

En ese momento asomó un haz de luz solar desde las nieblas del este.

Oliver se hizo sombra en los ojos y miró en esa dirección.

—El sol ya ha salido del todo. Se acabó el espectáculo por ahora. El amanecer siempre es la mejor hora para atrapar a estos bichos. Habréis visto que son todos unos canijos, y no muy gráciles. Es lo que pasa cuando se evoluciona para sobrevivir en un bosque denso, supongo. Y todos comen insectos, en vez de fruta u hojas. Creemos que se debe a que los árboles son de hoja perenne. No se desprenden de las hojas, de modo que las hacen venenosas o asquerosas para que no se las coma nadie.

»Todas las bolas de pelo salen de caza a primera hora, cuando los insectos han empezado a zumbiar pero los animales de sangre fría todavía están atontados por las bajas temperaturas de la noche: los lagartos, las ranas, los sapos. Cuesta encontrar a una bola de pelo en mitad del día. —Eché un vistazo hacia las copas de los árboles, muy por encima de ellos—. No sabemos qué más vive en el bosque. Me refiero a que no conocemos todas las especies. Solo aprendemos lo bastante sobre sus hábitos para atraparlos. Y por la noche, ya sabes, hay todo un conjunto distinto de bichos que sale con la oscuridad. Se los oye aullar todo el rato. Sobre esos nadie sabe nada. Todo es posible.

—Y trolls —añadió Lobsang/George con una sonrisa—. Anoche los oí, y otras veces. La llamada.

—Sí. Es bueno saber que están ahí, ¿eh? Y ahora, venga, vosotros dos, hablando de los pajarracos... Marina os prometió una caza de huevos de Pascua, al fin y al cabo. Tendremos que entrar en el bosque, solo un poco. Oye, Nikos, tú encontraste ese nido; ¿vas delante?

Adentrarse en la parte más densa del bosque no fue tan terrible como Agnes

se había temido. La mayor dificultad práctica estribaba en descubrir dónde se ponía el pie en aquella penumbra. El suelo estaba cubierto por una maraña de vegetación, la mayor parte de la cual, pero no toda, no llegaba más arriba de la rodilla. Se alegraba de que Nikos, experto y callado, abriera la marcha, y de llevar a Oliver y Lobsang uno a cada lado.

Llegaron a un pequeño claro y se agacharon para mantenerse a cubierto mientras esperaban, asomándose de vez en cuando. En el suelo, a los pies de una gruesa secuoya, Agnes divisó un amasijo de ramitas y tierra cuya función resultaba obvia, incluso a pesar de su tamaño: debía de medir casi dos metros de diámetro.

—Es un nido de pájaro —susurró Lobsang.

—De un puto pájaro enorme —replicó Agnes—. No me extraña que se tomen su tiempo para asegurarse de que la madre no anda por aquí.

—Desde luego —corroboró Shi-mi.

A Agnes la sobresaltó la vocecilla femenina, procedente del suelo junto a ella. Echó un rápido vistazo a su alrededor, pero los cazadores estaban lo bastante lejos para no haber oído hablar a la mascota de la familia.

—¿Qué leches haces tú aquí?

—He seguido el rastro de la partida de caza. No me lo podía perder. Soy una gata. Aparte de los pollos que esta gente trajo importados, estas malas bestias son las únicas aves que nadie ha encontrado en este mundo.

Oliver miró hacia ellas. Reparó en la gata, aunque Agnes esperaba que no la hubiese oído hablar. El hombre sonrió y dijo en voz baja:

—Hola, gatita. ¿Has encontrado el nido? Bueno, este es un mundo donde los pájaros cazan a los gatos, o sea que ten cuidado.

Lobsang recogió a Shi-mi.

—Huy, lo tendrá —aseguró—. Lo tendrá.

—Creo que está despejado, papá —avisó Nikos.

Oliver escuchó durante un rato y escudriñó en todas direcciones.

—Vale. Deprisa y con cuidado.

Nikos se puso en pie, cruzó el claro al trote y, después de un último vistazo en derredor, metió ambos brazos en el nido y sacó un huevo. Mediría unos sesenta centímetros de punta a punta y era evidente que pesaba mucho. El chico lo envolvió con una red, se lo echó al hombro y volvió con su padre.

Oliver ayudó a su hijo a sujetar el huevo con más fuerza y sonrió a Lobsang y Agnes.

—De aquí saldrá una tortilla que te cagas. Pero no lo hacemos por comida. Ya veis que estas aves hacen el nido en el suelo. De vez en cuando encontramos un nido como este, de un pájaro que se ha instalado demasiado cerca de nuestros campamentos y cazaderos para nuestro gusto. Hay que mantenerlos alejados de los críos. De modo que nos llevamos el huevo y, con un poco de suerte, la madre también se irá hacia otra parte. No hay problema, a menos que...

Nikos empujó hacia abajo la cabeza de su padre.

—A menos que el pajarraco nos pille —susurró el chico.

En ese momento, agachada tanto cuanto podía, Agnes captó un movimiento en el bosque profundo, entre los árboles. Era una figura más alta que un humano que caminaba sobre dos patas imponentes, con un peñasco por cuerpo, un cuello fuerte y un pico poderoso. Las alas, sorprendentemente pequeñas, estaban cubiertas de plumas azules iridiscentes. Saltaba a la vista que el ave era cazadora, porque caminaba con un sigilo pasmoso mientras inspeccionaba la maleza y las ramas bajas con los dos ojos redondos situados sobre aquel pico cruel.

—Vale —murmuró Agnes, lo bastante bajo para que solo Lobsang y Shimi le oyeran—, cuando las bolas de pelo salen a cazar los insectos, ese bicho sale a cazar las bolas de pelo.

—Parece un gastornis —comentó la gata con un hilo de voz—. Un ave depredadora e incapaz de volar del Paleoceno que...

—Chis —la cortó Lobsang—. No quiero saberlo de esa manera. Hemos venido a vivir a este mundo, recuérdalo, no a estudiarlo.

—Y en consecuencia, a negar la realidad —dijo Shi-mi.

Eso sorprendió a Agnes.

—¿Negar qué? ¿Qué realidad?

—Yo también llevo un tiempo teniendo problemas para dormir, Agnes. Como si el día fuera demasiado corto, de alguna manera sutil. Y se estuviera acortando más.

Agnes, sorprendida, exclamó:

—¿Demasiado corto? ¿Qué podría significar eso?

Pero Shi-mi no quiso decir nada más.

El ave había seguido su camino y había desaparecido. Saltaba a la vista que no sabía aún que alguien había estado en su nido. En silencio, Oliver y Nikos se levantaron, con la red que contenía el huevo a cuestas, y emprendieron el camino de vuelta para salir del bosque, indicándoles por señas a Agnes y los demás que los siguieran.

Lobsang se puso en pie. Agnes no tuvo más remedio que ir tras él.

A la sombra de una planta de hidrógeno líquido a medio construir, a resguardo del intenso sol de Miami, Stan Berg jugaba al póquer con unos obreros de la construcción.

En 2056, dos años después de la llegada de Lobsang y Agnes a Nuevo Springfield, Stan tenía dieciséis años. El propósito de aquella comunidad, un Miami Oeste 4 muy transformado, era construir un ascensor espacial, una escalera hasta el cielo. Pero la construcción del tallo de habichuela de Linsay llevaba semanas paralizada. No había prácticamente nada que hacer. Y así, compartiendo mesa con un montón de habichueleros de la CCTL que le doblaban o más la edad —algunos de los cuales hacían ostentación de sus cascos, aunque llevaran días sin trabajar—, Stan jugaba con calma, retirándose cuando era necesario, ganando sin prisa pero sin pausa.

Rocky Lewis, que tenía la misma edad que Stan y era su amigo, o rival, desde que los dos eran pequeños, estaba de pie a cierta distancia con más gente, mirando la partida a falta de algo mejor que hacer. Parte del público se apoyaba en pancartas caseras con las que protestaban por los últimos despidos y retrasos.

Y Rocky observaba con inquietud cómo se iban apilando delante de Stan los fragmentos de cerámica de casco de nave espacial que usaban como fichas.

El resto de los jugadores comenzaban a darse cuenta. Rocky lo había visto otras veces. Sus expresiones mudaban de una suerte de condescendencia hacia aquel chaval tan listo al rencor por las derrotas que se acumulaban

mano tras mano y la sospecha de que había trampas de por medio. Repartía las cartas un tipo joven y delgado que llevaba un sombrero de fieltro inclinado hacia atrás, al que Rocky conocía solo como Marvin —no trabajaba allí y, por lo que Rocky sabía, era una especie de tahúr profesional—, y él también empezaba a vigilar con más atención. Rocky sabía que Stan no estaba haciendo trampas. Ganaba porque era la hostia de listo. Stan decía que, en realidad, le gustaban los juegos donde se faroleaba, como el póquer, porque a diferencia del ajedrez, por poner un ejemplo, no existía un camino sencillo y lógico que te llevase a la victoria desde un punto de partida determinado. Hacían falta otras cualidades mentales más sutiles.

Lo que no tenía nada de sutil era la expresión del tipo que estaba sentado a su derecha, cuando una vez más se barrieron las fichas para depositarlas delante de Stan.

Cuando Marvin empezó otra mano con movimientos cautelosos, Rocky se agachó y tiró de la manga de su amigo.

—Oye, tío, a lo mejor tendríamos que ir tirando.

—¿Para qué?

—Hum, ya sabes. Cosas de clase.

—Hoy no hay clase.

Eso era cierto. El profesor había vuelto a ausentarse, pero los demás jugadores no tenían por qué saberlo. Stan era brillante hasta decir basta, pero también capaz de cometer errores básicos en situaciones como aquella.

—Vamos. —Rocky se levantó—. Cambia las fichas.

Pero el sujeto de la derecha reaccionó a aquello agarrando el brazo de Stan con un puño que parecía un martillo de orejas.

—Tú no vas a ninguna parte, cabroncete. No con mi pasta en el bolsillo de atrás.

Los demás jugadores se quedaron paralizados. A Rocky le alivió constatar

que ninguno metía la mano debajo de la mesa en busca de armas ocultas; eran trabajadores de la industria espacial, no hampones de película. Pero uno o dos de los espectadores situados en los márgenes del público cruzaron para alejarse de los problemas con varios estallidos de aire desplazado y otros tantos parpadeos esquivos en los límites del campo visual de Rocky.

—Suéltalo —dijo este—. Escucha, es uno de vosotros. Un aprendiz, como yo. Sus padres trabajan para la CCTL, los dos.

—Pues a lo mejor le enseñaron a trabajar las cartas, ¿no?

El organizador, Marvin, levantó las manos.

—Gente, por favor. Esta es una partida amistosa. —Miró a Stan fijamente—. Yo sé que no hace trampas. Es demasiado inteligente para hacerlas. Y es demasiado inteligente para necesitar hacer trampas. Acéptalo, Alexéi, juega mejor que tú, nada más. Son cosas que pasan.

Por algún motivo, aquellas palabras insulsas, pronunciadas de forma insulsa, enfriaron la situación, como Rocky pudo comprobar. Marvin parecía irradiar una especie de autoridad natural, como el adulto que se mete en un círculo de niños que se pelean. Quienes le oían se calmaban al instante. Rocky había observado que los arbitadores, los encargados locales de mantener la paz, también podían ejercer el mismo efecto.

Pero el tipo de la derecha, Alexéi, todavía estaba cabreado.

—Un criaajo imbécil, es lo que es. —Aún tenía agarrado el brazo de Stan, y apretaba con más fuerza.

Stan, por listo que fuese, era menudo, moreno, delgado para su edad, y no tendría fuerza suficiente para zafarse. La mano de Alexéi le estaba haciendo apretar los dientes de dolor. Rocky contuvo la respiración. Aquello aún podía acabar mal para Stan. Oyó que alguien murmuraba algo sobre llamar a un arbitador.

Pero entonces alguien gritó:

—¡Eh! ¡Han pillado a un kobold! Ha sido en la planta cero dos. Venid a ver.

El grupo que se había reunido en torno a la mesa empezó a dispersarse en busca de aquel nuevo tentempié de entretenimiento. Marvin recogió sus cartas.

—Quedaos las fichas, amigos, podéis arreglaros entre vosotros cuando os parezca.

Rocky aprovechó la oportunidad para arrancar el brazo de Stan de la mano de Alexéi y poner en pie a su amigo.

—Ahora sí que nos vamos.

Incluso entonces Stan sonreía, aunque hizo una mueca al frotarse el brazo.

—No sin mis ganancias. —Arrastró las fichas con la mano hasta una bolsita que llevaba bajo la cruzadora.

Marvin le guiñó un ojo.

—Buena suerte para cambiarlas.

Stan se encogió de hombros.

—Habrá otras partidas. Nos vemos.

—Sí que nos veremos —dijo Marvin, con un tono extrañamente enigmático a oídos de Rocky.

Resultó que el kobold, una especie de humanoide malformado, se había quedado atrapado en el otro lado de las instalaciones del tallo de habichuela, en un depósito de hormigón diseñado para contener oxígeno líquido. Rocky y Stan siguieron trotando a la multitud que se dirigía hacia allí.

Pasaban apenas unos minutos del mediodía bajo un luminoso y descolorido cielo primaveral de Florida. Alguien que no prestara demasiada atención, pensó Rocky, solo vería a unas personas en una planicie de tierra drenada y

toscamente despejada, en mitad de la nada. Pero, elevándose desde esa desolada llanura hacia el firmamento de Florida, la espina dorsal del tallo de habichuela ya estaba colocada, un cable doble azul eléctrico señalado con banderolas y anclado al anodino bloque de hormigón que hacía las veces de estación terrestre temporal. Tenía una rectitud perfecta pero también una clara inclinación en su ascenso, hasta perderse de vista en el resplandor celeste, camino de su anclaje orbital.

La mayoría de las Floridas paralelas estaban vacías, por lo menos en las Tierras Bajas como aquella, porque en las huellas del continente norteamericano había sitios más acogedores donde fundar una nueva colonia. Ni siquiera estaban especialmente cerca de la costa, a diferencia del cabo Cañaveral del Datum, que Rocky había visitado una vez para constatar que las instalaciones espaciales, aunque venidas a menos, todavía lanzaban satélites meteorológicos y de comunicaciones hacia el cielo del invierno volcánico post-Yellowstone. Pero la lógica geográfica de la ubicación era la misma en todos los mundos. Florida era el terreno de menor latitud en la huella de los Estados Unidos en millares de mundos a lo largo y ancho de la Tierra Larga, y a las operaciones espaciales convencionales les interesaba estar lo más cerca del ecuador posible, por el acelerón que proporcionaba la rotación de la Tierra.

Lo mismo valía, también, si se estaba construyendo una escalera al espacio: cuanto más cerca del ecuador, mejor.

Aquello en realidad sería un sistema enorme, un ascensor capaz de poner en órbita a pasajeros mucho más barato de mantener y más seguro que los viejos cohetes que incluso entonces despegaban del Cañaveral del Datum. El sitio llevaba en obras desde que Rocky y Stan tenían ocho años, y los chicos se habían conocido en las escuelas improvisadas que se habían organizado allí para los hijos de los obreros, o «habichueleros».

Todo aquello era historia antigua para Rocky, que, como Stan, había nacido el mismo año en que reventó Yellowstone. Pero sabía que aquel lugar, que en otros tiempos había sido un pueblecito decente, se había convertido poco más o menos en un campo de refugiados, levantado de prisa y corriendo en los días y semanas posteriores a la erupción, cuando llegó un aluvión de personas procedentes del Datum que desbordó a las primitivas comunidades de las Tierras Bajas. Muchos de los refugiados eran gente de ciudad del Datum, que no sabía qué hacer en la naturaleza salvaje y se había quedado atrapada en los campamentos en los que la habían dejado. El ambiente en estos, al volverse permanentes, se había ido agriando. «Todo el mundo se volvió experto en hacer cola», decía su madre. Así pues, al cabo de un par de años más, había llegado otra iniciativa del Gobierno destinada a convertir aquellos campamentos en poblaciones decentes y funcionales de nuevo, y eso significaba ofrecer trabajo a la gente, como aquella gigantesca obra del tallo de habichuela. Con ella habían llegado los funcionarios federales, además de la principal contratista, la Compañía Comercial de la Tierra Larga, CCTL.

Sin embargo, en los meses recientes el proyecto se había frenado, por motivos que escapaban a los primitivos conocimientos de política y economía de Rocky. Se habían producido despidos y reducciones de las horas de trabajo. Por el momento, a pesar de la existencia de aquella línea directa con el cielo, no había tráfico de personas y mercancías hacia o desde el espacio, como se había prometido. Allí abajo no había más que aquel terreno drenado y prensado, con sus edificios residenciales cuadradotes, los almacenes a medias de fábricas y almacenes de material, combustible y maquinaria y las torres de lanzamiento para los cohetes convencionales que todavía eran necesarios para la construcción del tallo de habichuela. De un tiempo a esa parte allí no se movía nada que no fueran los trabajadores que llegaban para protestar o porque sencillamente no tenían otro sitio donde ir desde el último

cierre.

Lo único emocionante era la muchedumbre que se había congregado delante de la planta de oxígeno líquido sin terminar, atraída por la perspectiva de un poco de diversión vengativa. Se estaban acercando, y Rocky distinguió un corro de personas, en su mayoría varones, reunidas en torno a... algo, una figura desastrada que parpadeaba y regresaba, como si estuviera algo desenfocada bajo la intensa luz solar: el kobold, atrapado y asustado.

Distraído por el jaleo, Rocky se había separado de Stan. Podía apostar sin temor a perder que sabía dónde encontrar a su amigo: donde hubiera problemas.

Rocky corrió hacia delante con más urgencia, a través del calor del día.

El kobold estaba rodeado por un círculo de hombres vestidos con monos naranja y cascos de la CCTL. No paraba de intentar escapar, pero cada vez que desaparecía regresaba al instante, a veces agarrándose la cara o la barriga. Estaba claro que había más obreros en los mundos colindantes por ambos lados, dispuestos a golpearle o robarle sus pertenencias para obligarle a volver.

El kobold era bajo y fornido, con unos dientes triangulares que mostraba en sus sonrisas aterrorizadas. Tenía unas manos de aspecto poderoso, y sus pies desnudos terminaban en unos dedos provistos de garras. Parecía una especie de topo reconstruido a escala humana, y así decían algunos que habían vivido los kobolds antaño en la Tierra Larga, como un pueblo de primates que se habían retirado bajo tierra. Pero el que tenían delante llevaba unos pantalones cortos mugrientos, una especie de chaleco y hasta una gorra de béisbol, una lamentable parodia de atuendo humano. También llevaba un cinturón pasado por encima de un hombro, como una banda, cargado de

cachivaches que brillaban y centelleaban: joyas sueltas, juguetes de plástico, aparatos que reflejaban la luz. Así se ganaban la vida los kobolds, intercambiando trastos de esa clase con los humanos y comerciando entre ellos.

El kobold era un humanoide, un claro pariente del hombre cuyos antepasados se habían desviado de la línea principal más o menos en la época en que algún chimpancé con ínfulas descubrió que entrechocar dos rocas era buena idea. Al igual que otros humanoides como los elfos y los trolls, los kobolds habían evolucionado en la Tierra Larga. A diferencia de la mayoría de sus primos, sin embargo, ellos habían mantenido cierto contacto con la humanidad, y eso los había marcado. Se alimentaban de sobras de la cultura humana. Se decía que tenían más en común con las urracas o las grajillas que con los comerciantes humanos, que eran más niños cambiando cromos y fichas en el recreo que mercaderes trabajando en pos de un beneficio. Aun así, la gente comerciaba con ellos. Y algunos kobolds, por lo menos, eran lo bastante valientes para adentrarse a fondo en las Tierras Bajas.

Pero a ese kobold algo le había salido mal. Tal vez hubiera dicho lo que no tocaba o se le hubiese torcido un negocio. Quizá solo hubiera topado con otro Alexéi, pensó Rocky, alguien aburrido por la falta de trabajo que anduviese buscando un poco de diversión.

El ambiente que reinaba todavía parecía de cachondeo, pero Rocky vio adelantarse a un par de jóvenes, un hombre y una mujer vestidos con el uniforme verde de los Arbitradores, que claramente preveían problemas.

En ese momento un tipo agarró la banda con artículos comerciales que el kobold llevaba al hombro, se la pasó por el suyo y se pavoneó con ella, lo que provocó las carcajadas y los silbidos apreciativos de sus amigotes.

El kobold, angustiado, intentó recuperar su correa.

—Mm-mmío mío mío... C-cruelles con el pobre Bob-Bob-mm... Mm-

mío...

El tipo que le había robado se encaró con él.

—¿Mi-mi-mío, Bob-Bob-Bob? ¿Quién lo dice?

—Mm-mío... Yo c-comercio... ¿Tú quieres? Mm-mira, espejo bonito, joyas bonita-ss...

El tipo mantuvo la banda fuera del alcance del kobold.

—Huy, miradme, soy Bob-Bob-Bob-Bob-Bob-Bob... Oye, Fred, ¿tú qué crees? A lo mejor la CCTL tendría que contratar a este colega.

—Sí, Mario, es más listo que Jim Russo.

—Serías un director financiero cojonudo, Bob-Bob-Bob...

Y allí estaba Stan, en pleno mogollón, justo donde Rocky sabía que lo encontraría.

—Devuélvele eso. —Stan se acercó al obrero, Mario, con paso decidido, le quitó la banda y se la entregó al kobold, que la apretó contra su pecho. Después Stan se volvió hacia Mario—. ¿Qué estáis haciendo aquí? —Luego miró a los demás, cuyo bullicio estaba dando paso a una especie de confusión—. ¿Se puede saber qué narices hacéis, todos vosotros?

—Rocky. —Martha Berg acababa de llegar junto al chico. Era la madre de Stan, canosa a pesar de que solo tenía cuarenta años, con expresión de agobio y vestida con su propio mono de la CCTL—. He oído el barullo. Sabía que sería Stan, lo sabía.

—Tendría que haber visto la partida de póquer.

—¿Qué partida de póquer?

—Da lo mismo.

—Tenemos que sacarlo de ahí.

Rocky se temía que tuviera razón, aunque también temía las consecuencias si lo intentaban.

—A lo mejor se calman los ánimos.

—No tiene pinta —replicó ella, cansada.

En ese momento, Mario, que era el doble de grande que Stan, le dio un empujón en el hombro.

—¿Tú qué problema tienes, mocoso? No le estábamos haciendo daño. Solo una bofetada para que no se escape. Solo queremos divertirnos un poco, nada más.

—¡Solo es un puto kobold! —vociferó alguien del público.

Stan se volvió hacia la voz, encendido.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Solo un kobold? Como no es tan inteligente como vosotros, no pasa nada por meterse con él, ¿verdad?

—Ningún kobold es tan inteligente como un humano, tocapelotas.

—Por supuesto. Entonces imaginad que llegase alguien que os aventajase tan rotundamente en inteligencia como vosotros aventajáis a Bob-Bob. ¿Diríais que sería correcto que esa persona os humillase? ¿Lo diríais? —Se encaró de nuevo con Mario—. Venga. Prueba conmigo.

—¿Eh?

—Está claro que yo tampoco soy tan listo como tú. De otro modo no me habría metido en este berenjenal, ¿verdad? Pues hala, empieza. Tienes derecho, según vuestra teoría. ¿Qué te apetece, hacerme la zancadilla, desnudarme? ¿Matarme de una paliza? —Se volvió hacia la muchedumbre—. Vamos, todos, cualquiera. ¿Quién va a ser el primero?

Durante un segundo más o menos, observó Rocky, se impuso su autoridad moral, la de un joven delgado plantando cara al fornido obrero y sus amigos. Durante un segundo, Rocky creyó que igual Stan se salía con la suya.

Y entonces un trozo de hormigón salió disparado de entre el público y pasó a unos centímetros de la cabeza de Stan.

—¡A por el enano capullo!

Estalló un rugido y todo el mundo pareció abalanzarse hacia delante.

Rocky perdió de vista a Martha y se vio arrastrado hacia el frente con los demás, pero empezó a revolverse y a repartir empujones para dirigirse hacia Stan.

Y de repente tenía al costado a aquellos dos arbitradores, uno a cada lado, usando los hombros en un esfuerzo combinado para atravesar con él la melé. En cuestión de unos instantes llegaron hasta Stan, que estaba en el suelo, sonriéndoles a pesar de que saltaba a la vista que había recibido unos cuantos puñetazos.

La arbitradora dijo a Rocky:

—¿Eres amigo suyo?

—Sí.

—Sácalo de aquí.

Rocky se agachó y agarró la mano de Stan.

Pero este, sin dejar de sonreír, dijo:

—Ya me ocupo yo.

Y el mundo desapareció para Rocky —el sol, la muchedumbre, el olor a polvo y hormigón mojado, como si hubiera caído por una madriguera de conejo— cuando Stan cruzó llevándolo a él a rastras.

En respuesta a la convocatoria de Roberta Golding, los cuatro Sigüientes se reunieron en una granja de otra huella de Miami, a unos pocos mundos de la obra de la CCTL. La casa solo tenía unas décadas, pero llevaba mucho tiempo abandonada y el pantano ya había recobrado el terreno que los pioneros desaparecidos habían despejado como habían podido. Para Roberta Golding, el lugar al menos ofrecía un bienvenido cobijo del sol abrasador.

Nadie sabía que estaban allí. Los Sigüientes se escondían en los mundos de la humanidad cortita.

Ya les tocaba una reunión ordinaria para ponerse al día, de todas formas, motivo por el cual Roberta se encontraba en aquella parte de la Tierra Larga, lejos de la Granja. Pero después del incidente en la obra con Stan Berg y el kobold, Melinda Bennett había solicitado una sesión adelantada. Melinda era una de los dos arbitadores que habían acudido en ayuda de Stan Berg y Rocky Lewis; el otro, también presente con su uniforme verde manchado de sudor, se llamaba Gerd Schulze.

La cuarta persona presente era Marvin Lovelace, el tahúr. Fue el primero en hablar.

—No cabe duda de que es un candidato. El joven Stan Berg. En la partida iba cinco, seis o siete pasos por delante de aquellos obreros de la construcción sin siquiera despeinarse. Para el póquer hace falta inteligencia emocional, por supuesto, hay que saber calar a la gente. Fue como si los demás le estuvieran enseñando sus manos.

Hablaba en inglés, no en hablarrápida. Todos los hacían. En las Tierras

Bajas, los populosos mundos cercanos al Datum, siempre cabía la posibilidad de que alguien los oyera sin que se dieran cuenta. Incluso en una casa como aquella, en apariencia abandonada, algún curioso oportunista podría haber dejado en marcha una cámara de bajo consumo, por ejemplo. Resultaba frustrante hablar tan despacio, como si formaran palabras con los cubos de madera con letras de un bebé, pero tenían que comunicarse de alguna manera. Había que arriesgarse.

—Es posible que tenga inteligencia emocional —observó Gerd—, pero le falta madurez. Se puso en peligro arremetiendo él solo contra aquella chusma que rodeaba al kobold.

Roberta se quitó las gafas y se frotó los ojos cansados. Ya pasaba de los treinta años. Incluso entre los Sigüientes, reflexionó, tal vez fuera necesaria cierta edad para alcanzar la verdadera sabiduría. Recordaba muy bien su propia adolescencia. Solo era un poco más joven que Stan cuando viajó en un twain chino a los confines lejanos de la Tierra Larga, con todas sus maravillas y horrores. Incapaz de apartar la vista, incapaz de no entender, la mayoría de las noches había llorado hasta dormirse.

—¿Te burlas de él, Gerd? El instinto de Berg, por poco educado que esté, quizá sea mejor que el tuyo. ¿Cómo has llamado a los otros? ¿«Chusma»?

Marvin cruzó los brazos.

—Yo creo que iba de farol. Como en el póquer. Opino que sabía que alguien lo salvaría.

—¿Quién? —preguntó Melinda—. ¿Nosotros?

—Es posible —respondió Marvin—. Quizá haya adivinado la verdadera naturaleza de los arbitadores, o por lo menos tenga alguna sospecha inconsciente sobre vosotros. —Los Arbitadores, un cuerpo cien por cien voluntario reclutado por los Sigüientes de entre ellos mismos, trabajaba en el mantenimiento de la paz en las Tierras Bajas, dada la ausencia generalizada

de apoyo policial tras la implosión de los Estados Unidos del Datum después de Yellowstone—. A veces creo que cantáis un poco, paseándoos con vuestros uniformes verdes por los mundos de los cortitos, arreglando problemas.

Gerd soltó un bufido.

—En cambio es moralmente aceptable que tú los desplumes mediante juegos de azar, ¿verdad?

Marvin levantó las manos.

—Estoy aquí para cumplir nuestros objetivos consensuados, igual que vosotros. Aunque no siempre me parezcan sensatos. Si nos fuimos a la Granja fue para refugiarnos de esta gente, de nuestra cultura materna, que metió a un grupo de chavales Siguintes en un campo de concentración último modelo en Hawái y luego se planteó bombardear Buen Viaje, nuestro paraíso terrenal. Y ahora aquí estamos otra vez, infiltrándonos en su cultura. En cualquier caso, los cortitos no sospechan cuando juegan. Casi esperan que seas más listo que ellos, casi esperan que les hagas trampas. Pasa lo mismo en las altas finanzas, por cierto.

Y por eso, claro está, el propio Marvin era un buen agente, un buen contacto para el reclutamiento. Los candidatos a Siguinte del estilo de Stan a menudo se sentían atraídos por el juego, ya que este ofrecía una oportunidad, rara en los mundos de los cortitos, de aprovechar su intelecto superior para ganar algo de dinero. Cuando acudían, Marvin estaba en una posición inmejorable para detectarlos.

Roberta asintió.

—Entendemos tu trabajo, Marvin, y lo agradecemos. Pero sabes tan bien como yo que el debate sigue abierto. Hay quien dice que no deberíamos intervenir en absoluto, ni siquiera en los casos más escandalosos. Luego, en el otro extremo, está el Verdecero, la idea de que deberíamos esforzarnos por

devolver a los humanos a su estado salvaje.

Según algunos teóricos Siguintes, dicho estado salvaje equivalía más o menos a la Edad de Piedra Media de la humanidad, una era de pequeñas bandas nómadas, previa a la agricultura y los metales. Lo único que necesitaban los humanos, sostenían algunos Siguintes, lo único que hacía falta para convertir la Tierra Larga en una auténtica Utopía Larga, era un suave empujoncito de sus superiores intelectuales. Lo cual, como señalaban algunos escépticos, cuando las ciudades se vinieran abajo, los gobiernos se descompusieran y la humanidad se convirtiese en una raza de vagabundos sin residencia fija, dejaría a los Siguintes en una posición de control permanente.

Marvin se cruzó de brazos.

—Entonces, si no tenemos claras nuestras metas, ¿qué hacemos trabajando en Oeste 4? ¿Por qué coño les estamos ayudando a construir esos nuevos grandes programas espaciales? Algunos parece que busquen a tuestas, de forma espontánea, algo parecido al Verdecen. Mira a esos tales «raqueros». Y allí en Miami 4 tienes a obreros protestando porque creen que la lentitud del proyecto es culpa de sus jefes ineptos. Nosotros sabemos que no. Ni siquiera es algo económico, financiero o político. Sabemos que el problema real radica en que la sociedad industrial humana empieza a flaquear. Lo que pasa es que el estilo de vida que ellos llaman de los «raqueros» es demasiado tentador. Sobre todo después de un accidente o algo por el estilo, siempre hay un grupo de trabajadores que tiran sus herramientas y parten sin más a recoger fruta. La gente no tiene que trabajar de esa manera y, cada vez más, está dejando de hacerlo. Entonces ¿por qué estamos nosotros aquí?

Roberta suspiró.

—Porque estas Tierras Bajas todavía tienen unas grandes poblaciones, después de las emigraciones de Yellowstone. Están en declive, pero aún son

grandes. No les queda más remedio que organizarse a gran escala aunque sea solo para alimentar a su gente. Y porque, de momento, ellos pueden hacerlo y nosotros no. Y nosotros también necesitamos los beneficios. —Los Sigüentes seguían siendo pocos, lo que limitaba su capacidad tecnológica directa—. Dependemos de toda clase de artículos tecnológicos. La verdad es que parasitamos a las culturas de las Tierras Bajas para obtener esos artículos. Así pues, a menos que tengas una solución mejor de tu propia cosecha, dejamos que esto funcione... y lo apoyamos, con sutileza.

—Hum —dijo Marvin cavilando—. Verás, los cortitos cuentan un chiste. «Doctor, doctor, mi cuñado se cree que es un gato». El médico responde: «Bueno, traédmelo que le eche un vistazo y lo curaré». A lo que el tipo dice: «No puedo. Lo necesitamos para mantener a raya a los ratones». Es lo mismo que dices tú de los cortitos. Esos tíos están locos, es una patología. Sería más clemente dejar que se fueran todos a vagabundear, que volvieran al bosque del que salieron. Pero no les dejamos curarse, porque necesitamos que mantengan a raya a los ratones. —Se rio entre dientes.

Gerd tomó la palabra:

—Bueno, tenemos que tomar una decisión sobre este chico, Stan Berg. Sepa ya o no lo que es, y yo tengo la sensación de que sí lo sabe, debemos sacarle de allí y llevarlo a la Granja por su propio bien.

Roberta asintió.

—Estoy de acuerdo. Tienes razón. Desvelaré mi identidad para hablar con Stan y su familia en cuanto vuelva. ¿Adónde ha ido, por cierto?

Marvin se encogió de hombros, y los arbitadores tampoco parecían tener mucha idea.

Entre sus otros atributos, Stan era mucho mejor cruzador que Rocky, a quien, como de costumbre, la última caída a través de tres mundos en cuestión de segundos le había parecido dura de pelar.

Había aterrizado en Miami Oeste 1 doblado por la mitad y presa de arcadas. Por lo menos no había nadie cerca para presenciarlo, aunque hubieran ido a parar en pleno centro de un enorme trazado de inmensas estructuras de hormigón. Aquello era un teatro de realidad virtual: los carteles le indicaron sin lugar a dudas que se trataba de un proyecto de conservación creado por el movimiento en pro de un Museo del Datum, posterior a Yellowstone.

Stan le frotó la espalda.

—¿Estás bien, tío? Venga, vamos a la sombra.

Ayudó a Rocky a avanzar durante un par de manzanas —no vieron a nadie por ninguna parte— y abrió una puerta batiente que daba a un espacio vacío gigantesco. Rocky entrevió paredes de cemento pelado, con un acabado tosco.

Entonces, sin previo aviso, arrancó la simulación de realidad virtual. De repente era como si volviera a estar en el exterior: lo rodeaba una lúgubre ciudad nevada, bajo un cielo plumizo. Sopló un viento artificial desde alguna parte, y era frío. Al igual que Stan, Rocky llevaba solo la ropa ligera apropiada para un día de verano en la Florida de una Tierra paralela. Se puso a tiritar de inmediato y se envolvió el pecho con los brazos.

—¿Dónde leches se supone que estamos? En algún lugar del Datum,

¿verdad?

—Exacto. En Inglaterra. ¿Has oído hablar de Inglaterra? Bienvenido al invierno volcánico. Vamos, quiero enseñarte algo. No está lejos. —Stan arrancó a caminar deprisa por las calles despobladas.

Rocky, que temblaba como si fuera a romperse, no tuvo más remedio que seguirle.

Se guiaron por unas descoloridas señales marrones que dirigían hacia la «Ciudad Medieval». Un cinturón exterior de urbanismo moderno —para los estándares previos a Yellowstone, es decir, cemento y cristal por todas partes y casas colocadas en pulcras hileras cortas, todas abandonadas, algunas quemadas— dio paso a un núcleo central de calles más estrechas, edificios más antiguos de piedra y ladrillo y, elevándose por encima de todo lo demás, una imponente aguja, fina, muy alta, que se entreveía de vez en cuando por entre las filas de tejados. Los edificios de aquella zona eran en su mayor parte adosados, que se amontonaban junto a las calzadas como hileras de dientes envejecidos, y era evidente que los habían reconstruido y reutilizado, algunos con fines residenciales pero otros para convertirlos en pensiones, cafeterías o puestos de souvenirs. Ahora estaban todos tapiados y abandonados. Flotaba una sensación de gran antigüedad, de que allí habían vivido y muerto generaciones de personas, reformando una y otra vez el patrimonio inmobiliario. Para Rocky era todo como de otro planeta. Miami Oeste 4, la comunidad en la que se había criado, tenía pocos edificios más viejos que él mismo.

Llegaron a una especie de plaza, cubierta de barro congelado sobre el que antes quizá creciera la hierba. Y allí, delante de ellos, solitaria y rematada por aquella gran aguja, se alzaba una catedral enorme, de proporciones distorsionadas por la perspectiva desde el nivel del suelo. Como una nave espacial de piedra, pensó Rocky, que hubiera aterrizado allá.

Stan caminó hacia ella con paso confiado. En mitad de una pared de piedra adornada con hermosas tallas había una gruesa puerta de madera, que Stan abrió empujando; era evidente que no estaba cerrada con llave. Entraron en la catedral. Los asaltó de inmediato el silencio, la sensación de una antigüedad incluso mayor. Rocky no había estado nunca en un edificio como aquel.

Avanzaron por el eje largo de aquella construcción en forma de cruz. Unos pilares de piedra se alzaban en largas hileras para sostener los arcos que, a su vez, soportaban un techo increíblemente ornamentado. Rocky vio que el edificio en sí estaba intacto, más o menos, y hasta las magníficas vidrieras seguían completas, pero que lo habían vaciado de casi todo su contenido y habían dejado desnudos los largos suelos de piedra. A lo mejor se habían llevado para hacer leña los bancos donde antaño se sentaran las congregaciones que debían de reunirse allí. El edificio entero tenía que estar construido solo con piedra y madera, pensó Rocky, pero parecía ligero como el aire.

—¿Entiendes que todo esto es una captura reciente? —preguntó Stan.

—Claro.

Esa era la razón de ser del movimiento por el Museo del Datum: conservar lo que quedaba del patrimonio cultural de la Tierra madre antes de que se perdiese, víctima del abandono post-Yellowstone. Los tesoros portátiles, como por ejemplo las obras de arte, se transportaban a otros mundos a cuestas o a bordo de twains, pero los edificios y los cascos urbanos enteros solo podían «salvarse» como grabaciones de realidad virtual.

—¿Ya sabes dónde estás? —preguntó Stan.

—¿En Disneylandia?

—Hereje. Este sitio se llama Salisbury. Está abandonado, como casi todo el resto de Inglaterra. Verás que los saqueadores respetaron la catedral, ellos sabrán por qué. La gente tiene valores, aunque pase hambre y frío.

—Yo tengo hambre y frío.

Se sentaron los dos en el suelo, con la espalda pegada a una pared y bien juntos para darse calor. Rocky vio que la gente había encendido hogueras sobre el suelo de piedra, en el centro mismo de la vieja iglesia, donde el eje largo se cruzaba con el travesaño, justo debajo de la aguja. El suelo estaba chamuscado y en el techo había manchas de hollín.

—Supongo que vienes mucho por aquí —conjeturó Rocky.

—¿Cómo no venir? Para ver grandes edificios antiguos hay que ir al Datum, con invierno volcánico o sin él. Varias de las catedrales, mezquitas y demás todavía se usan. La gente vuelve para el culto. En Barcelona, por ejemplo, en España. Las iglesias y mezquitas de Estambul. Esta es mi favorita, de todas las que he visitado. Es mejor aún por estar vacía. Pero no durará eternamente. Esa aguja no es más que piedra sobre un armazón de madera. Alguien tiene que ocuparse del mantenimiento.

—¿Por qué te importan estos sitios, Stan? Pensaba que despreciabas la religión. Recuerdo cuando aquel predicador pasó por el tallo de habichuela para dar la tabarra con el papa. ¡Le hiciste llorar!

—Desprecio las religiones que tenemos, que no son más que patrañas y manipulaciones basadas en textos y materiales tan reelaborados a lo largo del tiempo que prácticamente carecen de sentido. Desprecio la división que traen consigo las religiones, como si los humanos no tuvieran ya problemas suficientes. Desprecio a los estafadores como el padre Melly. Y aun así, aun así... ¿No lo ves, Rock? Mira este sitio. Imagina lo que fue construir esto con herramientas del siglo XIII y nada más. No solo eso, sino que tardaron en construirlo, una generación tras otra, vidas de esfuerzo y trabajo consagradas a un único fin. ¡Y mira lo que hicieron! En su tiempo fue algo tan ambicioso como el tallo de habichuela de Linsay a día de hoy. En un lugar como este pueden rechazarse las respuestas que esos constructores aceptaron, pueden

rechazarse hasta las preguntas que hicieron, pero hay que aplaudir el anhelo de plantear unas preguntas tan sublimes, de buen principio.

No por primera vez, y sin duda tampoco sería la última, Rocky captó una distancia enorme entre su amigo de toda la vida y él, una distancia que solo parecía ensancharse a medida que crecían. Con todo, sabía que jamás podría abandonar a Stan. No era solo amistad o lealtad; empezaba a darse cuenta de que era algo más.

Una especie de deslumbramiento.

—Stan, a veces me asustas —balbució.

Stan lo miró con sincera extrañeza.

—¿De verdad? No era mi intención. Lo siento. Eres un buen amigo. Pero, si tienes miedo, ¿por qué estás aquí?

«Porque no puedo evitarlo» era la única respuesta de Rocky.

—Oye, tengo frío. ¿Nos vamos?

—Dentro de un rato. —Stan alzó la mirada hacia los elegantes espacios de la catedral, vaciando su expresión como si su mente estuviera elevándose como un pájaro.

Cuando por fin cruzaron de vuelta, los acogió un cálido sol vespertino.

Fueron a casa dando un paseo. Sus familias vivían en apartamentos contiguos en una urbanización residencial al borde de las instalaciones del tallo de habichuela. Llegaron primero al piso de Stan, pero Martha pidió a Rocky que entrase un momento.

Dentro, sentada con Martha, había una mujer de alrededor de treinta años, delgada, morena, seria, vestida con una especie de traje chaqueta. Rocky no tenía ni idea de quién era.

Stan, sin embargo, pareció reconocerla.

—Ya iba siendo hora de que aparecierais —dijo.

Rocky estaba anonadado.

Martha tenía cara de circunstancias.

—Rocky, esta mujer se llama Roberta Golding. Es una Siguiete. Dice que Stan también lo es. Vamos, que es un Siguiete, o eso creen ellos. Y ha venido para quitármelo.

—Yo siempre he sabido que era especial —dijo Martha Berg—. Supongo que es lo que piensan todas las madres. Incluso de pequeño, cuando empezó a hablar, parloteaba sin parar.

Roberta asintió con gesto solemne.

—Lo llamamos hablarrápida. Todos los niños Siguintes la practican de forma natural.

Estaban sentados alrededor de la mesa del pequeño salón de la casa: Martha, la tal Roberta Golding, Stan y Rocky, para quien los Siguintes eran poco más que una leyenda, una especie de historia para no dormir protagonizada por unos críos inteligentes a los que el gobierno intentó encerrar o unos supergenios carismáticos que habían secuestrado un twain de la Armada de Estados Unidos y asesinado a todos sus pasajeros. Pero aquella mujer no había venido por Rocky.

Stan solo sonreía.

Martha prosiguió:

—A medida que crecía, siempre iba por delante de lo que sus profesores tenían planeado para él. Por suerte, eso aquí no es un gran problema, porque la escolarización es muy informal. Más que nada, Jez y yo nos apañábamos como podíamos.

—Jez, su marido.

—Ahora mismo está en la jarcia. Quiero decir, en la estación de anclaje orbital de la torre. Se tarda días en subir y bajar, ya sabe. Aunque paren las obras aquí abajo, ellos están atrapados allí arriba.

—No hay prisa —dijo Roberta—. No hace falta que tomemos ninguna decisión antes de que pueda hablar con su marido.

—En fin, lo mantuvimos escolarizado hasta que nos superó con creces y empezó a aprender por su cuenta. Aquí tenemos unos recursos bastante buenos en internet. Le dejamos a sus anchas con ellos.

Roberta miró a Stan de reojo.

—Yo también me crie entre humanos, Stan. Sé lo frustrante que puede ser. Lo mucho que hay que disimular.

—Bueno, él tampoco disimulaba mucho que digamos —se lamentó Martha.

—Pero si hubiera crecido entre los Siguintes —señaló Roberta con suavidad—, habría aprendido con otros como él. Y en nuestra comunidad, la Granja, los adultos aprendemos de los niños a medida que descubren el mundo. —Miró a Stan—. Existe un universo entero de ideas que explorar. El legado que heredamos de la humanidad es solo el principio, para nosotros.

—No me gusta nada tu manera de hablar —le espetó Rocky—. Nosotros, vosotros. La humanidad, los Siguintes. A mí me parecéis bastante humanos. Lo siento, sé que no es asunto mío.

Martha le tocó el brazo.

—Eres su amigo. Por supuesto que es asunto tuyo.

—Pero la verdad es que yo no soy humana, de la manera en que lo sois vosotros —explicó Roberta con delicadeza—. Existen divergencias genéticas. La estructura de mi cerebro es diferente de la tuya. —Sonrió—. Los neurólogos de la base de la Armada estadounidense en Hawái, donde se llevó a cabo el estudio más intensivo de los Siguintes antes de la fundación de la Granja, pudieron determinar al menos eso.

—Esa Granja —dijo Martha con nerviosismo—. El sitio ese donde propone llevar a Stan. ¿Dónde está?

—Lejos de aquí. En paralelo, quiero decir. Mantenemos la ubicación en secreto. Fue fundada poco después de un incidente acaecido en un lugar llamado Buen Viaje. Se profirió la amenaza de destruirnos. A mi gente. No podrían habernos eliminado a todos, y al final no se produjo ningún intento. Acabaron imponiéndose ideas más razonables. Aun así, nos lo tomamos como una advertencia. Nos hemos separado del mundo humano, por nuestra propia seguridad y la vuestra.

—Pero ahora estáis aquí —observó Rocky—. De incógnito, ¿verdad? Haciéndoos pasar por lo que no sois. Como los arbitadores. —Que también trabajaban para los Siguintes, como Roberta había revelado.

—No puedo negarlo. Sin embargo, hemos venido a estudiaros, además de a ayudaros. Sois, a fin de cuentas, nuestros antecesores. Y nadie ha estudiado a la humanidad como es debido.

Martha replicó con un deje de acritud:

—Nadie salvo nosotros mismos, quieres decir. Que no contamos.

—Exacto. Y es verdad que intentamos ayudarles, de diversas maneras.

Eso a Rocky le parecía inquietante. Solo tenía dieciséis años y se sabía ignorante, inocente. Pero se preguntó la influencia que podría tener una organización encubierta de posthumanos superinteligentes que trabajase a lo largo y ancho de los mundos de la humanidad.

—Y —añadió Roberta— estamos buscando a más de los nuestros. Como tú, Stan. Buen Viaje fue una especie de semillero para el desarrollo genético que provocó nuestro surgimiento: una peculiar comunidad donde convivían humanos y trolls, un producto de la extraña naturaleza de la Tierra Larga. Eso fue lo que nos creó. Pero ahora esa mejora genética se ha extendido por todo el resto de la población, y aquí y allá, de vez en cuando, aparece uno de nosotros entre vosotros.

—Otra vez con el «nosotros» y el «vosotros» —señaló Rocky con

amargura—. Stan es una amapola que ha crecido en un campo de malas hierbas, ¿verdad?

—Para nada —replicó ella con tono neutro.

—¿Y le estáis ofreciendo a Stan un sitio con vosotros en esa tal... Granja?
—preguntó Martha.

—Le ofrecemos la oportunidad de venir a visitarnos. Que vea si le parece que allí será feliz.

—Pongamos que no lo es —dijo Rocky—. Pongamos que quiere venir a casa. ¿Le dejaréis?

—Por supuesto. No es una cárcel ni...

—Pero entonces sabrá dónde estáis. Has dicho que ya intentaron aniquilaros una vez.

Roberta adoptó un tono amable.

—Stan no podría delatarnos sin delatarse él mismo. Es demasiado inteligente para hacer algo así. ¿No es cierto, Stan?

Stan no había hablado desde que le habían presentado a Roberta.

—Hablar contigo es interesante. Casi como una partida de ajedrez. Los dos vemos cómo se llegará al final de la partida.

Roberta asintió, con una sonrisa.

—Es una observación perspicaz. En cierta manera es como si dispusiéramos de menos libre albedrío que estos otros. Porque nosotros podemos pensar las posibles resoluciones de una situación dada, descartando las alternativas inapropiadas.

—«Estos otros» —repitió Rocky—. Sigues diciéndolo.

—Pero —aclaró Roberta, para Stan— también es verdad que debatimos sobre asuntos más elevados. Metas, motivaciones. Ahí es donde se expresan nuestras diferencias. En el nivel de la estrategia, no la táctica.

Stan asintió.

—¿Y cuál es vuestra estrategia? ¿Cuáles son vuestras motivaciones? ¿Qué planes tenéis para la humanidad?

Martha interrumpió, acalorada:

—¿Eso no es cosa nuestra?

—No, mamá —respondió Stan con serenidad—. No cuando hay gente así en el mundo. Tenéis el mismo control sobre vuestro destino que un elefante en una reserva natural. Es una buena analogía, ¿no? —añadió, desafiando a Roberta—. Vosotros seríais los cuidadores.

—No es así. Por lo menos, no todos pensamos de esa manera. Desde luego, queremos que la humanidad sea... feliz.

—¿Feliz? Deambulando sin rumbo, en una especie de jardín perfeccionado por vosotros. Una Utopía Larga. ¿Esa es vuestra meta?

—No tenemos una meta —aclaró Roberta—. Por lo menos no una en la que todos estemos de acuerdo. Estamos desarrollando nuestras capacidades, explorando nuestras motivaciones. El debate sobre los objetivos sigue en pie. Te invito a sumarte a ese debate. Si te importa la humanidad tanto como parece...

—Necesito pensar. —Stan se puso en pie, de sopetón—. Disculpadme. Cruzó a otro mundo.

Cuando hubo partido, la habitación pareció quedar vacía.

Martha sirvió más té helado.

—Se irá contigo —dijo—. No necesito supercerebro para verlo claro. Conozco a mi hijo. Irá, aunque solo sea por curiosidad. Pero volverá a casa.

—Puede ser —replicó Roberta—. Pero creo que debería usted prepararse para perderlo. Lo siento mucho.

Martha apartó la vista, claramente incapaz de hablar.

Nelson Azikiwe había dicho, al ofrecerse a investigar la familia de Joshua: «Nunca se sabe qué podría descoserse si tiramos de ese hilo». Podía ser, pero resultó ser un hilo de lo más testarudo.

Pasaron meses, que se estiraron sorprendentemente hasta formar años — cuatro, contando desde la promesa que le había hecho a Joshua el día de su quincuagésimo cumpleaños— antes de que Nelson lograra avanzar algo en su búsqueda. La revelación no llegó a través de redes como las de sus compañeros en línea, los Enigmaestros, sino gracias a su amistad con Lobsang. Para ser exactos, a través de una vieja amiga de la hermana Agnes, que oyó comentar a unos amigos mutuos que Nelson andaba buscando información sobre, en palabras de ella, «el pasado escandaloso de Londres».

Pues, para sorpresa de Nelson, sus investigaciones le habían llevado a esa castigada ciudad.

Se encontró con la señorita Guinevere Perch en una huella de Londres en la Tierra Larga. Aquella comunidad, fundada a un par de cruces de las ruinas heladas del Datum, era una maraña de campamentos de refugiados creados a toda prisa en un robledal talado. La señorita Perch, coetánea de Agnes, por lo que pasaba ya de los noventa, era una mujer marchita que recordaba a un pájaro y llevaba el pelo lleno de enredos, pero con una sonrisa radiante para las visitas. Vivía sola, aunque recibía asistencia diaria, en una casa construida con arreglo a una variante bastante tosca del estilo colonial de la Tierra Larga. Sin embargo, iba bien vestida y ocupaba una sala llena de muebles exóticos en la que un mayordomo peripatético sirvió a Nelson té y pastel.

La señorita Perch le enseñó con regocijo imágenes de las propiedades que otrora había tenido en el Datum, entre ellas una casa unifamiliar muy cara de estilo georgiano en el centro de Londres.

—A tiro de la Cámara de los Comunes —comentó.

Y cuando la anciana le mostró imágenes fugaces del equipo exótico que guardaba en el sótano de aquella casa y esbozó las actividades que allí se desarrollaban para beneficio de los diputados y demás parlamentarios — amén de un libro de visitas, con sus correspondientes retratos fotográficos clandestinos, que abarcaban décadas—, Nelson comprendió por qué se había puesto en contacto con él. Por lo tocante a lo que quedaba del *establishment* británico, incluso entonces, dieciséis años después de Yellowstone, la señorita Guinevere Perch sabía dónde encontrar todos los trapos sucios.

Y con ese poder, fue capaz de ayudar a Nelson a desenterrar varios secretos muy, pero que muy delicados.

Sin embargo, resultó que, cuando Nelson por fin empezó a tironear de forma sistemática del hilo de los orígenes de Joshua Valienté, la historia que desentrañó calaba mucho más hondo que la biografía del padre de Joshua. Demostró ser una historia que, en realidad, se remontaba más de dos siglos atrás...

Desde la entrada de artistas del teatro Victoria y por la abarrotada calzada del New Cut de Lambeth, el Gran Elusivo —también conocido como Luis Ramón Valienté, honorable Reginald Blythe y una serie de seudónimos más, según requiriese la ocasión— siguió a su misterioso interrogador, Oswald Hackett, hacia la ostrería prometida.

Las aceras del New Cut, riberas de un río de tráfico tirado por caballos, eran un hervidero de gente enfrascada en los más variopintos asuntos. Por

supuesto, era lo normal a esas horas de un sábado por la noche, en marzo de 1848, cuando los teatros del sur del Támesis abrían sus puertas para que saliera la gente bien de los palcos, y los jóvenes fruteros y verduleros desalojaban en tropel las localidades baratas. Todas las tiendas estaban abiertas, con los dueños ante la puerta y los escaparates cargados de muebles, herramientas, ropa de segunda mano o montones de hortalizas, quesos o huevos, pero había una actividad comercial igual de intensa en los puestecillos que abarrotaban la calle en sí. Los repetitivos gritos de los mercachifles o sus mozos se imponían al repiqueteo de los cascos de los caballos: «¡Castañas, un penique el cucurucho!», «¡Empanadillas calientes!» y «¡Arenques de Yarmouth, tres a un penique!». Muchas de aquellas voces eran irlandesas: los desheredados de ese país habían acudido a la ciudad huyendo de la hambruna y eran tratados con desprecio incluso por los más pobres de entre los indígenas. Quien buscara sermones más elaborados podía oírseles a los quincalleros que vendían cubertería de Sheffield o los buhoneros que pregonaban su vistosa literatura de crímenes truculentos. Luis tuvo que sortear a una anciana sentada en un taburete que fumaba en pipa mientras vendía grabados enmarcados de la reina Victoria, su consorte y sus hijos que exponía en un paraguas abierto boca arriba. También había artistas callejeros por todas partes: baladistas, tragasables y comefuegos, una vieja ciega que tocaba el organillo, un hombre que exponía sobre una mesa estatuillas mecánicas traídas de Austria, una princesa bailando la polca, un elefante cuyo trompeteo tenía embelesados a los golfillos de la calle...

Entre todo aquel jaleo, Luis no perdía de vista al misterioso Hackett.

Luis era un tipo perspicaz. Oswald Hackett era un hombre fornido de unos treinta años, algo mayor que él, que llevaba un gabán fino pero sobrio y caminaba con un bastón caro. A la luz del farol de la entrada de artistas, Luis había reparado en que la mano que sostenía ese bastón tenía marcas,

cicatrices causadas por algún producto químico, tal vez. ¿Se trataba de alguna clase de estudioso? ¿Un científico? ¿Un químico? Además era culto, por su manera de hablar. Tenía el leve rebuzno y las vocales alargadas que Luis asociaba con un historial marcado por Harrow y Oxford.

En esos momentos, el tipo parecía algo pachucho: estaba pálido y resollaba al caminar. Pero aquel día de marzo era muy caluroso para esa época del año, y el aire londinense se notaba un tanto menos sulfuroso que de costumbre. La reacción debía de responder a alguna secuela de su espectacular desaparición y reaparición, más que al clima. Aun así, Hackett siguió abriéndose paso entre la multitud mediante un aparente esfuerzo de voluntad.

—Esa ostrería queda más lejos de lo que recordaba —dijo, con la respiración entrecortada—. No estoy acostumbrado a este gentío, disculpe que me quede sin aliento. Menudo hormiguero, ¿eh? Como si Londres fuera un tronco de árbol descompuesto a través del cual se abrieran camino a bocados los gusanos y gorgojos, vendiéndose unos a otros pedazos de corteza a un cuarto de penique. Claro que imagino que usted se encontrará más a gusto que yo, ¿no es así, Elusivo? Al fin y al cabo, fue en calles como estas en las que antaño luchó por sobrevivir, ¿no? Mascando tabaco y rehuyendo a los *bobbies*.

Luis observó a los niños barrenderos de una esquina, que competían para limpiar el camino a las personas de más alcurnia que iban y venían de los teatros, en algunos casos haciendo cabriolas o el pino con la esperanza de que alguien les lanzara un penique. Tenía la incómoda sensación de que ese tal Hackett sabía demasiado sobre él, sobre una vida que hubiese preferido mantener en secreto.

Al fin y al cabo, era una historia lamentable. Luis era hijo de un tendero que había muerto pobre, de tisis, y una madre que se había vuelto a casar antes de morir a su vez de parto, con un padrastro que solo había tenido

desprecio para Luis y había acabado por echarlo a la calle, cuando tenía nueve años. Luis se había sumado a los «gusanos y gorgojos» londinenses de Hackett para sobrevivir, al principio barriendo igual que aquellos muchachos que tenía delante, a la vez que aprovechaba su inusual talento para salir de los aprietos. Y sí, para esconderse de los *bobbies* cuando era necesario. Pero después, picando más alto, había desarrollado un número callejero basado en su truco de desaparecer: se esfumaba detrás de un barril, para reaparecer desde un umbral ubicado al otro lado de la calle. Y eso hizo que se fijaran en él y le ofrecieran un trabajo en los caldeados teatros de la orilla sur, en los espectáculos de variedades o como entretenimiento para el entreacto. Durante todo ese tiempo, había guardado su secreto, el hecho de que sus trucos de magia no eran trucos, aunque si no eran magia él no estaba muy seguro de qué otra cosa podían ser.

De repente parecía que, otra vez, se habían fijado en él. Decidió que no tenía sentido andarse por las ramas.

—Déjese de ostras. O sea que usted también puede hacer *eso*, señor. Me tenía por el único. ¿Puedo preguntarle, para empezar, cómo lo llama usted? No me gusta que la gente me lleve ventaja.

—Tengo un nombre para *eso*, pero ¿acaso importa el nombre? Y en cuanto a lo de que se tiene por único, solo puedo decirle, señor, que lo mismo le pasa a la mayoría. Quizá haya sido así desde el principio, en los albores de la historia. Cuenta la leyenda de mi familia que uno de mis antepasados fue Hereward el Proscrito, que también fue la mar de elusivo, ¿no cree? ¿Nos lo demostramos mutuamente?

—¿Demostrarnos qué?

Hackett hizo un alto, echó un vistazo a su alrededor y llevó a Luis a un callejón sombrío.

—¿Qué preferencia tiene, señor Valienté?

—¿Preferencia?

—¿Sentido horario o antihorario?

—No sé de qué diablos... Ah.

—Siempre hay dos direcciones en las que viajar, ¿verdad?

—Yo me las represento como diestra o siniestra.

—Buen nombre. Por supuesto, no sabemos cuál de nuestros términos es congruente con el otro, ¿verdad? —Le tendió su bastón, que Luis reconoció en ese momento como una funda que contenía un arma oculta—. Vamos, sujete el bastón —dijo Hackett—. Concédame el honor de dejar que dirija la marcha. Creo que escogeré antihorario para este primer experimento.

Luis miró a su interlocutor con detenimiento mientras reflexionaba. Tenía la sensación de que toda su vida pendía de aquel momento, de la opción que escogiera en ese instante. El tipo no podía tener más que conjeturas sobre Luis, por el momento, suposiciones basadas en la observación de su espectáculo teatral. Tenía que ser así, porque Luis sin duda lo habría avistado si Hackett le hubiese seguido al bosque siniestro para espiarle. Luis aún podía salir del paso con alguna bravata. ¿Qué podía hacer Hackett, a fin de cuentas? No podía obligar a Luis a cruzar al escalofriante silencio de los bosques de antihorario...

Por otro lado, por supuesto, una vez hubiesen cruzado y perdido de vista a cualquier *bobby*, Luis quizá tuviera ocasión de silenciar al tipo para siempre y dejarlo allí, sin más. Para sobrevivir en los bajos fondos londinenses había tenido que aprender a defenderse con los puños desde muy joven. No era un asesino, aunque en otras ocasiones se había planteado la posibilidad como medio para conservar su incómodo secreto, in extremis. Su vida o la de Hackett, esa sería la elección. Y aun así, aun así...

Sus pensamientos desbocados frenaron en seco. Tenía enfrente a alguien como él. Ahí tenía a un sujeto, bastante culto a juzgar por su apariencia y

dicción, que tal vez pudiera explicarle aquel peculiar fenómeno que, en efecto, Luis siempre había imaginado como algo suyo y de nadie más, un don y una carga particulares, un secreto que debía ocultar incluso a su propia familia.

Oswald Hackett sonrió mientras le observaba. Luis tuvo la sensación de que sabía exactamente lo que estaba pensando, las opciones que sopesaba.

Luis no se fiaba ni un pelo de aquel individuo, pero siempre había tenido algo de oportunista; era un rasgo que había marcado su vida entera, su carrera. Decidió que vería qué tenía que decirle. Si no le gustaba lo que descubriese, siempre podía perderse otra vez en las sombras y el anonimato, como había hecho varias veces en su vida. Aunque se le ocurrió que no sería tan fácil deshacerse de un hombre capaz de seguirlo incluso a la diestra y la siniestra.

Una vez que hubo tomado la decisión, agarró el bastón sin mediar palabra. Hackett asintió.

—Bien hecho. —Echó otro vistazo en derredor, para asegurarse de que nadie los observaba.

Entonces, con la habitual sacudida en las tripas de Valienté, aparecieron en el verdor del bosque.

Luis soltó el bastón.

Allí los árboles eran robles, y no los lamentables especímenes recubiertos de hollín que poblaban los parques de Londres, sino ejemplares altos y hermosos, como las columnas de una gran iglesia, pensaba Luis a menudo. El cielo era azul y luminoso, pues no lo ocultaba a la vista el manto de humo de la ciudad, y también hacía más frío. Londres, aquel gran arrecife de humanidad, con sus edificios ennegrecidos por siglos de humo y carbonilla,

no existía allí, si aquel bosque diestro o siniestro se correspondía en absoluto con la ciudad que Luis conocía. Bajo sus pies la tierra estaba firme y seca, aunque eso ya lo sabía porque saltaba allí varias veces al día como parte de su espectáculo. Pero no todo el terreno era tan benigno. Buena parte del paisaje de la región era un pantano a través del cual desembocaban un ancho río y sus afluentes: una versión del Támesis, quizá, pero sin hollar por la humanidad. Luis tenía que escoger bien los teatros para sus actuaciones. Los escenarios que usaba debían corresponderse con un terreno elevado en esa parte, o por lo menos con tierra firme, porque a los espectadores podría extrañarles que sus reapariciones mágicas siempre viniesen acompañadas de pies mojados.

Se fijó en Hackett, que una vez más estaba doblado sobre sí mismo, agarrándose la barriga y respirando hondo, con la cara pálida. Luis nunca había hecho una travesía de esa clase acompañado, de modo que la presencia de otra persona en lo que había llegado a considerar su refugio particular le causaba cierta impresión.

Hackett se enderezó con esfuerzo, sacó un paquete de papel del bolsillo de su chaleco y tragó un par de píldoras.

—¿A usted no le pasa esto?

—¿El qué?

—Las náuseas. Es como si un atracador del East End me diera un puñetazo en la barriga.

—Nunca me ha pasado.

—Dese por afortunado. Y ya ha visto que me ha ocurrido lo mismo hace un rato, cuando he hecho mi saltito adelante y atrás para mostrarle mis credenciales. —Hackett se puso recto y miró a Luis de arriba abajo—. Le envidio, señor. Es evidente que el vals se le da mejor que a mí.

—¿El vals?

—Es la manera que tengo de calificar lo que hacemos, a *esto*. Valsar. ¿No le parece que el préstamo es apropiado? Porque usted y yo bailamos, con la gracilidad de dos príncipes germanos, y danzamos a izquierda y derecha, o en alguna dirección, más rápido de lo que el ojo acierta a seguir. Un vals, ¿comprende? Aunque sé que esa danza ya no se estila tanto en los bailes populares de Lambeth como en Windsor. Y aquí estamos, después de dar un paso de vals hasta el bosque. Dígame, ¿ha explorado con cierta profundidad este... nuevo mundo?

Luis se encogió de hombros.

—¿Para qué? Aquí no hay nadie.

—No hay beneficio que obtener, ¿eh?

—Inglaterra es mi mundo, señor. Londres.

—¿Y cruce desde donde cruce se encuentra el bosque?

—Solo lo he probado desde Londres, y Kent, donde me crie. Sí, bosque.

—¿Y por el lado horario?

—Lo mismo.

—Bueno, el bosque es lo que hay, dondequiera que uno vaya, por lo menos en Inglaterra. Algunos de mis antepasados, porque este rasgo se ha transmitido de una generación a otra y se ha conservado dentro de la leyenda familiar, aunque no por escrito desde que quemaron por bruja a una tía lejana, algunos de ellos se hacían llamar hombres del bosque, precisamente. Uno de ellos estuvo con Robin Hood. No es de extrañar que el sheriff de Nottingham nunca pudiera atrapar a aquellos forajidos.

Luis resopló.

—Hood es un personaje ficticio. Cosa de baladas.

—Si usted lo dice. Pero cuénteme, si cruza más allá, ¿qué pasa?

Eso confundió a Luis.

—No sé a qué se refiere, señor.

Hackett lo miró con los ojos como platos.

—Lo dice en serio, ¿verdad? ¿Ha crecido con la capacidad de dar este primer giro del vals, pero jamás se le ha ocurrido probar un segundo o un tercero? ¿Valsar a otro mundo, y luego otro más?

Luis arrugó la frente. No, nunca se le había ocurrido intentarlo.

—¿Con qué fin?

Hackett movió la cabeza.

—De manera que no siente la menor curiosidad, no tiene ni un pelo de explorador. Bueno, el capitán Cook debe de estar revolviéndose en su tumba al oírle. Me pregunto si el nombre artístico que ha escogido no reflejará su verdadera personalidad. «Elusivo» viene de eludir, cuya raíz latina significa «jugar», no sé si lo sabía.

—¿De verdad? No tenía ni idea.

—Le resume bastante bien, aun así, ¿no cree?

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué va a hacer uno con un don como este si no es mantenerlo oculto y sacarle algo de partido, jugar, si prefiere decirlo así?

—Madre mía, qué poca imaginación tiene, Valienté. Yo mismo pensaba así, de pequeño, pero luego maduré. Y como le he estado dando a entender, muchos de mis antepasados tuvieron mejores ideas. ¿Qué tal una temporada robando casas? O espionando, asesinando a personalidades o... —Hackett dio un aguerrido paso hacia él, desaparecido ya cualquier atisbo de náuseas—. ¿Qué hay de servir a su país?

En la cabeza de Luis se disparó una alarma como el pitido de un tren. Decidió improvisar.

—No tengo ni idea de a qué se refiere.

—Pues claro que no. Deje que se lo explique. Pero antes, ¿qué me dice de esas ostras? Volvamos para comer.

La comida de la ostrería era, en efecto, exquisita, y Luis de buena gana les habría seguido el juego a personajes más turbios que Hackett a cambio de un almuerzo gratis.

Comer con alguien siempre creaba cierto grado de confianza. Era algo que Luis había observado antes, sobre todo si ese alguien invitaba. Mientras comían hablaron de poca cosa y, para cuando las conchas vacías estuvieron apiladas, con otra ronda en camino, se habían vuelto, en cierto modo, aliados. No eran amigos exactamente, pero compartían un lazo. Dos aliados que sabían que el otro podía desaparecer en cualquier momento, pero que tenían el consuelo de saber que ellos también tenían esa posibilidad.

Luis echó un trago de cerveza negra y preguntó:

—Y bien, los valsistas. ¿Cuántos somos?

—Yo conozco a quince —respondió Hackett—. En activo, se entiende, porque luego están las noticias del pasado, fragmentarias, como no podía ser de otra manera, incluso dentro de mi propia familia. Cuanto más atrás se mira, más se confunden con las leyendas y las patrañas más descaradas. Somos extraordinarios, los valsistas, Luis, tanto como un ternero con dos cabezas, e igual de bienvenidos por lo general. Además, sospecho que a menudo nos mezclamos con los otros, de modo que el talento debe de aparecer y desaparecer de tal modo que el portador se lleva el secreto a la tumba. Aun así, doy por sentado que habrá muchos más en el mundo. Hace poco encontré a dos en Margate, en el transcurso de unas breves vacaciones.

—¿Vacaciones de qué, si no es indiscreción, señor? Creo que conozco a todos los escapistas y artistas de esa clase de la ciudad, y a usted no lo reconozco.

Hackett carraspeó.

—Bueno, no me dedico al espectáculo, aunque no pretendo denostar la

profesión que ha escogido usted en la vida. Me hallo en la venturosa posición de disponer de fortuna propia. Mi padre murió cuando yo era muy pequeño, pero heredé un fondo considerable al alcanzar la mayoría de edad, y después tuve el buen juicio de invertir una porción en acciones del ferrocarril y la suerte de escoger la compañía adecuada.

Luis no dijo nada, pero se revolvió por dentro. Su padre, en cambio, había apostado a caballo perdedor en la fiebre de la construcción de ferrocarriles que había seguido a la inauguración de la famosa línea Liverpool-Manchester, y había dejado a su familia en la ruina. Observó a Hackett con aire lúgubre. «La fortuna —pensó— siempre sigue a los ya afortunados.»

—En cuanto a lo que hago con mi tiempo —prosiguió Hackett—, me considero una especie de estudioso, sin pertenecer a ningún organismo en particular, aunque he presentado ponencias en la Royal Society y la Royal Institution, entre otras. Me intriga en especial el abundante tesoro de información que trajeron de vuelta los naturalistas más osados, desde los que viajaron con Cook, a quien ya he mencionado, hasta individuos más recientes como Darwin. ¿Ha leído los volúmenes de su crónica sobre la travesía del *Beagle*? ¿Quién sabe lo que llegaremos a aprender, en las décadas venideras, sobre el funcionamiento de la divina máquina sostenedora de la vida que es la Tierra?

»Y por supuesto, esa curiosidad científica mía se ha volcado en mis propias y extrañas habilidades y en las de mi familia y el resto de nuestra dispersa y furtiva comunidad. ¿De dónde procede nuestra peculiar facultad? ¿Qué es lo que hacemos? ¿Dónde están esos enigmáticos bosques que visitamos? ¿Cuál es el significado de todo ello? ¿Y qué debemos hacer con este extraño don? Dígame, Valienté, ¿cuándo descubrió su talento? ¿Lo recuerda?

—Como si fuera ayer. Me estaba persiguiendo un toro (no es una historia

muy interesante, un par de nosotros cogiendo manzanas donde no deberíamos haber estado, yo no pasaba de los seis años), cuando de repente descubrí que no estaba en una granja mirando un toro sino en un bosque denso contemplando algo que parecía un jabalí. Me puse a gritar como un poseso y luego de pronto me hallé «de vuelta», pero el toro me había perdido de vista. Todo el asunto tuvo el aire de una pesadilla, y por tal lo tomé. Tardé lo mío en descubrir cómo hacer aquello a propósito.

Había tenido que desarrollar su aptitud cuando su padrastro lo echó, no muchos años después del incidente de las manzanas, aunque eso no pensaba contárselo a Hackett, suponiendo que no lo supiera ya.

Hackett sacó una pipa, la llenó, aplanó el tabaco y lo encendió antes de volver a hablar.

—Seis años, ¿eh? Yo era mayor, pero ya vengo sospechando que su talento está mucho más desarrollado que el mío. Lo descubrí cuando tenía unos dieciséis años. Estaba en el colegio, y en brazos de la mujer del director. No hará falta que me extienda, pero cuando se hizo necesario que me marchara a toda velocidad y descubrí que la ventana estaba cerrada con llave... en fin, partí de todas formas, solo para descubrir que no había ventana ni director, ni esposa, escuela o campo de rugby. Solo robles y fresnos, y pantano, para mi gran desconcierto. —Dio la vuelta a una concha de ostra que había en la mesa entre ellos—. Después de aquello, lamento decir que, como joven insolente que era, decidí comerme el mundo y quedarme cualquier perla que encontrase. A diferencia de usted, siempre sufrí el inconveniente de las dichas náuseas, pero hay maneras de contrarrestarlas. Como se imaginará, no había alcoba a salvo de mí. Con las damas a las que conocía siempre fui un caballero, pero insistente y algo ubicuo, eso sí. Y por supuesto, el dinero no suponía un problema, porque no había cámara acorazada que pudiera conmigo.

»Con los años llegué a saciarme y madurar, y después de uno o dos encontronazos con diversas formas de autoridad aprendí a ser bastante más discreto. Hubo un padre indignado con una antigualla de trabuco... Después, claro está, heredé dinero propio y, como hombre de negocios, me volví respetable. Y pomposo hasta decir basta, probablemente, como le sucede a la mayoría de los calaveras reformados; eso lo dejo a su juicio. Pero nunca olvidé mis orígenes, por decirlo así.

—¿Cómo nos encuentra? Me refiero a los que sabemos, esto... bailar el vals.

—Por lo general, del mismo modo en que le he encontrado a usted: escondidos a plena vista. Admiro su maña, señor. Sus trucos en realidad podrían ser ilusiones muy ingeniosas, podrían estar hechos mediante humo y espejos, un pequeño ejercicio de hipnotismo o cualquier otra triquiñuela. Es lo bastante inteligente para ser rematadamente bueno, pero no hasta extremos imposibles. Hasta un testigo muy observador y escéptico puede salir del espectáculo convencido de que ha desentrañado sus trucos y por lo tanto sintiéndose encantado consigo mismo, a la vez que sin entender nada sobre la realidad de sus habilidades. Pero yo, que soy como usted, no me he dejado engañar por el oropel.

—¿Y con qué fin nos busca, señor?

—Bueno, podría decir que mi meta final, aunque quizá suene algo pretenciosa para alguien que tiene la barbilla pringosa de ostras de Lambeth, es dar un uso constructivo a nuestras habilidades. Mi intención es organizar, presumiblemente por primera vez en la historia humana, a aquellos de nosotros que disponemos de esta facultad. Ofrecer un regalo a Su Majestad y su gobierno. Encauzar un talento que garantizará que Gran Bretaña siga siendo la potencia dominante del orbe, como lo hemos sido desde la caída del corso. ¿Y quién negará que eso obraría en beneficio de toda la humanidad?

Luis lo miró con los ojos desorbitados.

—Lo dice en serio, ¿verdad? Bueno, señor, por interponer una sola objeción, estoy seguro de que Prusia y Francia deben de tener habitantes con los mismos poderes que poseemos nosotros.

—La diferencia es, señor, que nosotros somos británicos. Este año, esta primavera, como quizá sabrá, toda Europa es un hervidero de revueltas. El continente está sumido en un caos casi medieval. Nosotros somos una nación racional. Somos científicos, somos disciplinados.

—¿De verdad? ¿Qué me dice de los cartistas? ¿Y usted piensa acudir al gobierno? Si nos damos a conocer en una época tan tempestuosa, ¿qué les impide encerrarnos como lunáticos y monstruos peligrosos o, lo que es más probable, fusilarnos sin más?

Hackett se le acercó un poco más y adoptó el tono quedo de un conspirador.

—La diferencia es, Luis, que demostraremos nuestra valía. Ha mencionado a los cartistas. ¿Ha oído hablar del mitin que organizan para el mes que viene en Kennington Common?

La concentración de los cartistas estaba programada para el 10 de abril.

Antes del acto, Luis se tomó la molestia de hacer algunas indagaciones sobre las metas y ambiciones del movimiento, de la forma más anónima posible y sobre todo a partir del *Morning Chronicle*, que era un periódico liberal y comprometido del que se guardaban ejemplares en el teatro Victoria para usarlos de atrezo. Corrían tiempos difíciles para Gran Bretaña, si se analizaba la situación en su conjunto: la hambruna irlandesa, los escoceses sufriendo para recobrase de las expulsiones forzosas de la población de las Tierras Altas y un descontento considerable entre los pobres de las ciudades industriales. Había revueltas en las minas, noticias sobre tejedores que destrozaban sus telares... e historias sobre «cartistas» arrestados.

Los cartistas eran agitadores en pos de la reforma política que apoyaban las reivindicaciones de ciertos diputados de la propia Cámara de los Comunes. Luis leyó que habían cosechado algunos éxitos, por ejemplo con las leyes parlamentarias para limitar el empleo de niños en las fábricas. Pero con el paso de los años, habían surgido problemas con las asambleas, las manifestaciones y las huelgas. En un par de ocasiones se había recurrido al uso de soldados, se había leído la Ley de Orden Público y se había descalabrado a unos cuantos cartistas. Por el momento, las clases políticas habían tendido a desentenderse de los problemas. Visto desde Londres, todo aquel follón no era sino otro síntoma del lamentable estado general de las ciudades industriales del norte, que las viejas élites terratenientes fingían despreciar.

El propio Luis se había desentendido del asunto casi por completo. Luis Ramón Valienté, solo desde la infancia, se preocupaba en exclusiva por la integridad de su persona y no se consideraba en absoluto parte de una sociedad más amplia. Además, los altercados apenas se habían dejado notar en su vida. Podía solidarizarse, en términos abstractos, con la tragedia de un niño que moría de forma prematura por culpa del trabajo, pero no tenía nada que ver con él.

Las cosas habían cambiado, sin embargo. Aquella primavera de 1848 era, en verdad, una temporada de rebeliones y levantamientos a lo largo y ancho de Europa, incluso en capitales como Berlín, y en todas partes temblaban los gobiernos y se tambaleaban las monarquías. Por el momento, Gran Bretaña se había librado de esa clase de revoluciones, pero la huida continua de refugiados pudientes que cruzaban el canal de la Mancha estaba provocando escalofríos entre los ricos y poderosos. Los tumultos que se habían producido incluso en Londres, en Trafalgar Square y otros lugares, no habían contribuido a calmar los nervios.

Y entonces, en mitad de aquella ominosa primavera, los artistas habían convocado una concentración masiva en Kennington Common, a las afueras de Londres. Su ambición era congregarse a un millón de personas y manifestarse en dirección a la ciudad. A Luis le parecía una amenaza inverosímil, porque sin duda los ánimos se calmarían antes. Aquello era el viejo Londres, sucio y aburrido, no un hervidero rebelde como París.

—No se equivoque —insistió Hackett—. Tengo mis fuentes. El gobierno va a traer regimientos a la ciudad, se ha puesto bajo protección el domicilio de los ministros, se está reclutando a agentes especiales de policía, se llevan al campo a la Familia Real, etcétera, etcétera. Todo con disimulo, claro, pero he visto con mis propios ojos uno de los arsenales secretos que han preparado, en el Almirantazgo. Están decididos a que esto no sea el punto de

inflexión para una revuelta más ambiciosa. Y ahí es donde entramos en juego usted y yo, Valienté, amigo mío.

Su plan, al parecer, consistía en que ambos se infiltrasen entre la turba y utilizaran sus habilidades para «echar un poco de agua al fuego», en palabras de Hackett.

Todo aquello a Luis le parecía vago hasta extremos alarmantes. ¿Cuál era la idea, que fueran saltando de un lado a otro en mitad de una turba inquieta de indignados zarrapastrosos a los que estarían calentando los agitadores políticos? Además, el plan en sí contravenía todos y cada uno de los instintos que había desarrollado durante toda la vida para mantener en secreto sus «vales», como los llamaba Hackett.

Este, sin embargo, parecía haberse adelantado a sus objeciones, porque empezó a hablar con mucho hincapié de los arreglos a los que había llegado con ciertos agentes especiales de policía. Ellos no tenían ni idea de lo que Hackett planeaba —solo había dejado caer insinuaciones vagas y mendaces de que él y Luis eran también agentes del gobierno—, pero habían accedido a cooperar con él y hacerle una seña cuando identificaran a ciertos cabecillas, agitadores extranjeros y otros alborotadores.

Mientras hablaba de esos amigos entre las fuerzas del orden, Hackett no apartaba la mirada de Luis. El mensaje tácito no podría haber sido más claro: «Tú huye, muchacho, y estos policías míos se te echarán encima como una rata de Lambeth sobre un pedazo de queso mohoso».

Luis comprendió, pues, que no tenía elección. Tendría que seguir adelante con aquella farsa de operación, esforzándose por mantener la cabeza ilesa en el proceso, y luego ver qué sucedía.

Llegado el momento, en la mañana de la gran manifestación, diluvió lo

bastante para ahogar a más de una rata de Lambeth, de modo que los ánimos estaban de lo más decaídos.

No dejó de reunirse una multitud en Kennington, pero lejana al millón de personas que esperaban los cartistas. Debían de ser miles, diez mil a lo sumo, calculó Luis. Además de con la policía, se las veían con los agentes especiales que custodiaban los puentes que llevaban a la ciudad, entre los cuales se contaba una buena cantidad de ciudadanos ricos y ministros del gobierno, explicó Hackett, que se habían presentado voluntarios para proteger su fortuna y lo que entendían como las virtudes de una constitución que no precisaba ninguna reforma apresurada, muchas gracias. Al final, el único resultado fue la presentación de unas reivindicaciones para la Cámara de los Comunes infladas hasta extremos cómicos. Eso y un puñado de refriegas y detenciones. A Luis le dio la impresión de que los dueños de tenderetes de café tenían más faena que los policías.

Pero aun así, en mitad de aquel levantamiento relativamente incruento, Hackett se puso manos a la obra con todo su empeño, y Luis no tuvo más remedio que seguirle.

El plan era sencillo. Un agente señalaba a un alborotador (o en alguna ocasión, una alborotadora). Luis valsaba a diestra o siniestra, se acercaba a la posición del sospechoso a través del silencio del bosque, volvía a Londres, lo agarraba con fuerza hasta levantarlo en vilo, daba otro paso de vals en una u otra dirección y después soltaba al patidifuso infeliz entre los árboles, sin más. Por mucho que se revolvieran al prenderlas, las víctimas siempre quedaban anonadadas por su transición desde el ruido de un mundo al silencio silvano de otro, además de incapacitadas, las más de las veces, por culpa de las náuseas. Después tan solo había que caminar unos metros y volver de un salto a la refriega. Por si alguien había visto desaparecer misteriosamente al Gran Elusivo, Luis iba con cuidado de no volver al mismo

punto y reforzar la impresión.

Hackett le había explicado que, al final del mitin, reunirían en el bosque a aquellos exiliados temporales, los devolverían a la madre patria y los dejarían en manos de los agentes.

—¿Y qué pasa —había preguntado Luis— si se van de la lengua acerca de sus experiencias, acerca de nosotros?

—¿Con quién, con los policías? ¿Quién va a creer a un agitador diciendo insensateces sobre árboles y pantanos en mitad de Londres? Sobre todo si las dice en francés o alemán. O incluso en gaélico. ¡Ja!

—¿Y si les ocurre algo malo?

—¿Como qué? ¿Que les pase por encima un jabalí o un oso les dé un zarpazo? O quizá, como insinúan algunas de las leyendas de mi familia, el acto mismo de valsar podría matarlos. Bueno, de ser así, nadie los echará de menos. Ni siquiera se sabrá. Los dejamos en una tumba sin bendecir en antihorario y adiós muy buenas.

Al final, la tarea se demostró bastante fácil. Luis sabía defenderse en caso de pelea, y los esfuerzos de su espectáculo de ilusionismo habían tonificado sus músculos. El único precio que tuvo que pagar fueron un par de codazos en las costillas, una patada en la espinilla y un ojo morado la mar de hermoso. Muchos de los identificados para su desplazamiento eran, en efecto, agitadores extranjeros, franceses en su mayoría, y a Luis le sorprendió constatar hasta qué punto estaba infiltrado el movimiento inglés. Se preguntó si Hackett no habría tenido parte de razón, al fin y al cabo, al querer poner en práctica aquel plan intempestivo y descabellado, si todo acababa así de bien.

En un momento dado, mientras se erguía por encima de otro franchute mareado y aturdido, que vomitaba palabras más deprisa que el contenido de su estómago —preguntándose, cómicamente, por qué se estaban deshaciendo sus zapatos, pues los clavos de sus suelas se habían quedado en Londres

(Luis siempre llevaba zapatillas de cuero cosido)—, mientras se tomaba un descanso, cruzó la mirada con otro joven que estaba de pie junto a su propio agitador doblado por la mitad. El hombre, alto y fibroso, sonrió y le saludó con la mano.

—El mío es escocés, ¿te lo puedes creer? Añora al bello príncipe Carlos. Pero antes he atrapado a un irlandés grandullón y esperaba que fuese el mismísimo Feargus O'Connor, pero ese líder de los artistas se nos escapa siempre...

Hasta ese momento, Luis no había sabido que él y Hackett no se ocupaban solos de aquella multitud. Pero era de esperar que Hackett reclutase a otros, tal y como era de esperar que lo mantuviera en secreto incluso entre sus aliados, bien callado.

Luis recobró la compostura y replicó:

—Este es francés.

—Ya lo he oído. Más palabrotas de las que oirías en los muelles de Marsella, diría yo. Esto es bastante divertido, ¿no? En fin, vuelvo al tajo, que estos agitadores no van a detenerse solos. ¡Nos vemos! —Desapareció al instante sin dejar rastro.

A Luis también le tocaba volver al trabajo. Al final de la jornada, se fue a casa sin ninguna incidencia.

Y para su lacónico asombro, Oswald se presentó esa noche en el teatro de Luis y le dijo que tenían una cita con la realeza.

Luis pidió prestado un traje decente al director de su teatro. Hackett había insistido en lo necesario de la confidencialidad, de modo que Luis adujo que debía asistir a una boda. Al hacerlo, se preguntó si no habría resultado más convincente afirmar que quería el traje porque debía comparecer ante el magistrado.

Oswald Hackett, por supuesto, lucía un aspecto espléndido como un pavo real cuando reunió a su pequeño grupo en la estación de Charing Cross, donde tomarían los landós que los llevarían al palacio de Windsor. «Pequeño»: eran ocho en total, ocho valsistas, todos varones y todos de la edad de Hackett o más jóvenes. Luis no tenía ni idea de que hubiera tantos integrantes en la compañía de Hackett. Solo reconoció a uno de los demás, el joven alto y delgado con el que había topado en el bosque.

Los miembros del grupo no respondían a un patrón particular: los había altos y bajos, malcarados o no, rubios y morenos. La mayoría parecían de ascendencia británica, lo cual no dejaba de ser comprensible. Solo el propio Luis, con las raíces mediterráneas de su familia a las espaldas, parecía notablemente menos anglosajón. Y todos iban bien vestidos, aunque algunos, como Hackett, parecían más cómodos con la ropa de gala. Luis supuso que algunos provenían de entornos bastante más privilegiados que otros.

Hackett no solo no rompió el hielo, sino que interrumpió las presentaciones. Habló con seriedad:

—No sois un hatajo de novatos en una escuela de mala muerte. Estáis aquí para ponerlos en manos de Su Majestad, con el fin de desempeñar toda clase

de tareas clandestinas, cualquier cosa que pueda pergeñar mi imaginación. Y clandestinas tienen que ser, dada la naturaleza del talento que compartimos. Siendo así, cuanto menos sepáis unos de otros, más eficaces seréis. Porque si no sé cómo te llamas, no puedo traicionarte, ¿verdad? Una lección que ya han aprendido en otras ocasiones los rebeldes, desde nuestros cartistas hasta los franceses cuando la tomaron con su rey o los americanos cuando se volvieron contra la mano inglesa que les daba de comer...

Aun así, cuando se subieron a los coches, el joven alto y flaco se acercó a Luis y le dio la mano. Aparentaba unos veinticinco años, y su apretón fue más fuerte de lo que Luis esperaba.

—Me llamo Fraser Burdon —dijo—. Como ya nos conocimos en el bosque de antihorario, tampoco tenemos mucho que perder por intercambiar el nombre, ¿verdad?

Luis se presentó y Burdon, mediante una breve conversación, averiguó cómo Hackett le había encontrado y reclutado.

—Yo, por mi parte —explicó Burdon—, conocí al buen doctor en Cambridge, donde ando a vueltas con las ciencias naturales. Oswald estaba allí para dar una conferencia sobre la extinción de las especies, o algo así, porque a mí me van más las rocas, y me pilló «valsando», como dice él, al caerme de una canoa. Mejor eso que acabar en el río Cam. Nunca he sido muy hábil con la pértiga. No quería mojarme otra vez, y sabía que había terreno seco allí mismo, en antihorario. Creía que no había nadie mirando. Fue una imprudencia. Pero bueno, aquí estamos.

Entonces subieron al coche con Hackett y no tuvieron ocasión de hablar más.

A Luis, desde fuera, el castillo de Windsor le pareció un amontonamiento

imponente, las excrecencias de siglos de riqueza apiladas sobre un núcleo de brutalidad medieval. Y cuando los hicieron pasar al interior del recinto amurallado a través de una entrada llamada Puerta Normanda y se vieron delante de un montículo de tierra rematado por la Torre Redonda, la parte de dentro le pareció lúgubre y claustrofóbica.

Esa sensación no hizo sino intensificarse cuando la comitiva, remitida de un lacayo a otro, atravesó una estrecha puerta y se adentró en las profundidades de los edificios interconectados que contenían las instalaciones del castillo, al principio por majestuosos pasillos, pero acabando al final en un rincón húmedo y alejado, donde una trampilla daba paso a una escalera por la que descendieron.

Después, unos criados con lámparas de aceite los acompañaron a lo largo de otra madriguera de pasillos y salas, que al parecer quedaban en su totalidad por debajo del nivel del suelo. Allí las paredes de las habitaciones estaban cubiertas de estantes cargados de papeles y otros objetos que solo acertaban a entrever mientras caminaban: trofeos de caza y animales disecados, lanzas y tambores, una especie de tocado de plumas. Luis, que se sentía cada vez más encerrado e incómodo, notó que los criados que los acompañaban, a pesar de su elegancia, estaban apostados delante o detrás de ellos y eran todos corpulentos y fuertes, con espacio de sobra para armas ocultas bajo sus amplias chaquetas.

—Son ustedes unos privilegiados, caballeros —dijo Hackett con un susurro respetuoso—. Esta es una cámara del tesoro real privado. Aquí encontrarán las crónicas de muchos reinados, incluido el actual, amén de regalos de las colonias y de otras naciones y demás quincalla variada. Y es aquí abajo donde la reina y el consorte celebran sus reuniones más discretas.

Fraser Burdon susurró a Luis:

—Y no deja de ser apropiado que este sea el centro de la memoria de la

monarquía. Sabes dónde estamos, ¿no? Debajo del castillo original y su foso, contruidos por el mismísimo Guillermo después de la Conquista. Era una más de la ristra de fortalezas que levantó para mantener Londres bajo control. Ahora Windsor acoge a una joven reina y su creciente progenie, pero nunca puede olvidarse aquel propósito original.

Luis replicó con un murmullo:

—No sé la historia, pero por Dios que odio estar encerrado. Me dan ganas de valsar a otra parte.

Fraser le lanzó una mirada extraña.

—Pero no puedes. Desde aquí abajo no, a menos que esto en un principio fuera una especie de cueva natural. Nadie puede valsar desde un sótano, porque hay tierra o roca a ambos lados, por horario y antihorario. ¿No lo sabías? Veo que no has estudiado mucho tus habilidades, ¿verdad?

Aquello no se le había ocurrido jamás a Luis, que rara vez tenía motivos para ir muy lejos bajo tierra. Replicó con un susurro desafiante:

—Bueno, no sabía que estábamos preparándonos para un examen.

Por fin llegaron a una estancia mejor acondicionada, con unas lámparas de gas decentes que proyectaban una luz limpia sobre un mobiliario elegante sin ser ostentoso, una gruesa alfombra y unas paredes cubiertas de librerías y espejos hasta el techo que Luis supuso que tenían por objeto dar la impresión de que aquella sala cerrada era más espaciosa. Varias puertas abiertas daban a habitaciones contiguas. Era como la sala de visitas de una familia sobria y acomodada, pero no riquísima, pensó Luis, basándose en su limitada experiencia con lugares semejantes.

Ya ocupaba la habitación un grupillo de hombres, vestidos en su mayoría de traje oscuro, apoyados en la repisa de la chimenea o sentados a sus anchas. Los valsistas se quedaron de pie formando un corro bastante incómodo sobre la alfombra, pero Oswald adoptó una pose más gallarda.

Al cabo de un buen rato, una especie de mayordomo hizo las presentaciones de rigor, momento en el cual Luis sintió que su asombro iba en aumento. Un hombre de unos treinta años, de aspecto severo y perspicaz y vestido con un traje sin nada especial, les fue presentado con un mero «el señor Radcliffe». Dos sujetos fornidos con aspecto de sirvientes que estaban al fondo de la sala no fueron presentados, por lo que Luis concluyó que serían agentes especiales de policía o militares de paisano, que sin duda contaban con el respaldo de otros compañeros apostados en las inmediaciones. Un caballero de apariencia malhumorada y unos cincuenta años que permaneció sentado, de forma harto descortés, con un caparazón de pelo ralo y unas patillas de boca de hacha color blanco hueso, resultó ser nada más y nada menos que lord John Russell, el primer ministro.

Y un individuo apuesto y bien proporcionado que se apoyaba con desenfado en la repisa de la chimenea, vestido con un impecable chaqué pero dotado con otro intimidante par de patillas de hacha, era Alberto, el rey consorte.

El Gran Elusivo había actuado ante públicos difíciles, pero ninguno le había desconcertado tanto como el que tenía delante, aunque Alberto enseguida insistió en que no era necesario andarse con formalidades. Y Luis se preguntó si alguien perteneciente a la casa real o el gobierno —quizá ese tal Radcliffe, tan adusto y observador— había pensado en las consecuencias en caso de que uno de los bailarines pretendiese hacer daño a la real persona. Porque, si se demostraban peligrosos, ¿qué mejor lugar para organizar un encuentro de esas características que bajo tierra, desde donde, como había señalado Burdon, ninguno de ellos podía valsar?

—Doctor Hackett —saludó el príncipe—. Me alegro mucho de volverlo a ver. —Hablabla con un marcado acento germánico.

Hackett respondió con orgullo.

—Gracias, alteza. Caballeros, Su Alteza Real se ha tomado un marcado interés por nuestra... ejem... novedosa propuesta de servicio desde el primer momento. Como he descrito en otras ocasiones, alteza, el talento que compartimos es el mismo que demostré a vuestro ayudante, el señor Radcliffe, aquella noche en el Gran Parque de Windsor hace unas semanas. Y ahora, durante la manifestación cartista de Kennington, espero que hayamos demostrado su eficacia en la práctica. Nosotros... nos movemos hacia los lados. No sabría explicarlo mejor, me atrevería a decir, de lo que un bebé recién nacido podría explicaros cómo dio su primer paso. Saltamos a otro lugar, una especie de bosque. No tengo ni idea de qué significado tiene eso ni de qué parte del mundo podría tratarse... si es que se trata de nuestro mundo en absoluto. Quizá podríamos enviar a un naturalista a explorar. ¡Que alguien llame al señor Darwin!

El príncipe tuvo la bondad de reírse de la broma, pero el severo Radcliffe parecía carecer de sentido del humor.

—Sus fantochadas no impresionan a nadie. Lo que nos interesa es su utilidad en este mundo, doctor Hackett, en este.

«Fantochadas»: un toque de argot callejero. La palabra desentonaba en aquel contexto y pilló a Luis por sorpresa. Quizá aquel Radcliffe tuviera una faceta oculta... y sí, un cierto aire de amenaza.

Pero Hackett no se amilanó, sino que continuó sin alterarse:

—Por supuesto, por supuesto. Y usted entiende el principio de esa utilidad, tal y como demostré en el Gran Parque. Doy un paso de vals al bosque. — Dio un paso a la izquierda para representarlo—. Después camino por ese bosque.

Dio un paso al frente, y luego otro. Cuando se acercó al príncipe Alberto, Luis vio que los forzudos del fondo, y también Radcliffe, se ponían tensos a la vez, pendientes de sus movimientos.

—Y después vuelvo. —Un paso a la derecha—. ¡Puf! He desaparecido, y luego reaparecido como por arte de magia... en otra parte. Es como un truco de ilusionismo barato. —No pudo resistirse a guiñarle un ojo a Luis—. No es solo que nadie me haya visto, compréndanlo. Es que he, hum, *sorteado* cualquier posible obstáculo de este mundo: un muro, una fila de soldados, las paredes de la cámara acorazada de un banco. He aquí el secreto de nuestra utilidad para ustedes.

—Ha mencionado un banco —dijo el príncipe—. Es cierto que parece que esa facultad que tienen sería de incalculable valor para un ladrón.

—Muy cierto, alteza. Y tal vez haya sujetos ahí fuera, en el mundo, dispuestos a usar este talento con fines tan viles.

Luis susurró a Fraser:

—¡Y lo dice sin ruborizarse, a pesar de lo que nos ha contado sobre su disoluto pasado!

—Existen, como es natural, pocas crónicas contrastadas sobre las hazañas pasadas más honorables de los valsistas como nosotros. Solo puedo hablarles de tradiciones familiares, transmitidas de padre a hijo, aunque en algunos casos sí que dispongo de algún retazo de documentación.

Fraser susurró:

—Ya estamos otra vez con Hereward el Proscrito.

Pero esa vez Hackett no se remontó tanto en el tiempo. En lugar de eso, habló de la Armada Invencible.

—Por supuesto, la corte de la reina Isabel estaba infestada de espías y agentes, pero mi antepasado lejano hizo más que la mayoría por infiltrarse en el almirantazgo del rey Felipe y volver con los planes de la flota de invasión. Se dice que Isabel nunca supo los detalles, pero que sir Francis Drake le estrechó la mano. Al cabo de un par de decenas de años, otro antepasado ayudó a desestabilizar a Cromwell y sus parlamentaristas, porque su

impiedad los volvía propensos a la superstición y fáciles de deslumbrar por una falsa presencia fantasmagórica. Si saltamos adelante otra centuria, encontramos a un tío segundo que aparecía y desaparecía en el campamento del pretendiente jacobita al trono cuando este marchó sobre Inglaterra durante la revuelta del 45, haciendo toda clase de travesuras. Y reconoceré que también hubo quien trabajó para el otro bando, cuando la hermana de uno de mis tatarabuelos, de una familia colonial, espía a lord Cornwallis durante la guerra en América.

A Luis le sonaba como un mercachifle del New Cut, y a lo mejor se estaba pasando, pero en apariencia Hackett contaba con la atención de Alberto.

—En cualquier caso, aquí estamos, alteza, al principio de vuestro largo reinado, dispuestos a poner nuestros talentos a vuestro servicio. Podemos ser vuestros caballeros, alteza. ¡Los Caballeros de Discorpórea!

Eso pareció hacerle gracia a Alberto.

—Aunque imagino que esa diosa jamás existió.

—Bueno, ¡pues tendría que haber existido!

Alberto asintió.

—He consultado a Su Majestad al respecto. Estamos de acuerdo en que es mejor que un recurso tan... único como el que suponen usted y sus hombres se mantenga en secreto, dentro de un círculo lo más estrecho posible. —Miró de reojo a Russell, que le sostuvo la mirada con cara de pocos amigos; el primer ministro no había dicho una sola palabra, y saltaba a la vista que le contrariaba perder el tiempo con un capricho del príncipe, que era como Luis suponía que veía todo aquello. Alberto siguió hablando—: Por supuesto, sus actuaciones deben controlarse de forma cuidadosa en todo momento. —Aquí miró a Radcliffe—. Soy de la opinión de que, en realidad, su mayor contribución quizá estribe en la posibilidad de contrarrestar a otros organismos parecidos que trabajen para nuestros rivales y enemigos, pues

imagino que no sostendrá que un talento como el suyo es un rasgo exclusivamente inglés, ¿verdad, doctor Hackett?

—Desde luego que no, señor, y demostráis vuestra prudencia al señalarlo.

—Pero sí, acepto vuestro ofrecimiento de servicio. ¿Cómo negarnos? — Caminó de un lado a otro con aire solemne y reflexivo—. Sepan que tengo un sueño, un sueño de unidad en Europa y más allá, de hermandad entre las grandes potencias, sí, incluso entre Gran Bretaña y Prusia. Pero en este año de rebeliones de tres al cuarto, muchos de mis propios parientes han sido expulsados de sus tronos. —Miró al primer ministro—. En las más altas esferas del Gobierno se debate sobre los efectos desestabilizadores de la política exterior de Palmerston, pero en mi caso la situación me causa también una inquietud personal, inquietud por mi familia y por mis ideales. Verán, yo creo que todos los hombres de honor debemos servir lo mejor que podamos. Lo mencioné en uno de mis discursos; quizá lo recuerde, Russell: «Concibo como deber de cada persona culta observar y estudiar con atención la época que le ha tocado vivir y, en la medida de sus posibilidades...».

Un Russell rezongón terminó la frase por él.

—«... aportar su humilde granito de empeño individual en pos del cumplimiento de lo que cree decretado por la Providencia.»

—Bien dicho, alteza —remachó Hackett, con una zalamería algo exagerada, en opinión de Luis.

—Y eso es precisamente lo que hoy se proponen ustedes, creo yo. — Alberto sonrió, corpulento, bigotudo, imponente—. ¡A cabalgar pues, mis caballeros, en nombre de la reina, san Jorge y la diosa Discorpórea!

Luis y los demás prorrumpieron en aplausos. Ninguna otra reacción parecía apropiada.

—Después de todo esto, me parece que se impone un refrigerio —dijo Alberto. Uno de los lacayos del fondo de la sala partió en el acto—. Y en

cuanto a su próxima misión, mi buen doctor —prosiguió el príncipe, mientras le pasaba a Hackett el brazo por los hombros y caminaba con él—, después de su muy eficaz trabajo entre la canalla cartista...

Fraser Burdon propinó a Luis un codazo suave.

—Puede que Alberto esté entusiasmado con esto, pero parece que su señora no lo ve igual de bien. —Señaló.

Luis se volvió y, por una puerta abierta, vio a una joven vestida de blanco que caminaba, libro en mano, por una habitación contigua. A Luis le pareció bastante guapa, aunque era baja y algo rechoncha, con los ojos azules un poco saltones y la barbilla un tanto débil. Aunque todavía era joven, si de verdad era la reina había sido coronada apenas un mes después de su decimoctavo cumpleaños, y ya había dado a luz a seis hijos. La joven del vestido blanco echó un vistazo por la puerta a la reunión de Alberto —Luis habría jurado que lo miró a él, directo a los ojos— y después se volvió, con evidente desaprobación, para desaparecer a toda prisa.

Fraser sonrió.

—Es igualita que en los sellos.

Mientras el príncipe y Hackett hablaban y otros criados llegaban con bandejas de bebida y aperitivos de aspecto más bien indigesto, Luis se fijó en que Radcliffe permanecía completamente inmóvil en el centro de la habitación, observando a los «caballeros» uno por uno, como si estuviera memorizando hasta la última peca de sus caras.

—¡Déjame! —chilló Ben.

Agnes, sentada con su cesta de costura, contuvo un suspiro y se mentalizó para no intervenir.

Lobsang estaba de pie junto a Ben y el cajón de arena de la gata.

—Has hecho un buen trabajo con la arena, Ben. Shi-mi te lo agradecerá. Pero ahora tienes que ir a lavarte porque pronto será la hora de cenar y estoy haciendo sopa de champiñones. Mira, allí está la cazuela en el fuego. La sopa de champiñones te gusta.

—¡Odio la sopa de champiñones!

—Eso no es lo que decías ayer.

—Eres tonto.

Lobsang se rio, como si el niño —que ya tenía cinco años, porque habían transcurrido dos desde su llegada a Nuevo Springfield— hubiese esgrimido un argumento ingenioso en un debate.

—Eso es opinable.

—También eres feo. Feo y tonto.

—Eso, en cambio, es cuestión de gustos.

—¡No eres mi papá de verdad, tonto!

—Venga, Ben, ya hemos hablado de eso...

—¡Te odio, te odio! —Ben volcó el cajón de plástico, de modo que la arena se desparramó por el suelo de la cocina. Después salió hecho una furia al patio vallado, dando un portazo con la mosquitera.

Lobsang se quedó mirando hacia la puerta, con los brazos cruzados.

Después se volvió hacia Agnes.

—Podrías haberme ayudado.

—Ayudo no ayudando.

—Tú eres la que tiene experiencia con estos seres.

—Niños, Lobsang. Se llaman niños.

—Cualquiera que haya sido capaz de criar a Joshua Valienté hasta convertirlo en un adulto plenamente funcional, bueno, dejémoslo en razonablemente funcional, sabe lo que se hace. Pues bien, si tuviera una prótesis defectuosa, acudiría a un experto en prótesis. Mi relación con Ben es, a todas luces, defectuosa. Tú eres la experta.

—Y tú eres el que quería ser padre. Bueno, esta es tu oportunidad. —Gesticuló con las manos como si quisiera ahuyentarlo—. Adelante, ¡haz de padre!

Lobsang negó con la cabeza y extendió los dedos de las manos, como Agnes recordaba que había hecho cuando ella le ordenó barrer las hojas de su reserva de trolls en las Tierras Bajas y después le dijo que había hecho una chapuza y le mandó volver a empezar.

—Pero no sé por dónde comenzar. Me odia.

—No es verdad.

—¡Lo acaba de decir!

—Tiene cinco años. Intenta chincharte. Apenas sabe lo que dice. —Agnes suspiró—. Mira, Lobsang, intenta averiguar lo que le irrita de verdad. Es el único consejo que pienso darte.

—Pero...

Agnes alzó un dedo.

—Y si intentas involucrarme a mí en esto, saldré de la habitación. Es posible que hasta me eche una de mis siestas.

—Ah, sí —dijo él con amargura—, tus estratégicas siestas.

—Esto es lo que querías —repitió Agnes—. Por esto estamos aquí.

Lobsang emitió un hondo suspiro.

—Bueno, será mejor que coja una escoba para recoger esta arena. Por lo menos eso se me da bien.

—Deja un poco para que lo limpie Ben. Lo justo para que aprenda...

Con dos años de experiencia en Nuevo Springfield a la espalda, los dos estaban todavía aprendiendo, igual que los Irwin, los Todd, los Bell, los Bamber y todas las demás familias que vivían allí desde mucho antes de que llegaran ellos, suponía Agnes. Pero esa era la idea. Lobsang, que llevaba años observando a los pioneros de la Tierra Larga, quería probarlo de primera mano, siendo «George».

Por supuesto, los habitantes de Nuevo Springfield ya habían logrado mucho. Sabían de higiene, por ejemplo. Fabricaban incluso su propio jabón, a partir de grasa animal y potasa extraída de sus braseros de carbón. Habían empezado a coser su propia ropa a medida que las prendas que habían llevado del Datum iban desgastándose: recogían cáñamo, lino, algodón y lana de sus ovejas y ahora también de las de Lobsang, que estaban aprendiendo a cardar, hilar y tejer. Hasta fabricaban malolientes velas con la grasa de los cerdos que se habían asilvestrado en el bosque. Además, se sentían totalmente a gusto con las prolongaciones paralelas de su mundo y su paisaje. La mayor parte del tiempo, en realidad, a menos que hubiera baile o pleno municipal, casi toda la población se encontraba a varios mundos de distancia del viejo núcleo de la comunidad de los fundadores. Era un modo de vida en la Tierra Larga relajado y natural que Agnes no había presenciado nunca, y se imaginaba que los niños que crecieran allí, Ben incluido, lo verían como algo totalmente normal.

En lo tocante a su actividad pionera, hacían trampas, como Agnes había descubierto poco a poco.

Se veía a muy pocos ancianos, a muy pocos enfermos. Tenían la suerte de que una integrante de la comunidad, Bella Sarbrook, disponía de cierta formación médica, pero cuando la gente envejecía o enfermaba de gravedad —o en un caso, cuando una pareja había tenido un hijo discapacitado— tendía a partir en busca de las instalaciones más sofisticadas de las Tierras Bajas. Asimismo, los medicamentos caseros, al igual que los productos de aseo y demás, se complementaban mediante un caudal exiguo pero constante de artículos de las Tierras Bajas o Valhalla. Agnes no veía nada de malo en ello. Mientras existieran las ciudades de las Tierras Bajas, ¿por qué no aprovecharlas?

Lobsang, entretanto, realizaba experimentos agrícolas. Con la ayuda de los vecinos había desbrozado algunos de los viejos campos que habían creado los primeros colonos, y había arado la tierra con sus caballos, sus bueyes y algo de trabajo humano, para después probar sus primeros cultivos: trigo en la tierra más ligera, avena y patatas allá donde el suelo era más pesado. La primera cosecha de trigo, pese a ser modesta, atrajo a voluntarios curiosos que segaron con sus hoces manuales, trillaron y aventaron. Aunque su objetivo principal no fuera crear su propia granja, los adultos lo veían como un sano entretenimiento, al igual que la pequeña granja de «George» era un bienvenido complemento a la educación de sus hijos.

Por supuesto, no todo estaba recién inventado. Lobsang quedó muy impresionado cuando Oliver Irwin enseñó a «George» una colección completa de la Whole Earth Catalog, descargada en un lector electrónico de cuerda. Lobsang se la copió para su biblioteca particular, que era una hilera de libros, en su mayor parte físicos, que guardaba en la cabina, entre ellos *Robinson Crusoe*, de Defoe, *La isla misteriosa*, de Verne, *Un yanqui en la*

corte del rey Arturo, de Twain, *La Tierra permanece*, de Stewart, *Cántico por Leibowitz*, de Miller, *Abrir en caso de apocalipsis*, de Dartnell, y colecciones de revistas miniaturizadas y encuadernadas que incluían los primeros volúmenes de *Scientific American*, una *Encyclopedia Britannica* preelectrónica y hasta un facsímil de la primera enciclopedia que se publicó, obra de Diderot en el siglo XVII. «Las enciclopedias son salvaguardas contra la caída de la civilización», le había dicho una vez a Agnes, con solo una leve pomposidad. Parecía albergar el sueño a largo plazo de construir de cero una civilización allí, en plena naturaleza, como los viajeros naufragados en *La isla misteriosa* de Verne, hasta llegar a los generadores eléctricos y los cables telefónicos particulares. Y tal vez ir más allá e idear una especie de «kit civilizador» que ofrecer a los raqueros y otras personas de su condición, para garantizar que las lecciones que tanto había costado aprender a lo largo de decenas de miles de años de progreso humano no cayeran en saco roto con la dispersión de la humanidad por toda la Tierra Larga. Lobsang no podía evitar pensar a lo grande.

Por el momento, sin embargo, parecía conformarse con el molino de agua que tenía planificado construir junto al arroyo para moler su trigo. Paso a paso.

Ben, entretanto, ya había empezado en la improvisada escuela local, que celebraba sus clases al aire libre o en uno u otro refugio, en uno u otro mundo. Solo había una docena de niños de todas las edades, desde los cuatro o cinco hasta los quince o dieciséis años. Marina Irwin, la madre de Nikos, era lo más parecido a una directora que había, y les hacía trabajar y jugar juntos, en grupo, para que los mayores ayudaran a los pequeños, y reclutaba adultos para que dieran clases concretas a dos o tres niños a la vez. Se prestaba mucha atención a las habilidades prácticas, desde coger setas y orientarse con las estrellas para llegar a casa de noche hasta clases de caza y

uso de armas para los niños más mayores. Pero había cultura: Marina tenía una copia de las obras completas de Shakespeare a la que sacaba mucho partido.

En cuanto al mundo adulto, Agnes pronto había aprendido que allí no imperaba una legislación formal. Nadie tenía ganas de remitir las disputas al gobierno de los Estados Unidos del Datum, que en teoría aún aplicaba su política de la «Égida», en virtud de la cual imponía sus leyes en todas las huellas de los Estados Unidos en la Tierra Larga hasta el infinito. Por otro lado, no había indicios de la justicia de frontera que se observaba en algunas comunidades remotas. Muchas poblaciones del Cinturón del Cereal, por ejemplo, habían nombrado sheriff. Allí, las disputas se resolvían por mediación: mediante compensaciones acordadas, con banquetes que reparaban las amistades. Nunca era tan fácil como sonaba, y hacía falta hablar hasta la saciedad, pero con un grupo tan pequeño lo opuesto al perdón y la reconciliación era una enemistad enquistada que nadie deseaba. Allí la gente pasaba mucho, pero mucho tiempo hablando las cosas. Pero es que tenían tiempo de sobra para hacerlo. Además, huelga decir que, si la disputa no podía resolverse, cualquiera de las dos partes tenía la posibilidad de cruzar a otra parte. Siempre habría cabida para esa solución final.

Pero por el momento Agnes no quería irse.

A solas, miró a su alrededor, examinando ese hogar que estaban acondicionando. Se habían puesto manos a la obra antes de lo que ella se esperaba. Esa habitación, que Agnes llamaba «el salón», Lobsang la había arreglado como si fuera un pequeño templo budista, con suelo de madera encerada y paredes cubiertas de paneles transportados desde las Tierras Bajas y profusamente decorados en rojo, dorado y toques de verde. Todo aquello se alejaba mucho de la tradición católica de Agnes, pero le gustaban la sensación de simetría y orden, el olor a incienso y la sonrisa de la estatua del

Buda, que suponía todo un contraste con la expresión de angustia del Cristo crucificado. Además, al pequeño Ben le gustaban los colores brillantes, que según él eran «de Navidad».

Allí eran felices, decidió Agnes. Ese era el balance general. La vida, como siempre, distaba de ser perfecta. A veces ella misma solo veía problemas, pero disponía de suficiente visión de conjunto para apreciar que, en general, a su juicio la gente que vivía allí estaba haciendo más cosas bien que mal. Estaban ideando una nueva manera de vivir, basada en la larga experiencia de la humanidad y en su recio sentido común. Si ese era el motivo por el que Sally Linsay los había llevado allí, había sido una sabia decisión.

El único problema era que Agnes seguía teniendo problemas para dormir.

Oyó voces. Lobsang y Ben estaban de regreso. Se concentró en seguir cosiendo.

Sufriendo el frío del Londres del Datum, en archivos polvorientos y habitaciones de hotel mal calentadas, encorvado sobre vetustas tabletas conectadas a una internet inestable, Nelson Azikiwe seguía desenmarañando la enredada historia de la familia Valienté.

Siguió el hilo más de dos siglos atrás, hasta 1852 y Nueva Orleans...

Luis Valienté nunca había conocido otra ciudad igual que «Orlins», como oyó que la llamaban los nativos. Pero antes de su primer contacto con Oswald Hackett y sus Caballeros de Discorpórea, cuatro años antes, había visitado pocas ciudades más allá de su Londres natal: Manchester, donde había hecho unos cuantos pases de su espectáculo ante turbas de obreros fabriles que hacían que los verduleros de Lambeth pareciesen refinados caballeros, y París, donde había malgastado un pago especialmente generoso en una semana vacacional de festejos y bastante desconcierto.

En ese momento, en agosto de 1852, mientras recorría la ciudad con Oswald Hackett y Fraser Burdon de camino a su alojamiento, los tres cargados con su equipaje, tenía problemas para ordenar sus impresiones. El calor y el ruido, la música y las caras sonrientes, el hedor del río y el puro caos que reinaba por doquier... En su condición de anticuado inglés, no se había sentido más fuera de lugar en su vida.

—Es como París —dijo por fin, tirando de uno de los pocos elementos de comparación de los que disponía—. En cierto sentido. Fijaos en la

arquitectura: hay algunos edificios muy elegantes. Espaciosa, con mucha sombra, adaptada al clima, claro. Y luego está todo ese francés que se oye.

—Yo la veo más como Londres —comentó Burdon—. Si quitas el buen tiempo y echas a paladas varios siglos de hollín, podría parecerse al East End.

—Bah —exclamó Hackett, desdeñoso—. Para mí la ciudad entera es como una revuelta permanente. El ruido, el color, la música que atruena por todas partes... Si recordara el Dante que leí, seguro que podría ubicarla en alguno de los círculos del infierno. No hay que perder de vista que hace cuatrocientos años no existía nada de todo esto. Además, esto es tierra de esclavistas, no lo olvidéis. Aquí está el mercado de esclavos más grande de América. Una región de propietarios y cazadores de esclavos, con sus cuchillos de monte y sus revólveres, sus sabuesos, sus azotes y sus ahorcamientos.

Burdon arrugó la frente.

—Ahórrenos el sermón, gracias, Hackett. Ya nos ha bastado con el príncipe estos cuatro años. Estamos aquí, ¿no? Sabemos cuál es nuestro encargo, la misión, que dice usted. Vamos a lo nuestro.

—Sí —replicó Hackett con cierta frialdad—. Vamos.

Tomaron por una calle ancha y muy animada llamada el Vieux Carré, repleta de bares, hoteles, cafeterías y locales de identidad menos obvia que, a ojos de Luis, Hackett parecía conocer sospechosamente bien. Por muchos pomposos sermones que les soltara, Luis recordaba lo que le había contado sobre sus libertinas correrías de joven valsista. Por apariencia, desde luego, podía encajar en la ciudad: llevaba abrigo de velarte, chaleco con bordados, camisa fina y pañuelo de seda. Fraser Burdon y Luis, que en comparación iban hechos unos pordioseros, le miraban con bastante envidia.

Luis no se llevó una gran sorpresa al constatar que el establecimiento en el que Hackett había reservado habitaciones, sobre una leve elevación situada en el corazón de aquel barrio, era una casa de lenocinio. Venía a ser como un palacete construido con un recargado estilo clásico... y estaba llena a rebosar de jovencitas, de una belleza extraordinaria a ojos de Luis, todas vestidas con elegancia.

—¡Madre mía! —exclamó Burdon, mirando a su alrededor con los ojos como platos—. Es como una muestra de aves exóticas en la condenada Exposición de Alberto.

—Pero los lupanares a menudo sienten una sorprendente simpatía por la causa que nos trae hoy aquí —murmuró Hackett.

Los llevó a presencia de la madame del burdel. Luis no llegó a enterarse de su nombre. Era bajita, algo regordeta, y llevaba bien recogido el pelo negro azabache con vetas de gris. Tenía la tez oscura, sin duda un producto de la gran mezcla de pueblos de aquel puerto. Pero al margen de aquello, con su estatura y su aire de mandona a Luis le recordaba incómodamente a una versión avejentada de la Victoria a la que había entrevisto en Windsor.

La mujer sonrió a Hackett.

—¿Son ustedes los revisores, señor?

—En efecto. ¿Y usted tiene a nuestros pasajeros, con sus billetes?

—Así es. Por aquí.

Burdon alzó una ceja al oír aquello. Tanto él como Luis reconocían a esas alturas la peculiar jerga del Ferrocarril Subterráneo, un sistema ferroviario que no existía de forma literal, cuyos «pasajeros» eran esclavos fugados.

La madame los acompañó a través de varias salas de visita de colores chillones. Luis no vislumbró en ningún momento las habitaciones de atrás, donde se efectuaba el verdadero y sucio comercio del local. El despacho de la madame era una especie de sala de estar, donde no había decoración

pretenciosa pero sí un escritorio cargado de papeles y tachonado de tinteros, una vitrina en una esquina con un surtido de medicamentos y, ominosamente, un armero, que contenía desde revólveres a escopetas de caza, todos ellos bien cuidados y sin duda cargados.

Un panel secreto situado en la pared del fondo del despacho, que la madame abrió moviendo un pestillo con una de sus uñas esmaltadas, reveló otra habitación iluminada por una única lámpara de gas y totalmente interior. La madame los dejó pasar a los tres y luego retrocedió con elegancia y cerró la puerta.

Luis miró a su alrededor. Después del sol que hacía ese día, la luz de gas parecía muy tenue. No había más puertas, ni ventanas ni muebles. Pero se imaginaba por qué estaban allí. Aquella habitación cerrada por completo era la vía de paso al mundo antihorario, un lugar por el que los valsistas podían cruzar sin temor a miradas ajenas.

Hackett les sonrió a los dos.

—Dejen aquí las bolsas; no las necesitarán allá donde vamos. Solo quiero asegurarme de que nuestro valioso cargamento está a salvo, porque zarpamos esta noche, con nuestros amigos, a bordo de *La diosa del río*, rumbo a Memphis, corriente arriba. ¿Listos? Si necesitan una pastilla para el vómito tengo unas cuantas de sobra. A antihorario que nos vamos. Una, dos, tres...

A Luis el enclave de aquella Nueva Orleans paralela no le pareció muy distinto de la versión habitual —salvando la ausencia de toda obra de la humanidad, por supuesto—, y se preguntó hasta qué punto diferiría en los detalles el curso del gran río que recorría perezoso aquel paisaje llano y pantanoso. Pero Luis tenía los pies secos, más o menos. La ligera elevación sobre la que se erigía la casa de lenocinio persistía de manera visible en ese

otro mundo, creando un tramo de terreno sutilmente más alto y seco que el resto.

Aun así, los tres rompieron a sudar en el acto. Y Hackett se dio una palmada en el cuello.

—¡Te pillé, asqueroso! Sepan que un poco más al norte hay toda clase de bestias exóticas que observar... y de las que huir. Camellos gigantes, caballos del tamaño de un perro grande, osos cavernarios, leones, fieras que sin duda el velo de la extinción ha ahorrado a los estadounidenses modernos tener que conocerlas. Pero aquí no hay más que mosquitos, que parecen persistir en todas partes. Ah, sí, y caimanes. No se acerquen al agua. —Señaló hacia el oeste—. Allí están nuestros pasajeros.

Luis vio lo que parecía una vieja tienda de campaña del ejército, raída, espaciosa, hecha de lona y clavada mediante cuerdas y piquetas hundidas en el suelo mojado. Cerca de una compuerta abierta humeaba una pequeña hoguera, y sobre el nervio de la tienda había tendidas camisas, pantalones y ropa interior grisácea, secándose tras un lavado.

Y a la sombra de una especie de porche, bajo una mosquitera extendida, había dos hombres sentados. Ambos eran negros. Cuando los tres ingleses se acercaron, uno de ellos apartó de un manotazo la mosquitera, se puso en pie y se les encaró armado con una especie de garrote improvisado. El otro, que era claramente mayor, se quedó sentado con la espalda apoyada en una pila de mantas.

Hackett enseñó las manos.

—Solo soy yo, Simon. Oswald Hackett a su servicio. En fin, ¿quién iba a ser si no? Y estos dos caballeros han venido a ayudarlos a realizar su viaje al norte, partiendo esta noche.

El joven bajó el garrote y sonrió.

—Señor Hackett, cómo me alegro de volver a verlo.

A Luis le sorprendió el acento del hombre, correcto y hasta refinado, por lo menos dada la limitada experiencia de Luis con la entonación estadounidense. Pero era evidente que aquel hombre, Simon, había sufrido un maltrato brutal. En una mejilla tenía una cicatriz de aspecto feo, mal suturada, mientras que el ojo del lado opuesto estaba cerrado por la hinchazón.

Entretanto, el hombre de más edad, que lucía canas en el pelo y en su barba desgredada, apenas se movió.

Hubo una ronda de presentaciones. Resultó que Simon y el otro hombre eran nieto y abuelo, respectivamente.

Hackett se agachó y se quitó el sombrero para hablar con el anciano.

—Y usted, Abel, ¿se acuerda de mí? Le traje desde Nueva Orleans.

—Desde aquella casa putas —dijo Abel—. ¡Juas, juas! Tendría que haberme dejado allá, para que las chicas me rematasen.

—Después volví con Simon... ¿Se acuerda?

—Claro que me acuerdo, amo Hackett.

—No me llame amo, por favor.

—No, amo.

—Vamos —dijo Simon—. Siéntense a la sombra con nosotros. Tenemos refresco de raíz y puedo preparar café.

Formaban una extraña compañía a la sombra de aquella tienda de campaña anticuada, pensó Luis: tres ingleses y dos esclavos fugitivos, bebiendo refresco de raíz y comiendo galletas náuticas, cinco hombres solos en aquel mundo antihorario, supuso, salvo por los osos cavernarios y los caballos tamaño perro (en los que no acababa de estar seguro de creer) y por cualquier otro u otra valsista que anduviera por allí con sus propios fines.

Hackett no perdió tiempo en asegurar a los dos hombres que el plan que había trazado para su huida seguía en vigor.

—Navegamos en la *Diosa* hasta Memphis y luego cambiamos. En Cairo

volvemos a cambiar y subimos por el Ohio con otro vapor hasta Evansville, Louisville, Portsmouth. Después viajamos por tierra hasta Pittsburgh...

Simon sonrió.

—Y cruzamos la línea Mason-Dixon para entrar en los estados libres.

—Y ya están a salvo —corroboró Hackett.

—Si todo sale bien.

—Pueden salir mal muchas cosas —reconoció Hackett—. No quisiera ocultárselo. En el vapor estarán apretados cerca de la caldera. Tendrán calorcillo e irán dando tumbos a oscuras. Y quizá sepan que, hoy en día, los cazadores de esclavos han adquirido la costumbre de llenar de humo las bodegas de los barcos para asegurarse de que no hay polizones a bordo. Les hemos preparado material contra esa amenaza: capuchas impermeables y toallas mojadas para la boca. Pero viajar en vapor sigue siendo mejor que ir caminando hasta los estados libres a través de este mundo antihorario, que es la única alternativa. Además, nosotros tres los acompañaremos durante todo el trayecto; siempre podemos sacarles de apuros con un paso de vals, dondequiera que estemos.

—Puedo trabajar a la vista, si quieren —dijo Simon—. Hacerme pasar por su criado. Puedo fingir que soy un pobre ignorante, como el abuelo. Poner los ojos en blanco y farfullar pidiendo que Jesús se apiade de mí.

—No me cabe duda de que puede, y además de forma muy convincente, pero son fugitivos, Simon. Y todo el mundo sabe cómo funciona el Ferrocarril; les andarán buscando desde aquí hasta el río. Es más, con la Ley de Esclavos Fugitivos en la mano, los cazadores tienen autorización para cruzar la mismísima Línea, y la ley dice que nadie debe entorpecer su asqueroso trabajo, ni siquiera en territorio de un estado libre. Trabajan hasta en ciudades como Boston y Filadelfia, por lo que tengo entendido.

—Cierto, es cierto —murmuró el anciano—. Por eso no quiero parar hasta

Canadá. La Tierra Prometida de la reina Victoria. Seguiré la calabaza hasta la estrella del Norte.

Hackett asintió.

—Eso es. —Miró de reojo a Luis—. La «calabaza» es la Osa Mayor, que apunta hacia la estrella polar.

—Le daré la zarpa al León Británico, sí, señor.

—Sí, así es, pero hasta que estemos a salvo en casa, manténgase todo lo escondido que pueda.

Luis pensó que Simon, entretanto, parecía tan nervioso ante lo que les esperaba como podría haberlo estado él mismo si hubieran intercambiado los papeles. Y tenía todo el derecho a estarlo, por supuesto.

—Disculpe que se lo diga, Simon —intervino Burdon—, pero usted no es exactamente...

—¿Lo que había esperado? —Simon esbozó una sonrisa natural, pero mellada—. Mi historia es un tanto inusual. Dejo a su criterio decidir si eso ha hecho que mis posteriores experiencias hayan sido peores para mí... —Dio un sorbo a su café—. De pequeño era guapo e inteligente. No es por fanfarronear, pueden considerarlo una descripción ajustada de la mercancía. El hijo menor del señor de la casa se hizo amigo mío; hablamos de una plantación de algodón en mitad del campo de Luisiana, con cien cabezas de esclavos o así. El caso es que, de pequeños, incluso categorías como las de «esclavo» y «amo» se desdibujan en comparación con la intensidad del juego que tocaba ese día. Yo tenía cuatro años.

»Bueno, cuando Alexander, el señorito, empezó a ir a clase, resultó ser un espíritu algo inquieto, y su padre, que vio que yo era brillante y ejercía sobre él una influencia tranquilizadora, me llevó a la casa como compañero. Ya entonces empezaba a imitar la manera de hablar de los amos como un loro, y como una mascota era sin duda como ellos me veían. Pero me vistieron bien,

me animaron a hablar bien y cuidar mis modales y me convertí en compañero de estudios de Alexander. Tan solo dentro de la casa, por supuesto, nunca en la escuela ni más allá de los límites de la finca. De paso, como es natural, yo mismo aprendí bastante. Era más despabilado que Alexander, pero tampoco una barbaridad. Por supuesto, sabía que no me convenía dejarlo en demasiado mal lugar en el trabajo que compartíamos, sino inducirle a creer que podía hacerlo mejor que yo, cosa que a menudo era verdad. Tuve una infancia feliz, señores, ajena a mi blasfema subyugación. Me avergüenza reconocer que ni siquiera me alteré cuando el amo vendió a otro dueño a mi madre y mis hermanitos, aunque más tarde me enfurecería al descubrir de boca de otros esclavos que había sido porque mi madre había rechazado las lujuriosas insinuaciones de mi señor.

»La situación se prolongó mientras crecía. Después de cumplir los doce, más o menos, Alexander andaba cada vez más distraído con la compañía de los suyos, en particular las señoritas, pero yo seguía siendo útil como compañero en casa. Y me asignaban tareas domésticas. No solo servir la mesa, limpiar y demás: a partir de los dieciséis empezaron a encomendarme algunos de los aspectos rutinarios de la contabilidad de la plantación. Al amo le hacía gracia que sirviera yo la mesa cuando venían sus amigos más finolis: un esclavo flacucho que tenía los modales y la elocuencia de un lord inglés, como decía él para fanfarronear, aunque no fuera exacto.

Parecía hablar de aquellos tiempos con nostalgia, aunque ser tratado como una mascota, un juguete, por amabilidad que se pusiera en el empeño, a Luis le parecía espantoso.

—En fin, todo lo bueno se acaba. Alexander cumplió los dieciocho y lo mandaron a una universidad de postín en Nueva York. Por lo que a mí respecta, al hacerme mayor dejé de tener sitio en la casa. Los modales refinados quedan monos en un niño esclavo de doce años, pero un hombre de

veinte siempre parece al borde de la insolencia.

—Y así, lo echaron de la casa —concluyó Hackett—. Como si tal cosa, después de toda una vida acostumbrado a unas condiciones decentes, aunque fuera propiedad total de otra persona. Arrojado entre los cosecheros.

—Ya se imaginarán lo que me esperaba —dijo Simon, con la cabeza gacha—. Para aquellos hombres era como si hubieran dejado caer a un blanco entre ellos. Solo en las primeras horas me pegaron, me desnudaron y me robaron todo lo que tenía. Me defendí, ya lo creo que me defendí, pero estaba solo.

—No —corrigió Abel, desmerezándose—. Solo no. Estaba yo, su yayo. Pero su papi muerto. Su mami vendida. El resto de la familia no quiso saber nada. Yo peleé. «Es mi nieto», les dije. Pero soy viejo, señor, soy viejo y estoy baldado...

—Todo eso podría haberlo soportado —prosiguió Simon, con los ojos cerrados y la voz templada—. Me habría vuelto más fuerte. Habría encontrado mi sitio. Pero entonces me enteré de que el amo había decidido que yo era un alborotador, en vez de verme como la víctima de un alboroto, y pretendía venderme. —Abrió los ojos y miró a Hackett a la cara—. Y eso no podía soportarlo, señor. He visto el estrado de las subastas: los esclavos desnudos, sean hombres o mujeres, con la piel untada de grasa para que brille, la grosera inspección de los potenciales compradores, el lenguaje de feria de ganado.

—Ya entienden por qué se fue —concluyó Abel.

Hackett asió las manos de los dos. A Luis le dio la impresión de que tenía los ojos empañados de lágrimas.

—Lo entiendo, señores, ya lo creo que lo entiendo. Y nos ocuparemos de que lleguen sanos y salvos a los estados libres, donde su cultura y carácter, Simon, supondrán una ventaja en vez de una maldición. Y ahora, Burdon, Valienté, hablemos un momento de táctica...

Llevó a los dos hombres afuera. Luis se descubrió ahuyentando mosquitos al instante.

—¡La esclavitud! —empezó Hackett—. Menuda institución. Poseer a un ser humano desde la cuna hasta la sepultura, usarlo a tu antojo... y después eres dueño de sus hijos también, y de los nietos y a perpetuidad, como si fuera la descendencia de un caballo de carreras ganador. No sé qué es más cruel, si una vida de trabajo agotador como la que ha molido al pobre Abel, o conocer un poco de amabilidad, un atisbo de civilización, solo para que luego te lo arrebaten de forma arbitraria, como le pasó al pobre Simon.

Burdon gruñó.

—Es mal asunto se mire como se mire para quien lo sufre, y no me extraña que corran tales riesgos para escapar. ¡Vamos, si he oído hablar de gente que se ha enviado a sí misma por correo a Filadelfia, en cajas de madera o de cartón! Pero no nos hagamos los santos, reverendo Hackett. Al fin y al cabo, fuimos los británicos los que trajimos la institución a estas costas.

—Sí, pero al menos ahora estamos intentando arreglarlo, amigo mío. Ya sabe que el propio Alberto nos anima a trabajar codo con codo con el Ferrocarril Subterráneo, aunque el Gobierno haga la vista gorda por miedo a ofender a nuestros primos americanos. Los cazadores de esclavos, con sus látigos y sus pistolas, en realidad tienen la ley de su parte, por supuesto, y un joven fuerte como Simon puede valer mil dólares o más. Cualquiera diría que es una actividad un poco rara para que se involucre un príncipe: una red secreta de casas seguras y rutas de transporte, una comunicación mediante codazos y guiños. Pero es cierto que Alberto disfrutó de lo lindo cuando vio desfilar por su Exposición a los esclavos liberados. ¡Varios participantes del sur de Estados Unidos se pusieron colorados! —Eché un vistazo por encima

del hombro—. Lo que no quiere decir que, por noble que sea la tarea que tenemos entre manos, no vaya a resultar difícil. Ya ven lo que nos ha tocado en suerte. El pobre Abel es un anciano y será un lastre, mientras que Simon...

—Lo han educado por encima de su condición —concluyó Burdon—. De aquí hasta Pittsburgh todo el mundo pensará que es un listillo.

Hackett lo fulminó con una mirada de asco.

—¿Es así como le ve, usted también? Bueno, gracias a Dios en los estados libres hay un lugar, incluso en Estados Unidos, donde a un hombre como él nunca puede definírsele como «por encima de su condición».

En ese momento Simon les llamó desde dentro, con suma educación.

—¿Doctor Hackett? Mi abuelo pide por usted. Quiere saber si el príncipe Alberto ha dado algún discurso nuevo.

—Ahora mismo voy. —Y Hackett se metió dentro de la tienda de campaña.

Burdon se dirigió a Luis con tono rezongón.

—Bueno, cumpliré con mi deber hacia la reina, la nación y mis compatriotas, y me apetece fastidiar a esos cazadores de esclavos, aunque empiezo a estar hasta el gorro de Hackett. El tipo no tiene el monopolio de la consciencia, hombre. Pero dejando eso de lado, Valienté... ¿qué planes tienes para cuando acabemos este encargo?

Luis se encogió de hombros.

—A lo mejor ver un poco más de los Estados Unidos. Es la primera vez que viajo más lejos que Francia.

—¿Qué te parece ganar un poco de dinero? Más que un poco, en realidad.

Luis frunció el entrecejo.

—No estarás hablando de algo ilegal, ¿verdad?

—Claro que no. Tú escucha. Hasta tú habrás oído hablar de la Fiebre del Oro. En estos últimos años la mitad de la población de este ofuscado país ha

salido corriendo hacia los montes de California, pala en mano, babeando por el oro.

—Y la mayoría de ellos solo han sacado en claro una espalda quebrada y la pobreza.

—Muy cierto. Pero un puñado se han hecho ricos, muy ricos.

Luis se encogió de hombros.

—Pues buena suerte. ¿Qué tiene que ver eso con nosotros? Yo no soy buscador de oro.

Burdon miró hacia el cielo, exasperado.

—Pero yo sí. Estudié los minerales en la universidad, ¿recuerdas? Además, no hace falta que seamos buscadores. Piénsalo, hombre. ¡Por Dios! ¿Por qué los valsistas siempre estamos tan ciegos a las posibilidades que se nos ofrecen? Imagina que elegimos a uno de esos buscadores de oro, alguno de los más prósperos. Investigamos su explotación, estudiamos sus informes, sus mapas. Podemos hasta examinar los pozos, la mina en sí, si logramos acercarnos lo suficiente. Y luego...

Luis lo entendió de golpe.

—Saltamos a antihorario. Y allí encontramos la misma mina, la misma veta...

—Tan virgen como si nadie hubiera vivido nunca en América, y nosotros con los mapas en la mano. Por supuesto, habrá complicaciones técnicas, la peor de las cuales será que no podremos llevar palas o picos con la punta de hierro. Pero eso podemos superarlo. En fin, bastaría con escoger una explotación donde pudiéramos sacarlo a batea del río. Y sería solo nuestro, sin ninguno de los riesgos e incertidumbres de la búsqueda, porque todo eso ya lo habría hecho alguien por nosotros. Venga, dime qué tiene de inmoral.

Luis no tuvo más remedio que sonreír.

—Por algún motivo parece como hacer trampas.

—¡Lo sé! ¡Pero no lo es! ¿No es fantástico? Ya llevamos cuatro años siguiendo a Hackett de un lado a otro con sus recados humanitarios. ¿No te parece que, a cambio de todos los riesgos que corremos en aventuras como esta, merecemos algo más que unas palmaditas en la cabeza del comesalchichas de Alberto? Por no hablar de las sospechas que nunca podremos quitarnos de encima...

Luis sabía a lo que se estaba refiriendo. Pensó en Radcliffe, el enigmático agente que nunca se alejaba demasiado de Alberto cuando estaban ellos delante, y en los encuentros que habían celebrado con representantes del Gobierno. Por mucho que Alberto, que tenía algo de soñador y visionario, estuviera entusiasmado con los extraños poderes y las gestas benéficas de «mis caballeros», como los llamaba él, era evidente que había otros que recelaban mucho más de un hatajo de personajes tan escurridizos como ellos, con acceso e influencia en tan altas esferas. Quizá todo aquello fuera demasiado bueno para durar mucho. Tal vez acabaría mal para ellos, algún día, y a Luis, que ya casi tenía treinta años, le convenía pensar en su futuro.

—Me lo pensaré —dijo.

Burdon se dio una palmada en la frente.

—¡Vamos, hombre! No pienses, haz.

Pero Luis no dio su brazo a torcer ni quiso decidir en caliente.

Volvieron a la tienda de campaña, donde Hackett, leyendo de un papel, repetía en tono campanudo un discurso de Alberto sobre la esclavitud: «Lamento profundamente que el benévolo y tenaz empeño de Inglaterra por abolir ese atroz tráfico de seres humanos, que supone a la vez la desolación de África y la mancha más negra sobre la Europa civilizada, todavía no haya conducido a una conclusión satisfactoria...».

Las palabras parecían ejercer sobre el viejo Abel el efecto de un embrujo. Agarró la muñeca de Simon con una mano artrítica.

—Simon, escucha esas palabras. «La desolación de África... la mancha negra.» No olvides esas palabras, nunca.

Algo raro pasaba en el mundo.

Tres años después de su llegada allí con Lobsang, Ben y Shi-mi, esa era la opinión definitiva de Agnes sobre la Tierra Oeste 1.217.756.

Sí, la gente era buena, y eso era lo que importaba a fin de cuentas. Agnes siempre lo había sabido, y lo demás solo era el telón de fondo.

Pero el mundo era raro.

Bastaba pensar, por ejemplo, en la vieja casa de los Poulson. Al principio había sido Nikos Irwin, con su perra, el que había pasado horas en aquella ruinoso casa de trueques situada en la ladera opuesta del monte Manning. Nikos y sus amiguetes en apariencia estaban madurando y perdiendo el interés, pero una nueva generación, entre la que se contaban Ben y la hermana pequeña de Nikos, Lydia, estaba ocupando su lugar. Agnes había oído las morbosas historias de fantasmas, a las que no hacía ningún caso, pero notaba algo extraño, no sabía bien qué, cada vez que se acercaba por allí, por lo general buscando a Ben. Unos olores extraños y esquivos en el aire del bosque. En una ocasión, una peculiar luz verdosa que emanaba de la parte trasera de la casa: solo un atisbo, un parpadeo que desapareció enseguida. En la anterior encarnación de Agnes, su enfermedad mortal había empezado con un bulto duro en la piel que no debía estar allí. La casa de los Poulson era lo mismo, pensó. Era un defecto, algo erróneo, algo que no debiera estar allí y no era bienvenido. Todavía no había resuelto prohibir a Ben que fuera por allí —temía la batalla que seguiría a ese intento—, pero empezaba a inclinarse por ello.

Por encima de todo, Agnes descubrió que odiaba ser incapaz de saber la hora, con independencia de las reglas que hubieran adoptado. Desde su llegada jamás había tenido la sensación de que estaba durmiendo como era debido. El amanecer siempre llegaba... demasiado pronto, con independencia de la época del año. A veces intuía que otros tenían la misma sensación, como por ejemplo Marina Irwin cuando pasaba por la mañana a tomar café: cierto cansancio, una vaguedad, un no pensar claro. Pero sin un reloj decente, Agnes era incapaz de apreciar si sus patrones de sueño se estaban alterando de verdad o en qué medida.

Hasta los animales parecían alterados. Las bolas de pelo salían de sus madrigueras y sus agujeros en los árboles a deshora. A veces los pajarracos arrancaban a correr por el bosque casi al azar, graznando como águilas.

Se había planteado pedirle a Lobsang que le concediera acceso a sus temporizadores internos o a los relojes de la cabina, pero siempre lo dejaba para otro momento; le daba la impresión de que sería el principio del fin, el resquebrajamiento del sueño.

Lobsang, entretanto, no hacía ningún comentario al respecto. En lugar de eso, «George» se limitaba a ir a lo suyo. Trabajaba en su granja a pesar de los caprichos del clima, reforzaba la valla que rodeaba la parcela, reparaba el tejado de la casa que iban ampliando de habitación en habitación, arrancaba las malas hierbas de sus arriates de flores y cultivaba su huerto y cuidaba de sus animales y sus sembrados. No evitaba la vida social: se apuntaba a las cacerías y había tomado la cómica decisión de aprender a tocar el violín para amenizar los bailes populares, con lo que llenaba las noches del monte Manning con un sonido semejante al de un facóquero artrítico.

Agnes suponía que, en cierto sentido, ese comportamiento suponía una victoria para ella. Lobsang la había revivido, en un principio, para que ofreciese un contrapunto a sus tendencias hacia la omnisciencia y la

omnipotencia. Pero a esas alturas, en un gesto que quizá fuera típico de su obsesión con buscar los extremos, Lobsang había abandonado por completo su antigua personalidad y se había entregado en cuerpo y alma a aquella nueva vida como «George», echando raíces en el suelo de una Tierra remota.

Y se negaba en redondo a pensar que en el mundo hubiese anomalías. Ni siquiera los ocasionales destellos que veían en la superficie de la Luna le distraían de su concentración en la realidad mundanal del pionero.

Pues bien, eso no era suficiente para Agnes, ya no. Decidió tomar medidas.

Shi-mi fue a verla mientras se peleaba con su instrumental en el patio, al socaire de la casa, abrigada del viento dominante en aquel luminoso día primaveral. Había sacado un embudo de plástico de la cocina, lo había colgado de una escuadra, lo había llenado de arena procedente de la orilla del arroyo y la había dejado ir cayendo en un cubo. En ese momento estaba sentada en el suelo, tomándose el pulso mientras la arena descendía.

Si aquel mundo no dejaba funcionar los relojes, decidió, ella se construiría uno y a tomar por saco. No le hacía falta saber de electrónica o ni siquiera de los mecanismos de cuerda que para ella eran casi igual de enigmáticos. Había vuelto a los fundamentos.

La gata se le acercó con cierta frialdad, se tumbó junto a ella e inspeccionó el montaje.

—¿Se puede saber, Agnes, qué demonios estás haciendo?

—¿No lo ves? He construido un reloj de arena. Y echo de menos a Joshua. Él me habría montado uno en un par de horas, en una caja de madera pulida, probablemente.

La gata se lamió las zarpas.

—Existen varias maneras de medir el tiempo. Mediante un sencillo reloj de

sol, por ejemplo. Aunque para calibrarlo se tardaría varias semanas, por lo menos.

—Eso también pienso hacerlo, pero quiero otra manera que sea independiente del sol. Quiero medir cuánto dura el día. Shi-mi, ya sé que parece una estupidez.

—Viajé durante meses a bordo de twains manejados por hombres de la Armada estadounidense. Créeme, nada de lo que tú digas sobre asuntos mecánicos me parecerá una estupidez. Y también sé por qué necesitas hacer esto. Lo hemos hablado en otra ocasión...

—Creo que aquí pasa algo raro con el tiempo —confesó Agnes atropelladamente—. Los días son... demasiado cortos, o quizá demasiado largos. No lo sé. Lo que sí sé es que tengo problemas para dormir, y siempre los he tenido. Y como todos nuestros relojes se quedaron en casa en Madison Oeste 5 o nos están ocultos...

—Yo tampoco puedo acceder a mis relojes internos.

—... y no quiero pedírselo a Lobsang porque creo que le alteraría que empezase a saltarme las reglas de por aquí. Tengo que idear otro modo de medir el tiempo. He pensado que, si puedo medir una hora con precisión, por decir algo, entonces podré mantenerme en vela durante un día y una noche, de un amanecer al siguiente, y contar cuántas veces tengo que vaciar el cubo. Es primitivo, pero mejor que nada.

—De un mediodía al siguiente sería mejor. Es más fácil de determinar con precisión. Para eso te iría bien un reloj de sol. Y tal vez sería más preciso usar cubos más pequeños y medir en medias horas o en cuartos... O podrías usar los dos sistemas y contrastar las mediciones. Pero ¿cómo puedes estar segura de que tu reloj de arena mide una hora real, para empezar?

—Ese es mi problema, ya te digo. —Le enseñó la muñeca a la gata, con el pulgar apretado sobre una vena—. Mi pulso en reposo siempre ha sido

bastante estable, cincuenta pulsaciones por minuto.

—Un corazón fuerte.

—Sí. Doy por sentado que Lobsang lo replicó al, hum, rehacerme.

—Es un punto de referencia muy poco seguro.

A Agnes le costaba no ser sarcástica con una gata parlante.

—Supongo que tú tienes una idea mejor.

—Sí. Construir un péndulo.

—¿Un qué?

—Un sencillo péndulo. Un hilo colgado de un travesaño, con un peso enganchado. La longitud del hilo determina el período de la oscilación. Una longitud de noventa y nueve centímetros te dará un período casi exacto de dos segundos. Eso siempre que la fuerza de la gravedad aquí sea la misma que en el Datum, cosa que medimos al llegar, entre otros parámetros. Una longitud mayor te dará un período mayor y más precisión. Podrías usar una referencia fiable como esa a modo de punto de partida. Construir vasos de arena que midan minuto a minuto, combinarlos para que den cinco minutos, o treinta...

En un acto impulsivo, Agnes se agachó, agarró la cara de Shi-mi con las dos manos y le besó la coronilla.

—Gata, eres un genio.

Pero Shi-mi se encogió ante su contacto.

Agnes olvidó en el acto sus experimentos científicos de instituto. Shi-mi no había reaccionado nunca así, ni una sola vez.

—¿Shi-mi? ¿Qué pasa? —Cogió a la gata, aunque esta se revolvió en un desganado gesto de protesta, e inspeccionó su cuerpo, le tocó las extremidades y le palpó la barriga, donde notó unas masas duras.

—¿Estás enferma?

—Soy vieja, Agnes —respondió Shi-mi, tumbada en sus brazos—. O eso

me han programado para que sea. Recorre mi cuerpo un enjambre de agentes nanotecnológicos que me envejecen día a día. Y como soy vieja, estoy enferma. Sufro una artritis meticulosamente simulada, y varios de mis órganos tienen problemas. Toda una hazaña del artificio.

—¿Duele?

La gata no respondió.

—Bueno, ¿quieres que hagamos algo? —Después de solo tres años allí, Agnes todavía no había pensado a fondo en su futuro, los años en los que empezaría a parecer raro que no diera muestras de envejecer. Sabía que Lobsang había llevado consigo un conjunto de sistemas que les permitirían ajustar su apariencia, pero también sabía que había otras opciones—. No tienes que pasar por esto. Podríamos reconstruirte, fingir tu muerte. Hasta podríamos llamar a un twain y fingir que nos trae otra gata más joven.

—No. Yo soy yo misma —replicó Shi-mi con tono firme—. Tengo largos recuerdos. Me construyó la Corporación Black como mera demostración de tecnología, pero zarpé con Joshua y Lobsang en su primera travesía juntos, a los Altos Megs y más allá. Viajé con la capitana Maggie Kauffman a los confines de la Tierra Larga. En estos últimos años he sido la gata de Ben, ni más ni menos. No estoy dispuesta a desechar todo eso.

—No sería necesario. Por dentro seguirías siendo tú misma.

La gata alzó la vista hacia ella, con la peculiar luz de los LED verdes de sus ojos algo atenuada.

—No podría convertirme en una especie de gatito juguetero y seguir siendo yo. En cualquier caso, todavía no hablamos de ninguna crisis, no hace falta tomar decisiones. Y yo...

Pero entonces Ben entró corriendo en el patio, y la conversación terminó.

Con seis años de edad, la ropa llena de rozaduras, las rodillas sucias, la cara embarrada y el pelo despeinado, Ben era un dechado de energía. Llevaba una cesta llena de uvas.

—¡Agnes! ¡Agnes! ¡Mira! —Le tendió la cesta, y Agnes vio que algo brillaba en su brazo derecho, una especie de pulsera plateada.

Dejó a la gata en el suelo, con cuidado.

—¿Qué tienes ahí?

—¡Uvas!

—Eso ya lo veo. Digo en el brazo.

Ben escondió corriendo el brazo detrás de la espalda.

—Nada. ¿Puedo entrar las uvas? ¿Puedo comerme unas cuantas?

—Ven aquí, jovencito. —Agnes extendió la mano, con la palma hacia arriba—. La mano derecha, por favor.

Agnes había afinado su voz de autoridad a lo largo de dos vidas parciales trabajando con niños de todas las formas, tamaños y condiciones internas, y Ben no era ni por asomo el más difícil con el que se las había visto. En ese momento, sosteniendo las uvas con gesto avergonzado, se acercó a Agnes y, obediente, le tendió el brazo.

La pulsera le venía un poco grande, de forma que ella pudo deslizársela por la muñeca y sacársela por la mano con facilidad. Era un sencillo aro de metal, de plata bien trabajada, y pesaba lo suyo. Tenía que ser valioso. Allí los precios en dólares y céntimos no significaban gran cosa, pero los objetos como aquel, que por lo general se transportaban como reliquias familiares, recuerdos de boda y demás, eran tesoros.

Shi-mi murmuró, demasiado bajo para que el niño la oyera. Todavía no le habían contado a Ben que era artificial.

—He visto a otros niños llevando esas cosas. Anillos, brazaletes.

—Supongo que yo también —susurró Agnes—. No le di importancia. —

Le enseñó la pulsera—. ¿Qué te parece?

Shi-mi la lamió.

—Plata de buena calidad —respondió—. Muy pura. Trabajada con mucha finura, con unas tolerancias muy precisas. Esto está fabricado a máquina, no ha salido de ningún taller casero.

—Aquí no hay nada por el estilo. Lo más parecido a joyería casera que tenemos son los broches de juncos que Bella Sarbrook fabrica en otoño.

—Además no hay sello de contraste, de modo que tampoco parece que su origen sea el Datum o las Tierras Bajas.

—Entonces ¿de dónde...?

—¿Con quién hablas?

—Con nadie, cariño. Hablo sola. Y ahora cuéntame, Ben, ¿de dónde has sacado esto? No voy a reñirte, solo quiero que me lo cuentes. ¿Ha sido en la vieja casa de los Poulson?

—Ajá.

—¿Has vuelto a bajar allí?

—Ajá —reconoció Ben a regañadientes.

—Otra vez en esa bodega, sin duda. No me extraña que vengas tan sucio. Entonces ¿quién te ha dado esa pulsera?

—Nadie.

—¿Y de dónde la has sacado?

—Cosas de trueque.

Y a Agnes se le rompió el corazón, un poquito, porque era la primera vez que se daba cuenta de que Ben le había mentido de forma intencionada.

—No, Ben. No estaba con las demás cosas de trueque. Lo que se deja para trueque en esa casa son sartenes agujereadas, escobas rotas y ropa que se le ha quedado pequeña a alguien. Esas son las cosas de trueque. Nadie deja objetos preciosos como este para trueque. O sea que ¿quién te lo ha dado?

¿Ha sido algún otro niño? ¿Ha sido Nikos? —En su cabeza flotaron fugaces ideas de robo, de alguna clase de alijo abandonado por los Poulson, unas personas a las que nunca había conocido.

—Hombre escarabajo.

La respuesta, totalmente inesperada, la dejó atónita.

—¿Qué has dicho?

—El hombre escarabajo. Él me la dio. Nikos dice que no pasa nada.

—El hombre escarabajo. ¿Cómo es el hombre escarabajo?

Ben sonrió.

—Gracioso.

Agnes lo observó, mientras pensaba a toda velocidad.

—Vale, Ben. Mira, se está haciendo tarde. Mejor entra y te lavas la cara.

—Cuando el niño hubo desaparecido, se dirigió a Shi-mi—. Cuando llegue Lobsang, él y yo vamos a tener una larga charla. Y mañana iré en persona a la casa de los Poulson. Sin Ben, pero con Nikos. Y con Lobsang, aunque tenga que arrastrarlo por su nariz prostética. —Guardó la pulsera en un bolsillo. Después bajó la vista, se obligó a sonreír y acarició el lomo a Shi-mi—. Y ahora, ¿quieres ver hasta dónde podemos llegar con este asunto del péndulo? ¿Cuánto has dicho que tenía que medir el hilo, noventa y nueve centímetros?

Por la mañana, Agnes dejó a Ben jugando con la pequeña Lydia al cuidado de Marina Irwin.

Después ella, Lobsang y un cariacontecido Nikos Irwin cruzaron andando el monte Manning hasta llegar a la vieja casa de los Poulson. La perra de Nikos, Rio, que ya era anciana pero seguía comportándose como un cachorro, trotaba junto a ellos, ansiosa por explorar, por participar. Pasaban bastantes horas del amanecer de un día relativamente apacible. Las bolas de pelo mamíferas ya habían terminado su cacería matutina, y en el bosque de las tierras bajas que se extendían bajo la colina reinaba la calma.

—No me puedo creer que me hayas metido en este embrollo —refunfuñó Lobsang—. Tengo patatas que aporcar, remolachas que regar...

—¿Qué «embrollo»?

—Ben es pequeño, Agnes. Los niños pequeños exploran. Rebuscan por todas partes. Son cosas de críos.

—Ay, George...

—Está claro que, si encuentran una cacharrería como esa casa de los Poulson, van a revolver en ella.

—George, Ben llevaba una pulsera de plata maciza. Eso, en caso de que fuese una pulsera. Si preguntas por ahí —añadió Agnes, que desde el día anterior había hecho exactamente eso—, la mitad de los niños de Nuevo Springfield se pasean con alhajas parecidas. Todos los padres creen que sus hijos son un caso único. A todo el mundo le da un poco de vergüenza, creo, que su crío haya encontrado algo tan valioso en la casa de los Poulson, algo

que por derecho no les pertenece. En general se lo callan. Como has hecho tú hasta ahora, ¿verdad, Nikos?

—Sí, señora.

—Mira, Agnes —intervino Lobsang—, aquí la gente es distinta de los urbanitas a los que estamos acostumbrados tú y yo. No tienen que tratar con desconocidos todos los días de su vida. No tienen una cámara delante de la cara a todas horas, ni gobierno que les cobre impuestos ni empresas que moldeen sin parar su comportamiento para poderles vender cosas. Aquí, la gente se ocupa de sus propios asuntos.

—Bueno, puede ser, pero sea cual sea el motivo, nadie apreció el patrón, ¿verdad? Que estos objetos valiosos salen uno tras otro de esa casa en ruinas como si fuera la liquidación por cierre de una joyería. Pero tú sabes la verdad, ¿no es así, Nikos?

—Señora, los escarabajos de plata son inofensivos...

—No me lo cuentes —le cortó Agnes—. Enseguida lo veremos con nuestros propios ojos. Pero son extraños, ¿o no? Algo fuera de lo común. Fuera de lugar, aun teniendo en cuenta que estamos en un mundo selvático a un millón de cruces del Datum.

—Sí, señora.

—Y tú has llevado allí abajo a niños pequeños, tan pequeños como Ben y tu propia hermana.

Nikos se encogió de hombros, incómodo pero con un asomo de rebeldía.

—Sí, señora. Pero yo hace años que bajo por mi cuenta. Conmigo estaba a salvo. Yo siempre me he sentido a salvo.

—Tiene su parte de razón, Agnes. —Fue la irritante observación de Lobsang.

—Me lo cuentas más tarde —le espetó esta—, cuando calcule hasta dónde alcanzan los daños.

Llegaron a la casa de los Poulson, con su valla rota a medio terminar, los campos abandonados donde brotaban con entusiasmo los arbolillos nuevos y la casa en sí, con su enlucido lleno de desconchones y el viejo columpio del porche sepultado por una vigorosa enredadera. Solo la puerta daba la impresión de haber sido utilizada hacía poco, porque se había apartado a patadas la basura del porche para poder pasar.

—¿Qué hacemos, Nikos, entramos por la puerta? —preguntó Agnes.

—Hay que ir a la parte de atrás.

En el lado trasero de la casa había una fosa, cavada sin muchos miramientos en el estrecho tramo de terreno que separaba la casa de la valla. Parecía tener unos dos metros y medio de profundidad. La tierra que la rodeaba estaba limpia de los helechos inmaduros que abundaban en el resto de la zona.

Lobsang se asomó.

—¿Una bodega? Pero es evidente que no está terminada. Y hay un agujero en la pared lateral. —Echó un vistazo a Nikos—. ¿Adónde lleva?

—Pensaba que querían que se lo enseñase y no que se lo contara —replicó Nikos con algo de descaro. Se volvió hacia la perra—. Rio, túmbate. Rio, quieta. —La perra, jadeando, se aovilló en una sombra, con la lengua fuera, observando la escena. Nikos le pasó la mano por la cabeza—. Enseguida se dormirá. —Se quitó la mochila de la espalda, la abrió y sacó una bolsa más pequeña. Era bulbosa, como si contuviera piedras, y se la ató al cinturón. Después se volvió hacia los adultos—. ¿Listos? —Miró a Agnes—. No tendrá miedo, ¿verdad?

—No te pongas chulo —replicó Agnes—. Nikos, ¿por qué no vas tú delante? Yo iré la segunda. George, tú puedes cubrir la retaguardia.

—¿Quién te ha puesto al mando?

—Fuiste tú hace veinte años, cuando me trajiste de vuelta —dijo en voz

baja, sin perder de vista a Nikos—. ¿Qué, has traído las linternas?

El descenso por el túnel en pendiente que nacía en la «bodega» no resultó muy difícil. En los años que llevaban bajando por él, Nikos y sus amigos habían practicado orificios para apoyar las manos y los pies.

Pero tanto Lobsang como Agnes se quedaron asombrados cuando salieron algo entumecidos del pozo y se encontraron en una estancia larga y baja, iluminada tan solo por sus linternas: suelo de tierra prensada y techo liso sostenido por pilares de roca o tierra. Todo aquello estaba, evidentemente, a gran profundidad bajo tierra.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Agnes.

—No lo sé —respondió Nikos—. Tiene algo que ver con los escarabajos de plata. Yo lo llamo la Galería, porque es como la galería de un gran museo que salía en un libro ilustrado que mi madre me leía de pequeño.

De pronto sonaba diferente, pensó Agnes, en aquel espacio con eco y con la cara medio ensombrecida a la luz de las linternas. Como si ya no le dieran tanta vergüenza sus correrías, sino que se enorgulleciera de lo que había descubierto. Bueno, quizá tuviera motivos, se dijo Agnes, que suponía que Nikos tendría que haberle contado aquello a alguien, pero le reconocía el valor de no perder los nervios y explorar aquel lugar la primera vez.

—No es ninguna galería —señaló Lobsang—. Es una especie de mina... y agotada, por lo que parece. —Paseó su haz de luz por el techo y el suelo—. ¿Una veta de mineral de hierro? Esta región es rica en minerales, es uno de los motivos por los que se fundó aquí Nuevo Springfield. Pero no me consta que haya habido ninguna explotación a gran escala por aquí, aparte de alguna cala de poca monta para las forjas.

—Eso es algo más que una cala de poca monta, George.

—Eso ya lo veo. Y bien, Nikos, ¿qué hay de esos escarabajos de plata que decías?

—Dense la vuelta —dijo Nikos en voz baja.

—¿Cómo dices?

—Que se den la vuelta.

Agnes y Lobsang se volvieron, moviendo las linternas.

El escarabajo estaba allí.

Cuando los haces de luz coincidieron sobre él, alzó medio cuerpo del suelo sobre un conjunto de extremidades traseras y se apreciaron las incrustaciones plateadas que centelleaban en su caparazón negro y los sacos semitransparentes llenos de alguna clase de gas que se agrupaban en su vientre desnudo y verdoso. Tenía el tamaño de un humano.

Y una especie de cara, medio oculta tras una máscara de plata, giró para examinarlos.

Agnes estaba atónita, apabullada. No sabía muy bien lo que se esperaba, pero no era algo tan absolutamente extraño. Retrocedió asustada, y habría salido corriendo si Lobsang no la hubiera sujetado.

—Mantén la calma, Agnes.

—Estoy tranquila, Lob... George. Estoy tranquila, de verdad. ¿Qué leches es?

Lobsang alzó las manos para demostrar que estaban vacías y caminó con cuidado alrededor de la criatura.

El escarabajo se mantuvo erguido y pasivo frente a Nikos, que había abierto la bolsa para revelar fragmentos de roca de varios tipos, algunos duros como el granito, otros más blandos, como la arenisca. El niño y el escarabajo formaban una estampa silenciosa mientras Lobsang los inspeccionaba.

—He conocido gente que ha viajado hasta los confines de la Tierra Larga —comentó Lobsang con voz queda mientras caminaba—. Yo mismo he

vijado bastante lejos. Pero nunca he oído hablar de nada como esto.

Nikos sonrió.

—Y hay muchos más de donde ha salido este.

—¿Cómo sabes que es «este» y no «esta»?

—No creo que Nikos lo sepa a ciencia cierta —replicó Agnes, malhumorada.

—Agnes, dime lo que ves.

—Es como un insecto —respondió ella de inmediato—. Es verdad que es como un escarabajo. Ese caparazón negro que lo cubre parece segmentado. No puedo contar cuántas patas tiene. Patas, o brazos. ¿A lo mejor tiene más en común con un ciempiés?

—No creo que se corresponda con ninguna clase de criatura conocida en la Tierra. O en la Tierra Larga, en ningún desenlace de la evolución terrestre. Ni siquiera se parece a los crustáceos inteligentes que encontró Maggie Kauffman durante su travesía de exploración a bordo del *Armstrong II*.

—Algo nuevo, entonces —dijo Agnes.

—O algo que no es de aquí. No es de ninguna Tierra. Maldita sea —añadió con repentina irritación—, no quiero que pase esto. No quiero... misterios. ¡Desearía que no me hubieras traído aquí abajo!

—No deseas eso en absoluto, George.

Él suspiró.

—Vale. ¿Qué me dices de la plata?

Agnes miró con más detenimiento.

—Veo... cinturones. Una especie de correa, cruzada sobre la parte superior de su cuerpo. Una especie de tachuelas que parecen clavadas en la... hum... en el caparazón. Algo similar a brazaletes en algunas extremidades, iguales que la pulsera que Ben llevó a casa. Y esa máscara, por supuesto. La cabeza, George. La cabeza parece casi humana, aparte del ojo.

—Escalofriante, ¿verdad? Probablemente sea una coincidencia formal.

Su tono de sabihondo irritó a Agnes.

—Bueno, tú en realidad no sabes nada en absoluto, George, todavía no. Pero a lo mejor Nikos sí. Nikos, ¿puedes hablar con esta cosa?

—No —respondió Nikos con firmeza—. Nunca les he oído emitir ni un sonido. Quitando una especie de roce cuando caminan. Este es su cuerpo acorazado, creo yo. Algunos vuelan. Abren el lomo y se despliegan unas alas. Cuando vuelan se oye una especie de susurro.

Por algún motivo ilógico, ese detalle hizo que Agnes se estremeciera.

—Pero eso es más fácil verlo en el Planetario —añadió Nikos—. Aquí no.

—¿El Planetario? —preguntó Lobsang—. Da igual. Ya nos lo contarás luego. Vale, no hablas con ellos. Entonces cuéntame qué haces con esas rocas.

—Las cambio por los objetos de plata. Los anillos, los collares. Recogemos trozos de roca del suelo, por todo el bosque, y los traemos aquí. Para hacerlo bien, tenemos que enseñarles dónde hemos encontrado las rocas en un mapa. Digo «mapa», pero es más bien una especie de garabato que dibujé una vez.

—¿Intercambiáis muestras de rocas por artefactos de plata?

—Supongo que podría decirse así.

Intervino Agnes:

—Si no puedes hablar con ellos, ¿cómo ideasteis todo esto? La idea misma del truco.

Nikos parecía molesto por tener que someterse a aquel interrogatorio, cuando estaba en su pequeño imperio particular.

—Tardamos mucho tiempo, pero mucho. Todo empezó con un trozo de cuarzo que llevaba en el bolsillo, una de las primeras veces. Se lo enseñé porque sí a uno de ellos. Después de eso...

—Da lo mismo —interrumpió Lobsang—. Agnes, supongo que la verdad es que nadie le dijo a este chico tan inteligente que la comunicación entre formas de vida tan divergentes era imposible, de modo que él fue y se comunicó de todas formas. Pero ¿para qué iban a querer muestras de minerales? Bueno, porque quieren seguir minando, imagino. Necesitan estudiar el paisaje. Pero ¿con qué fin...?

—Enséñame —dijo Agnes—. Enséñame cómo hacéis vuestros trueques.

Nikos se encogió de hombros. Tendió sin más un pedazo de roca. Unas extremidades plateadas se desplegaron desde el vientre de la criatura, asieron la roca y a cambio entregaron un pequeño artefacto de plata, parecido a un collar.

—George, ¿ves eso? —preguntó Agnes—. Las extremidades. No son solo mangas. Algunos de esos brazos son de metal.

—Hum. A lo mejor ese caparazón quitinoso oscuro en realidad también es artificial. Esto podría ser una especie de cibernético. Medio biológico, medio mecánico.

—En ese caso —observó Agnes—, se entenderá de maravilla con nosotros. Nikos la miró, perplejo por el comentario.

—Nikos —preguntó Lobsang—, ¿dices que hay más de estas criaturas?

—A montones. La primera vez que bajé, esto estaba lleno a rebosar. Ahora ya no pasa tanto. Creo que es posible que casi hayan acabado con lo que estaban haciendo aquí abajo.

—Vale. Pero también las ves en ese lugar al que llamas Planetario, ¿verdad?

—A ver, no es un planetario de verdad...

—¿Otro nombre sacado de los libros ilustrados de tu madre? —preguntó Agnes.

—Sí. Supongo que ahora parece un poco infantil.

—Eso da lo mismo —dijo Lobsang—. ¿Puedes enseñarnoslo? —Miró a su alrededor—. ¿Es una estancia contigua, hay otro túnel?

—No, qué va. Hay que cruzar allí.

Agnes retrocedió de forma instintiva al oír eso.

—Eso es imposible. Todo el mundo lo sabe. No puede cruzarse desde un espacio subterráneo, como una mina o un sótano. —Pensó en Joshua, que le había enseñado la mayor parte de lo que sabía sobre cruzar.

Nikos hizo una mueca.

—Bueno, es una forma rara de cruzar. Se la tendré que enseñar.

Agnes miró a Lobsang de reojo.

—¿Crees que debemos seguirle? Si él ha sobrevivido, y por lo que sabemos Ben también, supongo que nosotros podremos.

Lobsang dijo, con intención:

—Pero no hemos traído nuestras cajas cruzadoras, Agnes, recuérdalo. Hoy no esperábamos viajar en paralelo.

Eso era cierto, pero ambos sabían, y Nikos no, que llevaban tecnología cruzadora integrada en sus cuerpos. Agnes hasta tenía una peculiar compuertita en las lumbares donde podía insertar una patata.

Pero Nikos dijo, sin el menor atisbo de miedo:

—No la necesitarán. Llevo mi caja en el cinturón. —Les tendió las manos—. Vamos. Yo les llevo.

La criatura parecida a un escarabajo se enroscó hasta bajar al suelo, se alejó correteando con un roce de quitina y metal sobre roca y, a la vez que se fundía con las sombras, Agnes creyó ver que desaparecía de golpe. Quizá cruzar sí fuese posible de alguna manera allí abajo, pues.

Agarró la mano derecha de Nikos.

—Adelante. ¿Qué puede salir mal?

Lobsang, más reacio, asió la mano izquierda del muchacho.

Y...

El cielo era de un color marrón anaranjado y estaba tachonado de estrellas, algunas lo bastante grandes para verse como discos, y otras dotadas de un ligero tinte verde sobre el fondo general. Posado en el horizonte había un sol, gordo y rojo, con la esfera fragmentada por la refracción. El suelo estaba cubierto de ampollas, como cúpulas, algunas de ellas bajas y pegadas al suelo, otras más altas y abultadas en la parte superior, como setas, casi como árboles. Agnes vio algo parecido a un río y lo que podría ser una carretera en paralelo a él.

Todo resultaba muy desconcertante. Respiró hondo. El aire estaba enrarecido y olía a insectos, como a cucarachas aplastadas, algo metálico y agrio.

Y había escarabajos de plata correteando por todas partes, a lo largo de aquella carretera ribereña y cruzando los espacios abiertos que separaban aquellas estructuras semejantes a burbujas. Si el que se habían encontrado en la Galería había cruzado con ellos, ya se había perdido entre la multitud. Ninguna de las criaturas parecía prestar la menor atención a un niño de quince años y dos androides que se hacían pasar por un granjero y su esposa.

Nikos sonrió.

—Esto es el Planetario. ¿A que mola?

Agnes le miró y luego se miró a sí misma. La extraña luz celeste pintaba de naranja la piel de sus manos y anulaba el tinte verde de su camisa y el azul de sus tejanos. Ella allí no encajaba, ni lo más mínimo. La extrañeza pareció venírsele encima toda de golpe. No podía asimilarlo. Notó que empezaba a temblar.

Lobsang la abrazó de inmediato.

—Tranquila, Agnes.

—No acepté venir para esto, Lobsang —susurró ella, lejos del niño.

—Bueno, ha sido idea tuya venir aquí.

—Solo porque pensaba que Ben había bajado antes que nosotros. Dios mío, pobre Ben, qué miedo debió de pasar si llegó hasta aquí...

—No lo creo. Luego siguió viniendo, ¿verdad?

—¿Y dónde estamos, Lobsang? ¿Algún lugar remoto de la Tierra Larga? ¿Hemos atravesado uno de los sitios blandos de Sally Linsay?

—No creo que ninguna Tierra haya tenido nunca un cielo como este. Estamos lejos de casa.

—¿Cómo de lejos? ¿En el Marte Largo? Marte tiene el cielo naranja, ¿no?

—Pero no todas esas estrellas.

—¿Cómo hemos llegado aquí? ¿Cómo ha podido un cruce...?

—Han corrido rumores.

—¿De qué?

—De que hay defectos en la Tierra Larga. Puntos donde cruzar de cierta manera puede llevarte... a otra parte. La gente contaba anécdotas de Bromistas con esa clase de propiedad. Uno de ellos, llamado la Bola Blanca, lo descubrimos Joshua y yo mismos. Claro que tampoco nos quedamos a descubrir lo raro que era.

«Sí —pensó Agnes—. Esto es un defecto. No solo la casa de los Poulson y el agujero en el suelo: toda la Tierra Oeste 1.217.756.» Tal y como ella había intuido casi desde el principio. Un defecto, algo que no debería estar allí. De algún modo, todo estaba conectado. Tenía que estarlo.

—Interesante —dijo Lobsang.

Agnes consiguió reír.

—¿El qué, alguna cosa en particular por encima de todo lo demás?

—El cielo. Esas estrellas con el toque verde. En un lado del cielo y no en

el otro. ¿A qué se debe esa extraña asimetría?

—Oh, por el amor de Dios. —Apartó el brazo de Lobsang. Nikos la estaba observando y le daba vergüenza haber mostrado debilidad—. Llévame a casa —dijo con tono severo.

Shi-mi los esperaba a la puerta de su cabaña. Parecía ansiosa por compartir una noticia. Cuando llegaron, habló sin vacilar:

—He podido observar tus experimentos. El péndulo, los embudos para medir el tiempo y el reloj de sol. He llegado a una conclusión. Lamento no poder ser tan precisa como me gustaría.

—No pasa nada —dijo Agnes—. Cuéntame.

—Cuando llegamos, el día tenía veinticuatro horas. Igual que en todos los mundos de la Tierra Larga. Bueno, casi todos. Lo recuerdo bien porque lo observé yo misma. Pero ahora... —Se estremeció.

Agnes se agachó.

—Shi-mi, ¿estás bien? Deja que te traiga algo.

—No. Por favor, Agnes. —Abrió mucho sus ojos verdes—. Ahora, según tus relojes, el día es más corto. Solo tiene veintitrés horas, más unos cuantos minutos. Tenías razón. Tenías razón.

Agnes miró fijamente a Lobsang.

—Los escarabajos de plata, el Planetario. Ahora esto, el mundo que da vueltas más deprisa sobre su condenado eje. ¿Qué significa, Lobsang?

—Tendré que averiguarlo. —Suspiró—. Adiós a la vida rural.

—Averiguarlo... ¿Qué necesitas para eso?

—Un twain —respondió Lobsang—. Necesito un twain para ver el mundo entero. Y a Joshua Valienté, Agnes. Necesito a Joshua.

Nelson Azikiwe, mediante pacientes indagaciones, seguía desenmarañando los misterios más profundos de la historia de Joshua Valienté y su familia...

Luis Valienté nunca olvidó su aventura con Abel y Simon, los esclavos fugitivos, en 1852. Fue un incidente que le hizo enorgullecerse de ser británico y también de ser valsista, uno de los Caballeros de Discorpórea de Oswald Hackett. Fue una validación, por primera vez en su vida, de lo que era.

Pero a medida que pasaron los años, fue teniendo cada vez menos que ver con los asuntos de los caballeros, y su vida siguió por otros derroteros.

Esa vida dio un giro decisivo gracias a su participación en una mina de oro californiana ficticia —responsabilidad de Fraser Burdon, por supuesto—, un yacimiento fácil de explotar gracias a que se habían aprovechado de los cinco años de búsqueda de un pobre desgraciado en la California real. A Luis le maravilló el ingenio con el que Fraser enmascaró la peculiar procedencia de su filón. La mina, según lo que Fraser explicó a las autoridades, la había puesto en marcha un supuesto «primo lejano». Su localización se había «perdido», junto con toda la documentación, en un frustrado intento de robo cuando el «primo» había bajado al pueblo para intentar registrar su último «descubrimiento»... La historia coló. Al parecer, corrían anécdotas incluso más disparatadas en la extraña subcultura de la Fiebre del Oro.

Y de repente Luis era rico.

Invirtió el dinero del oro en el floreciente mercado de los motores de vapor, porque, del mismo modo en que las vías férreas estaban tendiendo su telaraña de hierro alrededor del mundo, los océanos, que eran la vía de transporte más antigua del mundo, afrontaban el desafío de una nueva generación de buques impulsados mediante carbón y vapor, desde la pionera singladura del *Great Western* en 1838. A diferencia de su padre, Luis invirtió con tino y prudencia, en general, o al menos con el tino suficiente para poder permitirse el capricho de otra pasión nostálgica: financiar espectáculos de variedades en los teatros de Inglaterra.

Se enteró de que Burdon había invertido buena parte de su dinero en la industria armamentística, que estaba en auge después de que la brutal guerra de Crimea pusiera fin a varias décadas de relativa paz en Europa. Después de aquel conflicto, durante sus visitas a Londres, Luis a menudo se fijó en un veterano que tenía un tenderete en una esquina del New Cut, un tipo al que le faltaba una pierna y que imitaba acciones militares como desfilar, ponerse en posición de firmes o echarse el arma al hombro con su muleta. Lucía una medalla de alguna clase, y Luis se preguntó si habría conocido en persona a la reina, que se había interesado mucho por la guerra, había conocido a la tropa y había repartido las condecoraciones. La gente mayor contaba que, unas décadas atrás, después de la guerra contra Bonaparte, se había producido un estallido de personajes parecidos. Ya habían muerto todos, pero de pronto existía una nueva remesa.

¡Las armas! Luis supuso que Burdon siempre había tenido cierto aire de realismo brutal del que él, para bien o para mal, carecía.

Al poco de su aventura americana, Luis se había casado. La novia era una joven que había sido cantante en los teatros de variedades y había coqueteado de forma breve pero intensa con el Gran Elusivo. «¡De Elusivo, ya nada! — había bromeado Hackett, que había oficiado de padrino en la ceremonia—.

¡Ahora por fin te han cazado!»

La pareja se instaló en una digna casa adosada en Richmond y tuvo una hija a la que bautizaron como Elspeth, «Ella» para su padre, en un guiño al «elusivo» pasado de Luis, que era un secreto incluso para su mujer. Después llegó un hijo, Robert. Mientras los niños crecían, Luis estuvo pendiente de ambos, pero constató con alivio que ninguno de los dos daba muestras de ser un valsista, con las alegrías y quebraderos de cabeza que ello habría acarreado. La familia llevaba una vida modesta, tranquila y respetable.

Luis se enteró de la muerte del príncipe Alberto en 1861. En fin, cómo no enterarse cuando la noticia se apoderó de la nación. La reina desapareció en su luto y todo rastro de la joven algo guapa pero recelosa que Luis había entrevisto en los sótanos del castillo de Windsor se extinguió. Luis no dejó de preocuparse sobre cómo afectaría al trabajo de los valsistas el fallecimiento de Alberto, gran valedor de los Caballeros de Discorpórea, pero para ser sinceros, una vez cumplidos los cuarenta en 1863, empezó a oír muy poco de las andanzas que los caballeros se traían entre manos, fueran cuales fuesen. Su edad le iba volviendo cada vez menos útil como agente, por supuesto, y además Oswald Hackett siempre había tenido cierta propensión al secretismo.

Para cuando se estrenó la década siguiente —y mientras Gran Bretaña observaba horrorizada cómo irrumpía en Francia la Alemania recién unificada bajo su feroz canciller Bismarck hasta avanzar incluso sobre París —, el contacto de Luis con los caballeros había menguado hasta reducirse a alguna que otra carta o visita, casi nostálgica.

De modo que fue una sorpresa cuando Hackett pasó a verlo un día de la primavera de 1871 y le pidió que fuera a Berlín. Él y Burdon debían desplazarse hasta allí por separado, dijo, con instrucciones de visitar varios puntos concretos, que incluían edificios oficiales y residencias de la realeza.

Luis era reacio, pero no deseaba hacer enfadar a Oswald Hackett, de modo

que obedeció. Cumplió su misión sin incidentes ni sobresaltos.

Fue una sorpresa todavía mayor cuando, al cabo de unas semanas, él, Hackett y Fraser Burdon fueron convocados una vez más a Windsor.

Luis pasó la noche anterior en un hotel del Strand.

Inquieto, nervioso, se levantó antes de que amaneciera, mucho antes de su cita con Hackett y Burdon. Bajó hasta el río, donde los buscavidas, bajo una luz gris, escarbaban para encontrar madera, monedas y trozos de carbón: niños y ancianas, metidos hasta las rodillas en el fango frío del lecho del río. También vio a los cazadores de las alcantarillas, que salían de sus túneles armados de azadas y pértigas, rebozados de mugre, repartiéndose entre ellos el inmundo botín que hubieran logrado rescatar del légamo. Incluso en las calles de la ciudad había actividad a esas horas, porque los carroñeros revolvían la basura en busca de cualquier cosa que pudieran comer, ponerse o vender. Todas aquellas personas se esforzaban por madrugar más que la competencia, como si la ciudad fuese un enorme muladar infestado de insectos humanos, como Hackett había dicho una vez, que escarbaban, filtraban y consumían hasta el bocado más minúsculo que encontraban.

Para las ocho Luis ya había llegado a la estación de Charing Cross, donde los otros le esperaban junto a la berlina que los llevaría a Windsor.

En esa ocasión, los tres, más viejos —Oswald Hackett ya rondaba los sesenta—, fueron recibidos tan solo por el hombre al que conocían como Radcliffe, acompañado de unos cuantos esbirros corpulentos.

El encuentro, que mantuvieron de pie y algo incómodos, tuvo lugar en un salón que Luis sospechaba que era una de las estancias menos nobles del

castillo, en las entrañas más profundas de la torre del Conquistador, pero cuya mera alfombra probablemente costase más que todas sus posesiones juntas, y cuyas paredes estaban adornadas con crepé negro, fieles al estilo fúnebre que la reina Victoria observaba desde la muerte del príncipe consorte. Solos ellos cuatro, salvo por los «criados» de traje que, apostados en las paredes y las puertas, a ojos de Luis parecían soldados de la guardia disfrazados de mayordomo, e imaginaba que no andaba muy errado.

Radcliffe también había envejecido, por supuesto. Ya debía de tener casi sesenta años, como evidenciaban las canas de sus sienes y su postura ligeramente encorvada. Pero su atención seguía siendo igual de aguda, su mirada igual de penetrante.

—Bien, caballeros —dijo—. Nos encontramos una vez más. Esta vez sin príncipe, por desgracia.

Burdon resopló.

—Pero a lo mejor hará que la Viuda de Windsor nos sirva el té, ¿eh?

Hackett lo fulminó con la mirada.

La sonrisa de Radcliffe era de esas que no llegaban más arriba de la línea de su fino bigote. Era evidente que los años no habían endulzado su carácter.

—Ya saben por qué están aquí, o al menos imagino que lo habrán supuesto. Se les encargó a todos que viajaran a la nueva Alemania, y en concreto al corazón de Berlín. Y ahora aquí están, con sus informes. ¿Les importa acompañarme al archivo? Lo recordarán de su visita anterior. La escalera que baja está justo al final de este pasillo...

Hackett se dispuso a seguirle, pero Burdon le agarró del brazo y dijo:

—Esta vez no, gracias. En mi vejez me estoy volviendo un poco sensible a los espacios cerrados.

Hackett retiró el brazo, con los ojos entrecerrados y la frente arrugada, pero Luis se sorprendió al ver que, por primera vez que él recordase, cedía el

mando a Burdon.

Radcliffe fingió una sorpresa burlona.

—¿Usted, señor Burdon, el célebre minero de oro de California, asustado por unos instantes de confinamiento? No me lo puedo creer.

—Gajes del oficio. Y bien, ¿va a servirnos té o no? ¿Por qué no tomarlo aquí? —Echó un vistazo a los fornidos criados—. Me imagino que estos tipos son discretos. No tendrá algún otro motivo para querer que bajemos ahí, ¿verdad?

Radcliffe cedió y los invitó a sentarse.

Al cabo de poco, apareció un esbirro con el té, otro forzado. Mientras lo servía, Burdon susurró a Luis:

—Nunca pensé que vería una porcelana tan fina manejada por una manaza de gorila como esa.

En ese momento, Radcliffe les pidió que informasen sobre el Berlín de Bismarck.

Cuando le llegó el turno, Luis describió la tapadera que había ideado.

—Me hice pasar por un empresario teatral que deseaba estudiar los espectáculos locales con miras a contratarlos para los teatros ingleses. Me alojé en Unter den Linden, desde donde tenía la excusa perfecta para pasear por delante del palacio del príncipe Carlos y los ministerios de Wilhelmstrasse...

Todo aquello era un mero resumen; todos habían tenido que entregar informes detallados por escrito, con mapas dibujados incluidos. A Luis le había bastado con inspeccionar esos grandes edificios desde fuera, pero los demás habían valsado para colarse dentro, encargados de unas misiones de espionaje más ambiciosas.

Cuando todos hubieron dado el parte, Radcliffe asintió.

—Bien, bien. Ahora me pregunto si habrán adivinado por qué les

ordenamos semejante misión. Y por qué tuvieron que ir ustedes tres en particular, la punta de la pirámide de sus Caballeros de Discorpórea. —Pronunció esas palabras como si le supieran a cuerno quemado.

—No es difícil de adivinar —respondió Hackett con tono severo—. Creo que pretende actuar contra el propio Bismarck.

La acusación dejó atónito a Luis, pero Radcliffe ni se inmutó.

Hackett prosiguió, implacable:

—Puedo hasta imaginarme el razonamiento.

—Adelante.

—«Para impedir una guerra europea.» Todos recordamos al pobre príncipe, con sus sueños de unificar Europa bajo una apacible dinastía. Casó con el príncipe heredero de Prusia a la hija mayor que tuvo con Victoria con ese fin. Pues bien, Bismarck no quería saber nada de eso. Ahora tenemos a esa bestia parda, ese perro alemán que deambula por un patio trasero europeo que ha estado más o menos en paz, como todos sabemos, desde la caída de Napoleón. Y en Bismarck se las ven con un hombre implacable, decidido y con una formidable habilidad política y estratégica.

—Que podría llevarnos a todos a la ruina —corroboró Radcliffe, asintiendo—. Y que, como bien dice, ha finiquitado medio siglo de relativa paz en la Europa continental con una guerra atroz, y él y sus sucesores podrían desencadenar otras antes de que se calmen las aguas. No, ese hombre debe desaparecer antes de causar más daños y poner fin a más vidas. Y aquí es donde entran en escena ustedes, caballeros.

Hackett asintió, con gesto reflexivo.

—Bueno, esto va más allá del Ferrocarril Subterráneo y sus mezquinos encargos de espionaje. Incluso si lo comparamos con aquella vez que nos hizo entrar en Sebastopol en pleno asedio.

Luis alzó las cejas. De aquello no sabía nada.

Burdon dedicó a Radcliffe una sonrisa sardónica.

—Pero ¿qué es exactamente lo que quiere que cometamos? ¿Un secuestro, un asesinato? ¿Del canciller alemán? ¿Habla en serio? ¿Espera que creamos que el Gobierno de Su Majestad se rebajaría a emplear tales tácticas? Esto no es un principado de los Balcanes, ¿sabe? Además, es muy probable que una acción como esa desestabilizara toda Europa y nos llevara a la guerra antes incluso que Bismarck con todas sus tretas.

Radcliffe mantuvo la calma.

—Es la voluntad de Su Majestad.

—Caray —exclamó Burdon—. Sáquesela de la manga y que nos lo diga en persona.

Hackett parecía horrorizado.

—Un poco de respeto, hombre.

Radcliffe se levantó.

—Si tan solo accedieran a acompañarme al archivo, podría explicarles el plan mejor. Tenemos documentación, mapas, informes... Es una operación a la que ya se ha dedicado mucho esfuerzo y dinero.

—Está decidido a meternos en ese agujero en el suelo, ¿eh? —dijo Burdon. Radcliffe respiró hondo.

—Además, allí hay alguien que los espera. Ya conocieron a un primer ministro una vez, lord John Russell, hace muchos años. Y ahora...

Burdon soltó una carcajada.

—¿Espera que nos creamos que ha convencido al viejo Gladstone no solo de que apoye su chifladura de plan, sino también de que acuda en persona y espere en un sótano a unos tipos como nosotros?

Hackett parecía confundido.

—La verdad es que parece bastante inverosímil, señor Radcliffe. Si no le importa aclarar...

Pero Burdon le interrumpió y se puso de pie, mirando a Radcliffe.

—Lo único que quiero aclarar yo es que esta reunión ha terminado. Hasta la vista, Radcliffe, y gracias por el té. Y ahora, si nos acompañan de vuelta a nuestra berlina...

—Ahora —dijo Radcliffe con suavidad.

Luis, que todavía estaba sentado, intuyó, más que oyó, a la mole ciclópea que se situaba detrás de él. Después fue como si sonara un trueno dentro de su cabeza. Captó que dos, o quizá tres hombres fuertes le agarraban y le lanzaban al suelo.

Y se hundió en la oscuridad.

Cuando despertó, se encontraba en la cámara subterránea del castillo de Windsor que tan bien recordaba. Radcliffe, claramente, se había salido con la suya. Cuando intentó moverse, Luis descubrió que tenía las muñecas y los tobillos inmovilizados por grilletes de pesado hierro.

En la penumbra apenas iluminada por las lámparas de gas, tal y como la otra vez, estaban los muebles de buena calidad pero no ostentosos, los estantes de libros y archivos, las puertas que llevaban a otras salas llenas de regalos y bagatelas: el trastero de la monarquía. Todo parecía igual que cuando Alberto, apoyado en la repisa de la chimenea, al otro lado, citaba sus propios discursos sobre el deber y Luis había creído entrever a Victoria pasando veloz. De todo aquello hacía ya casi un cuarto de siglo, pensó.

Pero si bien la habitación no había cambiado, sus ocupantes sí. Allí estaba Radcliffe, de pie ante él con una sonrisa fría. Luis, Burdon y Hackett, los tres recobrando con dificultades la consciencia, cargados de grilletes y sentados en fila en otros tantos sillones, cada uno con un soldado de casaca roja tras el respaldo. Había más soldados ante las puertas, apoyados en las paredes y

hasta en las habitaciones contiguas.

Cuando Luis movió su maltrecha cabeza, el dolor volvió por sus fueros, como una descarga de artillería. Se mordió la lengua para obligarse a no gritar.

Tenía delante a una enfermera, una joven uniformada de expresión dulce.

—Beba esto —le dijo mientras le llevaba a los labios un vaso de un líquido caliente y con sabor a miel. Luis se lo bebió de un par de tragos grandes y su dolor de cabeza empezó a remitir.

Hackett estaba que echaba humo.

—¿Se encuentra bien, Valienté?

—He estado mejor. La cabeza todavía funciona.

—Me alegro. ¿Burdon?

—Mejor de lo que esperaba, socio.

Burdon parecía poseído de una tranquilidad inexplicable. Aunque también era cierto, pensó Luis, que había tenido la situación controlada desde que habían llegado, más que Hackett. Luis esperaba de todo corazón que todavía fuera así, aunque no se figuraba cómo.

Hackett alzó la mirada hacia el hombre que tenían plantado delante.

—¿Qué significa esto? ¿Qué diablos se trae entre manos, Radcliffe?

Burdon se rio.

—Eso, ¿y dónde está Bill Gladstone? Todo ha sido un farol, ¿verdad? Toda esa comedia de Bismarck, y es probable que hasta nuestros viajes engañifa a Berlín a costa del Gobierno. Todo ha sido un señuelo para atraernos a esta trampa.

Radcliffe no le hizo caso y contempló a Hackett.

—¿Qué, doctor Hackett, le impresiona el modo en que los hemos pillado? Me conozco el percal, ya lo ve.

Más argot del East End, observó Luis.

—Así es como hemos aprendido a ocuparnos de ustedes, los valsistas. Golpearles con fuerza abrumadora antes de que tengan ocasión de pensárselo, antes de que tengan tiempo de escabullirse a cualquiera que sea el rincón del infierno que visitan las criaturas blasfemas como ustedes cuando no están aquí. Después, una vez inconscientes, los amontonamos en un agujero subterráneo como este, donde ni siquiera ustedes pueden usar su vals para escapar, ¿cómo lo dicen?, a horario o antihorario. Es eficaz, ¿a que sí? No volverán a darnos esquinazo. Hemos estado practicando, ya lo ven.

Hackett lo miró con cara de pocos amigos.

—¿A qué diablos se refiere?

Y Burdon preguntó, más calmado:

—¿Practicando con quién?

—Con más gente como ustedes. —Radcliffe arrancó a caminar de un lado a otro con paso tranquilo y caviloso—. Les diré lo que necesito que entiendan: van a pasar a la historia, tanto ustedes como sus trucos de feria. Siempre fueron más que nada un capricho del viejo príncipe, en paz descansen. Pero una vez que él hubo fallecido, quedó claro que Su Majestad siempre los ha encontrado más bien repulsivos. «Más sombras que hombres», dijo de ustedes.

»Entretanto, mis colegas y yo siempre hemos recelado del poder que tienen a su disposición, y de que solo tengamos su buena voluntad como garantía de que no volverán esos poderes contra su propio gobierno. Pero, vamos, si es que cada uno de ustedes ha sacado partido de su talento para enriquecerse en cuanto ha tenido ocasión, ¿o no? Usted, Burdon, con su mina de oro fantasma, y no se crea que no hemos desentrañado la verdad sobre ella. Usted, Valienté, con su absurdo numerito del Gran Elusivo.

—¿Qué pasa, ahora es crítico teatral? En mi momento tuve buenas reseñas. Fíjese, una vez, en el *Observer*...

—¡Incluso usted, Hackett! Aunque ahora sea un beato pomposo, de joven no lo era tanto, ¿verdad? Tengo un archivo sobre usted más grueso que mi brazo. No, son demasiado peligrosos para que les permitamos circular a sus anchas, ¿no lo ven? Y después está ese tufillo a... —Buscó la palabra adecuada—. Ese tufillo a cosa antinatural que despiden. Somos británicos, por el amor de Dios, una raza viril. No queremos que elementos turbios y escurridizos como ustedes contaminen nuestra estirpe, por útiles que resulten en ocasiones, y les reconozco que lo han sido. En fin, hemos decidido prenderles, empezando por ustedes tres, que estuvieron entre los primeros que comparecieron aquí hace tantos años. ¡Qué arrogancia tan colosal manifestaron entonces! Y ahora serán los primeros en caer.

Pero no los últimos, comprendió Luis en un arrebato de pánico, no los últimos. De pronto temió por su familia, por Ella y Robert.

—Y créanme —añadió Radcliffe—, no volverán a ver la luz del día. Como comprobarán, hemos aprendido a lidiar con los de su calaña.

—Practicando —dijo Burdon—. Ya nos lo ha dicho. Responda a mi pregunta, pues: ¿con quién?

—Con cualquiera que pudiéramos encontrar. Hemos puesto a trabajar en ello a los científicos, la gente de la Royal Society, para que diseñaran un programa de ensayos. Todo aquel del que sospecháramos que podía poseer la misma clase de facultad que ustedes. Ese soldado que esquivaba misteriosamente las balas que abatían a todos sus compañeros en plena batalla, ese ladrón tan prolífico, ese preso que siempre se fugaba, etcétera. Después los poníamos a prueba para ver si sabían valsar o no.

Hackett parecía horrorizado.

—¿Cómo?

—Poniéndolos nerviosos. A uno lo encerramos en un sarcófago, a otro lo pusimos delante de un pelotón de fusilamiento, a otro lo metimos en una

jaula y lo hundíamos en el Támesis. Si podían escapar, lo hacían, como comprenderán. La mayoría de las veces fallaba. Y no, no los matamos a todos, aunque habría valido la pena de todas formas. Uno de cada mil, o menos, daba muestras de saber hacer lo mismo que ustedes. Y una vez que cruzaban, ustedes pensarán que estaban a salvo y fuera de nuestro alcance, pero muchos de ellos ni siquiera sabían que tenían esa capacidad antes de verse obligados a usarla, porque siempre habían escapado de forma inconsciente. Así que casi todos volvían al momento, derechitos a los brazos de mis apuestos muchachos con sus casacas rojas. En cuanto los teníamos, iban de cabeza al sótano de debajo de la Royal Society, todos ellos. Son una gente muy sistemática, estos científicos. Muy metódicos. Aunque si hay algo en el cerebro que permita este asunto del vals, en fin, todavía no lo han descubierto.

—¡Está hablando de vivisecciones! —exclamó Hackett—. Es un monstruo. Radcliffe se indignó al oír eso y se inclinó hacia él.

—¡Usted es el monstruo, infeliz! ¡No yo! ¿Ni siquiera eso lo ve claro? —Enderezó la espalda y reemprendió su caminar de un lado a otro—. Lo que hemos descubierto es lo raro que es esa capacidad suya. Al fin y al cabo, la amenaza de una muerte violenta ha sido un suceso frecuente durante la historia humana. Si el vals fuera más habitual, cabe suponer que ya nos habríamos dado cuenta.

»En cualquier caso, el Gobierno, expresándose por vía del organismo harto discreto para el que trabajo, ha tomado la decisión de que, para los elementos como ustedes, “raros” no basta. Sería preferible “extintos”. Estamos recapacitando sobre cómo convencer a los gobiernos amigos de que compartan esta manera de ver las cosas y se libren de ustedes de una vez por todas. Desde luego, una vez purificada Gran Bretaña, aplicaremos un programa parecido en las colonias. —Se acercó a Luis y le miró a los ojos y

la boca, como si inspeccionara a un pura sangre—. Seremos piadosos. No les daremos matarile, que es lo que se merecen.

—«Matarile» —repitió Luis con tono reflexivo—. Has llegado muy lejos, ¿verdad? Pero hay veces en que se te nota, Radcliffe. Tu boca es como una alcantarilla de Whitechapel.

Radcliffe torció el gesto.

—Claro, tú hablas con conocimiento de causa, Valienté. Estarán hasta cómodos durante una temporada, ustedes y sus familias, aquí abajo en la oscuridad. —Se puso derecho—. Pero cuando muera el último de ustedes, en este sótano o cualquier otro, será el fin. Se acabaron los Caballeros de Discorpórea. ¡Ja!

—Ya veremos —dijo Fraser Burdon.

—¿Cómo es eso?

Burdon miró a Hackett y Luis.

—A antihorario —dijo.

Hackett exclamó:

—¿Qué? Es imposible, hombre. Estamos en un maldito sótano.

Burdon se encogió de hombros y sus grilletes tintinearón.

—Como quiera. ¿Tú vienes, Luis? A la de tres: una, dos...

Luis, incrédulo, dio un paso de vals...

Y se descubrió dentro de otro agujero en el suelo, aunque ese tenía las paredes irregulares y en él reinaba una oscuridad solo mitigada por la luz de unas velas. Pero sus grilletes habían desaparecido... y también su silla, de modo que, al aparecer de la nada en postura sentada, cayó de espaldas sobre el suelo de roca con un golpe lo bastante fuerte para que la cabeza empezara a dolerle de nuevo.

Se puso en pie como pudo.

—¿Burdon? ¿Hackett?

—¿Valienté? —Era la voz de Hackett. Debía de estar tan perplejo como Luis, y además le sacaba diez años, pero su voz reflejaba la autoridad de siempre—. No te muevas. —Levantó una vela para revelar las toscas paredes que los rodeaban y lo que podía ser un túnel revestido de madera que subía a la superficie. Estaban los dos solos—. ¿Dónde diablos estamos?

Y Luis se echó a reír y se tumbó sobre la tierra fría.

—En una mina. Ahora lo veo claro, una mina excavada por Burdon. En Norteamérica cavamos juntos, ¿recuerda? Estamos en un pozo en una copia paralela de Windsor. Así es como se valsa para escapar de un sótano. Demarcando el terreno por adelantado y cavando un hoyo exactamente en el mismo punto de antihorario.

—Dios mío, tiene que estar en lo cierto. ¡Pero Burdon debe de haber planeado todo esto con meses, incluso años de antelación! Sabiendo que algún día lo iba a necesitar. Hay que ser muy suspicaz.

—Sí, pero tenía razón, ¿verdad?

—La tenía. ¿Dónde está, por cierto? ¿Por qué no está aquí con nosotros? Ahora veo que siempre lo he subestimado. No volveré a cometer ese error.

Sonó un leve estallido de aire que hizo titilar las velas. Burdon salió de entre las sombras a la luz.

—¿Dónde se había metido, hombre? —exigió saber Hackett—. ¿Por qué no ha venido con nosotros?

—Bueno, he venido. Pero una vez libre de esos grilletes de hierro, he dado unos pasos y he regresado. —Sostuvo en alto algo, una navaja de la que goteaba un líquido oscuro—. Un detalle que necesitaba resolver.

—Oh, Burdon —dijo Luis, que sentía una extraña decepción—. ¿Los has matado?

—Solo a ese cabrón de Radcliffe. Y se lo merecía, ¿no crees? Por lo que les hizo a esos infelices de los ataúdes y las jaulas hundidas en el agua. Por lo que pretendía hacer a nuestras familias.

—Nuestras familias —repitió Hackett—. Tenemos que salir de este sótano, caminar hasta algún lugar donde podamos volver a Londres a salvo...

—Tengo toda la zona señalizada —explicó Burdon—. Un mapa a escala real. Es algo tosco pero servirá.

—Bien hecho. Volvemos, ponemos a salvo a nuestras familias y luego...

—¿Sí?

—Luego pensamos en el futuro. Para nosotros y nuestras familias. Y nuestra «calaña», como ha dicho el señor Radcliffe.

Luis no creía haberle oído nunca a Hackett un tono de voz tan lúgubre. Pero tenía razón. El camino que tenían por delante estaba claro y era el único que podían tomar ya. Debían correr a buscar a sus familias y esconderse de los asesinos del Gobierno.

Con cuidado, bajo la parpadeante luz de las velas, se puso en pie.

Nelson, que había descubierto tanto como creía necesitar, fue en busca de Joshua.

Pero según la fuente más fiable sobre el paradero de Joshua, que era el Centro de Madison, este había desaparecido, desvanecido una vez más en las profundidades de la Tierra Larga.

El hombre que estaba ante la puerta de la casa de los Berg, en Miami Oeste 4, tendría unos veinticinco años, por lo que les sacaba siete u ocho a Rocky y Stan. Iba vestido con un raído sombrero de ala ancha, chaqueta de cuero, tejanos desteñidos y mocasines de factura resistente. Llevaba una mochila a la espalda y, al cinto, un látigo enrollado, una caja cruzadora y alguna clase de pistola. Parecía preparado para viajar, pensó Rocky Lewis de inmediato. Demasiado preparado, como un dibujo animado.

El chico les tendió la mano.

—Me llamo Jules van Herp. Nací en el Quebec del Datum, pero mi familia evacuó por culpa de Yellowstone cuando tenía ocho años. Llamadme Jules. —Sonrió a Rocky—. ¿Qué, estás listo para la Granja?

Rocky hizo una mueca y miró a su alrededor para ver si alguien los había oído. En los meses transcurridos desde que Roberta Golding abordase a Stan por primera vez, si algo les habían dejado claro era lo discretos que eran los Siguintes. Ni siquiera se pronunciaba el nombre de la Granja en voz alta. Y ahora llegaba aquel personaje patoso y lo soltaba como si tal cosa.

Stan salió de la casa, cargado con una mochila y parpadeando para protegerse de la luz del sol. Era por la mañana temprano allí en Oeste 4, y el sol empezaba apenas a salir por detrás del fino parteluz celeste que era el ascensor espacial. Stan se colocó junto a Rocky y miró a Jules van Herp de arriba abajo.

—Bueno, tú no eres uno de ellos —le espetó—. No con esa cara de lelo.

—Ah, no, qué va. Solo trabajo para ellos. He venido a ayudar con vuestro

viaje.

Stan lo miró con cara de pocos amigos.

—Entonces, si no eres un Siguierte, ¿qué eres, Jules? ¿Un porteador nativo?

Rocky esbozó otra mueca. Para ser un joven al que en su entorno empezaba a vérselo cada vez más como un pozo de sabiduría, Stan podía demostrar una crueldad brutal. Pero, claro, pensó Rocky, los dos tenían solo diecisiete años.

Jules no parecía ofendido, sin embargo.

—Solo hago mi trabajo, y es un trabajo que me gusta. Os llevaré a que conozcáis a los demás. No muy lejos de aquí, en paralelo. Veo que llevas tu mochila. No necesitarás gran cosa una vez llegues. A la Granja, digo. La gente siempre lleva más de lo que necesita, la primera vez. Supongo que es para tener una especie de consuelo.

—¿Has hecho esto alguna vez? —preguntó Rocky—. ¿Llevar gente allí?

—Unas cuantas. —Echó un vistazo a su reloj—. Tenemos que ponernos en marcha, eso sí. ¿Entendéis que viajaremos por sitios blandos?

Rocky contuvo un escalofrío.

—Eso nos han dicho.

Jules sonrió despreocupado.

—No sufras, que no es para tanto. En cualquier caso, en sus manos estaréis a salvo. —Su confianza en los Siguiertes parecía absoluta, pensó Rocky—. Pero los sitios blandos no son lo mismo que cruzar. Están limitados en el espacio y el tiempo. Hay que acertar en el momento adecuado.

—O sea que debemos ajustarnos a un horario.

—Exacto. ¿Tenéis que despediros de alguien más?

En realidad, pensó Rocky, como llevaban un tiempo esperando a que los Siguiertes llegaran para llevarse a Stan, el intervalo no había sido más que

una larga despedida extendida durante meses.

—No —respondió Stan con tono tajante—. Ya está hecho. Vamos a lo nuestro.

De ese modo, con prisas y a una hora muy temprana de aquella mañana de septiembre —y de mal humor, porque a Rocky aún le dolía un poco la cabeza por culpa de las copas de la fiesta de despedida que les habían organizado sus amigos, que creían que partían para estudiar técnicas de ingeniería de tallos de habichuela a un par de mundos de distancia—, con un golpe de caja cruzadora dejaron atrás la Tierra Oeste 4. Rocky presenció cómo el ascensor espacial aún incompleto desaparecía ante sus ojos para dar paso al cielo indiviso de Oeste 5.

Después, siguiendo las instrucciones de Jules, cruzaron otra vez, y luego otra. Stan era un cruzador natural, que solo llevaba la caja para disimular. Rocky era mucho menos capaz, pero Roberta Golding le había proporcionado fármacos contra la náusea de potencia industrial, y aquellos primeros cruces, por lo menos, no resultaron difíciles.

Solo tardaron unos minutos en llegar a la huella de Miami en Oeste 10.

Allí, Roberta Golding y Marvin Lovelace los esperaban en mitad de una pradera, cobijados del sol intenso a la pequeña sombra de un grupo de árboles. Roberta llevaba sus gafas gruesas y Marvin, su uniforme de tahúr con las gafas de sol y el bombín negro. Ambos vestían prendas de viaje sin nada de especial y llevaban pequeñas mochilas.

Roberta les sonrió.

—Buenos días. ¿Estáis listos para seguir adelante?

—Te esperaba a ti —dijo Stan a Roberta—, no a él. —Señaló a Jules con el pulgar—. Ni a este. —Señaló a Marvin.

Roberta se rio, sin malicia.

—Bueno, Jules es uno de vosotros que nos conoce a nosotros y en quien podemos confiar. Su papel es el de una especie de mediador, capaz de avisarnos si algo sale mal, mejor de lo que vosotros sabríais articularlo, por el momento.

Marvin sonrió.

—Y a mí me conoces, ¿no? El bueno de Marvin, que te salvó más de una vez de llevarte una paliza por ganar al póquer, sin trampa ni cartón, a algún habichuelero.

—Lo que sea con tal de que te sientas como en casa —explicó Roberta—. Por eso te animamos a traer a un acompañante.

—Conozco a Rocky de toda la vida. Es como el hermano que nunca quise.

Era una salida típica de Stan. Rocky sonrió satisfecho y le dio un puñetazo en el brazo.

Stan se puso serio.

—Pero no me hace sentir como en casa oír todo el rato esa cantinela del «nosotros» y «ellos».

Roberta replicó con serenidad.

—Esa reacción es habitual. Tendrás la posibilidad de echarte atrás en cualquier momento. Confiamos en tu discreción.

Marvin le dio un empujoncito.

—Vamos, hombre. No te rajes ahora. ¿No te picará siempre la curiosidad por saber lo que te perdiste?

Stan se encogió de hombros.

—Pues sí, ahora que lo dices. Hagámoslo.

—Bien —dijo Roberta con firmeza.

Rocky la miró con aire dubitativo.

—Vamos a ir por los sitios blandos, ¿verdad? ¿Qué tenemos que hacer

nosotros?

Roberta sonrió, en un claro intento de tranquilizarle.

—Basta que me cojas la mano.

Aparecieron en otra pradera, con un repertorio ligeramente distinto de plantas verdes hasta la cintura, árboles de diferente forma... y a lo lejos una manada de gigantescos animales de alguna clase que paseaban por la niebla, apenas visibles, como montañas en movimiento...

El cruce a través de un sitio blando era... muy diferente.

Cruzar a la manera normal era como pasar de una piedra pasadera en el río a la siguiente, de forma consciente. Rocky, en cambio, se sentía en ese momento como si hubiera caído por una especie de defecto en el mundo. No podría haber descrito lo que vio durante la transición, pero la vertiginosa sensación de caída era muy real, al igual que el frío hasta el tuétano que sentía, en acusado contraste con el calor del día otoñal en Oeste 10.

Descubrió avergonzado que seguía cogido a la mano de Roberta, como un niño con su madre. La soltó a toda prisa.

—Acabáis de viajar a mil cruces de Oeste 10 —explicó Roberta—. En realidad, un poco más.

—¿Por qué lado hemos ido? —preguntó Rocky—. ¿Este u oeste?

—¿Acaso importa? Y también nos hemos desplazado geográficamente. Estamos lejos de la huella de Florida. —Roberta los miró a los ojos—. ¿Estáis bien? El frío que sentís es real; la transición por un sitio blando extrae una energía que no requiere un simple cruce de Linsay, por lo menos de forma medible. Además, os habrá dado la impresión de que os movíais durante un rato. Unos segundos, o quizá más. La sensación es subjetiva y varía de un individuo a otro. Pero en realidad, si hubierais mirado el reloj,

veríais que no ha pasado tiempo físico durante la transición.

—Enséñame a hacerlo —dijo Stan.

Roberta, no muy convencida, miró a Marvin, que se encogió de hombros.

—Mira, no tenéis el monopolio de los sitios blandos —señaló Stan—. Ya había oído hablar de ellos. Algunos humanos que no tienen la presunción de considerarse una especie aparte también pueden encontrarlos, ¿verdad?

—Es cuestión de práctica, de disciplina mental. No estarás preparado hasta que...

—Dímelo y punto.

Era evidente que Roberta no estaba acostumbrada a que la interrumpiesen, pero dijo:

—La clave es la imaginación. Del mismo modo en que nuestros antepasados homínidos podían mirar una piedra e imaginar una herramienta dentro, nosotros podemos contemplar este mundo e imaginar otro. Cuanto más avanzado sea el intelecto, más detallada será la visualización. Y por fin, cuando esta sea lo bastante completa...

—Se cruza.

—Sí. A un mundo que, creemos, cristaliza desde un potencial platónico hasta el reino de lo real. Es lo mismo que en la mecánica cuántica: si dos objetos cuentan con una descripción cuántica lo bastante precisa, si sus estados son idénticos, *son* el mismo objeto. Ir más allá del cruce de Linsay simple es, en pocas palabras, una aplicación de matemáticas superiores... ¡Oh, si pudieras usar el hablarrápida! Esta lengua es del todo insuficiente, y lenta. Como gritar poesía por un canalón. Stan, es posible que la aprendas. — Pero miró de reajo a Rocky, con un mensaje muy claro: «Tú, no»—. ¿Estáis listos? Haremos varias paradas, llamémoslas oportunidades educativas, antes de llegar a nuestro destino. Agarradme las manos, los dos.

Y Rocky, indefenso, se vio propulsado en otro abrupto salto con las botas

de siete leguas.

El dirigible *Shillelagh* flotaba sobre el monte Manning, por encima de la granja de los Abrahams, anclado a los restos de la cabina que, tres años atrás, había dejado en ese mundo a Lobsang, Agnes, un niño pequeño y una gata. Mientras subía por la colina con paso decidido, llevando una caja de huevos —un detalle de los Irwin, con los que había tomado un café esa mañana—, Agnes cayó en la cuenta de que el twain ya llevaba allí una semana. Se había vuelto mucho más consciente del paso del tiempo gracias a sus relojes y calendarios.

El viejo y destartalado dirigible era una novedad, por supuesto, en el mundo verde y apacible de Nuevo Springfield, e incluso después de una semana, los niños, y también algunos adultos, seguían acudiendo a curiosear. Habían presentado a Joshua Valienté como una visita, un viejo amigo de la familia, y nadie había puesto en entredicho aquella simple tapadera, ni siquiera quienes habían oído hablar de aquel héroe de los albores del cruce. Y Joshua fue generoso con su tiempo, como siempre. Después de llegar con su dirigible, se había llevado a los críos locales a hacer recorridos sobre el paisaje arbolado de la Tierra Oeste 1.217.756. Esos niños no daban ninguna importancia a los cruces o a la existencia de los múltiples mundos de la Tierra Larga, pero pocos de ellos habían tenido ocasión de ver su hogar desde el aire.

Ben, a sus seis años, estaba encantado con su tío Joshua, por supuesto. Y este encontró tiempo también para Shi-mi, que había salido a recibirle con paso vacilante cuando aterrizó el dirigible por primera vez.

Joshua por fin había llegado, pero no había resultado fácil encontrarlo, después de que Agnes transmitiera el mensaje a través de Bill Chambers, las hermanas del Centro y otros viejos amigos. Desde la ruptura definitiva de su matrimonio, Joshua se había vuelto más ermitaño todavía, al parecer, y dedicaba más tiempo que nunca a sus solitarios «períodos sabáticos», atrincherado en sus estacadas para una sola persona estilo Robinson Crusoe en mundos remotos.

Agnes había temido la reacción de Joshua al enterarse de que Lobsang seguía vivo. Llegado el momento, lo único que hizo fue reírse y decir: «Lo sabía».

Entretanto, la situación empezaba a apremiar.

Para ser un mundo que se les había vendido como carente de estaciones pronunciadas, cualquiera diría que andaban sobrados de meteorología. Con el paso de los meses que había durado la espera de Joshua, se habían producido cada vez más fenómenos anómalos: tormentas, sequías, vientos huracanados y, lo más extraño de todo, unas extrañas «tormentas magnéticas», como las llamaba Lobsang, marcadas por unas auroras polares que ondeaban en el cielo como gigantescos telones, fluyendo de norte a sur. Agnes no había oído hablar nunca de auroras en latitudes tan bajas como aquella, aunque tampoco era una experta. Aquellas tormentas tenían consecuencias. Las bolas de pelo y sus depredadores parecían incluso más desorientados y torpes que antes. A lo mejor aquellas criaturas, como las aves migratorias, dependían de la existencia de un campo magnético estable para saber adónde ir.

Por lo que respectaba a las personas, las tormentas volvieron locos a los escasos dispositivos electrónicos que todavía funcionaban. La propia Agnes, por supuesto, era un mecanismo de ruedas y engranajes, o por lo menos así se veía ella. Cuando llegaron las tormentas, se preocupó por cómo podrían afectarlos a Lobsang, Shi-mi y ella, pero Lobsang le explicó que no pasaba

nada: sus órganos internos estaban bien protegidos, y sus sustratos eran más bioquímicos que metálicos. Según él, en realidad deberían verse menos afectados que los humanos de serie que los rodeaban, cuyas mentes estaban conectadas al cuerpo mediante campos electromagnéticos en el cerebro y el sistema nervioso. Eso solo hizo que Agnes temiera más por Ben y su joven cuerpo en edad de crecer.

En fin, Joshua por fin había llegado. Y una semana después de que se posara el *Shillelagh*, él y Lobsang estaban listos para ponerse a trabajar.

Dentro de la casa, Agnes los encontró a los dos en la cocina, examinando artefactos de los escarabajos: brazaletes y collares de plata, algo que parecía una navaja suiza fabricada con el mismo material y una punta de un material negro y liso, curvada y rota, como un trozo de huevo de Pascua roto.

Lobsang alzó la vista.

—Ben está jugando atrás.

—Bien. —Agnes fue de un lado a otro de la cocina, guardando los huevos y preparando una cafetera nueva—. Le llamaré para comer si no entra antes.

—Bueno, supongo que estamos preparados para partir —dijo Joshua.

—¿Partir?

—Partir a recorrer este mundo en el *Shillelagh* —respondió Lobsang—. Estudiarlo como es debido, más allá de esta cabeza de alfiler que habitamos. —Movié la cabeza encanecida—. Visto en retrospectiva, es increíble que hayamos hecho esto. Cruzar a este sitio, en un mundo nuevo por completo, sin tener la más mínima idea de lo que hay al otro lado del horizonte.

—Bueno, es lo que hace la mayoría de la gente, Lobsang —replicó Joshua—. ¿Mañana con la primera luz, como habíamos dicho?

—Por mí, bien —confirmó Lobsang—. No tardaré mucho con los

preparativos. Ya he metido en el twain todo lo que necesitaré de nuestra vieja cabina.

—Vale —dijo Agnes con firmeza—. Pero ¿qué es toda esta chatarra que hay en la mesa de mi cocina?

—Muestras —explicó Lobsang, mientras colocaba un brazo delante de los fragmentos, como para escudarlos de ella—. Intentamos actuar de forma científica, aunque sea con retraso. Todo esto son artefactos de los escarabajos, que regalaron a los niños, además de unos cuantos fragmentos que recogimos en la Galería: esto, que parecen extremidades desprendidas, y hasta este pedazo de caparazón roto. Le estaba contando a Joshua que los he pasado por el espectrómetro de masas de la cabina.

Joshua esbozó una sonrisa.

—Un pionero primitivo con un espectrómetro de masas. Eres un tramposo, Lobsang.

—Pero el único instrumental científico que tengo es el que trajimos para el mantenimiento de nuestros cuerpos androides, en mi laboratorio de Frankenstein, como lo llama Agnes. Tuve que adaptarme, improvisar... La cuestión es que, a partir de su composición isotópica, puedo dictaminar que estos objetos son de fabricación local, hechos con sustancias locales. El fragmento de caparazón es una especie de cerámica basada en la arcilla extraída del fondo del arroyo de Soulsby. Lo demás, igual.

Agnes arrugó la frente.

—Pensaba que creías que estas criaturas eran alienígenas. Que no eran de la Tierra, de ninguna Tierra.

—Y lo creo. Ni por forma ni función encajan en ninguna versión del árbol terrestre de la vida. Y Agnes, llevé a Joshua hasta el Planetario. Sea lo que sea lo que pasa allí, sin duda constituye un poderoso indicio de que esos escarabajos tienen un origen extraterrestre. Pero ahora que están aquí, todo

apunta a que están creando copias de ellos mismos, procreando, podría decirse, usando materiales locales. Sustancias de la Tierra, de esta Tierra.

—Qué morro —comentó Agnes—. Este mundo es nuestro, no suyo.

—Eso.

—¿Y qué significa todo esto, Lobsang? ¿Qué traman estas criaturas? ¿Y cómo cuadran con el acortamiento de los días?

—Eso es lo que pretendemos descubrir.

—Bueno, algo va mal, eso está claro. Este viejo planeta está averiado y no carbura.

Joshua, que conocía a Agnes y sus gustos de toda la vida, sonrió al oír eso. Lobsang parecía confundido.

Sonó una vocecilla desde fuera.

—¿George?

Lobsang echó atrás la silla y se levantó.

—Voy a ver qué quiere.

—La comida estará lista pronto —informó Agnes.

Joshua también se puso en pie.

—¿Te echo una mano, Agnes?

Ella hizo un gesto displicente con la mano.

—Si quieres. Voy a hacer sopa de pollo. Encuentra lo que puedas e improvisa.

Joshua sonrió y se puso a buscar ingredientes y utensilios: verduras, un trozo de queso de cabra, condimentos, un cuchillo afilado y una tabla.

—Siempre fuiste buen cocinero —dijo Agnes—. Hasta cuando no eras mayor que Ben ahora. —Lo miró de reojo—. Y te estás tomando bien la no muerte de Lobsang, debo decir. Ya sé que me dijiste que no estabas muy sorprendido, pero...

Joshua gruñó.

—Ya me las ha hecho de todos los colores. Además, estaba medio esperando que alguien me llamase.

Agnes lo miró.

—¿Por qué? Ah. Estás hablando de tus dolores de cabeza. Del Silencio, y su ausencia.

Joshua tenía una peculiar sensibilidad al estado de la Tierra Larga, al parecer, algo que experimentaba desde pequeño. Cuando las hermanas le veían volver al Centro cariacontecido tras una de sus expediciones en solitario de adolescente, intentaban sonsacarle lo que percibía o sentía, lo que equivalía a intentar extraer lo inefable del niño más taciturno que Agnes hubiera conocido nunca. Joshua hablaba de un Silencio que no era un Silencio, o un sonido que no estaba allí, como un eco procedente de montañas lejanas... No sabía articular lo que a todas luces era una incómoda sensación de que en alguna parte sucedía algo anómalo, que se traducía en jaquecas, como avisos de tormenta en su joven cabeza.

—¿Sientes algo ahora? Aquí, quiero decir.

—Nada concreto. No funciona así, Agnes. Pero este lleva ya unos años cociéndose, ojo. Lo noté antes de mi cincuenta cumpleaños, lo recuerdo. —Esbozó una media sonrisa—. Pero cuando capté que se venían los nubarrones, supe, sin más, que Lobsang no permitiría que algo tan trivial como su muerte le impidiera ocuparse del asunto.

—Es verdad que necesitaba recuperarse, Joshua. En realidad, era reacio a meterse en este asunto de los escarabajos de plata. Le distrae de su... proyecto de humanidad.

—Pero ¿quién si no sería capaz de ocuparse de esta situación?

—Quién si no, esa es la cuestión.

—Y no deja de ser una curiosa coincidencia que, de entre todas las posibles ubicaciones de la Tierra Larga, dé la casualidad de que se encuentra

en el sitio justo donde más falta hace. ¿No te parece?

Estaban allí a causa de Sally Linsay, por supuesto. Y Agnes rememoró el aire burlón, apenas disimulado, con que los había llevado hasta allí. ¿Sabía algo Sally? ¿Había estado jugando a su propio juego desde el primer momento, como Agnes siempre había sospechado?

Enfadada de repente, apartó la mirada de Joshua.

—Lo que tú digas.

—Agnes, ¿tienes ajo?

—En la despensa hay un poco, seco. Hemos sembrado para que crezca silvestre, pero aún no ha agarrado...

Esa noche terminaron de cargar el *Shillelagh*. Lobsang y Joshua se despidieron de Ben, y Joshua le hizo unos mimos a la gata, con delicadeza.

Al día siguiente se despertaron con el sol. El niño aún dormía. Agnes, dentro de casa, sentada ante un café, oyó el silbido del gas que llenaba los globos de flotación y un zumbido de turbinas. Fue a una ventana y vio elevarse al twain.

El vehículo pronto se perdió en la inmensidad del cielo.

Volvió a la cama, aunque sabía que no podría conciliar el sueño otra vez en lo que quedaba de aquella noche truncada.

Pusieron rumbo al sur, sin un destino concreto. Volando a menos de cincuenta kilómetros por hora, Joshua calculó que tardarían casi toda la jornada en llegar a la costa atlántica, dependiendo de los detalles precisos de la geografía local de aquella huella de Maine. Joshua y Lobsang ocupaban asientos pegados en la baqueteada cabina de la nave, que tenía más en común con una caravana que con la elegancia espaciosa, estilo crucero, del *Mark Twain*, el prototipo de dirigible a bordo del cual, más de un cuarto de siglo atrás, los dos habían sido los primeros en explorar los confines de la Tierra Larga, llegando a los Altos Megas y más allá.

Bajo la proa de la nave desfilaban infinitos paisajes boscosos.

—Árboles —comentó Joshua con tono meditabundo—. Árboles y más árboles. Justamente lo primero que descubrí el Día del Cruce, cuando crucé por primera vez desde el Madison del Datum, partiendo del Centro, fueron...

—Árboles.

—Eso. El gran ganador de la Tierra Larga: los árboles. —El bosque ronroneaba bajo el twain—. ¿Dices que aquí viven trolls?

—Ya lo creo —respondió Lobsang.

—Da que pensar. A los trolls la Tierra Larga debe de parecerles un único bosque, de un mundo de anchura y un millón de cruces de profundidad.

—Creo que son bastante más inteligentes que eso, Joshua.

—Aquel bosque de Madison estaba formado más que nada por robles, nada que ver con esto.

—Los mundos del Cinturón de Hielo son mucho más fríos que este —

explicó Lobsang—. Aquí hay árboles desde los polos hasta el ecuador.

—¿Puedes estar seguro de eso? ¿Lo has visto con tus propios ojos?

—Bueno, ya sabes que no. Lo que te he descrito es nuestra mejor aproximación a lo que sería un miembro típico de esta franja en concreto de mundos.

—Vale. Pero está claro que este mundo en particular al fin y al cabo no es tan típico, ¿verdad? Y aquí estamos arrastrándonos por el mundo como una hormiga sobre la piel de una calabaza. No entiendo muy bien qué esperas encontrar.

—Bueno, piénsalo, Joshua. —Lobsang contempló el cielo azul y un sol en apariencia sereno—. Hasta los relojes de sol y los péndulos de Agnes han bastado para demostrar que la rotación de esta Tierra se está acelerando. Y solo es esta, por cierto. Hice algunas comprobaciones en los mundos vecinos y no están afectados.

—¿Por qué se quedan los habitantes de Nuevo Springfield, entonces? Agnes dice que, de todas formas, ya deambulan entre mundos. Si en las Tierras vecinas todavía se puede vivir con comodidad... Y supongo que deben de estar cada vez menos sincronizadas con esta, a medida que los días se acortan...

Lobsang sonrió.

—Pero este es el centro, Joshua. Este es su mundo, donde los fundadores terminaron la travesía. Según las crónicas, pararon aquí a causa de una veta de hierro especialmente abundante, que no compartían los mundos contiguos, y tengo la teoría provisional de que eso es un producto secundario de la peculiar conexión en paralelo de este mundo.

Joshua asintió.

—Ya lo entiendo. Pura testarudez de pionero.

—Una testarudez que me parece compartir, a pesar de la magnitud de la

tormenta que amenaza con estallar aquí.

—¿Magnitud?

—Si es verdad que este mundo está acelerando su rotación, hablamos de efectos a bastante gran escala. La energía cinética de la rotación planetaria ya debe de haber aumentado en un diez por ciento.

—¿Diez por ciento? Caramba. Vale. Entonces, si esos escarabajos de plata son de algún modo los responsables...

—Parece una coincidencia inverosímil que no lo sean.

—Entonces deben de estar montando una especie de operación global.

—Esa es mi teoría —dijo Lobsang—. Supongo que la reconoceremos cuando la veamos. Incluso desde la perspectiva de una hormiga en una corteza de calabaza.

—Hum. Te diré lo primero que vi que me pareció raro, Lobsang. La luna. En mi primera noche, algo me despertó. Miré por la ventana y vi la luna creciente, y entonces distinguí un destello procedente del lado oscuro. Como si disparasen algo. Supuse que me había despertado un destello anterior y aquel era el segundo.

—Joshua, tienes el sueño ligero si basta un destello silencioso en el cielo para despertarte.

—He pasado mucho tiempo solo en la Tierra Larga profunda, Lobsang. Hace décadas que vivo así. Créeme, uno acaba teniendo el sueño ligero, porque tarde o temprano llegará una rareza que no se molestará en despertarte antes de comerte. Anomalías en la Luna, eso sí que es ir a lo grande. Pero Agnes dice que lleva fijándose en esas cosas desde que llegasteis. ¿Cuándo fue, hace tres años? Y tú no le has prestado atención.

—Ya te lo dije. No vine para eso, para captar anomalías de escala astronómica.

—Aun así, ¿no te parece que has sido muy descuidado? Lobsang, aquí el

día es demasiado corto. Pasa algo raro en la luna. No podía ser más obvio.

—¿Qué quieres que te diga? Vine por Ben y Agnes. En cualquier caso, ahora estamos aquí, buscando respuestas.

—Vale. De modo que buscamos algo grande. Aunque viajando a este ritmo podemos tardar un buen rato.

Lobsang rebuscó en un bolsillo y sacó una tarjeta de memoria.

—No temas: tenemos películas.

—¿Qué llevas?

—Los clásicos. *Granujas a todo ritmo*, *Contact*, *Héroes fuera de órbita*...

—¿Nada con Julie Andrews?

—Déjalo ya, Joshua.

El bosque siguió pasando bajo la proa del *Shillelagh*, en apariencia infinito, sin interrupciones.

—¿Te apetece que almorcemos?

—¿Haces tú los honores, Joshua? Me he tomado la libertad de embarcar todos los ingredientes de la crema de almejas. Comerciamos con un par de comunidades costeras que están a unos pocos mundos de distancia. No tengo ni idea de cómo será la cocina de esta carraca que has traído.

—La manejo como un virtuoso. Por suerte, no como tú el violín...

Para el atardecer empezaron a acercarse a la costa atlántica. Desde la gran altura a la que volaban ya distinguían el océano, a lo lejos.

Joshua comprobó su latitud. Todos sus instrumentos eran inerciales, basados en la navegación a estima, y estaban protegidos con un aislamiento grueso, porque Lobsang le había avisado de que las muchas tormentas magnéticas de aquel mundo fastidiaban la mayoría de los aparatos electrónicos. Iban a cruzar la costa, calculó Joshua, en algún punto por

encima de la huella de Portland, Maine.

Por debajo de la proa de la nave, a Joshua le dio la impresión de que cambiaban los componentes del bosque. Tal vez hubiera especies de árbol mejor adaptadas al aire más fresco de la región, a las brisas saladas procedentes del mar y a las sutiles diferencias climáticas. Sería interesante bajar allí, pensó, y tomar muestras de la fauna local para ver si las poblaciones de bolas de pelo arborícolas y excavadoras, y los pajarracos y cocodrilos que eran sus depredadores, diferían en algo de las que rodeaban el hogar de Lobsang en el bosque más denso. Pero no era esa clase de viaje. No investigaban a esa escala.

A medida que se aproximaban a la costa, el bosque empezó a dar muestras de extensos daños. Desde el aire, Joshua apreció ringleras de árboles tumbados, con los grandes troncos paralelos al suelo como si los hubieran peinado. En otros puntos se distinguían enormes cicatrices renegridas, vestigios de incendios provocados con toda probabilidad por los rayos. Indicios de ventoleras, de tormentas.

Después, en la costa propiamente dicha, Joshua vio una franja desnuda en primera línea, como una playa, marcada con unas rayas paralelas negras: las tomó por algas o madera llegada con la corriente, pero, cuando descendieron para verlo mejor, se dio cuenta de que había subestimado enormemente la escala de lo que veía. Aquella «playa» tenía alrededor de un kilómetro y medio de anchura, y la «madera» eran troncos enteros, con todas sus raíces: millares de árboles maduros arrancados como margaritas por un niño y derribados en hileras.

Joshua, valiéndose de unos prismáticos, estudió unas formas pisciformes, que llevaban mucho tiempo muertas: un tiburón y lo que parecía una foca gorda, con las patas traseras cortas y regordetas. No se formó una idea del tamaño hasta que reparó en que el tiburón yacía atravesado sobre el tronco de

un árbol caído.

—Ese bicho es enorme.

Lobsang sonrió con tristeza.

—Esta franja de mundos tiene los tiburones más grandes que se hayan observado hasta la fecha en cualquier punto de la Tierra Larga. Aquí no hay ballenas. Los mamíferos marinos nunca crecieron tanto.

—Lobsang, has dicho que buscabas sucesos a gran escala. Pues ya lo tienes. Es como si hubiera pasado un tsunami.

—La costa estaba deshabitada. Nadie ha salido herido ni lo ha presenciado. Pero tienes que entender que todo esto es un efecto secundario, Joshua. Una secuela de la aceleración rotatoria, de la inyección de toda esa energía de giro. Los océanos se agitan, y el aire también. Surgen olas monstruosas, tormentas. Tierra adentro nos han llegado parte de las tormentas, pero no teníamos conocimiento directo de las olas gigantes.

—¿Directo?

—He notado temblores de tierra, que se producen con una frecuencia cada vez mayor. Es posible que otros también se hayan fijado. Agnes, quizá, pero no lo hemos hablado. En fin, era de esperar. Si esta Tierra gira más deprisa, la corteza misma debe de estar deformándose, con un aumento de la circunferencia ecuatorial a medida que el planeta se achata.

—¿Has medido los temblores? Desde Yellowstone, todo el mundo es geólogo, ¿no?

—Joshua —explicó Lobsang con paciencia—, no tenemos sismógrafos. ¿Por qué iba a traer uno? Ya te lo he dicho muchas veces, no vine para ser científico. Vine a vivir.

—Pero tendremos que traer a los científicos, en algún momento. Del gobierno, de las universidades de las Tierras Bajas.

—Si podemos.

—¿Y ahora para dónde, Lobsang?

—Sigamos por la costa. Es donde apreciaremos los daños visibles. De momento el interior está a salvo, relativamente. El bosque continental se protege a sí mismo.

—Vale. ¿Norte? ¿Sur?

—Sur. Si estuvieras acelerando un mundo, trabajarías en el ecuador, ¿no te parece?

—No sé. Nunca lo había pensado. Al sur, pues.

Los controles de aquel dirigible eran sencillos: una palanca de mando, un *joystick*. Variar el rumbo fue cuestión de un par de minutos. Después Joshua bostezó y se estiró.

—¿Por qué no duermes unas horitas, Joshua? Yo no necesito dormir, si ajusto mi configuración. Descansa un poco y yo haré de Robert el robot.

—¿De quién? Da igual. De acuerdo, Lobsang. Aunque antes creo que prepararé algo de cenar.

Joshua durmió bien y se despertó mucho después del amanecer.

Al echar un vistazo por la ventana, lo único que vio al principio fue océano y terreno boscoso, bañado por el sol de la mañana. Después cayó en la cuenta de que el dirigible, al parecer, volaba en círculos, amplios y suaves. Veía desplazarse su sombra por el suelo.

Debía de haber algo allí abajo. Cabía suponer que nada urgente, o de lo contrario Lobsang lo habría despertado.

Se duchó, se afeitó y se vistió. Plegó su sofá cama y retiró el biombo que separaba su camarote del resto de la cabina. Al pasar por delante de la pequeña cocina encendió la cafetera y echó un trago de zumo de naranja... aunque no era naranja, no del todo, sino un condensado de uno de los muchos

cítricos desconocidos que eran autóctonos de aquella franja de mundos. Después, vaso en mano, se unió a Lobsang frente a la cristalera de proa.

El *Shillelagh* seguía girando, ladeado, mientras debajo pasaban mar y tierra como una noria.

—¿Y bien? —dijo Joshua.

—Quería que vieses lo que hay allí abajo, pero también quería que disfrutaras de un sueño reparador, de modo que he mantenido la nave en marcha. He imaginado que, si apagaba los motores, activaría tus famosos sentidos agudísimos a lo Daniel Boone...

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué querías que viese?

—Echa un vistazo. Estamos en la costa del estado de Nueva York, o su huella, mejor dicho. Debajo de nosotros está Long Island. Las tormentas y el oleaje la han golpeado duro y su vegetación ha quedado aplanada casi por completo.

Joshua observó la isla. Una raya plateada atravesaba el castigado paisaje de este a oeste.

A primera vista le pareció una carretera, o quizá una vía de tren. Se arqueaba hacia el oeste, avanzando tierra adentro hasta donde le alcanzaba la vista, convertida en una fina línea, todavía recta, que se perdía en la neblina de la mañana. En la parte del este, hacia el sol, surcaba Long Island sobre unos pilares delgados y luego seguía su curso por encima del mar.

—Caramba. Eso es lo que querías enseñarme. ¿Para qué sirve? Parece una calzada, pero no veo tráfico. —Joshua imaginó una inmensa fuerza invasora descendiendo desde el cielo, brigadas de tanques recorriendo aquel imponente viaducto...

—Se desconoce, por el momento. Puedo hacer conjeturas, pero necesitamos ver más. Dispongo de algunos detalles, eso sí. De qué está hecha, por ejemplo. Bueno, la superficie externa, por lo menos. La

espectroscopia me lo ha revelado. Acero. Nada demasiado exótico. Sin duda la han construido con materiales extraídos de esta misma Tierra, como vimos más o menos en Nuevo Springfield. En cuanto a quién la construyó... —Lobsang tenía una tableta, donde había cargadas imágenes telescópicas que en ese momento enseñó a Joshua—. He tardado un poco en encontrarlos. No hay muchos por aquí.

En las imágenes ampliadas Joshua distinguió escarabajos de plata, un grupo pequeño de ellos: cinco, seis, siete. Avanzaban deprisa por la superficie de la calzada —si calzada era— haciendo una pausa cada cincuenta metros o así para apretar contra la superficie lo que parecían paquetes de instrumentos. Vistos desde arriba, recordaban mucho a las cucarachas.

—De manera que esto lo han construido los escarabajos.

—Es evidente.

—¿Están haciendo pruebas? ¿Una revisión?

—Algo por el estilo, imagino.

Joshua volvió a mirar al este, hacia el océano. El viaducto seguía su curso, recto hacia el sol naciente.

—Me pregunto cómo se sostiene en alta mar. Más allá de la plataforma continental harán falta unos pilares bien largos.

—¿Con pontones y anclas, tal vez? —sugirió Lobsang—. Como las plataformas petrolíferas. Joshua, ese es uno de los muchos detalles que hay que elucidar.

—Entonces ¿qué sabemos?

—Que el viaducto se extiende por lo menos de horizonte a horizonte, con una precisa alineación de este a oeste, y me refiero al eje de rotación de la Tierra, no a las indicaciones de una brújula magnética. Teniendo en cuenta el tramo que hemos encontrado aquí, que es básicamente un punto al azar...

—Ah. Crees que igual sigue sin parar.

—Hasta rodear la Tierra por esta latitud, sí. ¿Por qué no? Cruza el océano y llega a Europa y más allá, sorteando los bosques continentales sobre grandes pilares. Sería interesante ver qué variaciones efectúan cuando hay terreno elevado, como los Apalaches, al oeste de aquí. ¿Siguen los contornos? ¿O atraviesan las montañas a una altura constante, mediante puentes y túneles?

—Bueno, tendremos que seguir su curso para saberlo.

—Y una vez más, teniendo en cuenta lo poco que hemos tardado en encontrarla, partiendo de un punto al azar, cuesta creer que esta cinta sea única. ¿La única en su especie, y da la casualidad de que se encuentra en esta latitud y no otra, tan cerca de casa? Es más probable que haya muchas estructuras imponentes como esta cruzando la superficie de este planeta. Ya te dije que encontraríamos algo a gran escala, Joshua.

—No te equivocabas.

—Y si este viaducto circunvala de verdad la Tierra, y si es cierto que hay otros como él, entonces los escarabajos ya deben de estar consumiendo los recursos de este mundo a un ritmo prodigioso. En algún lugar deben de haber minas del tamaño de pequeñas naciones... Es una rapiña mucho peor que cualquier estrago causado por la humanidad contra los recursos del Datum. Es... ilógico... sentir derechos de propiedad. Mostrarse territorial. ¿En qué sentido *pertenece* este mundo a la humanidad? Aquí no había ni un alma hace medio siglo, y ahora viven solo un puñado de comunidades dispersas, como mucho. Y aun así...

—Y aun así esta Tierra es más nuestra que suya.

—Sí, Joshua.

—Vale, Lobsang, hemos encontrado este viaducto. ¿Ahora qué?

—Seguimos adelante. A ver qué más encontramos.

—De acuerdo. —Joshua tocó una tableta para desactivar el piloto automático—. Supongo que la pregunta básica es si seguimos este viaducto o no.

Lobsang recapacitó durante unos instantes.

—No. Tengo plena confianza en que encontraremos más viaductos de esta clase. Este tendría que ser un ejemplo típico. Deberíamos buscarlos.

—Vale. ¿Norte o sur?

—Sur. Sigo creyendo que la actividad principal debe de producirse a la altura del ecuador...

Guiado por Joshua, el *Shillelagh* viró su maltrecho morro hacia el sur y las turbinas cortaron el aire una vez más.

En cuanto el gran viaducto de Nueva York quedó tras el horizonte, dejaron de ver indicios de los escarabajos de plata. Ni un atisbo, kilómetro tras kilómetro, hora tras hora.

Avanzando poco a poco hacia el sur, siguieron la costa este de Norteamérica que, por lo que Joshua acertaba a distinguir gracias a los mapas descargados en las tabletas de Lobsang, coincidía más o menos con la geografía del Datum. Sin la gente, pero con un tupido manto de bosque que en la mayoría de los lugares llegaba hasta la orilla misma del mar. Lobsang explicó que, en algunos puntos, había visto cómo el bosque colonizaba el propio mar, con árboles que enraizaban en zonas donde llegaba la marea alta, como las higueras de Bengala. Tierra adentro, la naturaleza del bosque también fue cambiando de manera paulatina. A medida que viajaban al sur y aumentaba el calor, a Joshua le dio la impresión de que los bosques parecían más exuberantes, más variados, de un verde más intenso, quizá.

Pero avistaron más muestras de alteraciones, más daños causados por tempestades y olas gigantes. Incluso mar adentro pudieron apreciar un arrecife de coral destrozado por el oleaje.

A modo de almuerzo tardío, Joshua preparó otra crema de almejas y la sirvió con pan.

—¿Sabes, Lobsang? Llevo contigo más de una semana y todavía no he asimilado que fingieras tu propia muerte. Siempre sospeché que no habías desaparecido del todo, pero aun así... Incluso para los estándares de tu estrambótica vida, es todo un numerito.

—No pretendía engañar a nadie, y mucho menos a mis amigos. Pero no fue puro artificio o una burda mentira. El resultado de nuestra confrontación con los Siguietes fue como una muerte para mí. Yo, que siempre me había considerado el custodio de la humanidad, fui dejado de lado. ¡De lado!

Joshua sonrió.

—Eso duele. Es como ese episodio de la serie clásica de *Star Trek* donde los dioses griegos perdían a sus adoradores.

—Joshua, intento describir mi crisis existencial más profunda. Tal vez podríamos dejar *Star Trek* para otro momento.

—Perdón.

—Tuve una crisis, Joshua. En cierto sentido, sí que morí, o al menos murió una parte de mí. Y el fragmento que sobrevivió se ha hecho pionero. Granjero. Hubo un tiempo en que intentaba aprehender los problemas de toda la humanidad. Ahora me vuelco en lo particular. O eso intentaba. —Lobsang suspiró—. Y aun así, aquí estoy. Agnes, mi ancla, me ha obligado a afrontar mis responsabilidades más amplias.

—Y Sally Linsay.

Lobsang lo miró con suspicacia.

—¿Sally? ¿Qué pasa con ella?

—Esto lo he hablado con Agnes. Lobsang, no paras de hablar de coincidencias, o de la ausencia de ellas. ¿No te parece una coincidencia que esta crisis con los escarabajos haya estallado de lleno en el mundo en el que, por casualidades de la vida, has montado tu granja?

—Lo había pensado.

—Te tendió una trampa.

—¿Quién?

—Sally, por supuesto. Dices que acudiste a ella para que os aconsejara un mundo apropiado. ¿Y os trajo aquí?

—Así es.

Joshua se rio.

—Ella sabía que aquí había problemas. O lo intuía; tiene un sexto sentido bastante potente para lo que respecta a la Tierra Larga. ¿Recuerdas cuando la conocimos? —Había sido en su primer recorrido juntos por la Tierra Larga profunda, o La Travesía, como la llamaban ahora los fans—. Allí estábamos, paseando por los Altos Megs por primera vez como dos imbéciles en nuestro prototipo de dirigible con goteras, y ella ya se había olido la crisis causada por Primera Persona Singular, aquella gigantesca perturbación en la Tierra Larga, y nos estaba esperando, nada menos. Y ahora os ha cogido a Agnes y a ti y os ha soltado en mitad de este último drama. Por eso el mundo está a punto de estallar bajo tus pies, Lobsang. Sally se aseguró de que estuvieses aquí cuando pasara.

Lobsang parecía enfadado.

—Si eso es verdad, tendría que habérmelo consultado.

—¿Habrías viajado a Nuevo Springfield si te lo hubiese dicho? Me acabas de hablar de tu crisis, de tu necesidad de escapar. Era la única manera de salirse con la suya.

Lobsang guardó silencio, inmóvil. Joshua suspiró.

—No sospechabas nada, ¿verdad? A pesar de ese intelecto que abarca mundos y de todos tus experimentos con la humanidad, sigues siendo un inocentón por lo que respecta a las personas, ¿verdad, Lobsang? —Miró por la ventana, en dirección al sur, con el Atlántico a la izquierda, rizado y con puntas de espuma, y el bosque azotado por la tormenta a la derecha—. Allí abajo no hay indicios de actividad. Creo que haré un poco de ejercicio. Atrás llevo una cinta de correr plegable. Llámame si cambia algo.

—No te preocupes, que lo haré —dijo Lobsang, inexpresivo.

Joshua le miró con una sonrisilla.

—Pobre Lobsang. ¿Quieres que traiga unas hojas de laurel? No te vendrían mal...

—Vete a correr, Valienté.

Mientras Agnes subía poco a poco por el caminito que llevaba a su casa en el monte Manning, con una cesta de setas que había cogido junto al río colgada del brazo, Marina Irwin le salió al paso.

Agnes sonrió con cautela. Marina no correspondió al gesto, algo que Agnes podría haberse esperado. Aquella mañana, al no estar George/Lobsang, Marina había accedido a cuidar de Ben durante un par de horas, pero el asunto de la casa de los Poulson y Nikos había creado cierta tensión entre ambas familias. Solía suceder, en la experiencia de Agnes, cuando había que hablar a unos padres de sus hijos.

Agnes tardó un momento en comprender que la expresión de Marina era demasiado seria para deberse a aquello.

Corrió hacia ella.

—¿Pasa algo? ¿Es Ben?

—No —aclaró Marina enseguida—. No es Ben. Se encuentra bien, está durmiendo un poco. Es tu gata, me temo. Es Shi-mi.

Agnes fue a ver a Ben, que dormía pacíficamente.

Después buscó a Shi-mi.

La gata yacía junto al fuego. Cuando Agnes llegó, intentó levantar la cabeza, pero volvió a posarla.

—Agnes —dijo, con la voz baja y rasposa—. No he podido llegar a mi arena. He ensuciado esto. Mis disculpas.

Agnes le acarició el pelo por encima de los ojos.

—Hay que decir que es una suciedad muy convincente.

—Mi declive ha sido repentino. Un apagado brusco. Imagino que el proceso es realista. Marina ha sido muy amable, pero no podía hacer nada. Espero que esto no la angustie... ¿Agnes?

—Estoy aquí, preciosa. —La gata tembló y maulló, y Agnes la acarició hasta que se calmó—. Todavía tenemos opciones, Shi-mi. Lo sabes. Podemos llevarte a la cabina, al taller...

—No. Este es mi lugar. He vivido aquí estos últimos años como una verdadera gata. La gente me acepta. Los ratones me temen. Desprecio a los perros. Es lo propio que me, me... e-e-e-e...

La repentina vibración de su voz fue mecánica, profundamente inquietante, una intrusión de la artificialidad. «O, mejor dicho, de la realidad», pensó Agnes. Pero acarició a Shi-mi en el costado hasta que volvió a tranquilizarse.

—Agnes, despídete de Joshua por mí —dijo la gata—. Y de Lobsang. Y asegúrate de contarle a Maggie Kauffman lo que ha sido de mí. Dile que espero que Mac abra una botella de whisky de malta, *Auld Lang Syne*, nada de baratitas, en recuerdo de un saco de pulgas.

—Lo haré. Siempre has sido una buena amiga, Shi-mi.

—Ahora soy la gata de Ben. He descubierto que eso es todo lo que siempre he querido ser. Y yo, yo... —Su voz se desvaneció en un ronroneo quedo y muy convincente.

Luego, mientras Agnes la acariciaba, se estremeció una vez y abrió los ojos, cuya suave luz verde de LED fue apagándose hasta quedar negra.

La siguiente vez que decidió hacer un alto, Lobsang paró el twain en seco, en plena noche y sin previo aviso. Rodeado de una oscuridad total, mientras se apagaban los motores, Joshua despertó de inmediato.

Salió de la cama en calzoncillos y camiseta, apartó el biombo para pasar al espacio principal de la cabina y se sentó a trompicones en el sitio del copiloto, junto a Lobsang. Un reloj del cuadro de mandos indicaba que eran las dos de la madrugada. La única luz del interior procedía de las tabletas de control e iluminaba desde abajo la cara de Lobsang, que miraba por la ventana. Fuera brillaba la luna, que estaba casi llena.

Era evidente por qué habían parado.

Bajo la proa, mirando hacia el sur, Joshua vio el océano a la izquierda, con unas olas que resplandecían como mercurio a la luz de la luna. A la derecha se extendía la tierra, cubierta de bosque verde. Y surcando el mundo de izquierda a derecha, de este a oeste, había otro viaducto: delgado, brillante bajo la luna, apuntalado por confiados pilares que salían del océano y recorrían la tierra.

—Igual que el último —dijo Lobsang—. Quiero decir que tiene las mismas dimensiones y parece del mismo material. La noche es muy luminosa. Puedo distinguir su curso hasta el horizonte del océano, totalmente recto hasta donde alcanzan mis mediciones.

—¿Dónde estamos?

—Más o menos en la latitud de Carolina del Sur. Unos ochocientos kilómetros al sur del viaducto de Nueva York. Hemos tardado unas dieciocho

horas en llegar.

—Vale. Entonces, Lobsang, si esto es típico, como dices tú, si el mundo entero está ceñido por estructuras como estas y si todas están situadas a unos ochocientos kilómetros de distancia entre sí...

—Podría haber un par de docenas. Por supuesto, la distribución quizá no responda a una simple separación por distancia, o latitud. No podemos saberlo, sin mirar desde una posición orbital.

—Parece que es algo global, como habías pronosticado, Lobsang. Me pregunto cuánto tardaron en construir todo esto.

—No tenemos ninguna manera razonable de responder a esa pregunta, Joshua. No sabemos cuánto tiempo llevan aquí, en este mundo. Ni lo rápido que trabajan. Sospecho que han acelerado el ritmo desde que nos encontraron. Rematar la faena antes de que podamos reaccionar. Pero solo es una suposición, de momento.

—Vale. Pero ¿por qué, Lobsang? ¿Para qué quieren todo esto? ¿Es un sistema de transporte? ¿Una vía de tren? ¿Son acueductos, como los que construían los romanos?

—Dudo que sea nada tan sencillo. Podría hacer conjeturas, pero no sería algo constructivo a estas alturas.

Joshua lo observó. Su rostro, iluminado desde abajo por el resplandor de las tabletas, resultaba incluso más inescrutable de lo habitual.

—Te noto apagado. ¿Acaso te impresiona hasta a ti lo que están construyendo estos escarabajos?

No hubo respuesta.

—¿Y qué hacemos ahora?

Lobsang habló con tono reflexivo:

—No hemos sido objeto de ninguna amenaza. Los escarabajos deben de estar al tanto de nuestros movimientos. Sobrevolamos a una cuadrilla de

obreros a la altura del viaducto de Nueva York, recuerda. Es evidente que somos irrelevantes para ellos. Y nuestros hallazgos no pueden perderse, aunque no regresemos, porque ya he mandado informes por radio de onda corta a Agnes.

—Crees que debemos seguir adelante. ¿Hasta el ecuador mismo?

—Eso sugeriría.

—Pues vamos.

El dirigible siguió adelante, recorriendo la costa oriental norteamericana, con rumbo constante hacia el sur.

Anocheceía su tercera jornada de viaje para cuando llegaron al siguiente viaducto, situado otros ochocientos kilómetros o así más al sur. Este cruzaba Florida, a la altura aproximada de Miami.

Llegaron desde el norte al siguiente viaducto después de recorrer otros ochocientos kilómetros, más o menos a mediodía del día siguiente. Surcaba el océano sin que hubiera tierra a la vista, al norte o al sur. Bajo el cielo encapotado, resultaba difícil de distinguir sobre el lomo gris del océano.

—Aquí no hay México —señaló Joshua después de comprobar su posición en el mapa de una tableta.

—Muy observador. —Lobsang explicó a Joshua que en aquel mundo, y en otros similares de aquella franja, no existía América Central, tal y como la conocían en el Datum—. Aquí, el Pacífico penetra en el golfo de México. Y si cruzaras el Atlántico descubrirías que el Mediterráneo atraviesa Oriente Próximo y se encuentra con el mar de Arabia. De manera que, más o menos a esta latitud, existe una vía marítima continua que rodea todo el planeta. El resultado es que las corrientes oceánicas globales son diferentes. Hubo un tiempo, hace mucho, en que pasaba lo mismo en el Datum. Los paleontólogos

lo llaman el mar de Tetis. En realidad, algunos geógrafos de la Tierra Larga llaman a estos mundos el Cinturón de Tetis.

—¿Hago bien en suponer que es uno de los motivos por los que el mundo es más cálido?

—Sí. Y si han dado la vuelta al mundo con un viaducto por esta latitud, los escarabajos deben de haber encontrado sobre todo océano, a lo largo de toda la circunferencia. Una increíble proeza de ingeniería.

—Y yo que pensaba que las plataformas petrolíferas del Golfo eran impresionantes.

—¿Adelante, Joshua?

—Adelante, Lobsang.

Toparon con otro viaducto al amanecer del día siguiente, el quinto de la travesía. Cortaba la costa norte de Venezuela, la orilla septentrional de Sudamérica que, en aquel mundo, era un continente rodeado de mar y separado del norte.

Siguieron rumbo al sur y dejaron atrás el viaducto, sobrevolando una jungla espesa, un caos verde a sus pies.

—Ese bosque —señaló Lobsang— probablemente esté lleno de animales exóticos de variedades que nadie habrá encontrado antes. Una isla mundo.

—Déjalo para que lo exploren tus nietos, Lobsang.

Siguieron navegando, adentrándose cada vez más en el continente, hasta que el día dio paso otra vez a la noche. Alrededor de las doce, llegaron a otro viaducto. Estaban en el ecuador. Lobsang recomendó esperar a que se hiciese de día para verlo como era debido.

Acudieron juntos a las ventanas cuando eran alrededor de las seis de la mañana, en el sexto día de su viaje.

El dirigible flotaba justo encima del viaducto, cuyo trazado, observó Joshua, era casi paralelo al cauce de un río colosal.

—Ese debe de ser el Amazonas local —dijo.

—Sí.

—¿Y ahora qué? ¿Descendemos? ¿Bajo con un loro electrónico al hombro, como en los viejos tiempos?

Lobsang se obligó a sonreír.

—No queremos provocar ninguna hostilidad. De momento, esperaremos.

—¿A qué?

—Una vez más, sospecho que, cuando llegue, será imposible pasarlo por alto. —Bostezó y se estiró, de forma muy convincente—. No me parece mala hora para hacer el desayuno, Joshua. Cualquier cosa menos crema de almejas.

—Te entiendo. —Joshua rebuscó en la minúscula cocina. Tenía carne y patatas fritas congeladas, y energía de sobra; decidió hacer hamburguesas. Mientras se ponía manos a la obra, dijo—: Escucha, siento insistir, pero vamos a tener que hacer esto como es debido.

—¿Como es debido?

—Un estudio global de verdad. Equipos de científicos con sismógrafos, magnetómetros y toda la pesca. Geólogos y climatólogos que pronostiquen lo que va a pasar. Superrelojes, atómicos o algo por el estilo, para medir la rotación del mundo con mayor precisión que Agnes con sus péndulos.

Lobsang gruñó.

—¿Y el presidente de Estados Unidos, para entablar un primer contacto formal y entregar una bandera y una placa? En principio, tienes razón, Joshua. Aunque quizá no sea tan fácil juntar esa clase de recursos, no tanto como antes. Pero deberíamos intentar...

Una luz cegadora inundó la cabina, un chorro luminoso que cruzó de un lado a otro como el de un reflector. Los dos se agacharon de forma instintiva.

Fue como si una aeronave inmensa pasara por encima del dirigible.

Joshua dejó caer la comida que tenía en las manos y corrió a la ventana. Vio que una bola de fuego, soltando ascuas y llamaradas, surcaba el pálido cielo ecuatorial dejando una estela de vapor blanco y esponjoso. Se dirigía derecha hacia el este, hacia la desembocadura del Amazonas y el océano.

Entonces los alcanzó el sonido, una explosión atronadora y seca que hizo que la góndola se estremeciera.

—Dios mío.

Lobsang lucía una torva sonrisa.

—Ya te he dicho que no se nos pasaría por alto, cuando llegase. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí? ¿Seis horas? Cada día deben de pasar varias como esa.

—¿Qué coño ha sido eso?

—A primera vista diría que era, probablemente, una masa de roca lunar envuelta en alguna clase de revestimiento conductor de la electricidad. Hemos vislumbrado actividad en la Luna, ¿recuerdas? Esa roca debe de formar parte de toda una retahíla que pasa sin parar por encima de la Tierra, rozando la atmósfera. Como deben de llevar varios años haciendo. Así aceleran la Tierra, Joshua. Los escarabajos. Con estas cintas latitudinales y las rocas espaciales lanzadas a toda velocidad. Han convertido el planeta entero en un enorme motor eléctrico. Y solo acaban de empezar.

Joshua contempló la verde alfombra de vida que tenían debajo, el río, el cielo azul de la mañana: generosos, antiguos, de una belleza pasmosa.

—¿Con qué fin?

—El que más les convenga a ellos. ¿Tardará mucho esa comida? Ya hemos descubierto todo lo que necesitábamos, de momento. Comamos y volvamos a casa. Tenemos trabajo. Y ¿Joshua?

—¿Sí?

—Puede que tengas razón. Es posible que Sally Linsay nos haya metido a

todos en esto de buen principio. Creo que tal vez necesitemos su ayuda para ponerle fin.

Joshua sintió una peculiar e intensa renuencia a responder.

—Mira, Lobsang, hace veintisiete años de la primera vez que coincidimos los tres, en los Altos Megas, cuando tú y yo volábamos a bordo del *Mark Twain*. Me siento como si cada dos por tres me llevaran a rastras a las fiestas de reencuentro de un instituto que odiase. ¿Crees que alguna vez nos libraremos unos de otros?

—No en esta vida —respondió Lobsang con tono lúgubre—. Verás, Joshua, tengo que pedirlos algo específico a los dos.

Joshua tocó los mandos. El *Shillelagh* viró con elegancia en el aire y puso rumbo a casa.

—¿De qué se trata, Lobsang?

—Hay que juntar el grupo otra vez, Elwood. Necesito que vayáis a buscarme *a mí*.

A Stan y Rocky no les dijeron dónde vivían los Sigüientes.

Cuando llegaron, después de pasar por muchísimos sitios blandos, y mientras sus compañeros de viaje cruzaban ráfagas de hablarrápida, ellos dos miraron a su alrededor. A pesar del misterio que la rodeaba, la Granja no tenía nada de especial a ojos de Rocky. Habían ido a parar a las afueras de una pequeña población junto a un río: unas pocas docenas de casas hechas de madera, ladrillos de barro y algo que parecían paneles prefabricados de cerámica. Salía humo de las chimeneas. «Casas normales y corrientes», pensó Rocky a primera vista, entre las que habría tal vez un puñado de talleres y hasta graneros, aunque no vio animales domesticados. Al otro lado del pueblo se extendía una llanura cubierta de hierba hasta el horizonte, donde se columbraba un gran número de árboles, como una masa de niebla verde. Había otras localidades parecidas, tres, cuatro o cinco, algunas unidas por los extremos, repartidas por toda la llanura. El cielo era azul, y el día, cálido, muy cálido, teniendo en cuenta que estaban en la latitud de Valhalla, del Chicago del Datum, como les habían dicho.

Sin duda era un mundo como cualquier otro, en el gran rosario paralelo de mundos que era la Tierra Larga.

—Esto podría ser cualquier parte —señaló Rocky.

—No hay iglesia —murmuró Stan.

Rocky volvió a mirar; su amigo tenía razón.

—¿Y qué pasa?

—Cualquier otro sitio al que vayas... Sitio humano, se entiende. Siempre

hay una iglesia, una mezquita, una sinagoga o un templo. Y tampoco tienen ayuntamiento. Los humanos siempre construyen ayuntamientos. Por lo menos los estadounidenses.

Rocky se encogió de hombros.

—A lo mejor a los Siguintes no les gustan los ayuntamientos y punto.

—¿Ni la ropa?

Les pasó por delante un grupo de personas de diferentes edades. Saltaba a la vista que habían bajado al río, a nadar y tal vez a pescar, y en ese momento se dirigían de vuelta al pueblo, porque su piel mojada resplandecía. Y enseñaban mucha de esa piel. Iban calzados con variantes de mocasín y llevaban cinturones de los que colgaban herramientas, cuerdas y otros artículos, pero poco más. Y no llevaban adornos, logró observar Rocky mientras miraba como un pasmarote. Ni alhajas ni colgantes. Incluso el pelo lo llevaban bien cortado pero sin un estilo definido.

Cuando vieron que los chicos los miraban, los integrantes del grupo, hombres y mujeres por igual, intercambiaron un par de ráfagas de hablarrápida y se alejaron, entre risas.

Marvin sonreía.

—Volveos a meter los ojos en las cuencas. Ya os acostumbraréis.

—Lo dudo mucho —dijo Rocky.

El grupillo de viajeros se separó. Mientras Roberta y Jules partían para ocuparse de sus asuntos, Marvin acompañó a los chicos hasta una casita situada a las afueras del pueblo.

—Esto lo comparto con unas cuantas personas más. No es mío. Ya os haréis a la idea, aquí en realidad no tenemos propiedades. De momento iré a dormir a otra parte. Necesitaréis un espacio privado y tiempo para estar a solas. Tiempo para descomprimir. Sobre todo tú, Rocky,

—Ya lo voy viendo.

—Pero tú también, Stan. Tendrás mucho que asimilar. Allí hay comida. Carne seca, fruta, café. Si queréis agua, id al río, que está limpia. Podéis encender fuego. Hay mantas y ropa que tendría que veniros bien si la necesitáis. Por ropa entiendo prendas para taparos, como estáis acostumbrados a hacer. No hace falta que imitéis las costumbres de los nativos. Descansad un poco. Pasaré por la mañana. —Les echó un vistazo—. Nadie os molestará. La gente os dejará en paz.

—¿Por qué? —preguntó Rocky—. ¿Por educación?

Stan lo miró con una ceja alzada.

—No es eso. Tú no le harías caso a un perro vagabundo, ¿verdad?

Marvin replicó con tono cansino:

—Decididlo vosotros mismos. Nos vemos por la mañana. Ah, sí, una cosa. No os aconsejaría que intentaseis cruzar. De aquí solo se sale por los sitios blandos. Los mundos que hay a cada lado son mucho, mucho menos hospitalarios.

La cabaña resultó ser poco espaciosa, funcional, limpia, ordenada y carente de cualquier decoración. Stan tiró su bolsa al suelo y salió al instante «a explorar», dijo. No se detuvo a preguntarle a Rocky si quería acompañarle.

Rocky encendió el fuego, puso café a calentar, deshizo su mochila y ordenó sus pertenencias. La rutina le resultaba reconfortante.

Salió una vez de la cabaña, para ir a buscar agua al río con un par de cubos. Se encontró con otro grupo de personas metidas en el agua, disfrutando del calor de la tarde, a poca distancia corriente abajo. Por sus risas y juegos podrían haber sido niños bañándose en cueros en cualquier parte. Una parte de él quería sumarse a ellos, pero cuando los oyó farfullar a alta velocidad en su hablarrápida, dio media vuelta.

Al llegar a la cabaña, hizo una cama con un montón de mantas y se acostó temprano. No esperaba dormir bien. Sacó su libro electrónico, un preciado

artículo que sus padres habían llevado desde el Datum cuando se mudaron a Oeste 4, y, a la luz de una vela, hojeó unos cómics.

Le sorprendió descubrir que Stan le zarandeaba para despertarle. De repente era por la mañana.

—¿Estás bien? —preguntó Stan.

—Me parece que he dormido como un tronco. ¿Tú?

—Lo mismo. —Stan se encogió de hombros—. Creo que es posible que nos pusieran algo en la comida.

—Yo no comí nada.

—O el café. Algo para mantener tranquilos a los simios salvajes. —Parecía inquieto—. Escucha, vamos a asearnos. Te apuesto lo que quieras a que Roberta llega en cualquier momento.

Rocky acababa de sacar su libro electrónico para situarlo junto a la entrada de la cabaña y que se cargase mediante su pequeña placa solar, cuando, en efecto, apareció Roberta. Para alivio de Rocky, aunque su vestimenta se parecía bastante a la que llevaban las personas con las que se habían cruzado el día anterior, ella por lo menos no enseñaba mucha carne, gracias a una chaqueta suelta sin mangas y llena de bolsillos y a una especie de combinación que llevaba debajo.

—¿Listos? —preguntó con una sonrisa—. Buenos días, chicos. Venga, vamos a dar un paseo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rocky.

—Bueno, quiero que tengáis una primera impresión de cómo vivimos aquí. He pensado que podríamos empezar por la escuela.

Stan se encogió de hombros con indiferencia mientras cerraba la puerta de la cabaña a su espalda.

Mientras caminaban, Roberta siguió hablando.

—Primera lección, por cierto. Para vestir nos importa más que la ropa sea práctica que bonita. Esta chaqueta que llevo, como veis, tiene el que quizá sea el invento más útil jamás ideado por el ser humano: los bolsillos. Por lo demás nos ponemos solo lo que necesitamos, lo que resulta cómodo, que suele ser lo menos posible. Ya habréis visto que no nos importan demasiado las apariencias superficiales.

Stan sonrió al oír eso.

—Creo que te está diciendo que los Siguintes no se ponen cachondos por ver a alguien en cueros.

—No es eso, exactamente —replicó Roberta, armada de paciencia—. El sexo es muy importante para nosotros. Nos une, como hacía con nuestros antepasados. Lo que pasa es que no... nos obsesiona. Es como cuando un niño deja que un poco de hambre condicione su comportamiento, mientras que un adulto puede controlarse con facilidad. Además, el córtex de los Siguintes presenta un equilibrio distinto, al parecer, que nos aleja de los estímulos visuales poco profundos y nos lleva a apreciar contenidos más hondos. «Mirar» no nos excita tanto. Tiene su parte mala: no valoramos el arte visual como vosotros. Lo entendemos, la cuestión es que no nos conmueve.

Eso sorprendió a Rocky, que pensó en los cómics de su libro electrónico.

—¿No tenéis arte?

—Arte visual, no. No es una prioridad. Tampoco apreciamos la ficción, la narrativa. Se diría que carecemos de la capacidad de sumergirnos en lo imaginario.

Stan esbozó una sonrisilla.

—Creo que está siendo educada, Rocky. No «carece de la capacidad» de hacer nada. Lo que quiere decir es que vosotros los humanos «carecéis de la

capacidad» de resistiros a las hipnóticas patrañas de un cuentacuentos.

—Como quieras. La música sí que nos gusta, sobre todo la que es elegante, estructurada, matemática. Pero también tenemos cuerpo, ¿sabes? Bailamos, cantamos. Son cosas necesarias para nosotros. Y no se puede hacer baile en línea con una fuga de Bach.

Rocky hizo una observación pragmática:

—Bueno, solo se puede vestir así cuando se tiene el clima adecuado para ello.

—Eso es verdad, y es cierto que aquí disfrutamos de ese clima. Por ese motivo los que viven aquí eligieron un mundo de esta franja en particular y una ubicación templada y sin estaciones como esta.

Rocky arrugó la frente.

—Has dicho «los que viven aquí». ¿Es que tú no vives aquí?

—No, por desgracia. Yo crecí en comunidades humanas. Me siento atraída de vuelta a ellas, para bien o para mal. Y allí es donde soy valiosa, donde reside mi vocación, como una especie de interfaz, como un puente. —Sonrió—. Probablemente seáis demasiado jóvenes para recordarlo. En un tiempo trabajé en la Casa Blanca como asesora del presidente. Pero esta es mi casa. El único sitio donde me siento segura de verdad, para empezar.

Stan miró a su alrededor.

—Veo hierba. Unas cuantas flores silvestres. Aquellos árboles, a lo lejos. Todavía ni un animal.

—¿Estás pensando que podrás hacerte una idea de en qué punto de la Tierra Larga te encuentras clasificando la flora y la fauna? No seas ingenuo.

—¿Qué es esto, un Bromista? —preguntó Rocky.

Stan negó con la cabeza.

—Creo que está diciendo que lo han manipulado. Esta región, de alguna manera. Que importaron muestras de diferentes biotas. ¿Es algo así?

Roberta se desentendió de la pregunta con un encogimiento de hombros.

—Todo eso es irrelevante.

Pasaron por delante de una cuadrilla que cavaba lo que parecía un canal de drenaje, bajando hacia el río. Sucios, sudorosos, trabajando duro: al principio a Rocky se le pasó por la cabeza la inquietante idea de que tal vez fueran humanos —personas corrientes, como él— a los que de algún modo hubieran obligado a trabajar aquellos superhumanos, con su semidesnudez y sus exclusivos gustos musicales. Pero al acercarse oyó fragmentos de hablarrápida.

—Sé lo que estáis pensando —dijo Roberta—. ¿Cómo se saca el trabajo adelante? En un pueblo lleno de genios, ¿quién decide quién barre las calles o vacía el pozo negro?

—No —respondió Stan—. Lo hacéis y punto. No hay misterio.

Rocky arrugó la frente.

—Bueno, para mí sí es un misterio.

—Creo que Stan lo entiende, de forma intuitiva —explicó Roberta—. Lo hacemos y punto. Cuando vemos un problema, como la asignación de una tarea básica, vemos más que vosotros. Lo vemos entero hasta su solución, de inmediato. El trabajo tiene que hacerse, hay que cavar este canal. Algunos están más dotados para este trabajo, eso no tiene discusión. Y entonces, esa solución necesaria dicta nuestras acciones necesarias. La única deliberación corresponde a cuestiones prácticas inmediatas: ¿hoy me toca a mí, o a ti? ¿Lo ves?

»Los recién llegados a menudo preguntan por nuestros sistemas de gobierno. ¿Tenemos consejos, líderes? ¿Alcaldes, presidentes, reyes? Seguimos siendo lo bastante pocos para poder reunirnos en un solo lugar y debatir los asuntos importantes. Una vez más, la solución de cualquier problema suele resultar obvia para todos, de modo que las acciones quedan

circunscritas por la necesidad. Gestionamos nuestros asuntos basándonos en la razón, en vez de en la opinión. Eso quiere decir que nadie hace conjeturas basadas en hechos insuficientes. Solo nos dividen los interrogantes filosóficos, más elevados, por decirlo de alguna manera, donde las metas no están claras y ni siquiera son fáciles de formular.

Rocky se sentía obligado a defender a los suyos, si de verdad pertenecía a una especie distinta de estos personajes endiosados.

—La gente hará trampas. Seguro que tenéis sinvergüenzas.

—Por supuesto —corroboró Stan—. Lo dicta la teoría de juegos. Da igual el sistema que se aplique, siempre prosperará una pequeña proporción de tramposos.

—Toleramos a los tramposos —dijo Roberta—. Pocos se salen con la suya, en realidad. Recuerda que cada uno de nosotros ve con claridad las maniobras de los demás. Es como intentar hacer trampas en un juego abierto a todos los jugadores, como el ajedrez. Es posible, pero muy difícil. Y si las acciones de un individuo superan un límite, la presión social suele bastar para enmendar la situación. Tenemos delincuentes, Rocky. Solo un puñado, porque somos pocos. Los llamamos «enfermos» y los tratamos en consonancia.

—Puede ser —terció Stan—. Pero el primer Siguiendo del que oyó hablar la mayoría de la gente del Datum se llamaba David, y era un criminal. Secuestró un twain militar, mató a casi toda la tripulación, fue rescatado por otro twain y volvió a intentarlo. Los criminales Siguiendo se sienten atraídos por los mundos humanos, ¿no es así, Roberta?

—Somos conscientes de esos problemas, y nos ocupamos de ellos.

—¿Es posible que los únicos Siguiendo que se encuentran los humanos en sus propios mundos sean todos criminales o locos?

En opinión de Rocky, Roberta mantenía la calma con mucho aplomo,

después de días viajando con Stan y soportando pullas parecidas. Quizá eso sí que fuera un indicio de superioridad intelectual.

—No deberías sacar conclusiones precipitadas. —Fue lo único que dijo—. Y ahora, la escuela...

La «escuela» tenía su centro en un edificio pequeño, pero la mayor parte de la docencia parecía impartirse al aire libre... si podía llamarse docencia.

En un patio limitado por una cuerda, había unos treinta niños, calculó Rocky, de todas las edades, desde bebés hasta críos de catorce o quince años. Charlaban sentados en grupos, o jugaban corriendo, contando, dando palmas. Algunos trabajaban con lo que parecían tareas escolares reales, escribiendo, haciendo puzles o manejando tabletas, aunque se fijó en que ninguno dibujaba. Todo aquello iba acompañado por el consabido parloteo exprés en hablarrápida, un sonido que para Rocky se fundía en una especie de ruido blanco. Los pocos adultos presentes se desplazaban entre los niños, observando y escuchando. A veces hablaban entre ellos en voz baja y un par tomaban apuntes en cuadernillos y tabletas.

Una niña se cayó y se hizo un arañazo en la rodilla, por lo que rompió a llorar, un sonido muy humano. Una mujer la cogió en brazos y la llevó adentro.

—No se parece a ningún aula en la que haya estado —señaló Rocky.

Stan replicó con tono de envidia:

—Sí, pero ojalá hubiera estado yo en una así. Toda esta libertad.

—La mayoría de los supervisores son familiares —explicó Roberta—. Pero nuestras familias no son como las vuestras. Seguimos siendo pocos, lo que por lógica conlleva que nuestras relaciones sean fluidas. Más que matrimonios, tenemos alianzas cambiantes para la cría de hijos; intentamos

maximizar la diversidad de nuestro acervo genético. Es una especie de poligamia variable.

Rocky frunció el entrecejo.

—¿«Maximizar la diversidad»? ¿Qué hay de enamorarse?

Stan soltó una risotada.

—Ja, ja. Rocky quiere enamoraarse. —Las clásicas bromitas de Stan—. Pero eso es solo otra ilusión humana, amigo mío. Como las bellas artes o la religión. Llevamos diez mil años perdiendo el tiempo.

—Stan —dijo Roberta—, se sugiere que, cuando alguien se une a nosotros, debería pasar un tiempo trabajando en la escuela.

—Por primera vez desde que vinisteis a buscarme a Oeste 4 me siento halagado. ¿Creéis que tengo algo que aportar como maestro?

Roberta le devolvió la sonrisa.

—No lo entiendes. Estas personas no han venido a enseñar. Sí, supervisan, porque a fin de cuentas estos son niños pequeños, pero lo que hacen de verdad es escuchar.

»Somos algo diferente, Stan, compréndelo. Nuestra inteligencia ocupa una categoría superior a la humana, la de antes. Aun así, sabemos muy poco: apenas más de lo que la humanidad ha descubierto por sí misma, y aun eso está cargado de errores, malentendidos y puras fantasías. Y no somos como la humanidad, que tiene su rica cultura antigua almacenada en el tejido de una civilización externa a sus cabezas: los libros, los edificios, la pura acumulación de inventos. Nosotros no tenemos nada parecido. Todavía no.

»Y así, nos encontramos con que podemos aprender de los juegos de hasta los niños más pequeños, que llegan a este mundo frescos, libres de las limitaciones y prejuicios que nosotros heredamos de la humanidad. De sus juegos podemos extraer desde un nuevo diseño de llave inglesa hasta un enfoque novedoso e intuitivo de las matemáticas transfinitas. Incluso los

bebés, cuando “aprenden” a hablar, inventan su propio vocabulario, su propia gramática y hasta sus propias matemáticas. Más que enseñar a los niños, aprendemos de ellos.

Todo aquello a Rocky le helaba la sangre.

—Pero por lo que dices, no hacen dibujos para que su madre los pegue en la puerta de la nevera. Nadie les lee un cuento antes de dormir.

Roberta asintió.

—Tú lo ves como una pérdida. No te culpo, porque yo también crecí en el mundo humano. Siguen siendo niños pequeños. También juegan a dar vueltas como tontos y duermen a todas horas. Además, en este mundo tenemos trolls. Tal vez oigáis su canto por la noche. Al atardecer traemos a los trolls. Se acurrucan y ayudan a los niños a dormir.

—¿Por qué necesitan ayuda para dormir? —preguntó Rocky.

Roberta lo miró de reojo.

—Son niños extremadamente brillantes, Rocky. A una edad muy temprana cobran consciencia de la fragilidad de la vida, de su propia vulnerabilidad. Pienso que los niños humanos se creen inmortales. Mientras que los nuestros...

—Ah —dijo Stan—. No se hacen ilusiones. Y no hay quien los distraiga con historias sobre el cielo, el más allá u otros cuentos de hadas.

—Aprendí esa lección yo sola, de muy pequeña. —Roberta cerró los ojos por un instante.

—¿No tenéis ninguna religión? —preguntó Rocky—. ¿Ninguna en absoluto?

—Todavía no —respondió ella—. Venga, sigamos caminando.

No habían avanzado mucho cuando se cruzaron con un bullicioso grupo de personas que parloteaban en hablarrápida mientras salían del pueblo cargadas de cestas de picnic, toallas, tabletas y libretas de papel. Varias de ellas

saludaron a Roberta al pasar y miraron a Rocky y Stan sin la menor curiosidad. Casi todas eran jóvenes, pero había un par de mujeres que podrían tener unos cincuenta años, según Rocky. La presencia de aquellas personas más mayores le hizo darse cuenta de lo infrecuentes que eran: no debía de haber muchos pobladores que superasen los veintitantos años. Era una comunidad joven.

Roberta señaló a una de las mujeres mayores.

—Se llama Stella Welch. Es una de las personas más brillantes de la generación previa al surgimiento. En un tiempo trabajó de asesora matrimonial en el Datum, ¿te lo puedes creer? La habían echado de la universidad. Estudió Matemáticas en Stanford, pero las instituciones académicas normales de la humanidad no podían lidiar con ella. Ahora, aquí, se ha convertido en una de nuestras pensadoras más destacadas en el campo de la evolución cosmológica. Antes de que la encontrásemos, desarrolló la mayor parte de sus ideas en privado, sobre trozos de papel.

—Einstein en la oficina de patentes —dijo Stan—. Descubriendo la relatividad en sus ratos muertos.

—Exacto. Te he dicho que donde tenemos nuestras discrepancias, Stan, es en la cúspide de nuestras filosofías, en los niveles de las metas, los objetivos finales. Creo que todos estamos de acuerdo en que el propósito de la inteligencia es comprender el mundo, pero ¿cómo alcanzamos esa comprensión? Hay quien, como Stella, piensa a lo grande. Ella quiere que entendamos el cosmos a la mayor de las escalas y quizá, algún día, que participemos en su evolución. Pero otros no están de acuerdo. Tenemos un filósofo, aunque podrías llamarlo poeta, que ha adoptado el nombre de «Celidonio».

—Como la flor —observó Rocky.

—Eso es. Para ser exactos, la celidonia menor, una preciosa florecilla

silvestre, la mensajera de la primavera. Wordsworth la admiraba, pero aun así recibió trato de especie invasora en Norteamérica. Bueno, la verdad es que lo era, supongo. Nuestro Celidonio sostiene que todo cuanto es esencial de nuestra realidad puede alcanzarse mediante la contemplación de una simple flor: la matemática de sus formas diploides y tetraploides, la forma en que estira hacia el sol su pequeña cara. Veréis, Celidonio dice que debemos buscar lo numinoso no a través de lo infinito, sino a través de lo infinitesimal. Tenéis que conocerle.

—Sin falta —dijo Stan, con expresión seria.

Rocky preguntó:

—¿Y adónde van la señora cosmóloga y sus amigos, con el bañador puesto y todo lo demás?

Roberta sonrió.

—Tenemos un manantial de agua caliente a un kilómetro y medio de aquí, más o menos. Podría calificarse la reunión que van a celebrar de seminario, o podría decirse que será una fiesta en un jacuzzi. Algún remilgado podría tacharla de orgía.

—Si yo fuera con ellos —dijo Rocky—, dudo que aprendiera mucha cosmología.

—Ya os lo he dicho —les recordó Roberta—. Disfrutamos del sexo. También lo usamos para socializar. Ahora mismo existe un acalorado debate sobre la interpretación de algunas de las fluctuaciones observadas en la radiación procedente del enorme agujero negro que ocupa el centro de la galaxia, y eso es lo que va a debatir el grupo de Stella. Cuando hay discusiones académicas, los ánimos pueden caldearse, igual que sucede entre vosotros, ¿sabéis? Pero es mucho menos fácil pelearse cuando estás sentada en un jacuzzi acicalando a tu oponente.

—¡Acicalando! —repitió Stan con una carcajada—. Buena palabra. Como

los bonobos.

Roberta asintió.

—¿Ves? Lo entiendes. Stan, acabarás viniendo aquí. Aceptarás el sitio que te corresponde.

Rocky respondió airado:

—No puedes darle órdenes como si tal cosa.

—Pero si no le doy órdenes —aseguró Roberta con delicadeza—. Rocky, ¿recuerdas lo que te dije de que carecíamos de libre albedrío, para vuestros estándares? Porque a menudo vemos sin más lo que tiene que hacerse, y no tenemos más remedio que hacerlo. A ti te pasa lo mismo, Stan. Estoy segura de que ves que este es el lugar que te corresponde, con nosotros. Es solo cuestión de averiguar dónde encajas.

Pero Stan parecía distraído y no respondió.

—Hombre —exclamó Rocky—, es nuestro amigo Jules.

Jules van Herp iba sucio y parecía acalorado, pero llevaba ropa Siguiendo, como Rocky había empezado a reconocerla: chaleco ancho, una especie de taparrabos y un cinturón con presillas para colgar herramientas.

—Vengo de cavar ese canal de drenaje —le explicó a Roberta.

—No es raro que sudés.

—Me gusta echar una mano.

Roberta replicó, sin malicia:

—Estoy segura de que todos agradecen tu contribución.

Jules la escuchó con patética satisfacción. Soltó una parrafada atropellada e incomprensible y Rocky cayó en la cuenta de que, por increíble que pareciera, estaba intentando usar hablarrápida, o imitarla.

Stan lo miró fijamente, como si le diera asco.

—Oye, Rocky, ¿te acuerdas de ese kobold que a veces deambula por la central?

—Bob-Bob.

—Ese. Siempre sonriendo y poniendo caras, mientras merca dea con sus baratijas. Siempre intentando desesperadamente ser humano, una persona, aunque nunca lo será. —Miró a Jules—. ¿Te recuerda a alguien?

Jules parecía afectado, pero no dijo nada. Miró a Roberta, como si ella fuese a arreglar la situación.

—Oye, te has pasado un poco, tío —replicó Rocky.

—¿Eso crees? —Stan se volvió hacia Roberta.

Algo había saltado en su interior, pensó Rocky. Roberta retrocedió ante su repentina furia.

—¿Este es el resultado de vuestro grandioso experimento de los Sigüientes? —dijo Stan—. ¿Humanos como nuestro amigo Jules, reducido a hacer trucos para obtener vuestra aprobación, despojado de toda su dignidad? ¿Vuestros propios niños perdidos, que lloran a oscuras sin que nadie los consuele? —Miró con rabia a su alrededor, a la Granja, como si le inspirase repugnancia—. ¿Esto es lo mejor que sabéis hacer?

Roberta estalló.

—Tus observaciones son inapropiadas. Hace una docena de años los Sigüientes estaban dispersos, estigmatizados, encerrados en instituciones humanas. Ahora estamos juntos, orgullosos, cada vez más fuertes y confiados. Aprenderás, con nosotros. Las mentes preclaras piensan igual...

—Hum —dijo Stan—. ¿Has leído alguna vez a Tom Paine?

—Por supuesto.

—*Los derechos del hombre*, 1792. «No creo que haya dos hombres que, en materia de lo que se conoce como asuntos doctrinales, piensen igual si es que piensan en absoluto. Solo quienes no han pensado dan la impresión de estar de acuerdo.» Yo coincidido con el bueno de Tom Paine, el cortito, y no contigo. Discrepo humildemente de ti... Qué coño, no, no me siento nada

humilde. —Miró a Rocky—. Me largo. ¿Vienes? —Le tendió la mano.

Eso pilló a Rocky por sorpresa.

—Pero si no hemos estado ni un día.

—¿Y qué? Soy un Siguiendo, recuérdalo. Aprendo deprisa. Y he descubierto todo lo que necesitaba saber.

—No podéis iros —avisó Roberta—. Es imposible, a menos que os lleve uno de nosotros.

Stan sonrió.

—Sabes que eso no es verdad. Ya no. Y siempre has sabido que no me quedaría. Como has dicho, los supercerebros vemos las situaciones hasta su final anunciado, ¿verdad? Entonces, si eres tan lista como dices...

Rocky, siempre práctico, preguntó:

—¿Qué pasa con nuestras cosas?

—A la mierda. Te compraré unos calzoncillos nuevos. ¿Vienes o no?

—Vaya si vengo. —Y agarró la mano de Stan.

Roberta hizo ademán de agarrarles.

—Espera... No puedes...

Pero Stan podía.

Tierra Oeste 389.413.

La primera impresión de Joshua fue que aquel mundo, situado hacia el límite occidental del Cinturón del Cereal, no tenía nada de particular. Un poco más seco que la mayoría de sus vecinos, tal vez, con bosques un poco menos poblados, praderas algo más ralas. No había animales a la vista. No divisó a ninguna de las grandes bestias gregarias que caracterizaban a esa clase de mundos.

Y aun así, alguien había viajado allí, a ese mundo, para construir un hogar.

En el corazón de un Kansas paralelo, a la orilla de un río perezoso, una recia cabaña de troncos se erguía a un lado de la llanura inundable. Joshua, que observaba escondido a un par de cientos de metros, vio que habían talado un bosquecillo cercano para obtener madera. Había campos delimitados y toscamente vallados. Había un cobertizo para la leña, un gallinero y algo que parecía los comienzos de una forja. Había incluso un jardín, protegido por una cerca de madera, donde crecían las flores en aquel día veraniego. Todo aquello estaba rodeado por una buena empalizada para impedir el paso a los depredadores y contener a los animales domésticos. Joshua estaba impresionado. Aun así, pensó que una pareja podía haber construido todo aquello, con el suficiente tiempo y determinación.

Pero en esos momentos el gallinero estaba roto y abierto. Cualquier animal de granja que tuvieran ahí dentro, fueran cabras, cerdos u ovejas, había desaparecido, devorado o ahuyentado por los depredadores. Los campos estaban llenos de malas hierbas, las patatas estaban sin aporcar y hasta las

flores se estaban desmadrando.

La casa, con todo, no estaba vacía. Y Joshua, mirando con sus prismáticos ligeros, creyó distinguir una cara asomada a una ventana, una cara de hombre mal afeitado, asustado. El rostro desapareció; el hombre se había agachado.

Quienquiera que fuese, era evidente por qué tenía miedo, y de quién tenía miedo. Porque Sally Linsay estaba allí.

Era la primavera de 2058. Desde su recorrido en dirigible con Lobsang por el mundo de los escarabajos, Joshua había tardado casi medio año en localizarla.

La encontró acampada en un promontorio situado al oeste de la granja.

Joshua se acercó silbando flojito. La canción era «Arpón de amor», un fragmento de su pasado en común que esperaba que ella reconociese. Después caminó hasta donde pudiera verlo, con las manos en alto.

Por lo menos, Sally no le descerrajó un tiro en el acto. Al reconocerlo, le dio la espalda y retomó su observación de la granja, acuclillada con agilidad y con su fusil de aluminio, bronce y cerámica en el regazo.

—Me ha costado meses encontrarte —dijo Joshua mientras se le acercaba.

Sally se encogió de hombros.

Cuando llegó a la cima del promontorio, la encontró sentada junto a un agujero muy profundo lleno de ceniza, en el que claramente se habían encendido muchos fuegos. Había un pulcro montón de huesos que atestiguaba la cantidad de pequeños animales que habían dado la vida por mantener la de ella. También vio un cubo de agua, procedente a buen seguro del arroyo de abajo. Había hasta ropa, lavada y extendida sobre la roca para secarse a la polvorienta luz del sol.

—Llevas una buena temporada aquí, ¿verdad? —dijo—. Es todo un

segundo hogar.

—¿Qué quieres, Joshua?

—¿Qué narices haces aquí, Sally?

—Dime lo que quieres. O vete y punto, me da igual.

—Me manda Lobsang.

Sally no apartó la vista de la granja de abajo. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, lo que confería a su cara delgada una expresión intensa y depredadora. Las arrugas que rodeaban sus ojos eran profundas. Ya tenía más de sesenta años, se recordó Joshua.

—¿Qué quiere Lobsang? —preguntó Sally.

—Nos necesita. Te necesita. Dice que probablemente ya te esperabas que te llamase.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque fuiste tú quien los llevó a él y a Agnes a Nuevo Springfield. Le tendiste una trampa, en sus propias palabras. Ahora dice que estás en deuda con él.

—No le debo nada a nadie. Nunca he debido nada.

Joshua suspiró.

—Bueno, Lobsang ha renunciado a jugar a la familia feliz con Agnes. Ahora quiere que nosotros hagamos algo por él. «Necesito que vayáis a buscarme a mí», dijo. Quiere recuperarse a sí mismo. Quiere al viejo Lobsang.

—¿Eso no es imposible? Al «morir», quemó todas sus iteraciones, o eso me dijeron. Todas sus unidades de almacenamiento de reserva, en el espacio y los mundos paralelos. Incluidas las sondas que tenía flotando por el sistema solar, en la nube de Oort.

—Hay una copia a la que no pudo llegar. Ya sabes a cuál me refiero. De La Travesía.

—Ah. Sí, claro. La unidad itinerante que dejamos atrás conversando con Primera Persona Singular, a orillas de un mar desolado, a más de dos millones de mundos de distancia. Dios, ya hace casi treinta años.

—A lo mejor ya entonces la veía como una copia de seguridad definitiva. Y ahora quiere recuperarla. Una travesía más, solos tú y yo. Como en los viejos tiempos.

Sally gruñó.

—Tú y yo no tenemos «viejos tiempos», Valienté. ¿Cómo has conseguido encontrarme?

—Por favor, Sally. Siempre has dejado un rastro de migas de pan. Quieres que te puedan encontrar, por si acaso. Esta vez empecé por la tumba de Jansson, en Madison. Las flores que dejaste allí...

—No necesito que me cuentes tus brillantes hazañas detectivescas.

—Además, me llegaron rumores sobre el tinglado en el que estás atrapada aquí. Sobre este asedio. Ya sabes cómo va: los raqueros esparcen los chismorreos como una epidemia. Y llevas aquí mucho tiempo.

—Son los malos los que están atrapados en esa granja, no yo.

Joshua pateó el montón de huesos.

—¿En serio? —Se agachó a su lado, abrió la mochila y sacó una botella de agua de plástico y una tira de carne seca. Sally rechazó el agua pero aceptó un bocado de la carne—. Es impresionante que hayas logrado mantenerlos encerrados en ese sitio, sola y durante tanto tiempo. Pero necesitas cazar, coger agua. Y dormir. Hasta Sally Linsay necesita dormir.

Ella se encogió de hombros.

—Voy cambiando de horarios. No tengo rutina fija, de modo que nunca saben dónde estoy. —Alzó el fusil y, sin previo aviso, disparó una vez. Joshua miró hacia abajo y vio que saltaban astillas del porche de la granja—. Incluso cuando duermo dejo configurados disparos automáticos, a intervalos

aleatorios. —Dio una palmadita al fusil—. Es un trasto muy inteligente. Claro que podrían cargar todos a la vez contra mí. Me llevaría a algunos por delante, pero el resto me alcanzarían. No tienen pelotas. Si las tuvieran, no estarían aquí, para empezar.

—¿Quiénes son?

—¿Qué importan los nombres, aquí fuera? Lo que cuenta es lo que han hecho.

—¿Cuántos son?

—Cinco. Todos varones. Creo que son parientes, un padre y sus hijos, o a lo mejor primos. Una manada.

—¿Por qué no cruzan y punto?

—Porque fui y destrocé sus cajas cruzadoras.

—Dime por qué estás aquí. Qué hicieron estos tíos.

—Mira la granja —respondió Sally con amargura—. Ya te lo puedes imaginar.

—Los pioneros. ¿Una sola pareja?

—Sí. Encontré un diario que los malos tiraron por la puerta, con el resto de la basura. Los dos se criaron en el Datum, sobrevivieron a Yellowstone, acabaron en un campamento de refugiados de las Tierras Bajas, que es donde se conocieron, y pasaron los años siguientes viendo toser los pulmones a sus padres por culpa de la ceniza. Cuando quedaron libres de ataduras, vinieron aquí e invirtieron todos los ahorros de sus padres en una remesa por twain con las herramientas que necesitaban, un puñado de gallinas y una cerda embarazada. Levantaron ellos solos su granja, plantaron las hortalizas y las flores, criaron sus cerdos y sus gallinas. Ella se quedó embarazada. Nunca renunciaron a la esperanza de que llegase más gente, de que brotara aquí alguna clase de comunidad.

—Pero estos individuos aparecieron antes.

—Joshua, lo habían hecho todo bien. Tenían una empalizada, tenían un sótano como protección contra incursiones desde los mundos contiguos. Nada de todo eso les sirvió. Nada sirvió contra la fuerza y contra unos hombres como estos, dispuestos a usar esa fuerza sin miramientos. Podrían haber tenido una oportunidad, un resquicio, si hubieran acribillado a estos desgraciados nada más verlos. Pero las buenas personas siempre vacilan. Estúpidos, estúpidos.

»He deducido parte de lo que pasó. Al marido lo mataron de inmediato. Cuando encontré el lugar al cabo de unos días, la mujer todavía estaba viva. Ya te imaginarás. Estaba embarazada, Joshua. Intenté montar mi propia incursión, con la esperanza de rescatarla. La asesinaron enseguida, supongo que para deshacerse de una testigo. Y luego...

—Luego te apostaste aquí. ¿Y qué más? ¿Los has tenido inmovilizados allí desde entonces?

—Tardarán un tiempo en morir de hambre. Espanté a todos los animales del recinto, pero ahí dentro tienen mucha despensa, carne salada. Los granjeros tomaron la precaución de prevenirse contra una mala temporada. Y tienen suministro de agua, una cañería de arcilla que llega desde el río. No he podido cortarla, porque no hay cobertura suficiente para que me acerque.

—Esperas que el hambre los fuerce a salir.

—No. Espero que mueran de hambre y me ahorren la molestia. —Lo dijo con tono sereno, mirando hacia la casa con expresión de odio—. O a lo mejor se matan entre ellos. A veces los oigo discutir. Oí incluso un tiro, una vez, dentro de la casa. Han estado más tranquilos desde que se acabó el licor de maíz.

Joshua la observó.

—No quieres matarlos tú misma, ¿verdad? Lo digo porque podrías. Podrías cruzar ahí dentro y coserlos a tiros. Podrías incendiar la casa. Vas a

dejar que mueran de esa forma indirecta, pero...

—No mato, Joshua. He matado. —Era algo que él ya sabía de ella. Sally, aun así, se explicó—. A veces resulta necesario, pero no es mi política.

—¿Por qué no?

Ella respondió sin apartar la vista de la granja.

—Porque no me fío de mí misma. Porque una vez empieza, es posible que no pare. A veces siento una furia...

»Las personas como estas, Joshua, son la hez de la humanidad. Depredadores, parásitos que viven del esfuerzo ajeno. Consumen vidas decentes para divertirse unas horas. ¿Cuántas veces habrá cometido una fechoría semejante esta banda? Porque créeme, a mí me parece que tienen práctica. Y contaminan la Tierra Larga, tal y como hacían los humanos con su propio planeta mucho antes. ¿Quieres saber cómo he encontrado a esta panda? Gracias a los trolls.

—¿Qué trolls? Ah. —Cayó en la cuenta de que, desde su llegada a aquel mundo, no había oído una sola nota de canto troll ni había visto a uno solo de aquellos humanoides por lo demás omnipresentes.

—Yo voy donde no hay trolls. Así sé cómo encontrar los problemas, los humanos que joden más incluso de lo habitual. —Parpadeó y negó con la cabeza—. Cuando estaba en Marte, tuve una larga charla al respecto, con Frank Wood, el astronauta, ¿lo recuerdas? Él me acusó de ser la conciencia de la Tierra Larga. No quiero que me vean así, pero me dio que pensar.

—Después de mandarlo a freír espárragos, sin duda.

—Cuando me encuentro algo así... No puedo soportarlo, Joshua. No puedo quedarme a un lado y dejarlo correr.

—Eres reacia a matar. Al menos a sangre fría. —Joshua creía entenderla—. Y por eso estás atrapada, ¿verdad? Atrapada entre impulsos contrarios, destruir a estos bandidos por un lado, no matar por el otro. Igual que eres

contradictoria para esconderte, porque ocultas tu paradero pero dejas pistas para que puedan encontrarte. Eres como un programa de ordenador que ha entrado en bucle. Lobsang lo entendería.

—Pues ve a por él y que me sustituya en el puesto de vigilancia.

Joshua se rio.

—Tengo una idea mejor. Ahora tienes mi ayuda. Pon que voy a buscar un twain. Una nave militar. La Armada de Estados Unidos todavía manda patrullas desde su base en el Hawái del Datum. Ya no son lo que eran, pero a criminales como estos los llevan a casa para hacer justicia.

Sally resopló.

—Vamos, Sally. Esto no es el Salvaje Oeste. Aquí tienes el escenario de un crimen. Has sido testigo de buena parte de él, y el resto lo determinarán los forenses. Te ofrezco una salida. Tú te quedas aquí y los mantienes encerrados. Yo voy en busca de una estación de paso en el Mississippi Largo y mando un mensaje. Después vuelvo corriendo y me quedo contigo hasta que esto se resuelva. ¿Vale?

Sally no dijo nada.

Joshua suspiró, se estiró sobre una roca y bebió un poco más de agua.

—Mira, tómate tu tiempo para decidirlo. Hoy de todas formas no pienso ir a ninguna parte, porque estoy hecho polvo.

Sally lo miró desde arriba con el mal disimulado desprecio que siempre, de alguna manera, había marcado sus relaciones, a lo largo de casi tres décadas.

—Hombre, como si estuvieras en tu casa. En fin, ¿de qué hablamos? Ya lo sé. ¿Por qué no me cuentas qué descubrió de tu padre Nelson Azikiwe?

Joshua la miró con los ojos entrecerrados.

—Por supuesto, tenías que enterarte de eso.

—Ya me conoces, Joshua. Me entero de todo. Estaba delante, recuérdalo. Sé que te pusiste a lloriquearle sobre tu papá el día de tu cincuenta

cumpleaños, cuando te dejé con él. ¿La típica y tónica crisis de la mediana edad, o qué?

—Solo quería saber quién fue mi padre. ¿Tan mal te parece? Resultó ser una buena pregunta. Nelson tardó años en llegar al fondo, sobre todo porque buena parte de la historia es antigua, predigital. Tuvo que ponerse a buscar en persona por distintos archivos del Datum, aquellos que sobrevivieron —La miró de reojo—. Descubrió muchas cosas sobre mi familia. Y sobre la tuya, si quieres saberlas. —Eso captó la atención de Sally—. Nelson ni siquiera me dejó ayudarlo con los gastos y demás. Creo que disfruta con la caza, resolviendo acertijos.

—Ve al grano, Joshua. ¿Has conocido a tu papaíto o no?

Joshua se incorporó y la miró a la cara.

—Sí.

Había sido a principios de ese año, en los primeros compases de la primavera de 2058, cuando Nelson Azikiwe se había puesto en contacto con Joshua desde el Londres del Datum, donde, según le explicó, había aparecido la última pieza del puzle.

De modo que Joshua fue a verle.

Ya no era seguro cruzar a Londres como si tal cosa. No podía confiarse en el nivel del suelo: el ininterrumpido invierno postvolcánico había cubierto de hielo la ciudad, y gracias a las cañerías atascadas la mayor parte de ella estaba inundada. Había que llegar al Datum por otro punto y después cubrir el resto del camino geográficamente. Al final, lo más cerca de Londres que Joshua pudo llegar viajando en paralelo a bordo de un twain fue Madrid, mil trescientos kilómetros al sur.

La capital de España estaba prosperando, relativamente. El desplazamiento de las zonas climáticas había vuelto templada la España central, y Madrid se parecía ya mucho a lo que antes había sido el norte de Francia: allá donde antes crecían dispersos los olivos, habían pasado a reinar los trigales. La mayoría de las grandes ciudades del mundo, supuso Joshua, siempre que estuvieran al norte de aquella, habían salido peor paradas.

Después de pasar la noche en un hotel barato de las afueras, tomó un tren hacia el norte, siguiendo la línea principal que pasaba por Zaragoza y Barcelona, atravesaba los Pirineos nevados hasta Toulouse y luego seguía hacia arriba cruzando Francia.

París fue una parada dura. La nueva primavera parisina era como un

invierno de Wisconsin en sus peores momentos. La ciudad en apariencia funcionaba, gracias a un puñado de incondicionales que seguían a lo suyo, pero en los Campos Elíseos alguien había pintado sobre los tabloneros que tapaban los escaparates la silueta de las multitudes desaparecidas, como el eco nostálgico de un tiempo que no volvería. A Joshua, en el día que pasó esperando su siguiente medio de transporte, el vacío se le antojó espeluznante.

Desde allí hasta Londres viajó en un twain con los motores protegidos de la ceniza de Yellowstone que todavía quedaba. Incluso después de tanto tiempo, el vuelo de aeronaves a reacción seguía sometido a severas restricciones. De manera que Joshua sobrevoló un canal de la Mancha donde los icebergs se habían adueñado del que fuera uno de los pasos marítimos con más tráfico del mundo.

Desde el aire, el sur de Inglaterra parecía tan congelado como el norte de Francia, y Londres era un amontonamiento de edificios abandonados que se elevaban desde terraplenes nevados y planicies inundables heladas. El Támesis era una veta de plata que serpenteaba a través de la ciudad, congelado desde hacía mucho. Joshua creyó ver motonieves deslizándose sobre el hielo. Cuando el twain sobrevoló la ciudad, distinguió los pinos jóvenes que crecían testarudos en los parques y barrios enteros que parecían haber sido pasto de un incendio. La luz diurna ya menguaba, de modo que pudo apreciar los efectos de los cortes de luz, que ya eran demasiado familiares dondequiera que uno viviese: apagones que cubrían barrios enteros, torres de pisos abandonadas por completo.

El twain por fin se posó en Trafalgar Square.

Joshua pidió las llaves de su habitación en uno de los pocos hoteles que seguían abiertos, una mole en decadencia y medio condenada ubicada en el Strand. Nelson se había ocupado de la reserva, además de los diversos

permisos que necesitaría para desplazarse por Londres. No funcionaba ningún ascensor y, en la puerta de su habitación, el viejo sistema de la tarjeta electrónica había dado paso a un candado y una llave que parecían de la época victoriana. Dentro de la habitación había una hoja informativa sobre el horario en que era más probable que hubiese electricidad. El radiador de la calefacción central estaba tibio al tacto, y el viento silbaba al colarse por una ventana rajada.

Aquella noche, envuelto en ropa de abrigo, Joshua fue a dar un paseo.

El West End, o la parte de él que todavía resultaba accesible por encima del río crecido, daba algo de lástima, porque estaba en mal estado y la mayoría de los comercios estaban condenados con tablones. Joshua supuso que el Londres del Datum, como la mayoría de las ciudades de latitudes altas, debía de vivir de sus huellas en las Tierras paralelas vecinas. Pero en los escaparates de las tiendas de Oxford Street se ofrecían algunos productos locales: barnaclas y conejos, cazados en las zonas rurales de alrededor de la ciudad.

No había mucho tráfico y las calzadas parecían demasiado anchas: algún que otro ciclista, un par de coches de policía. Joshua también vio un autobús londinense rojo equipado con un gasificador. Los escasos transeúntes llevaban mascarilla para no respirar la ceniza volcánica. Con todo, el aire no parecía estar tan mal como podría haberlo estado antes de Yellowstone. Por lo menos había desaparecido el humo de varios millones de motores de combustión interna, que había dado paso a la contaminación, más renegrida, de los fuegos de leña.

Joshua presenció una actuación policial en una travesía, una redada dura y brutal en la que una avalancha de agentes equipados para cruzar salió de la nada y redujo a los sospechosos con una fuerza avasalladora.

Al volver a su habitación de hotel, pasó las horas previas a acostarse

repassando los canales televisivos de noticias y un servicio de internet que solo funcionaba en parte, intentando ponerse al día de la actualidad de un mundo que rara vez visitaba. La Tierra Datum no se estaba recuperando ni un ápice, por lo que pudo ver. Los canales de noticias, mal financiados y compitiendo en sensacionalismo, recogían macabras informaciones sobre guerras en Oriente Próximo y batallas locales por el agua en Asia central.

Vio una noticia en particular sobre los satélites espaciales. Con el tiempo, muchos de ellos habían quedado mudos e iban cayendo uno por uno, arrastrados por la fricción con el aire hacia la atmósfera de la Tierra, donde ardían. La última víctima había sido la Estación Espacial Internacional. Abandonada hacía mucho tiempo —su última tripulación había regresado a la Tierra pocos días después de Yellowstone—, se había quedado por fin sin propulsor para mantenerse en órbita. La noticia afirmaba que había cruzado gente al Datum, en la trayectoria de la estación, solo para verla caer. Joshua contempló las borrosas imágenes de una estela de fuego en el cielo que habían captado las cámaras de aficionados.

Pasó canales hasta encontrar la emisión de un antiguo partido de fútbol, el Liverpool contra el AC Milan, una grabación procedente de una época desaparecida y más colorida. Era otra cosa que habían echado a perder el Día del Cruce y Yellowstone, pensó con amargura: el deporte organizado. Aun así, el partido era emocionante.

Le entró el sueño cuando el encuentro aún no había terminado en su tableta. Durmió mal, inmerso en la presión de demasiadas mentes.

Por la mañana, volvió a Trafalgar Square. Allí se encontró con Nelson Azikiwe, que le esperaba, cómo no, a los pies de la columna de Nelson.

Iba envuelto en pieles como un oso.

—La sede de la Royal Society está a un ratito corto caminando. Carlton House Terrace.

Emprendieron la marcha a través de las calles heladas.

—He tenido que presentar una solicitud especial para entrar en ese archivo y conseguir que lo abrieran para tu visita.

—Te agradezco todo esto, pero espero que no estés gastando demasiado dinero, Nelson.

—Dios bendito, qué va, no te preocupes por eso. Tengo un contacto en la oficina del arzobispo de Canterbury, y él tiene contactos en todas partes. Además, si tienes un momento deberías preguntarle a tu mentora, la hermana Agnes, por la señorita Guinevere Perch. Aparte, algunas de las investigaciones de Lobsang me pusieron en el buen camino. ¡Y siempre está la emoción de la caza! Ya me conoces, Joshua. Y espera a ver lo que he descubierto. En fin, ¿qué te parece Londres?

—Más que nada, me sorprende que siga funcionando en absoluto.

—Bueno, nada es como antes, Joshua. La mayoría de quienes viven aquí ahora trabajan para el gobierno o una de sus contratas. El principal cometido es, sencillamente, mantener viva la ciudad, conservar su arquitectura y demás patrimonio cultural. Luego hay otros que han optado por no abandonar sus casas y sobrevivir como pueden. Londres, a decir verdad, está regresando poco a poco hacia un estado que tus antepasados podrían haber reconocido.

—¿Mis antepasados?

Nelson le dedicó una sonrisa enigmática.

—Ya verás. Ah, hemos llegado...

La fachada de la Royal Society le pareció a Joshua relativamente modesta. En un patio delantero cerrado por una verja, alguien había despejado con explosivos un estrecho caminito entre paredes de nieve sucia y varios palmos de hielo. Un policía londinense equipado con gruesa ropa de abrigo asintió

cuando Nelson le mostró un pase de algún tipo y les permitió atravesar la puerta.

En la recepción, que no tenía calefacción, todavía quedaban caballetes con restos raídos de los carteles de conferencias pasadas, mientras que el suelo de mármol resplandecía gracias a una capa de hielo antiguo. La única luz procedía de las ventanas y de un puñado de lámparas eléctricas conectadas mediante cables aislados a un generador que traqueteaba a lo lejos.

Nelson, armado con una linterna a pilas, condujo a Joshua al interior del edificio, bajando por una amplia escalinata.

—Cuidado con donde pisas. Se supone que mantienen esto libre de hielo, pero...

Otra puerta, otra escalera descendente y llegaron a un pasillo, mucho más estrecho y oscuro, por el que Nelson avanzó con paso confiado, aunque estudiase un plano que sacó del bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué es este sitio, Nelson?

—Hombre, es el archivo de la Royal Society. Su archivo *secreto*.

La puerta anónima ante la que por fin se detuvieron estaba identificada con una críptica etiqueta: SALA DE ARCHIVO 5/1/14 R.S. PARA. La puerta en sí se trababa, pero cedió después de un empujón. Dentro, Nelson movió un interruptor en vano, chascó la lengua y levantó su linterna. Joshua vio hileras de estanterías cargadas de polvorientos documentos metidos en archivadores, carpetas y hasta un puñado de pergaminos.

Nelson entró con Joshua en la habitación.

—Por supuesto, la Sociedad siempre ha hecho gala de un racionalismo feroz, pero entre los chistosos de la junta directiva esta sala se conoce como el Relicario. Donde los católicos guardan los huesos de sus santos, ¿lo pillas? Aquí es donde ellos guardaban todo lo que no acababa de encajar en la cosmovisión dominante, además de las cosas que tenían relevancia para la

seguridad nacional.

Llegaron a una mesa donde había un archivador abierto que contenía un libro, un solo volumen. Nelson miró a Joshua esperando alguna reacción.

—Nelson, te pedí que encontrases a mi padre. Todo esto...

—Para entender el presente, Joshua, hay que indagar en el pasado. Y eso es especialmente cierto cuando hablamos de una historia familiar tan enrevesada y profunda como la tuya. Te he dicho que el trabajo de Lobsang me puso en la dirección correcta. La cuestión es que lleva buscando evidencias de cruzadores naturales más o menos desde el mismo Día del Cruce.

—Típico de Lobsang. Siempre fue un adelantado. —Joshua hizo memoria—. Me contó algunas historias. Percy Blakeney. Tomás el Rimador. No sé qué ladronzuelo de poca monta llamado el Travieso...

—Los agentes de Lobsang encontraron rastros suyos en Somerset, sí. Y algunos de los individuos identificados por Lobsang me llevaron, por un camino u otro, a la conspiración.

—¿La conspiración?

—Joshua, he encontrado raíces de todo esto que se remontan al siglo XIX. Hubo un incidente en 1871 en que se desmanteló la organización oficial, por llamarla de alguna manera.

—¿Qué organización?

—Cruzadores, Joshua. Una especie de liga de cruzadores naturales. En aquella época se hacían llamar los Caballeros de Discorpórea. Llevaban actuando varias décadas cuando cancelaron el proyecto. Los documentos que sobrevivieron fueron considerados de interés científico y sepultados aquí en lugar de destruidos, por suerte para nosotros. Pero se produjo una última reunión importante, en 1895. Y allí fue donde se dio forma al mundo moderno... y a tu propia vida.

»Todo ello explica por qué tu padre hizo lo que hizo. No lo justifica, no lo excusa, y no puede haber perdón para el modo en que abandonó a tu madre. Pero sí lo explica. Te contaré todo lo que quieras saber, o mejor dicho, todo lo que pueda, pero quería que vieses esta última pieza del rompecabezas con tus propios ojos.

—No entiendo nada de lo que dices, Nelson.

—Lee esto. —Y golpeó con el dedo el libro que había sobre la mesa.

Joshua se quitó los guantes y, a regañadientes, cogió el libro. Encuadernado en cuero y escrito en suave papel color crema, debió de ser caro en su día. Abrió la cubierta para revelar una página que contenía una inscripción escrita a mano con caligrafía elegante pero difícil de leer. La leyó y se le cortó la respiración, que hasta entonces había estado congelándose en el aire.

MI ELUSIVA VIDA
UNA CRÓNICA COMPLETA
DE
LUIS R. VALIENTÉ
PARA BENEFICIO DE MI AMADA FAMILIA

—Tómame tu tiempo —dijo Nelson—. Podemos quedarnos tanto como necesites.

La tarjeta, que invitaba a Luis a almorzar en la Almeja Borracha de Lambeth, llevaba fecha del día anterior, 15 de octubre de 1895, y era anónima, pues la única firma era la de un «compañero de viaje».

Por supuesto, era de Oswald Hackett. Incluso un cuarto de siglo después de aquel fatídico encuentro con Radcliffe en las mazmorras del castillo de Windsor, por mucho que hubiera ocultado su pasado —hasta el punto de haber cambiado de apellido—, Luis siempre había sabido que Hackett sería capaz de encontrarlo, que le llegaría un mensaje así. Que su pasado lo atraparía algún día.

Y por supuesto, se sentía obligado a acudir.

No fue difícil escabullirse. Desde la muerte de su esposa, Luis vivía solo, pues sus hijos, ya adultos los dos, habían volado del nido. Ella lo hizo mediante un matrimonio ventajoso, Robert para dedicarse a la ingeniería, para la que demostraba una aptitud inusual, y casarse en un momento posterior de su vida. De modo que Luis cogió el tren a Londres desde Bristol, donde tenían la sede sus participaciones financieras en diversas compañías de barcos de vapor, controladas por medio de una capa de conglomerados de empresas bajo una identidad falsa y sin rastro alguno que pudiera conducir a las inversiones originales efectuadas a su nombre antes de que Radcliffe intentase encerrar a los valsistas en 1871.

En realidad, Hackett había insistido en que no usaran sus nombres reales en aquel encuentro. Luis se había planteado hasta disfrazarse, recortarse el mostacho, afeitarse la cabeza o algo por el estilo, pero al pensarlo bien le

había parecido absurdo para un setentón. No, pensaba ir a Londres a comer con sus viejos amigos en la Almeja Borracha, y cualquiera que le pusiera trabas tendría que vérselas con él.

Y si los sucesores de Radcliffe por fin lo localizaban, podía irse todo al infierno, porque estaba harto de esconderse.

Su tren se retrasó.

Después, al llegar a Londres, Luis no pudo resistirse a dar un paseo por varios de sus viejos lugares predilectos. La calle Oxford había pasado a ser una majestuosa avenida bordeada de comercios finos y espaciosos; la calle Fleet era un pasaje medieval abarrotado de tráfico; en el mercado de Covent Garden se agolpaban más de mil carretas, calculó, y mujeres que sostenían cargamentos en equilibrio precario sobre sus cabezas mientras caminaban sobre los adoquines resbaladizos por culpa de las hojas pisoteadas; por último, el propio New Cut de Lambeth, con sus verduleros vestidos de pana, sus soldados que paseaban con el uniforme desenfadadamente desabotonado, sus cocheros de librea y sus comerciantes con levita, la calle tan llena como siempre de tenderetes y puestos de pescado frito y patatas calientes, y de mendigos y artistas, incluso mimos callejeros —y sí, de niños descalzos, como mandaba la tradición—, como si las grandes reformas de la época en materia de educación, sanidad y sindicalismo no hubieran sido sino fantasías.

Distraído por todo aquello, llegó un poco tarde a la ostrería.

Los otros dos ya habían llegado, y se pusieron en pie para saludarle. Luis supuso que ambos habían envejecido bastante bien. Fraser Burdon, que tenía más o menos la misma edad que él, estaba tan flaco y en forma como siempre, con un bronceado coriáceo que apuntaba a años de estancia en climas más cálidos. Oswald Hackett les sacaba una década, por lo que ya

debía de superar los ochenta, y se notaba: había engordado, estaba calvo como una bola de billar y solo podía sostenerse en pie con la ayuda de un bastón, pero se levantó trabajosamente para estrechar la mano de Luis.

Entonces se sentaron. Luis vio que había dos libros sobre la mesa delante de Hackett. Uno era un tomo académico que reconoció; el otro, una novela que no, con una cubierta de tela color pardo claro y la ilustración de una esfinge idealizada.

Una camarera expeditiva les tomó el pedido.

Hackett sonrió, mostrando una dentadura maltrecha.

—Presentémonos, caballeros. Quizá debiéramos escribir nuestros «nombres», que a nuestra edad olvidamos con facilidad. Y vive Dios, que yo a veces olvido quién fui... Me llamo Richard Foyle.

—Woodrow Boyd —dijo Burdon. Su acento tenía un nuevo deje, y Luis lo observó con curiosidad. Tal vez hubiese dejado la patria. ¿Se habría mudado de forma permanente a Estados Unidos, tal vez?

Hackett le dio a Luis la vez.

—¿Y usted, señor?

—John Smith —respondió Luis.

Hackett soltó una carcajada nasal.

—Por el amor de Dios, criatura, con esa poca imaginación casi merece colgar de los pulgares en algún sótano de debajo de Whitehall. En fin, sé que los dos tienen hijos, señor Smith y señor Boyd. ¿Qué les han contado de sus, ejem, pasadas indiscreciones?

Luis bajó la voz:

—Yo tuve un cara a cara con cada uno de los míos cuando cumplieron la mayoría de edad y se lo conté todo. Me pareció la mejor manera de prepararlos para que estuvieran protegidos en el futuro, ellos y sus hijos que pudieran verse bendecidos con nuestra extraña facultad... o maldecidos. En

cuanto al apellido, no es problema para Ella, que está casada. Robert, sin embargo, insistió en recuperar el viejo apellido familiar. Se enorgullece de los orígenes de su familia, dice. ¡Estos jóvenes! Qué se le va a hacer. En cualquier caso, tengo un buen amigo que es abogado. Nos inventamos una historia sobre una adopción, y ahora todo es legal.

Burdon exclamó:

—¡Pero eso te deja con el culo al aire, infeliz! Si hay alguien que siga tras nuestra pista después de tantos años, cosa que dudo. Te criticaría de no ser porque mi mediano ha seguido ese mismo camino. Siempre habrá un Burdon. —Se volvió hacia Hackett—. Lo más probable es que estemos corriendo un riesgo al reunirnos aquí en Londres. No solo eso, sino en uno de sus antros de perdición favoritos, si recuerdo bien sus anécdotas. A lo mejor tendría que ir al grano.

—Vayamos primero a las ostras, porque aquí llegan —dijo Hackett.

El servicio de la Almeja era tan brusco y simpático como siempre, pensó Luis, y las ostras estaban igual de succulentas, aunque, medio siglo después, los precios habrían escandalizado al Gran Elusivo.

Burdon, sin embargo, probó una y la escupió.

—Dios mío. ¿Cómo pueden comer estas porquerías? Es como si el Támesis fuese una viscosa escupidera gigante y yo acabara de empujarme un bocado de flema. —Golpeó con el dedo el libro de Hackett—. Esto es un ejemplar de *El origen de las especies* de Darwin, ¿verdad?

—Sí, y es una primera edición, hombre, o sea que aleje esos dedos grasientos.

—Si Darwin estuviese aquí le exigiría saber qué teoría de «selección natural» podría haber producido algo tan feo e inútil como una ostra.

Luis se rio.

—Me atrevo a decir que tendría una respuesta.

Hackett gruñó.

—Y yo invitaría a Darwin a hacer conjeturas sobre nuestra peculiar condición... y nuestro futuro. Sigo su trabajo desde las crónicas de la travesía del *Beagle*, ¿saben? Le he visto hablar un par de veces, aunque no lo conozco en persona. Ahora lamento no haber charlado con él cuando tuve ocasión, porque murió hace una docena de años... ¿o ya hace más? Pero en cierta manera, han sido sus ideas las que me han decidido a que nos viésemos de nuevo: nosotros tres, los primeros caballeros. Y los últimos, me temo, porque no he encontrado rastros recientes de los demás con los que trabajamos. Necesitamos una vía para avanzar, para nosotros y nuestros descendientes. Puede que nosotros tres nos vayamos a la tumba escondidos como un perro apaleado, pero no podemos conformarnos con eso para nuestros hijos. Porque créanme, algunos de ellos heredarán nuestras incómodas, ejem, facultades, como dice usted, «señor Smith». ¿Y qué será de ellos, eh? ¿Qué vamos a hacer por ellos?

—Nada —respondió Burdon—. Porque llevaremos tiempo en nuestras benditas sepulturas. Que el futuro se arregle solo.

—Pero hace treinta años o más que se publicó *El origen de las especies* —señaló Luis—. ¿Qué le ha llevado a reunirnos ahora, Hackett?

El aludido, ni corto ni perezoso, le dio una colleja por bocazas.

—Buena pregunta, «señor Smith». La respuesta se encuentra en las páginas de este librito.

El segundo tomo que había en la mesa junto a su plato era una novela.

—*La máquina del tiempo* —leyó Luis en el lomo.

—Obra de un sujeto que escribe para las revistas. Lo llama «romance científico». El libro es una especie de cuento de hadas sobre el concepto darwiniano de la evolución. O una pesadilla. Muestra un futuro en el que la humanidad cambia, evoluciona y se bifurca a lo largo de un período de

centenares de miles de años. Se vuelve algo muy distinto a lo que conocemos hoy en día. —Escrutó sus caras—. ¿Lo ven? Esa es una de las raíces de mi idea, mi plan. La otra proviene del abuelito Darwin y, si hubieran leído su libro, como estoy seguro de que no es el caso, sabrían que hay toda una parte al principio, y créanme que es una sección más larga que un día sin pan y además escrita en un tono tirando a plúmbeo, que trata entera sobre palomas.

—¿Palomas?

—La cría de palomas en busca de rasgos particulares. Verán, esa es la clave de su argumento. Del mismo modo en que un hombre cría a sus palomas o sus perros buscando un color, unas hechuras o lo que se tercié, emparejando de forma consciente a los tipos que quiere fomentar, así también la naturaleza, de manera inconsciente, moldea selectivamente su repertorio de animales y plantas usando el tosco cincel del hambre, la falta de espacio vital, los cambios en el clima y la extinción.

—Me he perdido —reconoció Luis con desenfado—. Nuestras ostras se han extinguido, por cierto. ¿Pido otra ronda?

Burdon no le hizo caso.

—Yo no me he perdido, «Foyle». —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Estás hablando de cruzar a nuestros hijos, ¿verdad? Como otro cruza a sus caballos.

Al oír esa palabra, «cruzar», Luis cayó en la cuenta de golpe y se olvidó de las ostras.

—Hombre, por Dios. ¿Cómo se le puede haber ocurrido semejante cosa?

Hackett los miró con sorna.

—¡Gracias, Señor, por bendecirme con unos compañeros tan poco imaginativos! Olvídense de los criadores de caballos y los colombófilos. Piensen en matrimonios acordados. ¿Acaso nuestra aristocracia no lleva generaciones emparejando a sus vástagos? Por no hablar de la realeza. Y sé

de buena tinta, «Smith», que los comerciantes nuevos ricos con los que se codea están haciendo ahora eso mismo, con el único fin de mantener la riqueza dentro de un círculo cerrado de familias. Lo único que sugiero es que hagamos lo mismo. Por nuestra propia protección y la de nuestras familias. Y también —añadió en tono más ominoso— para mejorar la sangre.

Burdon habló con tono suspicaz:

—Será mejor que nos cuente exactamente lo que propone.

—Muy sencillo. Fundamos una organización, llamémosla Fondo, que debe manejar de forma anónima uno de los mejores bancos. No, más de uno. Distribuimos el riesgo entre varias instituciones o, mejor aún, varias naciones. Hum, «señor Boyd», usted quizá pueda llevar la rama estadounidense. Ahora, supongamos que tiene usted un nieto de edad casadera, «Smith».

—Da la casualidad de que tengo un nieto.

—Bien. Mientras que usted, «Boyd», quizá tenga una nieta libre de edad parecida. El Fondo llevará una lista de nuestras familias y otras, los nacimientos, las muertes y demás. Todo legal y oficial, con encargados que no tendrán ni idea de nuestro verdadero propósito. Pero cuando aparezcan dos candidatos elegibles a su debido tiempo, se los... «abordará».

—¿«Abordará»? —repitió Burdon.

—Podría funcionar más o menos como sigue: llegan cartas de un banco determinado. Se organiza un encuentro entre los dos jóvenes. A cada uno se le explica que, si está dispuesto a plantearse un enlace, se pondrá a su disposición un regalo, llamémoslo «beca». Tendríamos que ser cuidadosos con la manera de explicarlo, pero el único requisito será el nacimiento de un vástago, por supuesto, que es la finalidad del sistema. Tal vez podríamos poner un incentivo para que el primer encuentro tenga lugar: podría pagarse un cincuenta por ciento del saldo en el momento del matrimonio y la otra

mitad con motivo del primer alumbramiento. Pero si los jóvenes no se gustan, pueden seguir cada uno su camino y todos contentos. ¿Lo ven? No hay coacción ni amenaza. Todo el mundo sale ganando, incluida una joven pareja que gozará de un buen arranque inesperado en la vida.

—¿Cómo de bueno será ese «arranque»? —preguntó Luis con un gruñido. Hackett se encogió de hombros.

—Eso lo decidiremos entre nosotros. Mil libras, tal vez.

Luis, que había empezado ganando una miseria en los teatros de variedades, si algo tenía era ser cuidadoso con su dinero.

—¿Mil libras? ¿Está loco?

—Ni mucho menos —replicó Hackett huraño—, y no me vengan, ninguno de los dos, con que no tenemos entre los tres los recursos necesarios para crear un fondo lo bastante saludable para generar esas sumas a través de los intereses. Y no hace falta que seamos solo nosotros tres. —Sacó un papel que estaba doblado entre las guardas de *La máquina del tiempo*—. He hecho pesquisas. Bueno, tenía tiempo de sobra para ello y recursos, no me pregunten cómo. Aparte de aquellos con los que me puse en contacto, como ustedes dos, hay una retahíla de familias como las nuestras, con una historia salpicada de valsistas, o por lo menos posibles valsistas, como perlas auténticas en un collar de imitaciones.

Luis ojeó el papel, que era una mera lista de apellidos: «Blakeney. Burdon. Hackett. Orgill. Tallis. Tallyman. Valienté...».

—Tiene que ir con cuidado con eso —murmuró Burdon.

Hackett asintió y escondió el papel.

—Entiendan que así reforzaremos la sangre y aumentaremos las posibilidades de que surja la facultad en una generación dada. Muchas especies responden con rapidez a esa clase de domesticación. Sospecho que Darwin pronosticaría que los resultados deberían de ser visibles al cabo de

muy pocas generaciones. Un siglo, más o menos.

Luis tenía otra pregunta:

—Y cuando esos cruces engendren un niño valsista por encargo, ¿qué pasa? ¿Qué será de él? Se expondrá a los mismos riesgos que hemos sufrido nosotros en el transcurso de nuestras vidas, a sospechas y persecuciones, sobre todo si, a pesar de las apariencias, los sucesores de Radcliffe siguen pisando nuestros ancianos talones.

Hackett asintió.

—Es una pregunta justa. En un principio, tendría que haber alguna manera de efectuar un seguimiento, tener a mano un organismo que asesore a los perplejos padres del pequeño Jimmy cuando este empiece a desaparecer como por ensalmo.

—Pero la necesidad de un organismo así iría disminuyendo con el tiempo —señaló Burdon—. Cuantos más valsistas haya, más familias sabrán lo que pasa. Porque el tío Jerome o la tía Ginnie habrán demostrado ese mismo rasgo tan peculiar.

—Esa es la idea. Entonces ¿qué piensan?

Burdon habló con voz queda.

—Siempre ha pensado usted a lo grande, «Foyle». Desde los tiempos mismos de Alberto y sus caballeros. Pero esto es ir demasiado lejos, incluso para usted. Manipular las generaciones, intentar moldear el futuro, con siglos de adelanto...

Luis intentó asimilar todo aquello.

—Cambiar la naturaleza misma de la humanidad. ¡Qué arrogancia, señor!

Hackett se indignó.

—¿Arrogancia? Pero ¿qué elección hay? ¿Dejar desprotegidos a nuestros descendientes, para que esos... otros los discriminen por su mágico talento? Un talento que podría hacer tanto bien... ¿Han olvidado el Ferrocarril

Subterráneo? —Tocó la cubierta de tela de la novela—. Y además, como nos muestra este libro, el futuro moldeará a la humanidad a su antojo si no lo hacemos nosotros, nos guste o no.

»Pero la unidad de la humanidad habrá desaparecido, es cierto. «Vivimos en una época marcada por la más extraordinaria de las transiciones, que tiende a alcanzar con rapidez ese gran fin hacia el que apunta toda la historia; me refiero, por supuesto, al cumplimiento de la unidad de la humanidad.» —Escrutó sus rostros—. ¿Reconocen la cita?

—Alberto —dijo Luis—. Me compré sus *Preceptos dorados* después de su muerte.

—Pues bien, ese hermoso sueño es una quimera. La inminente guerra con Alemania, y saben que es inevitable, ya lo verán, se ocupará de liquidarlo. Pero cuando se doblen las banderas, existirá una divergencia más profunda que la existente entre dos naciones cualesquiera. Porque nosotros, los humanos, nos convertiremos en dos variedades, por lo menos. ¿Lo ven? Estarán los de siempre, Radcliffe y su tropa, el *Homo sapiens sedentarius*. Y luego de entre ellos surgirá una nueva especie, nosotros: el *Homo sapiens transversus*. No doy para más con el latín que aprendí en el colegio; que lo arreglen los sucesores de Darwin. Y dentro de un siglo o dos, si hacemos lo que propongo, nuestra nueva especie inundará esta buena Tierra, y también esos bosques verdes que visitamos con nuestros valeses, me atrevería a decir. Y entonces ¿quién sabe qué deparará el futuro? ¿Eh? ¿Qué me dicen? Es eso, o el sometimiento que vimos con el pobre Abel allá en el Mississippi. Sometimiento, o gloria. —Estudió sus caras, un hombre muy anciano, decidido y firme—. ¿Están conmigo? ¿Lo están?

—Ya puedes imaginarte el resto —dijo Nelson a Joshua en aquel sótano oculto y profundo de la Royal Society, acurrucados los dos a causa del frío, sobre el diario manuscrito de Luis—. El plan endogámico de Hackett funcionó, y además enseguida.

»En cuestión de décadas se produjo una explosión de cruzadores naturales entre la población humana. Por lo menos, es lo que deduzco de las pruebas disponibles. Sin duda muchos de ellos desaparecieron en la Tierra Larga, víctimas de algún accidente o simplemente buscando un lugar donde esconderse. Habría sido interesante estudiar Buen Viaje antes de su destrucción, para ver si se disparó el número de viajeros a la deriva que acabaron allí.

Joshua hizo memoria. Aquella colonia remota, que en último término había sido la fuente de la mejora genética que había desembocado en la aparición de los Siguietes, había sido una especie de desagüe natural para los cruzadores, un pozo al que llevaban todos los lugares blandos.

—Sí, recuerdo que la gente del pueblo decía que en los últimos años se habían visto sometidos a mayor presión. Llegaban demasiadas personas y eso había hecho que se perdiera el antiguo equilibrio con su población troll. Pero no era la clase de sitio donde se documenta todo, ¿verdad?

—No. Entretanto, los cruzadores que se quedaron cerca del Datum seguro que fueron muy discretos. No creo que la lección del destino de los Caballeros de Discorpórea cayese en saco roto. Pero ningún secreto es fácil de ocultar. —Dejó que flotara el suspense en el aire.

Joshua suspiró.

—No te hagas el misterioso conmigo, Nelson. Encontraste unas cuantas anécdotas, ¿verdad?

—No todo es concluyente. Por ejemplo, ¿has oído hablar del Ángel de Mons?

—No. ¿Debería?

—Puede que no. Fue en la Gran Guerra, en 1914. Los soldados británicos en las trincheras hacían correr historias sobre figuras misteriosas que aparecían y se esfumaban de nuevo, ayudando a los heridos. Hubo quien dijo que eran los espíritus de los arqueros ingleses de la batalla de Agincourt, librada siglos antes.

—Hum. ¿Cuando en realidad se trataba de mis tatarabuelos segundos?

—Esa es la idea. —Nelson abrió un cuaderno y repasó una entrada—. La versión oficial dice que el origen de todo es un relato de un escritor galés llamado Arthur Machen. Fue una cortina de humo muy eficaz, para la época. En la década de 1940, durante la guerra, creo que debió de haber cruzadores ayudando a elementos de la Home Guard, el ejército de voluntarios que se estaban preparando para resistirse a una invasión nazi de Inglaterra. Vi una versión de las memorias de Tom Witringham de la que se habían arrancado algunas páginas. Witringham organizó la instrucción en técnicas de guerrilla de varias unidades selectas de la Home Guard. Habría sido fácil montar refugios en los mundos paralelos, escondrijos para la resistencia, reservas de comida o explosivos, mil cosas. Todo menos armas y munición, por el acero.

La historia seguía, reflejando, por lo menos en Gran Bretaña, los avatares cambiantes de la historia nacional.

—En los años cincuenta, espías de la guerra fría. ¡James Bond con la capacidad de cruzar, Joshua! En los setenta, parece que se infiltraron en los sindicatos y el IRA...

—Todo eso parece muy virtuoso.

—Huy, no me cabe duda de que hubo la proporción habitual de ladrones de joyas, mirones y demás canallas. Con tiempo, quizá pueda localizar a otros a partir de los archivos de la policía. Y esto es solo la conexión británica, porque bueno, la conspiración de la endogamia empezó aquí, a fin de cuentas, pero está claro que también hubo elementos en el extranjero, sobre todo en Estados Unidos. Lo sabemos por lo que me has contado sobre la historia familiar de Sally Linsay...

Sally estaba en cuclillas sobre su fusil de bronce, con la vista clavada en la granja de abajo.

—Conozco una parte de la historia. Mi padre nunca supo cruzar solo, pero se casó con una familia de cruzadores.

—Recuerdo que me contaste que, de pequeña, llevabas a tu padre al Wyoming paralelo, donde tenía su taller. Según Nelson, tu madre provenía de una rama irlandesa del clan Hackett.

—Mi padre amaba a mi madre. Supongo que todavía ama su recuerdo, por muchos otros defectos que tenga. Y los cruces le fascinaban, aunque él no fuese cruzador. Estudió el fenómeno de forma científica y, con el tiempo, acabó diseñando la caja cruzadora. Pero odiaba a la familia de mi madre, los llamaba «el clan de la patria vieja», con sus cartas y sus llamadas de teléfono. Verás, antes de conocer a mi padre, mi madre siempre había sentido algo de presión familiar para «casarse con un hombre adecuado». Siempre pensé que era algo relacionado con el dinero. Bueno, esa es la historia que nos contaron en su momento, cuando éramos pequeños. Nunca he dudado de ella, hasta ahora. Nunca supe que estaban... criando cruzadores. Mi padre no me dijo nada. ¡Y eso que fuimos a Marte y volvimos juntos! Supongo que ni siquiera se le pasó por la cabeza confiar en mí. Conociéndolo, no me extraña.

—Nunca oí nada de ningún Fondo cuando era pequeño —señaló Joshua—. Supongo que las hermanas los habrían mantenido alejados de mí, aun en el caso de que me hubieran encontrado. ¿A ti nunca te presionaron?

—Es posible que lo hayan intentado, pero, si es así, nunca pudieron

encontrarme. Me fui del Madison del Datum un año después del Día del Cruce y nunca regresé. Por lo menos durante el tiempo suficiente para que me localizase ese aquelarre secreto. Por supuesto, mi padre se vengó de ellos, con el Día del Cruce. Después de aquello, casi cualquiera pudo cruzar con una caja que costaba un par de dólares, algo que abrió en canal su pequeña conspiración asquerosa. —Sally lo miró a los ojos—. Pero, oye, ¿qué pasa con tu padre? ¿Lo encontró Nelson, al final? Ese era el objetivo inicial.

Joshua respiró hondo.

—Sí, Nelson lo encontró, Sally. A través de los registros del Fondo. Vive en una residencia en Nueva York, Oeste 5. Oriundo del Bronx, es irlandés-americano.

—Entrañable. Deja de enredar, Valienté. Escupe.

—Es un hombre... normal y corriente. Se llama Freddie. Freddie Burdon. Ya sabes que me crie usando el apellido de mi madre. Por supuesto, el Centro no tenía documentación alguna sobre mi padre.

—Burdon. Otro legado genético de los tiempos de Discorpórea, entonces.

—Sí, pero él nunca cruzó. Antes del Día del Cruce, me refiero. Pero supongo que era portador del gen. Ya tiene setenta y cuatro años. Solo tenía dieciocho cuando nací, diecisiete cuando me concibieron. Solo era un crío, por el amor de Dios...

—Pues claro que recuerdo a tu madre. —Freddie Burdon tenía un marcado acento del Bronx—. Pues claro que recuerdo a Maria. ¿Cómo no recordarla? ¿Qué crees que soy, un monstruo? —Sus palabras desembocaron en un acceso de tos.

Parecía mayor de lo que era, pensó Joshua. Viejo, encogido sobre un pecho en implosión, con la cara angulosa y huesuda. Era como un pájaro enfermo. Su piel presentaba varias tonalidades de gris. Hasta su ropa, una americana y unos pantalones gastados, parecía gris, como si estuviera manchada de ceniza. Él se jactaba de que su enfisema era el legado del heroico trabajo de voluntario que había realizado después de Yellowstone, ayudando a escapar a las víctimas, aunque para entonces ya debía de tener cincuenta años. Joshua sospechaba que aquello era una patraña y que los daños se debían al tabaco, porque Freddie todavía tenía manchas amarillas de nicotina en los dedos.

Estaban en una residencia benéfica, una edificación grande y cuadrada de madera y cemento típica de la huella de una gran ciudad en las Tierras Bajas. Fuera, el aire de aquella versión de Brooklyn presentaba una tenue neblina de contaminación, como un recuerdo de lo que había sido su original del Datum.

Freddie parecía encogido, fuera de lugar y en las últimas. Tenía suerte de haber acabado en un asilo como aquel, pensó Joshua, que tomó la decisión silenciosa de invertir algo de dinero en el centro, pero sin que su padre lo supiera o pudiese tocarlo.

Se enteró de que Freddie se había formado para ser electricista pero nunca se había sacado el título. Había pasado de un empleo a otro, en una espiral

que había ido descendiendo con la edad. Nunca había tenido familia, no después de Maria, y nunca había ahorrado dinero.

—Pues claro que recuerdo a Maria —repitió Freddie—. Mira, yo no era cruzador. Incluso con la caja, al intentarlo vomité hasta las tripas. Pero tenía los genes, ¿verdad? Y tu madre también. Y mira lo que hicimos. —Tosió otra vez, pero sonriendo con una expresión siniestra—. ¡El gran Joshua Valienté! ¡El cruzador más famoso del mundo! Joder, lo único bueno que he hecho en mi vida has sido tú, hijo.

—¿Cómo encontraste a mi madre?

—Bueno, ellos me mandaron el nombre y una dirección.

—¿«Ellos»?

—Una panda de banqueros que representaban a las familias. El Fondo, ya sabes. Y dentro de aquella primera carta había un cheque, con la promesa de más si iba a verla, si nos conocíamos, si nos casábamos, si teníamos un hijo. Todo un plan de pago a plazos. Pero no era obligatorio, ya sabes. Solo una especie de sugerencia. Y el dinero tampoco era tanto, bien pensado. Si alguna vez hubiese tenido algo de pasta, probablemente habría rechazado la oferta.

—Pero no tenías pasta.

Freddie ensanchó la sonrisa.

—Ni la tenía entonces, ni la tengo ahora. O sea que pensé: ¿qué puedo perder? Por lo menos puedo ir a conocer a la chica. Debes entender que ella entonces solo tenía catorce años. La idea era encarrilar una relación a largo plazo entre nosotros. De modo que me embolsé el dinero y puse rumbo a Madison, Wisconsin, donde busqué a la familia. Solo para descubrir...

—Que ella había huido.

—Sí. —Tosió, carraspeó y escupió en un pañuelo—. Había recibido una versión de la misma carta. En casa no era feliz de todas formas, y ahora encima le cargaban con la presión de enrollarse con un desconocido. Con

solo catorce años. Bueno, la localicé. —Se dio unos golpecitos en la frente con el dedo—. Ya ves, no soy un superhéroe como tú, pero en aquel entonces tenía un buen cerebro. Estaba en un centro para niños...

—En Allied Drive.

—¿Esa era la calle? No me acuerdo. Sí que recuerdo a las monjas. Pregunté por Maria. Les dije que era mi prima, y lo era, ¿no? No se fiaron ni un pelo de mí. No las culpo, visto con perspectiva. Yo tenía diecisiete años y era un pieza, ¿sabes lo que te digo? Podría haber tirado la toalla.

—De no ser por el dinero.

—De no ser por eso. Entonces la vi volver de la escuela y eso me acabó de convencer. Madre mía, qué guapa era. Tú has salido a mí, que Dios se apiade de ti. Bueno, después de aquello no pensaba rendirme. Encontré una manera de llegar hasta ella.

—¿Cómo?

—Soborné a una limpiadora. Se armó un escándalo enorme cuando...

—Lo sé. Freddie, solo tenía catorce años.

—No me digas, Don Perfecto. Pues yo solo tenía diecisiete, fíjate. Mira, Joshua, ¿quieres que te diga que fue amor a primera vista? Lo único que sé es que nos gustamos y que la saqué a dar una vuelta un par de veces, cuando ella encontraba una manera de escabullirse. —Sucumbió a otro acceso de tos—. Solo éramos unos críos, ¿vale? Pero yo la hacía reír, y ella era rebelde y mona que te cagas. Nos lo pasábamos bien, nada más. Al principio. Aunque las monjas le daban mala vida.

—Pero tú tenías la carta del Fondo en el bolsillo. ¿Te creías que tenías derecho a ella? ¿A aquella niña preciosa? ¿Que poseías una especie de exclusividad sobre ella?

—¡No! No era así. Cristo Dios, tendrías que haber estado allí. —Parecía avergonzado, porque se inclinó hacia delante y susurró—. Mira, nunca

pasamos de los besos, ¿vale? Hasta que una noche...

—¿Quiero oír esto, Freddie?

Él encogió sus hombros encorvados.

—Has sido tú quien ha acudido a mí, recuérdalo. Fue una noche de verano de 2001. Ella estaba más guapa que nunca. Vestía un jersey de angora rosa precioso, y recuerdo que siempre llevaba una pulsera ridícula de monos que le había regalado su madre. Y yo tenía una botella de Jack Daniel's que había mangado...

—Dios mío, Freddie.

—¿Qué quieres que te diga? Fue normal. Una metedura de pata, nada más. Estábamos borrachos y fuimos demasiado lejos. Normal. Lo siento si no es lo que querías oír. —Se acercó más y Joshua olió su aliento a tabaco—. Y sé que fue ilegal, pero no la forcé en ningún momento. ¿Vale? Era idiota, no malo.

—Se quedó embarazada.

—A la primera. Ya es mala suerte.

—¿Y huiste?

Freddie abrió las manos.

—¿Qué querías que hiciese? No podía mantenerla, y mucho menos a un crío. Aunque hubiera sido legal. Yo mismo era un crío. Sí, hui. Pensé que aquellas monjas cuidarían de ella mejor que yo.

—No lo bastante bien —dijo Joshua con tono lúgubre.

Freddie lo miró.

—Pues ahí la tienes. Esa es la historia, de cabo a rabo. Solo era un niño y desde entonces ha pasado una vida entera. Si quieres que te diga que nunca volví a amar, te mentiría, pero nunca la olvidé, Joshua. Me dolió cuando el Fondo me informó, años más tarde, de que había muerto.

—Nunca fuiste a buscarme, ¿verdad?

Freddie se rio con amargura.

—Sí, eso sí que habría salido bien. Hala, ya me has encontrado. ¿Ahora qué?

Joshua recapacitó durante un rato largo. Después se puso en pie.

—Supongo que nuestro asunto queda cerrado.

—¿Ah, sí? ¿Crees que ya te has «encontrado a ti mismo»? —Formó comillas en el aire con los dedos, lo que a Joshua le pareció un gesto muy anticuado para recalcar una expresión más anticuada aún—. Oye, ¿adónde vas? ¿Vendrás a verme otra vez?

Joshua se lo pensó.

—Es posible.

—Escucha —le dijo Freddie a voces mientras se alejaba—. Sé que esto es un chasco. Fuera lo que fuese lo que esperabas de mí, bueno o malo, siempre he sido eso, en el fondo. Un chasco. Pero te diré una cosa, Joshua: tú nunca has sabido nada de mí, pero yo te conocía. Te seguía en los periódicos y por internet. ¿Cómo no iba a hacerlo? Después del Día del Cruce y tal. Puede que nunca te fuera a ver, pero tampoco te pedí dinero, ¿verdad, Joshua? Y otra cosa te diré: nunca me puse en contacto con las familias para cobrar el dinero que me debían. Por cumplir el contrato, digo, por dejar preñada a Maria. De eso se trataba, ¿no? Nunca pedí el dinero, Joshua. Aunque se me debía. Eso tiene su mérito, ¿no? ¡Aunque se me debía!

—¿Y eso fue todo? —preguntó Sally.

—Eso fue todo.

—¿Has vuelto a verlo?

Joshua se encogió de hombros.

—Supongo que iré, cuando este último asunto de Lobsang quede atrás.

—Solo es un tío normal y corriente, vaya.

—Eso es. No es un seductor demoníaco. Tampoco es mucho más viejo que yo, aunque lo aparente. Eso fue lo más raro. No me dio la impresión de estar con un padre. Solo éramos un par de ancianos. Bueno, me he quitado esa espinita que tenía clavada, supongo.

—Has hecho expiación con tu padre, Joshua. Es un paso importante en tu viaje espiritual como héroe mítico.

La miró con los ojos entrecerrados.

—¿Te ríes de mí?

—¿Yo? Nunca. Y supongo que, por mucho que pueda decirse de Hackett y su panda, lograron lo que se habían propuesto. Cambiaron la composición genética de la humanidad. Cambiaron el mundo, el futuro entero.

—Y de paso nos jodieron la vida.

—Cierto —confirmó Sally—. ¿Y ahora qué?

—Ahora comemos, dormimos, por lo menos yo, y por la mañana voy a llamar a la poli. Y después, nos vamos a buscar al abuelito Lobsang. — Escudriñó la expresión de Sally—. ¿Trato hecho?

Ella cerró los ojos, con el fusil en los brazos. Después dijo:

—Trato hecho.

Las asambleas de Nuevo Springfield solían gozar de una buena participación. En un lugar donde cada cual debía encontrar algo con lo que entretenerse, la gente asistía, aunque fuera solo con la esperanza de ver fuegos artificiales. Iba llegando gente de sus cabañas situadas en mundos paralelos y la población poco a poco se congregaba. Pero aquella asamblea en concreto iba a ser movidita. Agnes estaba segura.

Se celebraba delante del hogar principal de la familia Irwin, que era un conjunto disperso de tipis y tiendas de campaña que se extendía delante del monte Manning, pero al otro lado del arroyo de Soulsby. Estaba todo el mundo, sentado en la hierba o en sillas traídas de todas partes. Oliver Irwin estaba de pie como si presidiera la reunión —cosa que, hasta cierto punto, era cierta—, con Marina sentada a los pies, Lydia avillada contra esta y Nikos con la anciana Rio, que era como un fardo durmiente a su vera. Estaban Angie y Nell Clayton, los elegantes y ancianos Bell, con los nietos que cuidaban, y los alegres Bamber, que siempre parecían recién salidos a rastras del pantano con el que se ganaban la vida. Lobsang, Agnes y Ben, que ya había cumplido los siete años, estaban sentados discretamente sobre un tronco, tratando de no llamar la atención, y Agnes esperaba de todo corazón que lo consiguieran.

A su alrededor soplaba un viento fuerte, y en el aire flotaba el ya habitual hedor azufrado. En algún lugar, las ovejas balaban apesadumbradas. Hasta los árboles del interminable bosque autóctono empezaban a morir. No era un día feliz, algo iba mal. Pero, claro, reflexionó Agnes con tristeza, allí iba algo

mal desde hacía meses, si no años.

Y por encima de todas las cabezas pendía el casco gigantesco de un twain, un dirigible militar, el *USS Brian Cowley*.

La nave flotaba en silencio, con las turbinas apagadas y anclada al suelo mediante amarras. Era imposible no sentirse intimidado por las enormes placas de cerámica de su panza, por sus plataformas de armas y sus portillas de observación como mirillas, o por la fila de impecables oficiales militares que habían bajado a tierra desde la nave para informar a los habitantes de Nuevo Springfield de que iban a tener que abandonar sus hogares.

Los temores de Agnes se hicieron realidad. La asamblea fue mal desde el principio.

A instancias de Oliver, el capitán del dirigible, un cuarentón de aspecto tieso llamado Nathan Boss, se puso en pie para venderles la idea.

—Si me dejan, iré por pasos para explicar la lógica de lo que intentamos hacer aquí...

—No vayas por pasos, ¡vete y punto! —gritó alguien.

Silbidos y risas. Aquello entraba dentro de lo razonable, pensó Agnes. Aquella gente había emigrado a ese mundo precisamente para evitar que unos listillos de uniforme les dijeran lo que tenían que hacer.

—Hemos venido a ayudarles —probó el capitán Boss—. Venimos con un equipo de científicos para estudiar lo que sucede aquí, en este mundo. Y traigo una carta que me ha llegado a través de mi propia cadena de mando. En otras palabras, aquí tengo un mensaje para ustedes del presidente Starling en persona.

—¡Menudo sinvergüenza!

—Yo no le voté.

—El presidente dice que la nación extendida y paralela entera está con ustedes en estos momentos de adversidad. Solo queremos ayudarles...

—¡Pues moved esa nave y dejad de tapar el sol a mis remolachas!

Más risas.

Lobsang se inclinó hacia Agnes.

—Irónicamente, es obvio por qué están de tan malas pulgas.

—Por supuesto que lo es. Nadie duerme como es debido.

Y hacía tiempo que era así. En los meses transcurridos desde la excursión al sur en dirigible de Lobsang y Joshua, la situación había empeorado de manera drástica. La duración del día se reducía ya a unas increíbles veinte horas. No solo eso, sino que, según Lobsang, que desde entonces medía por sí mismo esos datos, la rotación del mundo parecía estar acelerándose más.

Las noches pasaban demasiado deprisa, y era como si todos sufrieran de insomnio o *jet lag* permanentes. Por supuesto, cualquiera podía cruzar sin más a uno de los mundos vecinos si quería una secuencia normal de día y noche, a unos mundos en los que la salida y la puesta del sol estaban cada vez menos sincronizadas con las de Nuevo Springfield. Pero, como Agnes había descubierto por sí misma, cuanto más menguaba el día en duración, más regresaba la gente a su casa, noche tras noche, como si desafiara a la realidad y a su propia debilidad.

—Testarudez —dijo Agnes en ese momento—. Pura y dura testarudez yanqui. Ningún escarabajo plateado en plan monstruo de ciencia ficción va a echarme de mi casa. —Porque a todos les parecía evidente que las extrañas criaturas con las que compartían aquel mundo debían de ser responsables de alguna manera del resto de los fenómenos extraños; no hacía falta ver el sistema global de viaductos metálicos de Lobsang para entenderlo—. Y cuanto más *jet lag* tenemos, más cabezones nos ponemos.

—Quizá tengas razón. Y es cierto que este mundo es el que escogieron los

fundadores. Aquí tienen la mayor parte de sus herramientas de hierro, para empezar, aunque los atrajera aquí una veta de mineral que tal vez fuera creada por las acciones de los escarabajos. ¿Por qué iban a renunciar a todo eso? Pero no significa que no debemos prestar atención a los consejos del capitán, aquí presente, y su tripulación. Es verdad que han traído un destacamento científico bien equipado.

—Pero la Armada ni siquiera estaría aquí si no la hubieras llamado tú, Lobsang.

—Alguien tenía que hacerlo. Estoy preocupado, Agnes. No solo por nosotros, no solo por este pueblo.

Agnes miró a Ben, que estaba intentando jugar con un yoyó de madera hecho a mano. Llevaba una pulsera de plata de los escarabajos, como la mayoría de los niños del lugar. Y parecía cansado, nervioso e irritable, como todos los demás. Agnes asió la mano de Lobsang en un encuentro de carnes sintéticas que de todas formas parecía humano, cálido, fuerte.

—Mira, Lobsang, Oliver Irwin es el alcalde de este lugar dejado de la mano de Dios, a todos los efectos prácticos. Tú ya has cumplido: has traído a la Armada. Ahora deja que Oliver se ocupe de hablar. Que se arreglen entre ellos. No seas Lobsang, sé George. Sé normal. Sé el padre de Ben. Para eso vinimos aquí, recuérdalo. Lo mejor es que todos saquen sus propias conclusiones y tomen su propia decisión sobre su vida, en vez de que la tomes tú por ellos.

Lobsang respiró hondo.

—Lo intentaré, Agnes. Lo intentaré.

El capitán Boss, claramente frustrado por aquel recibimiento, cedió la palabra a una de sus oficiales, una mujer de cuarenta y muchos años, delgada, morena y atildada.

—Me llamo Margarita Jha. Capitana de corbeta de la Armada de Estados

Unidos. Soy la oficial científica jefa a bordo de esta nave, el *Cowley*. Como ha señalado el capitán, contamos con un amplio abanico de especialistas, civiles y militares, que han venido a estudiar los extraños fenómenos que padece este, su mundo. El director de su equipo es el doctor Ken Bowring, del Centro de Estudios Geológicos de Estados Unidos, cuya especialidad es la sismología. También tenemos meteorólogos, oceanógrafos, de todo. Disponemos incluso de un antropólogo que trabaja con el instituto SETI, encargado de la búsqueda de inteligencia extraterrestre, que viene a estudiar a sus, ejem, inoportunos vecinos.

Jha hablaba bien y con fluidez, y a cambio se la escuchó con educación. Irradiaba un aire de mando del que más bien carecía su capitán, pensó Agnes.

—Pero —añadió Jha— mi propia especialidad es la biología. Ahí fue por donde empecé. Y como bióloga debo decirles que, por desgracia para ustedes, y sus hijos, animales y cosechas... y, en realidad, para todos los seres vivos oriundos de esta Tierra paralela en particular, ahora que la rotación acelerada ha alcanzado un período de unas veinte horas, hemos superado un límite fundamental.

»No pueden adaptarse a un día de esa duración o menos, como tampoco pueden el resto de los seres vivos. Los experimentos realizados como parte del programa espacial lo han demostrado: veinte o veintiuna horas son la duración mínima de día que podemos aguantar. —Fue contando los motivos con los dedos—. Hablo de que sus gallinas no pondrán como es debido. Las criaturas a las que llaman bolas de pelo, que salen de caza al amanecer... Ya las habrán visto deambular a trompicones como si estuvieran borrachas o colocadas, a horas equivocadas del día, para que luego se las zampen los pajarracos y demás depredadores, siempre que estos estén despiertos y funcionales. Las flores no pueden seguir el recorrido del sol. Hasta los árboles se resienten, a largo plazo. Su mundo posee una compleja ecología,

como sucede en toda la Tierra Larga, compleja y hermosa. Pero esa ecología depende de un ciclo diario de veinticuatro horas. Me temo que pronosticamos una considerable mortandad, y pronto. Y eso es antes incluso de que empecemos a hablar de los efectos del vulcanismo que empieza a dejarse notar: los incendios, las nubes de ceniza que rebajan las temperaturas, los gases tóxicos que ya pueden oler... Todos nos acordamos de Yellowstone, ¿no es así? Ken Bowring les hablará del tema.

»Amigos, no son solo sus vidas las que se han visto afectadas. De lo que hablamos en este mundo es de una variedad peculiar de suceso de extinción. Y ustedes han tenido la gran desgracia de que su localidad se haya visto envuelta en él.

El capitán Boss dio un paso al frente.

—Gracias, capitana de corbeta. Una claridad admirable. ¿Alguna pregunta?

Oliver Irwin seguía de pie. Paseó la mirada por sus vecinos.

—Seguro que hablo por todos nosotros cuando pregunto qué vamos a hacer al respecto, capitán. —Alzó la vista hacia el navío militar—. ¿Qué van a hacer ustedes al respecto?

—Bueno —respondió Boss—, a largo plazo pretendemos seguir estudiando este fenómeno, o este grupo de fenómenos relacionados, lo mejor que podamos. Pero a corto plazo vamos a tener que sacarles de esta roca y llevarles a ustedes, sus hijos y todas sus pertenencias a un lugar seguro. Sé que tienen cabañas paralelas, pero entiendo que este mundo en concreto era el centro, para ustedes. Les llevaremos allá donde quieran ir. —Luego añadió con una sonrisa forzada—: Miren, no dejaremos a nadie atrás. Salvaremos a sus mascotas y hasta a sus animales de granja. El twain es una nave muy grande.

Oliver se puso tenso, y los lugareños empezaron a murmurar.

Agnes gimió.

—Este joven no entiende nada.

—Señor, capitán Boss —replicó Oliver Irwin—, permita que le diga una cosa. Esto no es una «roca», ni un «centro». Esto es nuestro hogar. Y cuando le pregunto qué va a hacer al respecto, no quiero oírle decir que tenemos que huir y escondernos. —Un murmullo de aprobación de sus vecinos—. Nosotros no nos rendimos. Somos estadounidenses y somos pioneros. Por eso estamos aquí. Por eso vamos a quedarnos aquí. Y si no pueden ayudarnos —concluyó entre gritos de apoyo—, les ruego que hagan lo que Al Todd les ha pedido y dejen de hacer sombra a sus remolachas con esa nave tan grande que tienen.

—¡Sí, señor!

—Bien dicho, Oliver.

Boss miró a Jha con expresión de impotencia.

La oficial científica volvió a dar un paso adelante.

—Les comprendemos, señor. De verdad. A la Armada de Estados Unidos tampoco le entusiasma rendirse. Pero ni siquiera sabemos con qué nos las vemos aquí.

—Son esos condenados escarabajos plateados —interrumpió Angie Clayton—. Eso está más claro que el agua.

—Pero no sabemos casi nada sobre ellos —apuntó Boss—. Saben que hemos hecho un recorrido con el *Cowley*. Hemos cubierto gran parte de este continente, esta huella de Norteamérica. Las criaturas a las que llaman escarabajos están construyendo... algo. Como inmensos sistemas de carreteras. Lo que no sabemos es por qué hacen todo esto, qué propósito tiene esa red. Y a menos que podamos averiguar por lo menos eso...

Lobsang suspiró.

Agnes le tiró de la manga.

—Lobsang. No.

—... ni siquiera podemos predecir lo que sucederá a continuación...

—Tengo que hablar —murmuró Lobsang.

—George no lo haría. Estate quieto.

—... no tenemos ninguna clase de control sobre nada de lo que...

—Pero yo sí —anunció Lobsang. Se puso en pie, serio.

Agnes se tapó la cara con las manos. Oliver lo miró fijamente. Ben parecía atónito.

El capitán Boss miró hacia él.

—Lo siento, señor... ¿Abrahams, verdad?

—George Abrahams. Yo sí sé lo que están construyendo los escarabajos. Es un motor de Dyson.

—¿Un qué?

—Quizá sea mejor que me deje hablar con sus científicos. —Y Lobsang pasó por delante de Oliver Irwin en dirección a la tripulación, como si tomara el mando. Tal y como Agnes se había temido.

Al Todd se puso en pie y señaló.

—¡Sí, adelante, Abrahams, campeón! Siempre supe que tenías algo raro. Todos nuestros problemas empezaron el día en que apareciste por aquí. ¡Sería mejor que te largaras con viento fresco en esa bañera de la Armada!

Los asistentes empezaron a dispersarse. Reinaba un estado de ánimo de frustración y cólera. Ben miró a Agnes con los ojos como platos.

—¿Agnes? ¿Habla en serio el señor Todd?

—No, Ben. Está enfadado, nada más. No quiere decir nada. Ahora ven conmigo mientras George está ocupado, que esas gallinas no se pondrán la comida ellas solas...

—¿Dyson? ¿Se refiere a Freeman Dyson? —El hombre planteó la pregunta cuando aún estrechaba la mano de Lobsang.

—Un poco de educación, doctor Bowring —murmuró Jha—. Primero, las presentaciones. Señor Abrahams...

—En realidad yo también soy doctor.

—Mis disculpas. Doctor George Abrahams, le presento a Ken Bowring, Centro de Estudios Geológicos de Estados Unidos. Como he dicho hace un momento, el doctor Bowring es el director de nuestro equipo científico civil.

—Freeman Dyson, en cualquier caso. Se refiere a él, ¿verdad? Venga, acompáñeme, señor, por favor. Me gustaría enseñarle los datos que estamos reuniendo, las interpretaciones que hacemos.

Margarita Jha no sabía qué pensar de ese tal Abrahams. Era alto y delgado, un poco mayor para pertenecer a una de las primeras generaciones de una comunidad tan nueva, tal vez. Pero había algo en él que no encajaba del todo. Su acento era básicamente de la costa este estadounidense, pensó, pero la entonación no acababa de cuadrar, como si la estuviera forzando. Su rostro apuesto pero bastante anodino parecía inexpresivo... o más bien era como si las expresiones siguieran a su desencadenante emocional al cabo de un intervalo perceptible, como si precisaran un impulso consciente. A lo mejor el tal Abrahams era un excéntrico y nada más. La humanidad, esparcida a lo largo y ancho de la Tierra Larga, había empezado a divergir, en términos culturales, religiosos y hasta étnicos, y en todo aquel espacio le parecía que lo que en otro tiempo habría calificado de «excéntricos» se estaban convirtiendo

en la norma. Pero, aun así, Abrahams la intrigaba.

—Veamos —empezó Bowring—, usted es doctor en...

—Ingeniería. Mi tesis doctoral investigaba la comunicación con los trolls. Recibió el patrocinio de Douglas Black.

—Fascinante, fascinante —dijo Bowring, distraído—. Con el hundimiento de las viejas instituciones académicas del Datum, tenemos que recurrir cada vez más a la generosidad de figuras como Black para financiar nuestra investigación. Aun así, el trabajo sale adelante. ¿Conoce a Black en persona?

—Hemos coincidido. Antes de que se retirase del mundo, o eso dicen que hizo...

Jha y otros miembros de la tripulación habían participado en otra misión de twain que había llevado a Black, en secreto y a petición suya, a un refugio que estaba mucho más lejos de lo que Bowring o Abrahams imaginaban, probablemente. No dijo nada.

Llegaron a la rudimentaria estación de trabajo que Bowring y su equipo habían montado, a la sombra del twain que flotaba en el cielo. Había mesas con caballetes cargadas de papeles, planos meteorológicos y mapas. También había muestras locales de flora y fauna. Todo aquello era una pálida imitación de la sección científica, más extensa, que había a bordo del propio twain.

Bowring habló de nuevo:

—Sin duda es un placer encontrarle en esta Tierra, doctor Abrahams. Llegando en frío a una situación como esta, solo podemos avanzar hasta cierto punto dentro de un plazo de tiempo fijo. Sin ánimo de ofender a la gente de aquí, sus vecinos parecen un grupo de buenas personas, inteligentes y decentes. Pero contar con un hombre de formación científica que lleva sobre el terreno unos cuantos años...

—Lo entiendo.

—Hábleme de ese «motor de Dyson».

—¿Tienen un mapa del mundo? ¿O alguna clase de imagen global?

La tripulación de la Armada había recorrido el continente a bordo del twain, y había enviado cohetes sonda para obtener vistas desde mayor altitud. Había incluso un puñado de satélites orbitales sencillos, aunque todavía no habían producido un estudio planetario completo. Había diversas maneras de contemplar el resultado: tenían mapas en papel, imágenes electrónicas, estudios fotográficos. La favorita de Jha era una esfera que podía manipularse, una pelota de baloncesto que habían tomado prestada de la tripulación sobre la que habían pegado un mosaico fotográfico proyectado. Era muy parecida a un globo terráqueo de cualquier mundo paralelo, a excepción del reajuste local particular de los continentes: la brecha entre América del Sur y del Norte, la vía marítima global que, partiendo de la costa atlántica, recorría el Mediterráneo y salía al sur atravesando Arabia. Eso y el verde omnipresente de los bosques que llegaban hasta las regiones polares, por el norte y por el sur.

Pero en aquel globo también se apreciaban las marcas de las anomalías, en colores falsos. Unas franjas naranjas chillonas alrededor de la costa de los continentes mostraban los daños por tsunamis. Unas peculiares fracturas rodeaban el Pacífico, dividían el Atlántico longitudinalmente y recorrían los océanos meridionales, viajando en dirección sur y este a Australasia desde el nordeste de África. El planeta parecía un jarrón agrietado, pensó Jha. Las grietas eran enormes fallas tectónicas, ristas de volcanes y terremotos. Y lo más llamativo de todo eran las cintas de plata que recorrían el ecuador y otros paralelos al norte y el sur.

Abrahams cogió la pelota de baloncesto y pasó un dedo por esas líneas plateadas.

—He visto unas cuantas de estas. Hice mi propio viaje al sur en twain y vi

lo suficiente para deducir lo demás. Podrán comprobarlo por ustedes mismos. Freeman Dyson era un ingeniero del siglo xx que pensaba a lo grande. Trabajó en el Proyecto Orión, que trataba sobre cómo usar bombas H de diseño militar para propulsar una nave espacial. Y dio con al menos un plan conceptual sobre cómo acelerar la rotación de un mundo. —Señaló las cintas longitudinales—. Se envuelve el mundo con tiras conductoras y pasamos por ellas una corriente eléctrica para generar un campo magnético alrededor del planeta, un campo con forma de toro, de rosquilla. Se crea otra corriente eléctrica que atraviese el planeta de un polo a otro y se cierra el circuito con un arco a través de la magnetosfera. Eso causa las auroras que hemos podido observar desde tierra. Y entonces se pone en marcha un caudal continuo de vehículos espaciales, que empiezan en órbitas altas para luego bajar en espiral por el campo toroidal.

—¿Vehículos espaciales?

—Basta que sean sencillos. Enormes, pero sencillos. Fragmentos de roca lunar, por ejemplo, envueltos en alguna clase de manto conductor. En mi recorrido en twain, llegamos al ecuador. Vi rocas como esas en el cielo. Ustedes también las habrán detectado.

—Sí. También hemos estudiado la luna, desde la que se están lanzando claramente proyectiles de esa clase.

—Y hace años que se lanzan, desde que llegamos mi esposa y yo. La explicación física es trivial. Las rocas proyectadas llegan, son arrastradas por el nuevo campo magnético de la Tierra y, una vez acopladas, tiran de ella. Cada roca acelera la rotación del planeta, mínimamente. Después, cuando llegan a su órbita más baja, empiezan a empujar contra el campo magnético del planeta para emprender la espiral de salida y, una vez más, propinan al planeta otro mínimo empujoncito. En teoría, es como si hubieran convertido la Tierra en el almacén de un enorme motor eléctrico. —Observó sus caras,

en busca de comprensión.

—Creo que lo entiendo —dijo Jha—, por lo menos metafóricamente. Tengo una hija. Cuando era pequeña, en el parque de nuestro pueblo, en Oeste 5, había un carrusel, un sencillo disco de madera con barras para agarrarse que giraba sobre un pivote. A los niños les gustaba pasar corriendo por al lado. Cada uno agarraba una barra y la soltaba, y con cada tirón el carrusel giraba un poco más deprisa.

—Esa es la idea.

Bowring sorbió aire por entre los dientes.

—O sea que el mundo está girando más deprisa. ¿Qué pasa con la conservación del impulso? ¿De dónde sale la rotación extra?

—No dispongo de instalaciones para observar como es debido —respondió Abrahams—. A lo mejor ustedes sí. Parece que los objetos que pasan volando acaban dirigiéndose hacia el Sol. Lo más probable es que, una vez allí, aprovechen la gravedad, aunque a lo mejor usan velas solares, para efectuar un paso a distancia mínima y así cosechar impulso angular del Sol y volver para dar otra pasada. Se trata de un proceso lento para una roca individual, que debe de tardar meses, o años, en completar una órbita, de la Tierra al Sol y volver. Pero si hay una serie de rocas así, el efecto acelerador se vuelve continuo.

—A ver si me aclaro —dijo Jha—. Las cintas latitudinales y los campos magnéticos que crean son maneras de acoplar a la Tierra esos aerolitos. Pero lo que sucede en realidad es que, por medio de ese caudal de rocas, parte de la rotación del Sol se transfiere a la Tierra.

—Del impulso angular del Sol, sí. Y de su energía cinética angular.

—Eso. Un montonazo de energía —añadió Bowring con tono dubitativo. Abrahams sonrió con cara de comprensión.

—Eso depende de la perspectiva. Pongamos que se doblara la tasa de

rotación de esta Tierra, que se redujera el día a doce horas. Haría falta el cuádruple de su energía angular original. Pero alcanzar esa cifra exigiría tan solo treinta minutos de la producción total de energía de fusión del Sol. Para nosotros es mucho, pero si puede explotarse una fuente tan gigantesca como el Sol...

Bowring adoptó un tono lúgubre.

—Bueno, los daños se están dejando notar. Doctor Abrahams, seguro que se imagina la clase de efectos que la rotación acelerada está causando en este mundo en su conjunto. Toda Tierra es, en pocas palabras, una bola de líquido: el núcleo de hierro y el manto. La corteza sólida no es más que una fina piel tendida sobre ese interior líquido. Por debajo de los continentes, la corteza tiene tal vez cien kilómetros de grosor, comparados con el radio terrestre, que mide unos seis mil quinientos kilómetros. Es como si la Tierra fuese una gran bola de crema quemada.

»A causa de su rotación, y me refiero a la de siempre, la de veinticuatro horas, todas las Tierras están deformadas, un poco achatadas, demasiado anchas por el ecuador para ser una esfera perfecta. En circunstancias normales, eso no supone ningún problema. Y lo natural es que la rotación vaya cambiando de todas formas, porque frena poco a poco a una escala de tiempo geológica. La corteza sólida tiene la oportunidad de ajustarse a la deformación.

»Aquí eso no sucede. En los pocos años transcurridos desde que empezó a acelerarse la rotación, la deformación de la corteza, por lo menos en el ecuador, ha aumentado en unos trece kilómetros. No suena a mucho, pero la corteza del lecho oceánico solo tiene unos cinco kilómetros de grosor, de manera que...

Abrahams recorrió con un dedo las líneas irregulares que cruzaban y bordeaban los océanos en la pelota de baloncesto convertida en globo

terráqueo.

—Fracturas en el lecho marino.

—Eso me temo. Existen fallas naturales allá donde el lecho marino se expande, como sucede a lo largo de la espina dorsal del Atlántico, y allá donde las placas tectónicas oceánicas topan con los continentes, como pasa en las costas del Pacífico. Ahora esas fallas se están resquebrajando, se abren, y eso provoca temblores y actividad volcánica. Si están debajo del agua, pueden producir unos tsunamis atroces que golpean las zonas costeras.

—El olor a azufre que flota en el aire. —Abrahams sonrió pesaroso—. El aroma de Yellowstone. Unas puestas de sol preciosas. Síntomas de un mundo que se deshace por las costuras. Y malas noticias para alguien como yo, que solo vino buscando una temporada de tranquilidad cuidando de la granja.

Bowring parecía impaciente, incómodo.

—Debo recalcar una vez más que todo esto son, en buena medida, conjeturas, extrapolaciones. Tenemos tan pocos datos... Esto no es el Datum, que está, o mejor dicho estaba, antes de Yellowstone, saturado de equipo de observación de toda clase. Redes de sismómetros, por ejemplo. Yo mismo trabajé en la red sísmica de gran apertura de Montana, que era un instrumento exquisito. Y por supuesto, el clima lo estudiaban buques, aviones, satélites y estaciones meteorológicas con cobertura global. Aquí solo contamos con nuestra única plataforma de observación en el *Cowley*, un puñado de localidades diminutas como la suya, doctor Abrahams, con perdón, y las pocas observaciones que recojan los instrumentos que podamos emplazar. Necesitamos gravímetros que midan la distorsión morfológica planetaria, láseres con visibilidad directa para medir esa distorsión.

—Sé que haces todo lo que puedes, Ken —le aseguró Jha—. Como todos nosotros.

Bowring gruñó con evidente insatisfacción.

—Por lo menos nosotros podemos hacer algo. A mí, en particular, me formaron como es debido, antes de Yellowstone, pero las instituciones científicas del Datum no han llegado a recuperarse del volcán. Los científicos de la próxima generación serán unos aficionados, siendo generoso. Entonces no tendremos ninguna esperanza de comprender algo como esto.

—Bien —dijo Abrahams—, ya hemos hablado del qué. ¿Ustedes andan algo más cerca de comprender por qué está pasando esto?

—Bueno, por lo menos nos planteamos la pregunta. Venga a ver...

El escarabajo de plata estaba muerto, de eso no había duda.

Yacía boca arriba sobre una mesa. Habían extraído las bolsas de gas de su vientre verde y, después de retirar con cuidado las secciones de su armadura plateada y dejarlas a un lado, habían rajado ese caparazón que parecía de cerámica negra y separado los bordes para revelar la pulpa verdosa que había debajo.

—Debo recalcar que no matamos a este bicho —aclaró Bowring—. Encontramos este cadáver...

—O esta unidad inactiva —le corrigió Jha—. Todavía no hay consenso sobre si estas criaturas están vivas o no.

—Muy bien. A este lo encontramos en la gran mina agotada que ustedes llaman la Galería. Claramente inactivo. No tenemos ni idea de qué le pasó o cuánto tiempo lleva muerto allí. No tenemos ni idea de cómo funcionan los procesos de descomposición de estas criaturas.

—Como tampoco sabemos si está muerto —apuntó Jha secamente.

—Cierto, cierto. Cuesta mucho no antropomorfizar. Sobre todo cuando se ve a uno derecho, mirándote con esa inquietante cara tipo máscara.

—Ustedes los colonos los llaman «escarabajos» —le dijo Jha a Abrahams

—. He oído que los científicos los han bautizado como «ensambladores». Los marines que están a las órdenes de la coronel Wang dicen «bichos».

—Pero no sabemos cómo se llaman ellos mismos porque no quieren hablar con nosotros —añadió Bowring, que parecía exasperado—. Creemos que son capaces de comunicarse, doctor Abrahams. En fin, no puede ser de otra manera si realizan proezas de ingeniería tan complejas como los viaductos. Creemos que son individuos. Dan muestras de comportamiento individualista, como los primeros que descubrieron los niños locales, que empezaron a intercambiar pedazos de roca por piezas de joyería escarabaja. Podría considerarse que aquello fue una especie de comunicación preliminar, por llamarlo de alguna manera, presimbólica. Podría verse incluso como una especie de juego.

—¿Juego? —repitió Abrahams, intrigado—. Eso no se me había ocurrido.

—Un juego, sí. Es evidente que su análisis mineralógico de este mundo ha sido muy concienzudo, por lo que cuesta imaginar que un puñado de muestras al azar entregadas por niños sin formación pueda revestir algún valor real. Eso nos da un atisbo de esperanza de que tal vez logremos llegar a ellos. Y de que no son malvados. No si pueden ser juguetones.

—Hum —musitó Abrahams—. Hasta los conquistadores españoles amaban a sus hijos, doctor Bowring. Y los nazis también, probablemente.

—Eso es verdad. En cualquier caso, hasta ahí hemos llegado. Ha venido con nosotros uno del SETI que está intentando que reconozcan números primos con símbolos o montones de piedras. Ya sabe de qué va el tema: se supone que las matemáticas son el lenguaje universal. Los escarabajos se van sin más.

Abrahams se rio.

—Yo también me iría si alguien empezara a contar números primos delante de mí. Qué aburrido.

Jha se inclinó sobre el escarabajo que tenía en la mesa, con una mascarilla sobre la boca. La disección había avanzado mucho desde la última vez que había visto al espécimen, pero en el interior del cuerpo no distinguía nada más allá de una especie de masa esponjosa y homogénea.

—Solo soy una humilde bióloga vegetal, pero hasta yo puedo apreciar una ausencia de estructura interna aquí dentro. No hay nada que parezca un órgano, ni esqueleto.

Bowring se encogió de hombros.

—Creemos que la concha de cerámica actúa como una especie de exoesqueleto, para aguantar el peso. Y hay mucho peso que aguantar, porque esa sustancia esponjosa tiene una densidad muy alta. Hemos efectuado diversas exploraciones, con resonancias magnéticas y sonar. Hay estructura, pero es una especie de red con nodos identificables, y no un conjunto de órganos como en el cuerpo humano. La misma clase de estructura se extiende hasta la cabeza, que parece más una plataforma de sensores que una sesera. —Miró de reojo a Abrahams—. Lo que podría tener su importancia. El cráneo humano ha crecido a lo largo de nuestra historia evolutiva, pero aun así el espacio que tenemos aquí dentro es limitado. Además, la funcionalidad cerebral debe compartir espacio con extensas zonas dedicadas al procesamiento de la vista, por ejemplo.

—Hum —murmuró Abrahams—. Mientras que si estas criaturas tienen el cerebro en la barriga, por decirlo así...

—Hay sitio para crecer. Y si potencialmente son muy inteligentes, también son muy capaces. Fíjese en esto. —Bowring cogió una tableta que mostraba la imagen del brazo manipulador de un bicho. Deslizó la imagen para ampliar una sección.

Jha vio que las extremidades acababan dividiéndose en unos apéndices como palitos que parecían dedos. Pero esos «dedos» también se bifurcaban,

creando manipuladores todavía más finos.

—La subdivisión se prolonga hasta la escala nanométrica —señaló Bowring—. Creemos que estas criaturas podrían manipular moléculas.

—Lo llama «criatura» —dijo Abrahams—. Volvemos a lo mismo. ¿Esto es una criatura? ¿Es biológico?

—Como ha dicho la capitana de corbeta Jha, sobre eso hay división de opiniones. ¿Animal o robot? Mi teoría personal, por lo que pueda valer, es que se trata de una especie de cíborg muy avanzado. Y un diseño muy, pero que muy antiguo, hasta el punto de que la tecnología y la biología se han fusionado sin solución de continuidad. Las subestructuras manipuladoras, desde luego, parecen artificiales. Por otro lado, la morfología corporal básica parece un vestigio de algún origen biológico, por lo menos para mí. Quiero decir que no es eficiente. ¿Por qué no crear un cuerpo que fuese todo él una especie de robot modular? Así podrían desprenderse de subestructuras, unir varios cuerpos para formar estructuras más grandes... Sin duda, la capacidad de trabajar desde la escala molecular para arriba les confiere un enorme poder de manipulación. Doctor Abrahams, creo que un escarabajo podría crear cualquier cosa a partir de casi cualquier ingrediente, siempre que este tuviera la composición elemental adecuada.

—¿Incluida una copia de sí mismo?

—Sí. Sabemos que estas cosas se han... reproducido.

—Usando materiales obtenidos de forma local. Escarabajos creados con la sustancia de este mundo. Eso lo descubrí yo mismo. Esto es un replicador de von Neumann, entonces. Una máquina capaz de reproducirse.

—Entre otras capacidades, sí. Y cuando se combinan, salta a la vista que son capaces de realizar hazañas increíbles, como sus viaductos circumplanetarios.

—Pero estas criaturas no provienen de la Tierra, ni mucho menos —dijo

Abrahams—. De ninguno de los mundos de la Tierra Larga, quiero decir.

—Exacto —corroboró Bowring con tono ominoso—. Y por supuesto, nuestra mejor evidencia de su origen extraterrestre...

—Es el Planetario.

Y para llegar allí, para viajar desde la mundanidad de Nuevo Springfield a lo totalmente desconocido, la bien entrenada y armada tripulación de un twain de la Armada tuvo que someterse a cruzar cogidos de las manos de los niños del lugar, tal y como habían hecho Lobsang y Agnes desde el principio. Unos niños que habían averiguado cómo hacerlo ellos solos hacía años.

Margarita Jha se había plantado bajo aquel cielo alienígena varias veces desde la llegada del twain a Nuevo Springfield. No se había acostumbrado, ni esperaba hacerlo jamás. El destacamento de marines y científicos que trabajaba allí en el Planetario, en un pequeño campamento base de tiendas de campaña y mesas con caballetes —y un nido de ametralladora—, ofrecían una bienvenida dosis de normalidad. Había incluso un espacio para los chavales locales, el crucial enlace para cruzar, que disponía de comida, bebida, libros que leer y hasta juguetes.

En cuanto el grupo hubo cruzado, la coronel Jennifer Wang, que estaba al mando allí, se acercó a Jha con un enérgico saludo con la cabeza. Wang, comandante de la pequeña dotación de marines del *Cowley*, llevaba traje blindado y máscara antigás, aunque nadie tenía ninguna prueba de que esta última fuese necesaria, porque el aire del Planetario era benigno.

—Mi comandante.

—Todo parece tranquilo.

—Sí, mi comandante, es un día como cualquier otro aquí en la Central del Bicho. Los bichos nos dejan en paz y van a lo suyo. Cuidado con donde pisa, mi comandante.

—Gracias, coronel. —Un diálogo tan anodino como todos los que habían entablado, pensó Jha. Conocía a Wang desde hacía mucho tiempo, en realidad, desde que habían embarcado juntas como alféreces en el *Benjamin Franklin* a las órdenes de Maggie Kauffman, muchos años atrás.

Y aun así... ¡mira dónde estaban! Era inevitable pensarlo: ¿y si el puente

de gasa que acababan de cruzar para llegar allí se esfumaba tan de repente como cabía suponer que había aparecido? Pero allí estaban los marines, en aquel lugar extraordinario, y los jóvenes científicos del *Cowley*, todos haciendo su trabajo, bromeando y quejándose del rancho como si estuvieran en un campo de entrenamiento en una Iowa de las Tierras Bajas. Por supuesto, los muchachos locales no acusaban la menor preocupación. Jha reprimió sus propias elucubraciones siniestras. ¿Qué otra cosa podía hacerse?

Volvió con Abrahams y Bowring, que estaban contemplando el cielo estrellado.

—Está claro que este mundo no encaja —señaló Bowring—. No en esta cadena de mundos, en nuestra Tierra Larga. Vamos algo escasos de matemáticos en esta expedición —se lamentó—. A esos cerebritos no les gusta demasiado viajar. Pero, bueno, los que llevamos sugieren que estamos ante una especie de defecto en la Tierra Larga. Me refiero a su estructura en dimensión alta.

—Tiene que ser algo así —coincidió Abrahams.

—Me temo que no sabemos nada sobre eso todavía, ni sobre cómo ha podido pasar, ni sobre cómo arreglarlo. Vamos a necesitar a alguien mucho más inteligente que nosotros para averiguarlo.

—Cierto —replicó Abrahams secamente—. Pero no hay pruebas de que los escarabajos puedan cruzar, ¿verdad? Más allá del cruce en concreto que los lleva de la Galería al Planetario, quiero decir.

—Ninguna prueba —respondió Jha con tono severo—. Pero estamos atentos, por si acaso. El capitán ha destacado centinelas en los mundos vecinos. Parece que un puñado de estos bichos se coló en Nuevo Springfield procedentes de... otra parte. Bueno, de esta parte, dondequiera que esté. La cuestión es que ahora están usando los recursos de la Tierra de Nuevo Springfield para criar como ratas en un granero. No queremos de ninguna

manera que estos bichos crucen a otro mundo de la Tierra Larga y empiecen otra vez. O peor aún, que todavía se extiendan más.

—Una prudente precaución.

Habló Bowring:

—Pero estamos realizando avances con nuestras observaciones. —Señaló al cielo, a los abundantes discos de las estrellas. Muchas eran demasiado brillantes para mirarlas directamente, era como si se clavasen agujas finas en el ojo—. Es evidente que se trata de un mundo situado dentro de una agrupación globular, una nube densa de estrellas. La densidad va menguando si se mira más allá de la multitud, hacia fuera. Las agrupaciones son grandes bolas de estrellas, muy compactas, la mayoría de las cuales orbita en torno al centro de la galaxia, viajando como una sola gran masa.

—Pero ¿qué agrupación? —preguntó Jha—. ¿Han avanzado algo con eso?

—Resulta que sí —respondió Bowring con una sonrisilla—. Las agrupaciones varían en edad, metalicidad y tamaño, parámetros que podemos medir. Creemos, solo creemos, que esta es una agrupación globular llamada M15 en nuestros catálogos. Está a treinta mil años luz de la Tierra, lo que viene a ser igual de lejos que el centro de la galaxia. Es muy antigua pero bastante grande: cien mil estrellas hacinadas en un espacio de menos de un par de cientos de años luz de anchura. La verdad es que los astrónomos que tenemos a bordo están muy emocionados. Se cree que en el centro de esta agrupación acecha un gran agujero negro, un conglomerado de viejas estrellas muertas, supongo. Les flipa estar cara a cara con algo así.

—Pero no hemos venido a estudiar los agujeros negros —le reprendió Jha—. Nuestro principal objeto de estudio son los ensambladores. Lo que sea que parezca que están haciendo en este mundo.

—«Haciendo en este mundo» —repitió Abrahams—. Está claro que no son autóctonos de la Tierra. ¿Tampoco creen que sean oriundos de aquí?

Bowring se encogió de hombros.

—Cuesta afirmarlo con rotundidad, con las pocas pruebas que tenemos, pero ¿ve esas burbujas? —Señaló hacia el paisaje—. Hay bolas de aire por todas partes. Parecen biológicas, como los depósitos de flotación de las algas, aunque mucho más grandes, por supuesto.

—Sí.

—El contenido gaseoso de las bolsas coincide con el de los globos que ve enganchados a los escarabajos individuales. Y todos contienen un conjunto sutilmente diferente de gases de la atmósfera local, que de por sí no es muy distinta de la terrestre, motivo por el cual es respirable para nosotros. En las bolsas hay más dióxido de carbono, más compuestos sulfurosos, etcétera. Se parece bastante a una nube de contaminación industrial diluida, del apogeo del Datum.

—Terraformación —dijo Jha, que de pronto lo veía claro—. Creen que los bichos están fabricando una atmósfera diferente. No son nativos de este mundo. Lo están terraformando.

Bowring se mordisqueó los labios.

—Bueno, no es la palabra adecuada. No lo están asemejando a la Tierra, como haríamos nosotros. Crean unas condiciones que les convienen a ellos, cabe suponer. «Xenoformación» quizá sea un término más adecuado. Vinieron a este mundo a hacer que fuera como el suyo. —Miró a su alrededor e hizo una mueca—. Mírenlos, yendo en enjambre de un lado a otro. Cogen el material de este mundo y lo convierten en copias de ellos mismos. Qué asco, qué codicia.

—Puede ser —terció Abrahams—. Pero nosotros tampoco somos unos angelitos. Los exploradores europeos importaron sus animales de granja, sus alimañas y hasta sus aves cantoras a América y Australasia. ¿Qué han hecho los europeos sino convertir una fracción significativa de la biomasa de esos

continentes en cientos de millones de copias de ellos mismos? Igual que los escarabajos, aunque haya sido con métodos bastante más rudimentarios.

—Tienen un parecido alarmante con nosotros, pues —dijo Bowring.

—Entonces, si no son de este mundo, ¿de dónde vienen? —preguntó Jha.

—Bueno, solo tengo especulaciones.

Jha suspiró.

—Me da a mí que no tenemos tiempo de someterlo todo a revisión por pares, doctor Bowring. Adelante con las especulaciones.

—Creo que recorrieron el espacio hasta llegar a este mundo. Vamos, que no llegaron cruzando. Son viajeros interestelares. Miren allí arriba. —Señaló a su izquierda, hacia el cielo—. No sé si resultará o no visible para sus ojos. Yo no lo veo, pero los jóvenes sí, y los espectrómetros lo muestran a las claras. Las estrellas que hay en esa dirección, muchas de ellas, presentan un tinte verde.

—Esferas de Dyson —dijo Abrahams de inmediato—. O una especie de nubes, por lo menos. Otra de las grandes ideas de Dyson: estrellas rodeadas de artefactos llenos de vida. Escarabajos de plata, extendiéndose de una estrella a otra.

—Sí. Son expansionistas. Colonizadores, como siempre lo han sido los humanos. Eso es lo que distinguimos allí arriba, visible en el cielo mismo: una grandiosa onda expansiva de estas criaturas, procedente de algún punto en esa dirección, a su izquierda, es decir, hacia la periferia de la agrupación de estrellas. Supongo que es posible que ni siquiera sean autóctonos de la agrupación, pero desde luego se están expandiendo por ella.

»Este mundo en particular, la estrella local, debe de quedar cerca del frente de onda. Porque en aquella dirección —añadió señalando hacia su derecha— no vemos estrellas verdes.

—Vale —dijo Abrahams—. Pero no recorrieron el espacio para llegar a

Nuevo Springfield.

—No. Allí llegaron cruzando, igual que nosotros. Sospecho que toparon sin más con alguna especie de proceso de cruce curvado que llevaba a la Galería, y se descubrieron en esa Tierra en particular. Y la están tratando de forma muy diferente. Acelerando la rotación a toda máquina, en vez de cambiando el aire y toda la parafernalia que observamos aquí.

—¿A qué responde la diferencia?

—Pues la verdad es que tengo algunas ideas al respecto. —Bowring señaló directamente por encima de su cabeza—. Allí arriba, en el límite del frente de la onda colonizadora, vemos otra cosa orbitando alrededor de las estrellas. No es ni el mobiliario cósmico habitual, los planetas y asteroides de un sistema virgen, ni el verde que caracteriza el proceso colonizador de los escarabajos. Vemos otro tipo de nube, que orbita alrededor de algunas de esas estrellas. Grandes pedazos de forma irregular.

Abrahams silbó.

—¿Destrucción intencionada? —preguntó Jha, intrigada.

—Si no fuera un científico respetable, estaría dispuesto a conjeturar que allí, por lo menos, alguien está combatiendo la expansión de los escarabajos. Y quizá sea por eso que encontramos tanta actividad de los escarabajos, precisamente ahora, en la Tierra de Nuevo Springfield. No es ninguna coincidencia. Es porque nos han encontrado a nosotros. Han aprendido a prever resistencia. Y por eso han acelerado los planes de trabajo que tenían, cualesquiera que fuesen, para rematar la faena antes de que tengamos la oportunidad de oponernos, de pararles los pies.

»Por lo que respecta a cuáles son esos planes, como he dicho, en Nuevo Springfield parecen haber adoptado una estrategia diferente. Ese mundo no lo están xeniformando. ¿Qué pretenden, entonces?

—Creo que lo sé —dijo Abrahams—. Dyson no concibió su motor de

rotación como un fin en sí mismo. Pensaba en cómo construir sus grandes esferas, artefactos capaces de contener una estrella entera.

—Ah —dijo Bowring—. Y la única manera de conseguir materia suficiente para eso...

—Es dismantelar un planeta.

—¿Dismantelar? —La palabra, tan mundana, sorprendió a Jha—. Pero ¿eso cómo se hace...? Ah.

Abrahams respondió con tono siniestro.

—Haciéndolo girar cada vez más rápido, hasta que...

—Sí. —Jha respiró hondo—. Tengo que hablar con el capitán.

Abrahams dijo:

—Y yo tengo que hablar con mi esposa.

Wotan Ulm, profesor emérito de la Universidad de Oxford Este 5 y autor de las exitosas, aunque polémicas, memorias *Revisores expertos y otros idiotas: mi vida en el mundo académico*, había accedido a grabar una conferencia sobre replicadores de Von Neumann para que viajara a bordo del twain de la Armada estadounidense *USS Brian Cowley* como documentación para las misiones.

—...¿Esto está encendido, Jocasta? ¿Cómo que no te llamas Jocasta? Jovencita, tengo setenta y ocho años, la casa donde me crie está sepultada bajo diez metros de hielo y no tengo tiempo para tus monsergas. ¿Cómo? ¿Qué luz verde? Ah...

»Vale, los replicadores de Von Neumann. Son como una superimpresora 3D que fuese capaz de producir otra impresora 3D. Una máquina que puede copiarse a sí misma. ¡Mira, igual que tú, Jocasta! ¿Qué podríamos hacer con una tecnología como esa?

»¿Y si les digo que colonizar la galaxia?

»En el siglo pasado, en una época más inocente de feliz recuerdo, el físico Frank Tipler propuso una manera de que los humanos colonizásemos las estrellas, y encima sin gastar mucho. El plan de Tipler no exigía nada que fuese mucho más allá de los métodos de transporte a velocidades más lentas que la luz que hoy en día podemos concebir sin dificultad. Tal y como hemos hecho en nuestra exploración del sistema solar, empezaríamos con sondas no tripuladas. La primera oleada sería lenta, sin ir más rápido de lo que pudiéramos permitirnos.

»Pero las sondas serían autorreplicantes, ¿lo ven? Capaces de construir cualquier cosa, dada la materia prima suficiente, incluidas copias de sí misma. Y eso es lo más ingenioso. Ya antes el gran físico John von Neumann había demostrado que tales máquinas eran posibles desde el punto de vista teórico. Y a fin de cuentas, los seres humanos son capaces de replicarse con muy poco entrenamiento... ¿Ya había hecho ese chiste, Jocasta? Bueno, vale. Tengo setenta y ocho años, compréndelo.

»La cuestión es que, cuando esa sonda llegase a su destino, se posaría, echaría un vistacillo y criaría tal vez un puñado de colonos humanos a partir de un banco de semillas, esa clase de cosas, ya saben. Pero luego llegaría lo más crucial, que es que empezaría a construir copias de sí misma, una nueva generación de sondas que viajarían cada vez más lejos, hacia el centro y la periferia de la galaxia, en busca de su propio hogar.

»Cabe esperar que la migración siga adelante, extendiéndose en todas las direcciones a partir de la Tierra, de forma incesante una vez que ha empezado. Además, el proceso se financiaría solo, lo que sería música para los oídos de cualquier administrador universitario tacaño con el que tuviera la desgracia de topar. El motivo es que las colonias nuevas se construirían a partir de recursos locales, sin requerir nada de la Tierra. Basta con invertir en el coste de la generación inicial de sondas.

»Pero hay una trampa.

»Pongamos que empezamos a colonizar las estrellas, siguiendo el modelo de Tipler. La Tierra de pronto se encuentra en el centro de una esfera creciente de colonización, una esfera cuyo volumen debe aumentar en todo momento, si deseamos obtener una tasa de crecimiento constante. La punta de lanza, la onda colonizadora, tiene que extenderse cada vez más deprisa, devorando mundos y estrellas uno detrás de otro, a causa de la presión que llega desde detrás.

»Imaginemos, pues, un enjambre de robots replicadores de Tipler que se extiende como una onda por la galaxia, convirtiendo cualquier sistema estelar en desuso en copias de sí mismos, trabajando a un ritmo febril solo para mantener el impulso de la expansión. Aunque una sonda de ese tipo llegase a un sistema habitado, debería aplastar de inmediato cualquier vida nativa, para transformar en más autocopias todo cuanto encontrase en su camino. No tendría elección, no dispondría de tiempo para hacer otra cosa y a la vez mantener el ritmo de la expansión.

»¿Se trata de algo inviable, desde el punto de vista tecnológico? Ni mucho menos. Nosotros mismos casi podríamos construir algo así.

»¿Sería inmoral desencadenar semejante horror piramidal contra el resto del universo? La mayoría de la gente diría que sí, pero no preguntéis a un banquero.

»¿Es esto lo que parecen haber descubierto los colonos de ese mundo dejado de la mano de Dios en los Altos Megs, en su agujero en el suelo? ¿Un frente de onda de Tipler? Tiene toda la pinta, ¿no creen?

»¿Cómo dices, Jocasta? ¿Qué debe hacerse con Nuevo Springfield? Bueno, yo construiría un muro muy, muy alto alrededor de esos sujetos, metafóricamente hablando.

»Pero ¿basta con eso? Yo tengo setenta y ocho años, ya sabes...

Agnes sospechó desde el momento en que Lobsang anunció que tenía un plan.

—¿Un plan? ¿Un plan para qué? Lobsang, ya has tirado por tierra nuestra falsa identidad, o poco menos, plantándote ante todos esos oficiales de la Armada y tomando las riendas de la reunión.

—Bueno, no creo que importe. El universo no me está dando elección, Agnes.

—Bah, no te pongas pomposo. ¿Te crees que al universo le importas? Mira, Lobsang, piénsalo...

—¿Qué voy a pensarme? ¿Quiénes son estos escarabajos, estos bichos, para abalanzarse sobre un mundo y consumirlo para sus propios fines? ¿Para hacer desaparecer, en un visto y no visto, todo lo que fue y lo que podría haber sido, solo para alimentar otra pequeña etapa de su interminable expansión?

—Hum. Diría que tienes razón si no fuera porque eso es lo que ha hecho siempre la humanidad, como tú mismo me has explicado muchas veces en tus sermones.

—Eso es verdad. Pero ahora estamos nosotros en el camino de la marabunta. Y es evidente que hay personas, mentes de alguna clase, defendiéndose en el cielo del Planetario. ¿No hacen bien en resistirse? ¿No deberíamos nosotros por lo menos intentarlo?

Agnes meneó la cabeza.

—Puede que sí, puede que no. El caso es que no veo por qué tienes que

ocuparte tú. Además, ¿cómo vamos a defendernos de unas criaturas capaces de modificar mundos enteros?

—Una tecnología inferior puede asestar un golpe a otra superior, siempre que tenga arrojo y el factor sorpresa. Piensa en el capitán Cook —dijo Lobsang—. Los hawaianos lo mataron cuando desembarcó en sus islas.

—Para lo que les sirvió a largo plazo...

—Agnes, no creo que pueda salvar este mundo, pero a lo mejor puedo impedir que los escarabajos se extiendan más y amenacen a más mundos de la humanidad. Pero necesitaré ayuda.

—Ya has enviado a Sally y Joshua en alguna clase de misión, lo sé. — Aunque Agnes no estaba segura de qué cometido les había encargado.

—Sí, pero aunque tengan éxito en su empeño, no creo que vaya a ser suficiente.

—Entonces ¿qué? ¿Qué más quieres?

La respuesta de Lobsang fue sencilla:

—Los Siguietes.

Hablando de Joshua y Sally:

Cogidos de la mano, se recuperaron de su caída por el último sitio blando, el último defecto en la gran estructura enmarañada que era la Tierra Larga. Joshua descubrió que pisaba una tierra roja y arenosa, a la orilla de una masa de agua, un mar gris y revuelto, o un lago, tal vez. «Pisaba»: en realidad, cayó a cuatro patas de inmediato, como si le hubieran arrancado toda la energía. Además, un frío intenso penetraba hasta lo más profundo de su cuerpo, como si padeciera hipotermia, aunque allí el aire era cálido pese a ser seco, salado. Se acuclilló, se envolvió el cuerpo con los brazos e intentó aquietar el tembleque por la fuerza.

Eran los efectos secundarios de atravesar los sitios blandos. Joshua, que ya llevaba muchos años realizando viajes esporádicos con Sally, sabía que ella se había criado sabiendo de los sitios blandos y con una capacidad básicamente subconsciente para detectarlos y usarlos. La representación mental que mejor le funcionaba a él era imaginar la Tierra Larga como un collar de mundos que se extendía a lo largo de un orden superior de realidad, un collar por el que uno podía cruzar de un mundo a otro, en una de las dos direcciones que habían recibido los arbitrarios nombres de «este» y «oeste». Pero, al parecer, ese collar no era una simple ristra, sino que se enroscaba sobre sí mismo, cruzándose consigo mismo en nudos y cortes. De ese modo, para quien fuera capaz de ubicarlo bien, un sitio blando podía ser como un paso con las botas de siete leguas por la Tierra Larga, saltándose muchos mundos y, si se utilizaba como era debido, también una gran distancia

geográfica. Utilísimos si se sabían usar. Interesantísimos para los teóricos, además. Y jodidísimos para cualquiera que no fuese uno de los mejores cruzadores.

Joshua lo superaría; ya había pasado por eso otras veces. Pero cuanto mayor se hacía uno, más costaba. Y todas las veces sin excepción, de un tiempo a esa parte, el muñón de su brazo izquierdo, bajo la mano protésica, le dolía una barbaridad.

Sally, entretanto, ya estaba manos a la obra. Había dejado en el suelo su mochila, de la que había sacado una especie de pala corta con la que estaba cavando un agujero. Siempre había tenido más resistencia física que Joshua y, aunque durante cuarenta años él había sido la cara que todo el mundo asociaba con los cruces, Sally, con su dominio de los sitios blandos, se movía mucho más a sus anchas por la Tierra Larga que él. De todas formas, Joshua vio que la travesía la había afectado incluso a ella, porque sus movimientos al cavar eran rígidos.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó.

—Me aseguro de que no estemos en una isla.

—¿Una isla? Creía que estábamos buscando a Lobsang, no islas.

—Así es. Si quieres hacer algo útil, ve a mirar qué hay al otro lado de esa cresta.

—¿Qué cresta?

Sally hizo oídos sordos a la pregunta.

Cuando se sintió capaz, Joshua se levantó, dejó su mochila junto a la de Sally y echó un vistazo a su alrededor. Aquella playa estrecha terminaba, en efecto, en una elevación del terreno, vestigio quizá de unas dunas esculpidas por la erosión y el viento.

Caminó en esa dirección.

La arena que pisaba era fina, casi como polvo, y muy seca. Aun así, sus

botas se hundían a cada paso, lo que consumía otra porción de su energía. Por lo menos, parecía que estaban muy por encima de la línea de la pleamar, de ahí que la arena estuviera seca. Pero en aquella playa no había señales de vida, observó: ni tierra removida por las lombrices, ni algas, ni conchas, ni pájaros pescadores ni cangrejos deambulando por los charcos de agua más cercanos al mar. Tampoco había madera llegada con la corriente, y se preguntó cómo iban a preparar una hoguera.

El sol estaba en lo alto de un cielo lechoso y desteñido. Lo único que se oía era el suave batir de las olas y el roce de la pala de Sally. Un mundo inerte.

Para cuando llegó a la cumbre de la cresta, le dolían las piernas y jadeaba. Desde allí arriba se descubrió contemplando un paisaje casi llano y de color pardo rojizo, cuya horizontalidad solo interrumpían los restos de aspecto cansino de unas colinas en el horizonte. Los únicos colores eran el verde grisáceo pálido de lo que parecía líquen sobre las rocas y un manchurrón violeta sobre la costra de un charco de barro situado a poca distancia tierra adentro. No había ni una brizna de vegetación a la vista, aunque sí columbró el azul grisáceo de un arroyo, o un río, que fluía a unos ochocientos metros de distancia hasta desembocar en el mar por otro punto. De modo que al menos podrían conseguir agua potable.

En su época había viajado muy lejos en la Tierra Larga, pero rara vez había visto un paisaje menos prometedor. Sin embargo, no había niebla en el aire y podía ver tierra firme hasta el horizonte en todas las direcciones. No estaba en una isla, a menos que fuese gigantesca.

Volvió a Sally con esa información.

—Bien —dijo ella, que se sentó, se frotó la arena de los brazos desnudos y bebió agua de una botella de plástico. Había cavado un agujero de una respetable profundidad de un brazo—. Y creo que he llegado lo bastante hondo para demostrar que ahí abajo no se esconde ningún caparazón. Por lo

menos con el trabajo he entrado en calor.

«¿Un caparazón?»

—¿Por qué te preocupa tanto que estemos en una isla? —Después de tantos años, Joshua aún se enfadaba cuando Sally se le ponía críptica—. ¿Dónde estamos, Sally?

Ella cerró los ojos.

—Memoricé el número exacto. Tierra Oeste 174.827.918.

—Mierda. ¿Ciento setenta y cinco *millones*?

—Eso, según el catálogo recopilado por el *Armstrong II*, el dirigible de la Armada que pasó por aquí hace más de una década. Puedes creerte el número o no. Hay gente que piensa que la Tierra Larga se vuelve... caótica cuando se trabaja con escalas lo bastante grandes, y la simple numeración deja de funcionar. Aunque eso tampoco importa mucho, ¿verdad? Mientras uno sepa adónde va.

—Como lo sabes tú, evidentemente. Pero aun así, Sally, yo nunca llegué tan lejos, ni por asomo.

—Lo sé.

—¿Y por eso me siento tan hecho polvo?

—Exacto.

—¿Y crees que aquí encontraremos a Lobsang? —Se refería a la unidad itinerante que habían dejado atrás en la Tierra Oeste dos millones y pico veintiocho años atrás, cuando había partido con una entidad que se hacía llamar Primera Persona Singular.

—Sé que lo encontraremos —respondió Sally con su habitual tono de impaciencia—. Por eso te he traído.

—Vale. ¿Y ahora qué? Supongo que podría ir a por agua. Hay un arroyo en esa dirección.

—Adelante.

—No veo madera para una fogata.

—Por las noches no hace frío. Además, no hay bichos sueltos a los que ahuyentar. Por lo menos en tierra firme. Con un cobertizo y nuestras mantas de supervivencia será suficiente.

—Imagino que tampoco habrá caza por aquí. Ni pescado en el océano.

Sally se encogió de hombros.

—Podemos sobrevivir con nuestras raciones durante unos días, Joshua. En caso de necesidad podríamos procesar el lodo bacteriano. Pero no nos quedaremos mucho tiempo, solo el suficiente para encontrar a Lobsang... o que él nos encuentre a nosotros.

—¿Y eso cómo lo hacemos?

—Lo tengo todo controlado, Joshua. —Metió la mano en la mochila y sacó un pequeño radiotransmisor—. Una radio de onda corta. Nuestras señales rebotarán por el planeta. Lobsang lo oirá. Ve a llenar las botellas de agua. Te dejaré montar la antena, si quieres, que es plegable. Sé que a los chicos os gustan los juguetes.

Pero Joshua había dejado de escucharla.

El mar ya no era una extensión uniforme. De repente, al parecer, había una isla no muy lejos de la costa, una insignia verde y amarilla en el pecho del agua gris. Señaló.

—¿Cómo se me ha pasado eso por alto?

Sally murmuró:

—No te castigues. Antes no estaba ahí.

Solo entonces se le ocurrió a Joshua buscar los prismáticos en su mochila.

En la isla, a través de los binoculares, distinguió un surtido de vida que no se parecía a nada que hubiera visto en el continente por el momento. Más allá de un tramo de playa, había bosquecillos y movimiento de animales: seres que parecían caballos, pero en pequeño, casi del tamaño de un perro. Incluso

en el agua cercana a la orilla se apreciaba cierta turbulencia, causada a todas luces por seres vivos.

Y esa «isla» tenía una estela.

Sally lo observaba.

—¿Entiendes lo que ves?

—Claro. —Sonrió sin poder evitarlo—. Es tal y como Nelson Azikiwe lo describió. Me dijo que Lobsang lo llevó a ver a una criatura como esta, en la costa de Nueva Zelanda pero mucho más cerca de casa, como a setecientos mil mundos o así.

—A aquella, Lobsang la llamó Segunda Persona Singular. En realidad era un ejemplar mucho más típico de esa clase de criaturas que la que nos encontramos nosotros, la que se hacía llamar Primera Persona Singular. La que te cogió cariño.

Solo porque Joshua, de alguna manera, con su extraña sensibilidad casi de troll para detectar la presencia de otras mentes, había podido captar sus pensamientos, incluso a través de la gran distancia de la Tierra Larga. Unos pensamientos que para él habían sido como el tañido de un gran gong, cuyo eco resonara desde más allá del horizonte, unos pensamientos preñados de desconcierto y soledad. Y ella, a su vez, también había detectado la presencia de Joshua, al parecer.

—Primera Persona Singular no era normal —añadió Sally—. Era la que salió rara. De ahí la atracción mutua contigo, sin duda. Lobsang bautizó a esta clase de criaturas como «atravesadoras».

—Y por eso hemos venido aquí. Sally, está pasando algo.

El agua que rodeaba la isla estaba bullendo, cada vez más turbulenta. Joshua vio que su perfil se reducía, casi como si la isla se viniera abajo sobre ella misma, y los árboles que crecían en las rocas y la tierra que se había acumulado sobre el lomo de la criatura móvil temblaron y se zarandearon.

—Se hunde —señaló Joshua.

—Sí. Vuelve a sumergirse. Es lo que hace. No dejes de mirar...

En ese momento, Joshua vio con sus prismáticos que, en el suelo de la isla, se abrían unas aletas de un extraño material rugoso, grandes, irregulares y articuladas sobre una especie de músculo, como la concha de una almeja. Los tímidos caballitos galoparon hacia las aletas y descendieron atravesándolas sin ninguna vacilación, hasta desaparecer de la vista de Joshua en el interior de la bestia isleña. Las aletas se cerraron a cal y canto en el preciso instante en que las primeras olas llegaban a su posición.

Y entonces la isla se hundió sin más, deslizando bajo las olas su «orilla» en apariencia rocosa, sus árboles y su cargamento de fauna y flora hasta que solo quedó un remolino de agua agitada y un simple puñado de hojas dispersas sobre la superficie marina.

—Tal y como Nelson lo describió —comentó Joshua—. Me costó creerle.

—¿Ahora entiendes por qué quería asegurarme de que no estuviéramos en una isla? Este mundo es el origen, Joshua. De aquí vienen las atravesadoras. En realidad, la tripulación del *Armstrong II* comprendió bastante bien lo que vio aquí, porque habían leído las crónicas de la travesía del *Mark Twain* y en sus informes lo explicaron más o menos bien.

El equipo científico del *Armstrong* había observado complejidad biológica en ese mundo y los vecinos. Allí había más que líquen y lodo bacteriano, si se buscaba bien. Pero esa complejidad no se expresaba como en el Datum, organizada en vegetales que iban desde las hojas de hierba hasta las secuoyas, o animales que incluían desde los anfibios más pequeños hasta los caballos, los humanos, los elefantes y las ballenas azules. Allí la complejidad se manifestaba en el nivel global, o casi. Como si la evolución de la vida se hubiera saltado un paso, directa del lodo verde a Gaia.

Allí, en los lagos y los océanos nadaban unos organismos compuestos.

Cada uno de ellos era como una carabela portuguesa gigantesca: enjambres microbianos enlazados para constituir enormes y proteicas formas de vida. Eran islas vivientes. Y como había observado la tripulación del *Armstrong*, esos organismos compuestos a menudo alojaban a animales dentro de sus estructuras. Sin embargo, los animales, como los caballos en miniatura y otras criaturas que Joshua había visto, no eran nativos de ese mundo, sino que habían sido recogidos en alguna otra parte.

—Es posible que Lobsang lo entienda mejor a estas alturas —dijo Sally—. Supongo que tiene que ser así, después de tantos años.

—De modo que estamos en el mundo natal de las atravesadoras. ¿Por qué?

—Porque es aquí donde tiene que estar Lobsang. La última vez que lo vimos, al final de La Travesía, desaparecía rumbo al sol poniente a lomos de Primera Persona Singular, la atravesadora más poderosa de todas. ¿Dónde iba a estar si no?

Joshua bajó los prismáticos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora montamos nuestra radio, nos ponemos cómodos y esperamos. Va, Joshua, que la vida a solas en los Altos Megas siempre ha supuesto muchos ratos de espera. ¿Quieres jugar con mi antena o no?

De modo que se volcaron en sus actividades de pioneros, en el que quizá fuera el paisaje más desolado que Joshua hubiera visitado nunca.

—Un mundo que es como un tanque de privación sensorial —le dijo a Sally al cabo de un par de días. Los únicos momentos de emoción los ofrecieron varios supuestos avistamientos de la atravesadora que se demostraron todos ilusorios, después de aquella primera visita; solo eran sombras de nubes en el mar gris.

Hasta su quinto día en la playa, cuando volvió la atravesadora.

Y por algún motivo Joshua no se sorprendió en absoluto al ver que, cuando se abrieron aquellas aletas coriáceas y salieron las consabidas criaturas equinas a retozar al sol —y unas criaturas cérvidas, y otras osunas y otras caninas, y unos animales que parecían combinaciones contrahechas de todas esas formas conocidas, incluida una especie de estegosaurios pequeños—, después de todas ellas, una unidad itinerante salió a la luz caminando con toda tranquilidad, como si subiera por una escalera. La máquina de forma humana iba completamente desnuda, como una estatua andante, y aun así desde aquella distancia Joshua pudo observar pruebas de daños: le faltaba un brazo entero.

—Vosotros dos —dijo la unidad con tono sereno desde el otro lado del agua—. Quién si no vosotros dos.

—Se ha acabado el recreo, Lobsang —replicó Sally, y Joshua creyó captar un deje de sincera tristeza en su voz.

Se sentó con ellos en su tosco campamento en aquella playa desolada.

Aceptó incluso una parte de sus raciones. Sally le dio chocolate y una taza de hojalata llena de café preparado en su pequeño fogón de energía solar.

—Ñam, chocolate —dijo él mientras mordía la tableta que sostenía con la mano izquierda. Le faltaba el brazo derecho del hombro para abajo—. Ya me conoces, Joshua. Siempre he disfrutado con la comida. Por lo menos esta versión de mí. No respondo de mis posteriores iteraciones, y han pasado veintiocho años desde que participé por última vez en una sincronización. Incluso durante el viaje a bordo del *Mark Twain*...

—Crema de almejas y ostras Kilpatrick —recordó Joshua.

Sally resopló.

—Los viejos tiempos al volante del Bluesmóvil. Treinta años separados y no habéis cambiado.

—De un tiempo a esta parte —dijo Lobsang—, obtengo casi toda mi energía directamente del sol. —Se puso en pie, dio media vuelta y Joshua vio que en su espalda resplandecía una placa plateada que llegaba hasta la parte superior de sus nalgas: un juego de células solares—. Tomo el sol como una planta.

Joshua se fijó y vio que había otras modificaciones, aparte de aquel brazo perdido. El cuerpo desnudo no presentaba ni un solo vello, ni siquiera en las cejas. En algunos puntos parecía que se hubiera parcheado la piel. Joshua no vio junturas, pero sí partes donde la tonalidad no acababa de ser la misma que el bronceado pálido general. Y los genitales habían desaparecido,

reemplazados por un tapón metálico de aspecto bastante horripilante: una simple válvula de escape, en apariencia.

—También necesito sustento sólido, por supuesto. Bioquímica orgánica para mantener mi sustrato de gel. Puedo consumir bacterias y algas. Algunas de las atravesadoras de este mundo llevan árboles frutales y hasta tubérculos. Y en ocasiones me dejan consumir la carne de sus especímenes de animales fallecidos, si resulta apropiado. Si la muerte es resultado de un accidente, por ejemplo, y la carne no está en mal estado.

—¿Beicon? —preguntó Joshua.

—Cuando hay suerte.

—Lobsang, tu brazo... —señaló Sally.

—Sí —dijo Joshua—. Pero de lo que falta no es el brazo lo que me llama la atención.

Lobsang esbozó una sonrisilla.

—Te da repelús, ¿verdad, Joshua? —Se llevó la mano a la entrepierna y quitó el tapón como si tal cosa.

Joshua sintió una punzada solidaria en su propia entrepierna.

—Por favor.

—Recordarás que había sufrido daños en el transcurso de nuestra travesía. De modo especial cuando caímos en la Brecha. Y en los años que han pasado desde que me dejasteis con Primera Persona Singular, el tiempo me ha pasado factura. Eso y que esta unidad no fue diseñada para ser capaz de mantenerse sola sin un taller, sobre todo durante un período de varias décadas. Sacrifiqué el brazo, y otros órganos —dijo, con un guiño a Joshua— para conseguir repuestos. Dudo que pueda volver a pasar por humano. Pero tampoco imaginé que fuera a necesitarlo.

—Bueno, me alegro de que hayas sobrevivido —dijo Joshua.

—Yo también —reconoció Sally a regañadientes—. Aunque no me

sorprende.

—Gracias por vuestros buenos deseos. Y ahora habéis venido a buscarme.

—Nos lo ha pedido Lobsang —explicó Joshua—. Me refiero al que te sustituyó, el que se compuso a sí mismo uniendo las iteraciones y copias de seguridad que habías dejado atrás.

—Vuestra mera presencia me permite deducir muchas cosas. Ha pasado algo.

Joshua adoptó un tono delicado.

—Podría decirse así.

—¿Llevamos las de perder? ¿La situación pinta mal?

—Es una manera de describirlo —dijo Sally—. Aunque eso suena a cita de una película. Vosotros dos nunca acabasteis de crecer, ¿verdad?

Joshua metió la mano en el bolsillo y sacó una memoria contenida en una pequeña cápsula.

—Lobsang, el otro Lobsang, me dio esto. Dice que contiene toda la información que necesitas.

Lobsang asintió con los ojos cerrados.

—Iré con vosotros, por supuesto, con independencia de lo que contenga esa información. Debo confiar en mi propio criterio, o sea, en su criterio. —Miró a Sally—. ¿Habéis viajado por una red de sitios blandos?

—Por supuesto. Y volveremos de la misma manera, si puedes aguantarlo.

—No tengo más remedio, ¿verdad? ¿Podéis concederme unas horas antes de que partamos? Después de tanto tiempo... tardaré un poco en despedirme de mi vida aquí. He aprendido mucho, desde luego, pero hay otro mucho que todavía me queda por comprender. Las atravesadoras evolucionaron aquí, en esta franja de mundos, pero vagan por toda la Tierra Larga, aunque pocas parezcan haber llegado hasta el Datum.

—Algunas seguro que sí —dijo Joshua con una sonrisa, antes de contarle a

Lobsang que una edición posterior de él había encontrado a una atravesadora y que la había bautizado como Segunda Persona Singular, que parecía haber llegado tan lejos en su vagar por la Tierra Larga que incluso podría haber acabado en los océanos del propio Datum, pues había recogido personas.

Lobsang hizo un gesto extraño, como si intentase aplaudir con una sola mano.

—Familias enteras viviendo en el vientre de la ballena. Qué maravilla. Pero, claro, los humanos se ajustan a la estrategia de muestreo. Se diría que existe cierta selectividad en lo relativo a las criaturas que interesan a las atravesadoras. Todos los animales son de un tamaño característico, dentro de uno o dos órdenes de magnitud respecto de un humano o un troll. Nada de roedores minúsculos, aunque es posible que algunos se cuelen a bordo de todas formas. Nada de pliosaurios o ballenas, en el otro extremo de la escala de tamaños. Su sistema de recogida es cuidadoso y selectivo, y no debería hacer daño a las poblaciones de las que recogen muestras. Primera Persona Singular, por cierto, era una excepción, una mutación. Se convirtió en una destructora, en vez de una recolectora de especímenes. Lo recogía todo, como un suceso de extinción móvil, intencional, consciente, que devoraba biosferas enteras...

—Hasta que no pudo seguir —dijo Joshua, haciendo memoria—. «Muestras.» «Seleccionar.» Haces que suene como si hubiera un propósito detrás de todo ello. Pero ¿qué propósito? ¿Crear un zoo? ¿Un arca?

—¿O una colección biológica, como Darwin a bordo del *Beagle*? Sospecho que, si conociera la respuesta a esa pregunta, Joshua, sabría mucho más sobre los misterios más profundos de nuestra existencia. Y sospecho que el interrogante más profundo no es cuál es el propósito, sino quién intervino en la evolución de estas criaturas para darles ese propósito.

Joshua reflexionó sobre lo que acababa de oír.

—Buena, Lobsang. Enigmático de manual.

Sally se levantó.

—Mientras vosotros reaviváis vuestro amor de colegiales, voy a dar un paseo.

Lobsang tenía la cara deformada, torcida. Joshua, que lo observaba con horror y fascinación, cayó en la cuenta de que intentaba sonreír.

—Lobsang, parece que hayas sufrido un ictus.

—Lo siento, no tenía espejos. Practicaré. No quiero asustar a nadie.

—No —dijo Joshua con tacto—. Menos que nadie, a tu hijo.

Lobsang encajó la noticia con calma, asintiendo sin delatar ninguna emoción.

—He estado ocupado, veo. No creo que esta vez baste con una simple sincronización.

—No lo creo, Lobsang.

—¿Damos un paseo?

De manera que Lobsang terminó sus preparativos y partieron rumbo a casa.

Pero para cuando Joshua, Sally y Lobsang finalizaron el largo viaje de regreso a Nuevo Springfield, la situación había empeorado mucho.

La expedición global había sido idea del capitán Boss. Pensaba seleccionar a un grupo de personas con experiencias y opiniones variadas, embarcarlo en el *Cowley* y efectuar con él un recorrido breve por aquel mundo doliente, antes de tomar una decisión definitiva sobre qué hacer con el problema de los escarabajos de plata. Joshua pensó que aquel capitán de la Armada estaba haciendo gala de instinto democrático o de indecisión, según el punto de vista.

De modo que el grupo se reunió a las afueras de Nuevo Springfield, dispuesto a embarcar en la gran aeronave que flotaba sobre sus cabezas, soportando la incómoda espera a que bajase la jaula elevadora.

Joshua miró a su alrededor. Aparte de él y Sally, todavía recién llegados a aquel maltrecho mundo, estaban los científicos de la tripulación del *twain* y sus pasajeros civiles. Agnes esperaba entre dos versiones de Lobsang, el adusto pionero en versión caballero mayor y el baqueteado robot explorador, parecidos y diferentes a la vez. Los Irwin, colonos de Nuevo Springfield, viajarían en representación de sus vecinos, que seguían esperando acontecimientos con testarudez en sus cabañas de los mundos contiguos. Era evidente que los Irwin hacían denodados esfuerzos por no mirar como pasmarotes a las unidades itinerantes; hacía poco que habían descubierto la verdad sobre sus vecinos animatrónicos.

El Lobsang recién llegado iba vestido con un mono de la Armada sin distintivo alguno y, por lo menos, resultaba fácil de distinguir de su gemelo. Por consideración hacia quienes debían mirarle, los defectos más aparatosos

en la piel visible de Lobsang se habían parcheado a toda prisa, pero seguía faltándole un brazo, de manera que una manga colgaba cosida y perfectamente doblada. De entre los presentes, solo George, Agnes, Joshua y Sally sabían que el brazo derecho no era lo único que le faltaba a aquella unidad itinerante. Para Joshua, los peores momentos habían llegado cuando las dos unidades habían intercambiado datos, al principio. Se daban la mano, o se miraban fijamente a los ojos, y Joshua imaginaba un caudal de datos saliendo en tromba de sus procesadores con base de gel a través del medio de sus palmas en contacto o en forma de destellos de luz entre los ojos, mientras sincronizaban su comprensión.

Y para completar el grupo, tenían entre ellos a un joven con bombín llamado Marvin a secas, de pie junto a una mujer de mediana edad de aspecto enérgico, recio y competente que se llamaba Stella Welch. De ropa y habla sencillas, eran representantes de los Siguietes a los que Lobsang había convocado de alguna manera. A Joshua le parecieron muy normalitos, pero él solo había conocido a Siguietes inmaduros como Paul Spencer Wagoner. La crema solar, las gafas de sol y los sombreros de ala flácida que todos debían llevar al aire libre —los vientos extremos habían proyectado el vapor de agua hasta lo más alto de la estratosfera y habían roto la capa de ozono— no contribuían en nada a la autoridad de los Siguietes.

—Me imaginaba a unos vulcanianos —confesó Joshua a Sally.

Ella puso los ojos en blanco.

—Míranos. Menuda tripulación. Tres androides, los empollones de los científicos, dos lumbreras con pinta de panolis, un matrimonio de granjeros desconcertados y dos inadaptados sin remedio como vucencia y yo, Joshua.

—Es como una gira de reencuentro de los Traveling Wilburys —comentó Agnes secamente.

Eso hizo reír a «George».

Su gemelo manco «Lobsang», sin embargo, parecía perplejo. Era otra diferencia entre ellos. A lo mejor sus conocimientos sobre los grupos de rock de finales del siglo xx, que siempre resultaban esenciales cuando se convivía con la hermana Agnes, habían sucumbido a la erosión durante las décadas que había pasado con las atravesadoras. En realidad, aquella copia perdida de Lobsang se había quedado patidifusa la primera vez que había visto a Agnes, y más aún al descubrir por qué sus sucesores se habían ocupado de reencarnarla. Los Lobsangs habían divergido de formas interesantes.

Los Irwin miraron en su dirección, como si la risa les ofendiera, que podría ser. Agnes había dado a Joshua cuatro pinceladas sobre la reacción cuando «George» por fin había revelado su verdadera naturaleza y la de Agnes. Lo único que ella había podido hacer fue pedir disculpas a los vecinos a los que había engañado... y que ahora mantenían a sus hijos alejados de ella como si fuera a convertirse en Terminator.

Y luego estaba Ben. Por lo que Joshua acertaba a entender, Agnes y Lobsang estaban haciendo pasar al muchacho por un lento proceso de suaves revelaciones. No iba a ser fácil en ningún caso. Por supuesto, aquel día, el día de la verdad, tenía que llegar para su hijo adoptado en algún momento, pero las circunstancias se lo habían echado encima, en mitad de una crisis más amplia.

Sí, aquel twain desde luego transportaría a una tripulación muy variopinta, pensó Joshua. Pero ¿quién si no iba a ocuparse de aquello? ¿Quién estaba mejor cualificado para manejar el problema?

Y nadie dudaba de la realidad del problema. Mientras esperaban, a Joshua le pareció que el sol de la mañana, un disco madreperla visible a ratos en el aire cargado de ceniza, se movía de forma perceptible, y que las sombras que proyectaba se desplazaban como la filmación acelerada de un reloj de sol. Los diversos temporizadores que había instalado el equipo científico de la

nave habían confirmado que la rotación de aquel mundo se había acelerado en los últimos meses hasta alcanzar la asombrosa cifra de doce horas, la mitad del día original. Incluso los dos Lobsangs habían renunciado a intentar calcular el torrente de energía que bajaba del cielo y predecir el punto final.

Por fin llegó la jaula elevadora. Lo celebraron con vítores descompasados.

Joshua Valienté no era amigo de los espacios cerrados, y desde luego no era amigo de las fuerzas armadas estadounidenses.

Pero aun así fue un alivio, en aquel día de principios de enero de 2059, despegar por fin del suelo de Nuevo Springfield, cobijarse de la abrasadora luz solar y encerrarse en el interior estéril y uterino del *USS Brian Cowley*. Joshua inhaló una profunda bocanada de aire limpio, reciclado, humidificado y filtrado, aire que no olía a nada salvo a electrónica, moqueta y betún reglamentario, un aire que no olía a muerte, a ceniza, azufre, podredumbre y humo de bosques quemados, que no hacía que dolieran los pulmones porque el mundo de ahí fuera estaba perdiendo hasta el oxígeno, pasto de incendios a escala continental.

El twain en sí también resultaba interesante para Joshua, que era un veterano de esa clase de aeronaves. La «cabina» de aquel dirigible de clase *Armstrong*, aunque la tripulación siguiera refiriéndose con ese nombre a su compartimento habitable, no tenía nada de cabina, sino que estaba contenida por completo dentro de la envuelta elevadora de trescientos metros, con galerías de observación en torno al ecuador de la nave que terminaban en el puente de mando situado en la proa misma.

Margarita Jha, la oficial científica jefe de la nave, acompañó al grupo de civiles de Springfield hasta una de esas galerías. Allí los esperaba Ken Bowring. El fornido sismólogo parecía estar disfrutando demasiado con

aquella experiencia, pensó Joshua. Pasó un ordenanza, un joven elegante, con bandejas de café, refrescos y agua.

Zumbaron unas turbinas lejanas, la gran aeronave se estremeció un poco, como si se desperezara, y se elevaron suavemente por los aires.

—Hemos levado anclas, pues —murmuró Agnes, mirando por la ventana.

Los Irwin, Oliver y Marina, se colocaron junto a uno de los grandes ventanales panorámicos y contemplaron el aire cargado de humo.

Ken Bowring dio un paso al frente.

—Entiendo cómo se sienten —dijo a los Irwin—, pero miren todo lo que ha cambiado en los años transcurridos desde que los bichos empezaron a acelerar la rotación. Ya ven cuántos daños se han causado, incluso aquí. — Señaló—. Los rasgos básicos del paisaje siguen en su sitio, por supuesto, y todavía conservan el nombre que ustedes les pusieron. Monte Manning, arroyo de Soulsby... Allí está la vieja casa de los Poulson, como la llaman ustedes. —El edificio al que se refería, el portal de los escarabajos, ocupaba ahora el centro de un complejo militar bajo continua observación y protegido por una nutrida dotación de soldados, donde grupos de científicos montaban guardia día y noche sobre aquel defecto del mundo—. Pero miren allí, donde antes estaba el bosque de Waldron. —La tupida arboleda situada al norte del arroyo había desaparecido y dejado una ruina calcinada.

Las casas no tardaron en perderse de vista entre aquel bosque que griseaba a medida que el dirigible se elevaba y surcaba los cielos con placidez, rumbo al nordeste.

—Todo se muere, ¿no? —dijo Oliver Irwin con tono sombrío—. Y lo que no muere, arde. O las dos cosas.

—Más o menos —corroboró Bowring—. La mortandad empezó en serio cuando el día local cayó por debajo de las veinte horas o así, tal y como habíamos pronosticado. Este es un mundo de bosques, y todos esos árboles

muertos son muy combustibles.

Margarita Jha, impecable con su uniforme de la Armada, intervino en ese momento:

—Un detalle curioso, Ken, es que cuando el día acelerado se acercó a las doce horas actuales, presenciamos una especie de tentativa de recuperación de la flora y la fauna. Los animales locales parecían capaces de adaptarse un poco, tratando los dos medios días como uno solo, ya me entiendes. Lo mismo sucedió con algunas de las plantas con flor. Observamos un efecto parecido al llegar a las dieciséis horas, aunque está claro que la resonancia no era tan sencilla.

—Interesante —dijo Bowring—. Probablemente exista un artículo en ese...

—¿Cómo pueden ser tan insensibles? —interrumpió Marina Irwin, sin poderse contener—. Eso de ahí fuera es nuestro hogar. Un mundo se muere. Y a ustedes les parece «interesante».

Marvin y Stella Welch, los dos Siguintes, reaccionaron al oír eso. Se volvieron el uno hacia el otro y cruzaron una breve ráfaga de su extraña e incomprensible hablarrápida. A Joshua le recordó a los intercambios de datos a alta velocidad con los que se habían sincronizado las dos copias de Lobsang.

La versión de este que había llegado del mundo de las atravesadoras habló:

—No deben echarles en cara a los científicos sus intentos de distanciarse. No parece que pueda hacerse nada para salvar este mundo. Debemos intentar asegurarnos de que las actividades de los escarabajos no se extiendan más allá de esta Tierra. Y la mejor manera de hacerlo es estudiando estos fenómenos, observando, analizando, haciendo conjeturas.

—Hace bien en criticar nuestro tono, sin embargo —reconoció Bowring a Marina—. Le pido perdón. No pretendía faltarles al respeto.

—Y en realidad, el mejor tributo que podemos rendir a este mundo agonizante es apreciarlo en sus últimos momentos.

Sally miró a Joshua e hizo una mueca.

—Me da que el tiempo que ha pasado este Lobsang en el exilio ha quemado toda la diversión que llevaba dentro y solo ha dejado todos los elementos que nunca pude soportar. Todas esas mandangas cósmicas sobre el destino. Capullo pomposo.

Joshua se encogió de hombros.

—Lobsang es Lobsang.

Entraron en una capa de aire gris turbio que ocultó las vistas del paisaje verde chamuscado. Joshua oyó que variaba el tono de los motores, para ajustarse a las condiciones.

—Hemos ascendido hasta una capa de ceniza volcánica —explicó Bowring—. El aire está cargado de ella.

—No hay que preocuparse por la nave —señaló Jha—. Desde Yellowstone, todos los motores de twain de la Armada van equipados con filtros de ceniza. Podríamos volar por esta porquería durante semanas.

—Calculamos —dijo Bowring— que el abultamiento del ecuador ronda ya los noventa y cinco kilómetros, que es el grosor de la corteza debajo de los continentes. De modo que empezamos a observar terremotos y volcanes en tierra firme, además de bajo el mar. —Sonrió con pesadumbre—. Curiosamente, la versión local de Yellowstone no ha entrado en erupción, por lo menos todavía. Pero la falla de San Andrés ha cedido a una escala masiva, y las Cascadas están arrasando con todo...

—¿Hasta dónde va a llegar todo esto? —preguntó Oliver.

—Bueno, no podemos saberlo. Lo que estamos estudiando no es un fenómeno natural. Todo lo que observamos es consecuencia de las acciones conscientes de esas criaturas, los escarabajos. El estado final de este mundo

no lo determinarán sin más unos procesos naturales que podamos predecir, sino las intenciones de los escarabajos.

Marina estalló.

—Pero ¿cuáles creen que son esas intenciones? Se supone que ustedes son los expertos. Alguna idea deben de tener. ¿Nos conformaremos con mirar mientras lo destrozan todo?

Ken Bowring se acercó y le tocó el brazo.

—Lo hemos intentado. Hacer algo, digo. En Nueva York. Vamos hacia allí, ya lo verán. Pero es posible que no le consuele mucho. —Habló para todos—. Señoras y señores, para este viaje vamos a tomarnos nuestro tiempo. Haremos observaciones y mediciones por el camino, pero no nos posaremos a menos que sea absolutamente necesario. Esperamos sobrevolar la huella de Nueva York dentro de no menos de doce horas, es decir, más o menos a esta hora de «mañana», dado el truncamiento del día en este mundo.

Jha les dedicó una sonrisa profesional.

—Lo que hace que mi anuncio de que se celebrará un cóctel al anochecer en el camarote del capitán quede un poco raro, porque solo faltan cuatro horas. Entretanto, les ruego que se pongan cómodos. El ordenanza les acompañará a los camarotes que tienen asignados. Pueden quedarse aquí o visitar las secciones científicas, pero les agradeceríamos que no se pasearan sin escolta. Si necesitan algo, solo tienen que pedírselo a cualquier tripulante...

—Joder —gruñó Sally—. Un cóctel. ¿Qué es esto, *Vacaciones en el mar*?

—Vamos, Sally —dijo Joshua—. Relájate por una vez. Ni siquiera tú puedes cruzar en mitad del aire. Date un baño. Tómate un cóctel.

Ella lo fulminó con la mirada.

—A lo mejor hago un cóctel con tu cara, Valienté. ¡Oye, tú, alférez Crusher! ¿Tenéis gimnasio en esta bañera? Me apetece levantar unas pesas...

El breve día terminó rápidamente.

Cuando llegó la oscuridad, Joshua se saltó el cóctel e intentó echar una cabezada, pero todo parecía incorrecto, desacompasado.

Antes del amanecer, todavía a oscuras, volvió al salón observatorio. Se había reunido un grupo ante el ventanal: George y Lobsang, Agnes y los dos Siguintes, Marvin y Stella Welch. O tal vez no se hubieran movido de allí.

Stella sonrió a Joshua.

—Tu amiga Sally es una persona inquieta, ¿verdad?

—Ya te digo. Siempre ha sido así. Pero es que se crio cruzando.

—Sí. Con una extraordinaria habilidad innata.

Joshua miró a Stella con curiosidad. Por algún motivo, no se esperaba que a los Siguintes les interesara ninguno de los individuos que los rodeaban, los que no eran como ellos, los «cortitos», como los llamaban Paul Spencer Wagoner y sus amigotes. Los Siguintes siempre parecían mucho más interesados en ellos mismos. Aun así, allí estaban aquellos dos.

Como si se hiciera eco de ese pensamiento, George dijo de repente:

—Me alegro de que hayáis venido. Fue idea mía convocaros.

Esa idea había sorprendido a Joshua, teniendo en cuenta lo que Lobsang parecía sentir sobre su supuesto abandono por parte de los Siguintes. Tal vez quisiera aprovechar aquella situación para entablar alguna clase de contacto. Pero su argumentación, tal y como se la había expuesto a Joshua, era sólida: «¿Y si esos escarabajos de plata encuentran una manera de extenderse por la Tierra Larga? Los Siguintes, como habitantes de esta, son tan vulnerables a

las consecuencias como el resto de nosotros». Por supuesto que los Siguietes habían acudido.

Pero Joshua tenía curiosidad.

—¿Y cómo los convocaste, esto... George?

—Hice correr la voz, nada más. Colgué noticias en páginas de las Tierras Bajas. Mandé mensajes a ubicaciones asociadas con los Siguietes, como por ejemplo la base naval de Hawái donde retuvieron a varios niños Siguietes para estudiarlos. Nelson me ayudó con eso. Ah, sí, también usé el centro penitenciario donde sigue encarcelado el cabecilla del grupo independiente que secuestró el dirigible *Armstrong*; ¿David? —Se volvió hacia Marvin y Stella—. Sospechaba que solo tenía que publicitar el problema y que vosotros os daríais cuenta. Porque, aunque afirméis que os habéis retirado a vuestro enclave oculto en algún lugar de la Tierra Larga, y yo mismo fui el responsable de sellar Buen Viaje para ayudar a ocultar el rastro, nunca me cupo ninguna duda de que estaríais pendientes de los mundos humanos. ¿Cómo no ibais a estarlo?

—Por supuesto, obra en nuestro beneficio que esta situación se resuelva de forma segura. Pero, por lo que sé, este asunto de los escarabajos de plata es la primera vez que cualquier organismo humano nos pide de forma activa que intervengamos, que ayudemos.

El Lobsang más antiguo sonrió, y Joshua vio que su control de las expresiones faciales había mejorado de forma espectacular en el tiempo transcurrido desde que Sally y él habían llevado a casa a esa unidad.

—Por supuesto, es irónico que el primer llamamiento que os hacen los humanos provenga de un individuo cuya humanidad siempre ha estado en entredicho. Cuya naturaleza, en verdad, ha tenido que ser verificada ante la ley.

Stella asintió.

—Estoy de acuerdo, es fascinante. Tu extraordinaria historia, Lobsang, George... tu afirmación de que eres una reencarnación...

—Al final —apuntó George—, el veredicto legal contenía algo de sabiduría. Si una entidad es capaz de reclamar el derecho a existir, entonces sin duda tiene ese derecho. Es posible que los humanos sean mucho más tontos que vosotros. Cómo no, si son mucho más tontos que yo...

—Pero son capaces de demostrar sabiduría —concluyó Stella—. Sí, sí, ya lo sabemos. Muchos de los Siguintes deben la vida a esa capacidad.

Lobsang miró de reojo a George.

—No debéis pensar que nosotros dos somos idénticos. Mi «hermano» y yo. Nuestras experiencias son muy diferentes. Con Primera Persona Singular yo he contemplado lo muy grande. Lo infinito. Mientras que tú...

George suspiró.

—En Nuevo Springfield he explorado el punto de vista de un solo individuo. Un humano. Es lo que quería, lo que tenía en mente al diseñarme. Pero sabía que esta crisis con los escarabajos precisaba una perspectiva sobrehumana. Precisaba al viejo Lobsang. Y así mandé a por ti, fortuito superviviente de las iteraciones anteriores.

—Sabia decisión —comentó Lobsang.

—Entre nuestros pensadores, en la Granja —dijo Stella—, tenemos discrepancias filosóficas parecidas. Algunos, como yo, nos planteamos el gran plan, la imagen de conjunto, el destino de la vida en el universo. Otros, en cambio, se centran en lo pequeño, lo infinitesimal. Tenemos a un hombre, que se hace llamar Celidonio...

Marvin dio una palmada en la espalda a George.

—Ya lo ves. Piensas como nosotros. Te he oído comentar que te sentó mal que los Siguintes abandonaran los mundos humanos sin llevarte con ellos. Pero tal vez tengas algo de Siguinte, a fin de cuentas.

Y George sonrió al oír la alabanza, casi con timidez.

—Uf, no puedo soportarlo —masculló Agnes, que se alejó con paso airado.

George, que seguía charlando con los Siguietes, ni siquiera pareció reparar en su partida.

Joshua salió corriendo detrás de ella.

—¿Agnes? ¿Estás bien?

—Huy, ¿a ti qué te parece, Joshua? Míralo, disfrutando con los cumplidos de esos cerebritos siniestros como un perro faldero. Aquí tenemos lo que Lobsang es, al fin y al cabo. O lo que siempre deseó. La máquina que quiso ser Dios. Si no puede gobernar solo en el cielo, por lo menos formará parte del panteón... o eso cree. Y ha olvidado por completo lo de ser humano, que es lo que dijo que quería.

—Pero si te traje de vuelta para eso.

—Bah. En fin, no te preocupes por mí, Joshua. ¿Qué pasa con Ben? Lo que importa es él, que será quien sufra si pierde a su padre. —Lo miró a la cara—. Serás el primero en saberlo: nos separamos. George y yo. Cuando acabe esta última crisis.

Eso le consternó, y no lo disimuló.

—Es muy triste, Agnes. A ver, no es culpa de George haber acabado justo encima de la mayor crisis actual en la Tierra Larga. —No, pensó, si era culpa de alguien, era de Sally Linsay, que había llevado a Lobsang a ese mundo. A su manera, sutil, improvisada e indirecta, quizá Sally se estuviera demostrando crucial en toda aquella situación. Joshua intentó concentrarse en Agnes—. ¿Adónde irás? ¿Vuelves a Madison?

—No lo creo. Encontraré un lugar nuevo donde instalarme, un hogar que

construir, y me volcaré en ser la madre de Ben, que es lo único que quiero ahora.

—Dices que soy el primero en saberlo. ¿George lo sabe ya?

—Dado que acabo de decidirlo, no, todavía no. Dame la oportunidad de decírselo en persona.

—Te conozco, Agnes —dijo Joshua—. Sé que es perder el tiempo pedirte que te lo pienses. Porque no vas a cambiar de opinión, ¿verdad?

—Nunca he sentido necesidad de hacerlo, y no pienso empezar ahora. — Se quedó quieta un instante más, como si fuera reacia a abandonar el costado de Joshua. Después le dedicó una sonrisa triste y salió de la galería.

Joshua tampoco logró conciliar el sueño durante lo que quedaba de la breve «noche». Se lavó, se afeitó y desayunó sin ganas. Cuando llegó de nuevo a la galería de observación, iluminada por el brusco amanecer, se sentía algo mareado.

Los dos Sigüientes ya estaban allí, junto con los Irwin y Agnes, sentada con aspecto incómodo entre Lobsang y George. Margarita Jha se unió a ellos. Solo faltaba Sally, lo cual era típico de ella. Tal vez hubiera encontrado una manera de abandonar la nave, a fin de cuentas.

Joshua se preguntó si Agnes le habría dado ya la noticia a George. Quizá no. Saltaba a la vista que George estaba en su salsa, afrontando una grave crisis codo con codo con los Sigüientes. Agnes probablemente le estuviera haciendo el favor de dejarle disfrutar de aquel momento.

Al mirar hacia abajo, comprobó que el dirigible había llegado a su cita. El paisaje le resultaba familiar porque ya lo había visitado con Lobsang. Ahí estaba el perfil de Long Island, allá el agitado Atlántico... y allí estaba el gigantesco viaducto construido por los escarabajos, en el mismo sitio, cruzando la tierra y el mar hasta perderse de vista.

Se les unió Ken Bowring, que llevaba gafas de sol.

—Todo un espectáculo, ¿verdad, señor Valienté? George Abrahams nos ha contado el viaje que hicieron aquí, nos ha enseñado las grabaciones. ¿Ha habido muchos cambios?

—Si ha visto nuestro material, ya lo sabe. La última vez todavía quedaba algo de bosque en Long Island. Ahora...

Ahora la isla era un peñasco pelado. Joshua imaginó las olas tremendas que debían de estar golpeando las regiones costeras como aquella, despojándolas de toda su vegetación, de toda su vida, llevándose por delante hasta la tierra de la superficie. El viaducto en sí estaba igual que la última vez que lo había visto, pero había algo nuevo, una forma circular situada justo debajo de la cinta plateada, excavada en el suelo rocoso. Como un cráter, tal vez. El fondo relucía como si fuera de cristal.

Bowring contemplaba la estampa con mala cara.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Joshua.

Bowring le dedicó una sonrisa forzada.

—Anoche me tomé algún cóctel de más con el capitán. Joder, solo hace unas horas, estas malditas noches no bastan para dormir la mona. Pero esto...

—Señaló el paisaje con un movimiento de la mano.

No hacía falta que dijera más: abrumador.

—Lo sé —aseveró Joshua—. Pero ¿qué es esa cicatriz? El círculo.

—Eso quiero saber yo —dijo Marina Irwin.

Ken Bowring les respondió:

—Marina, ayer me preguntó si estábamos haciendo algo. Bueno, lo hemos intentado. Científicamente, hemos intentado entender a los escarabajos, comunicarnos con ellos.

—En busca de un arma que usar contra ellos —conjeturó Joshua.

—Si le pegamos un tiro a uno de esos condenados bichos —explicó Bowring sin ambages—, la bala rebota sin más contra su piel. O el bicho la absorbe y eso que gana en fuerza.

Intervino Jha:

—Sé que suena brutal, pero creo que nuestros superiores tenían la esperanza de que descubriésemos alguna clase de arma biológica. De momento, no hemos encontrado nada. Y además, estamos hablando de

cíborgs, una fusión de vida y máquina. Aunque atacáramos el componente biológico, no estamos seguros de si eso los detendría de verdad.

—¿Y el cráter? —preguntó George.

Jha respondió:

—Al ver que no hacíamos mella en los bichos en sí, tratamos de atacar sus obras. Esos viaductos. Pusimos en práctica toda una serie de tácticas de demolición.

—Déjese de rodeos —atajó Oliver Irwin—. Usaron una bomba atómica, ¿no?

Jha asintió.

—Un arma táctica. Solo unas pocas veces más potente que la bomba de Hiroshima, en cuanto a energía. Pues bien, ¡cortamos el viaducto! Ahí mismo, donde el cráter. Aquella noche celebramos una fiesta.

—Pero —continuó Bowring— en menos de cuarenta y ocho horas, los malditos escarabajos lo habían reconstruido. Como pueden ver. Los bichos que había en la zona de impacto debieron de resultar destruidos, pero a los supervivientes no parece afectarlos la radiación. Y por lo que hemos podido observar, el incidente no ha alterado el proceso de aceleración de la rotación. —Miró con odio hacia el viaducto—. Deben recordar que estas estructuras rodean el planeta entero. Llevamos un montón de bombas atómicas, entre ellas muchas que se han reconvertido con materiales aptos para el cruce. —Hizo una mueca—. Por si acaso algún día necesitamos librar una guerra nuclear en la Tierra Larga. Tal vez pudiéramos frenarles con algún tipo de esfuerzo concertado, pero ¿a qué precio? ¿Convertir esta Tierra en un páramo nuclear, además de todos sus otros problemas? Y en cualquier caso, no eliminaríamos a los escarabajos.

Marina parecía horrorizada.

—Entonces no podemos pararlos.

—En este mundo, no —confirmó Jha con tono sereno—. No han hecho ni caso de nada de lo que hemos tratado de hacerles, del mismo modo que se han desentendido de todos nuestros intentos de contacto.

—Y entonces ¿vamos a rendirnos, sin más? —preguntó Marina.

En ese momento, Stella Welch, la mujer Siguierte, cruzó unas frases en hablarrápida con Marvin y dio un paso al frente.

—Ha llegado el momento de que seamos francos con vosotros. Nos habéis pedido ayuda, y ha sido una sabia decisión. Sí, Marina, tenemos que entregar este mundo. No podemos destruir a los escarabajos. Pero debemos proteger de estas criaturas el resto de la Tierra Larga. La amenaza de que se extiendan es grande.

—Tanto hablar y hablar —dijo Marina, nerviosa y enfadada—. ¿Qué vamos a hacer?

Welch la miró a la cara.

—Creemos que hemos hallado una manera. Hay que aislar este mundo. Que sea imposible cruzar a él o desde él. Hemos estudiado el fenómeno de la Tierra Larga. Los cruces en sí. Creemos que es posible hacer lo que decimos. Habrá un coste para nosotros, además de para vosotros, que teníais aquí vuestro hogar.

Marvin frunció el entrecejo al oír eso.

—¿Un coste para nosotros? Eso no lo hemos hablado. Estás pensando en Stan Berg, ¿verdad?

—¿Quién? —preguntó Marina.

Stella no le hizo caso.

—Sí, Marvin, tal vez sea necesario utilizarle. Es posible que sea el más fuerte de todos nosotros. Como lo demuestra la facilidad que tiene para explotar los sitios blandos, que al parecer desarrolló simplemente observándonos. Si podemos traerlo aquí...

—¿Quieres que mande a alguien a buscarlo?

—Me parece que sería buena idea.

Joshua no tenía ni idea de quién era el tal Stan Berg, pero ya se apiadaba de él.

—¿Qué «coste»? ¿De qué clase?

Stella le miró con rostro serio.

—Verás, hay que cerrar el mundo...

—Desde dentro —concluyó Marvin.

Ken Bowring abrió la boca y se quitó las gafas de sol.

—Es la primera vez que oigo algo parecido. ¿Desde dentro? ¿Dentro de qué?

Stella y Marvin cruzaron una mirada.

—Es difícil de explicar sin la base matemática —dijo Stella.

Joshua intervino:

—Creo que lo que dicen es que, quienquiera que haga esto, quienquiera que salve la Tierra Larga, sacrificará la vida en el empeño.

Se hizo un silencio consternado.

Entonces George dio un paso al frente.

—Os pedimos que vinierais para ayudarnos, y ahora debemos confiar en vosotros. Y confiaremos. ¿En qué podemos ayudaros?

Stella miró de reojo a Joshua.

—En primer lugar, ¿podrías convencer a Sally Linsay de que nos hable, por favor?

Al final, concluiría Rocky más adelante, para cuando llegaron los Siguintes a «recogerlo», Stan había empezado a causar tantos problemas en Miami Oeste 4 que había toda clase de personas que, en cualquier caso, se habrían alegrado de perderlo de vista.

El día preciso en que los Siguintes llegaron a por él, sin ir más lejos, Stan estaba predicando. También era cierto que predicaba casi a diario desde que había vuelto de la Granja con la cabeza llena de ideas nuevas.

Bajo el sol intenso de aquella tarde de finales de primavera, en aquella huella de Miami —al pie del ascensor espacial, un hilo azul pastel que conectaba tierra y cielo—, Stan, sentado en el techo de un búnker bajo de cemento, contemplaba al centenar aproximado de compañeros de trabajo que se habían reunido delante de él. El público a su vez estaba vigilado por policías estatales de uniforme, guardias de seguridad de la empresa y, cabe suponer, otras agencias de incógnito. Todos preparados para los problemas que Stan parecía atraer.

Y Stan Berg dijo:

—Aprehended. Mostraos humildes ante el universo. Haced el bien. Nueve palabras. Tres reglas. Aquí termina el sermón de hoy, a menos que queráis oír un par de chistes malos. —Risas.

Hasta Rocky, que estaba en la última fila, le oía con claridad. Con apenas diecinueve años, Stan había desarrollado una manera de proyectar la voz.

Rocky estaba acompañado por tres mujeres. Roberta Golding, la enigmática Siguinte que los había llevado hasta la Granja, Melinda Bennett,

la joven arbitadora, que a su regreso había revelado a Rocky su condición de Siguierte que vivía con discreción entre las personas «ordinarias», interviniendo con la misma discreción para mantener la paz (o, si se hacía caso a Stan, para anestesiar a la humanidad y mantenerla pasiva), y Martha, la madre de Stan, que escuchaba la prédica de su hijo con todo el aspecto de querer estar en cualquier otra parte y al mismo tiempo no soportar la idea de no estar allí.

Era la pausa para comer antes de que comenzara el turno de la tarde, y Stan había congregado a un público nutrido. A él se le veía totalmente a gusto, dando un bocado a su sándwich y echando un trago de cerveza sin alcohol. Luego dijo:

—Fijaos que nunca me gustaron mucho los números.

Eso provocó una risilla de sus compañeros de trabajo, que sabían que Stan era uno de los tipos más brillantes de la plantilla y que llevaba toda la vida rechazando oportunidades de formación para quedarse con esa gente, los habichueleros, sus amigos, unos amigos que cada vez tenían más de seguidores.

—A ver, los números se me daban bien. Eso no lo negaré. Sabía contar hasta tres antes de cumplir, bueno, los tres. —Hizo una mueca—. Lo que me parecía confuso. Pero más o menos por aquel entonces comprendí que, a grandes rasgos, no necesitaba números que fueran mucho más allá del tres. Yo solo era uno, mis padres eran dos y juntos sumábamos tres. —Observó su almuerzo—. Aquí tengo tres sándwiches y tres cervezas. Calculo que necesitaré ir al baño tres veces durante el turno. —Miró a su alrededor con una sonrisa—. Y llevo un tiempo pensando que, si le preguntase a alguien inteligente, y quiero decir inteligente de verdad, qué hacer en la vida, cómo vivir, creo que no mediría esa inteligencia por el número de palabras que esa persona soltase o la cantidad de libros que hubiera escrito.

En ese momento cogió un libro de su montón de trastos. Rocky reconoció un maltrecho ejemplar antiguo de la *Ética* de Spinoza. Stan lo lanzó hacia el público, y la gente saltó para cazarlo al vuelo.

—No —dijo Stan—. Creo que, cuanto más condensaran su sabiduría, más inteligentes me parecerían. Cuanto más se acercasen al número tres. Tres reglas que pudieran funcionar todas como número uno, por decirlo de alguna manera. ¿Quién necesita más de tres? Por ejemplo. —Levantó el pulgar izquierdo—. Primera Regla Número Uno. «Aprehended.» Que es una palabra bonita, que llena la boca. «Aprehended.»

»No significa solo entender, aunque incluye ese significado en todas sus acepciones. Significa que debes afrontar la verdad del mundo, no dejarte engañar por cómo te gustaría que fuese. Debes intentar ser plenamente consciente de la riqueza de la realidad, de la complejidad entremezclada de todos esos procesos que se remontan hasta el nacimiento de las estrellas de las que provienes tú y el mundo en el que vives y llegan hasta el momento presente.

»Y también necesitas aprehender a los demás, lo mejor que puedas. —Observó los rostros vueltos hacia arriba que lo miraban—. Incluso a las personas más cercanas. Sobre todo a las más cercanas. “No puede amarse lo que no se conoce.” Eso lo dijo un antiguo maestro religioso, un santo u otro. Tiene sentido, ¿no os parece?

—¡Yo grok tú! —gritó alguien, lo que cosechó una risotada generalizada. Stan sonrió.

—Eso es más pegadizo. Y aún hay otra manera de decir lo mismo: «Estar aquí ahora». *Be here now*, como el disco de Oasis.

Uno de los ingenieros de más alto rango, un británico entrado en años, respondió con un grito solitario.

—¡Desaparecidos, pero no olvidados, Stan!

—«Estar aquí ahora.» Si tenéis un dios, pensad que cada momento de vuestra vida y consciencia en este mundo glorioso es un momento de la consciencia de ese dios, y que vivir ese momento es vuestra única manera de ser conscientes de vuestro dios.

Melinda murmuró:

—Ahora suena casi como Celidonio.

Martha replicó con fiereza:

—Pero también hay un poco de Spinoza ahí mezclado, creo. Porque vosotros los cerebritos siempre despreciáis el trabajo de los meros humanos. También hay algo de los racionalistas ateos que decían que nuestra ética debe derivarse de la experiencia humana... He intentado estudiar este rollo. Para encontrar maneras de hablar con mi hijo. ¿Habéis visto quién ha cogido el libro, por cierto?

Rocky lo había visto.

—Mo Morris.

Era uno de los miembros de la camarilla a la que Stan llamaba sus «amiguetes» y a la que algunos excluidos envidiosos se referían como «los superfans», cuando no usaban un término más peyorativo, y a los que Martha llamaba «inadaptados». Casi todos jóvenes, casi todos varones, se trataba de unos personajes extraños e inseguros, por lo menos a ojos de Martha, para quienes el súbito carisma de Stan, revelado a su regreso de la Granja, llenaba un agujero en sus vidas del que antes apenas eran conscientes. Allí estaban, escuchando embelesados sus palabras, grabando a Stan en teléfonos y tabletas o anotando como siervos hasta la última palabra y chiste malo que pronunciaba. Desde luego, ninguno de ellos había frecuentado la compañía de Stan antes de su viaje secreto. Eran una grey creciente de la que se sentía cada vez más excluido Rocky, que era su más viejo amigo, el único de cuantos lo rodeaban, aparte de su madre, que le había conocido de verdad

antes del viaje.

Y aun así, Rocky era tan incapaz de alejarse como Martha, porque temía por la seguridad de Stan.

Su amigo seguía hablando:

—¿Y sabéis qué esperaría que esa persona inteligente me dijera a continuación? —Alzó el pulgar de la mano derecha—. La Segunda Regla Número Uno. «Muéstrate humilde ante el universo.» Aunque claro, si fuera tan humilde no estaría dictando reglas, para empezar. «Muéstrate humilde.» Uno debe ser consciente de sus propios límites, ¿no? —Alzó la vista hacia el ascensor espacial—. Todos tenemos un empleo importante en esta obra. Pero cada uno hace lo que puede. Si no sabes resolver ecuaciones diferenciales de cuarto orden, no vas a ser de gran ayuda en la oficina de diseño, ¿verdad?

—Seguro que tú sabrías resolverlas, Stan —gritó uno de los amiguetes.

Stan se encogió de hombros.

—Más allá del tercer orden, no. Ya os he dicho que solo sé contar hasta tres.

Risas.

—«Muéstrate humilde.» Algunos sois paramédicos, personal de emergencias. Lo primero que le enseñan a cualquier profesional de la medicina es que no debe hacer daño. ¿No es verdad? Ayudad si podéis, pero al menos no empeoréis las cosas con vuestra ignorancia. Pero para aceptar ese límite, hay que conocer la propia ignorancia. Aquí construimos este imponente monumento. Sabemos para qué lo han diseñado, todos hemos visto las proyecciones y los modelos de negocio: los frutos del cielo bajados a esta Tierra. Pero ninguno de nosotros sabe qué efectos tendrá, ni a corto ni a medio ni a largo plazo. Vivimos en una realidad que no solo es complicada, sino caótica. Inestable. Así pues, «mostraos humildes ante el universo». Sed conscientes de los límites de lo que podéis lograr, de lo que podéis saber. Y

en un universo caótico, por lo menos no jodáis las cosas más aún de lo que están. —Levantó un brazo e hizo como si rasgueara el cable con el dedo corazón—. ¿Sabéis una cosa? Tengo la fantasía de que, si tocase esta gran cuerda de guitarra del modo preciso, podría causar una enorme oscilación. Es un pequeño pellizco para el hombre, pero un gran ruido para la humanidad. —Se metió corriendo la mano en el bolsillo—. ¡Mejor no arriesgarse!

Más risas.

Roberta tocó a Melinda en el brazo.

—Eso ha causado una reacción en los agitadores.

Era el término con el que Melinda y Roberta se referían a un círculo más amplio de «amigos» de Stan. La mayoría de ellos eran más mayores que los inadaptados, y muchos eran trabajadores manuales, de ambos sexos, entre los que había líderes sindicales, organizadores, activistas e incluso algún que otro cargo intermedio desafecto. De ese círculo provenían los cabecillas de la huelga de brazos caídos más perjudicial que había presenciado el proyecto del tallo de habichuelas en aquel mundo hasta la fecha. Se diría que querían usar a Stan y sus reuniones como foco de descontento contra la CCTL, el resto de los contratistas y el gobierno.

—Todo lo que ha dicho Stan sobre la soberbia, sobre los excesos de ambición —murmuró Melinda—. Es un tema habitual en sus discursos. Es un argumento que pueden usar para desprestigiar a quienes mandan en la empresa y la política.

Roberta asintió.

—Puede que Stan haya sido también algo imprudente al hablar de derribar el tallo de habichuela. La mera mención de esa idea, por jocosa que sea, hará saltar las alarmas de los cuerpos de seguridad.

Martha observó con cara de pocos amigos a los agitadores, que sonreían y se asentían unos a otros mientras Stan hablaba.

—Míralos. Qué gente tan dura. Alborotadores que persiguen sus propios fines. Eso lo sé. Y los polis también, porque no los pierden de vista. —Suspiró—. Ojalá Stan lo supiera también. Es muy inocente, con todo lo listo que es.

Rocky sabía que existían tensiones muy reales allí en Miami Oeste 4, que databan de mucho antes de que Stan acometiera la misión que él mismo se había encomendado. El proyecto del tallo de habichuela iba acumulando mucho retraso y se estaba comiendo el dinero de los inversores. El problema siempre había sido el de retener a los trabajadores. Vivían, a fin de cuentas, en la Tierra Larga, y hasta Florida Oeste 4 era un sitio bastante vacío, salvaje y exótico. En la imaginación de los jóvenes obreros del ascensor, nuevos sueños subvertían sin tregua a los antiguos. Todo lo cual obligaba a la dirección a intentar atar a sus trabajadores con contratos restrictivos o a retribuirles con generosidad para mantenerlos a su lado. Lo cual, por supuesto, daba poder negociador a quienes querían más.

Entretanto, los Siguintes, representados por Roberta y Melinda, tenían sus propias preocupaciones sobre Stan y su mensaje, y mientras este seguía hablando, Rocky oyó que las dos mujeres cruzaban veloces ráfagas de hablarrápida.

—Pero, veréis —decía Stan—, me gustaría pedirle a esa hipotética persona que me está aconsejando que fuese un poco más activa. «Aprehende»; «muéstrate humilde ante el universo». Bueno, eso podría conseguirlo sin levantar el culo del asiento. —Miró a su alrededor, como si le sorprendiera descubrir que aún estaba en su pedestal de hormigón—. A decir verdad, tengo el culo pegado al asiento, pero eso no viene al caso. Creo que esa persona resumiría el resto más o menos así, con la Tercera Regla Número Uno. —Observó sus dos pulgares levantados—. Vaya, hombre, no he pensado esto muy bien, porque no tengo un tercer pulgar. —Bajó la vista a su

entrepiera con cara de inocente—. Claro que podría improvisar...

Uno de los amiguetes gritó:

—¡Con tu madre delante, ni se te ocurra!

Rocky vio que Martha torcía el gesto al oír eso. Odiaba que la mencionara cualquiera de aquel hatajo de ineptos, como los llamaba ella.

—Vale —dijo Stan, con una sonrisa—. Demos por visto el tercer pulgar. Lo que importa es la regla en sí, que dice: «Haz el bien». —Miró a su madre en ese momento—. Suena un poco chorra, ¿verdad? Como si fueran las instrucciones de mamá y papá para su hijo de siete años. Pero la cuestión es: ¿cómo hacer el bien? Al fin y al cabo, el camino correcto no siempre está claro. Eso lo sabe todo el mundo, porque encontramos dilemas al respecto todos los días.

»Pues bien, si os las veis con una situación, un dilema, recordad las otras reglas número uno. “Aprehende.” Intentad comprender al máximo posible el problema y a las personas implicadas. “Muéstrate humilde ante el universo.” Aseguraos de que, por lo menos, no fastidiáis más aún las cosas.

»Pero podéis ir más lejos. Haced el bien que se ofrece ante vosotros. Si alguien sufre o está a punto de sufrir, intentad salvarle. Descubrid quién es vulnerable, en cualquier situación. ¿Quiénes no tienen poder ni elección? Casi siempre acertaréis si les ayudáis a ellos. Aun así, pueden surgir situaciones en las que eso no esté tan claro. De modo que hay una regla mucho más antigua que me encontré y que algunos llaman, por lo menos en algunas versiones, la Regla de Oro: “Trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti”. ¿Querrías que te hicieran esto? ¿Querrías que te salvaran de esta situación dada? Si es así, hazlo. Si no estás seguro, no. —Se encogió de hombros—. No acertarás todas las veces. Es imposible acertar todas las veces. Vivimos en un universo caótico, ¿os acordáis? Sed humildes. Pero imagino que vale la pena intentar juntar más aciertos que fallos.

Entonces la gente empezó a hacer preguntas.

Melinda suspiró, mientras escuchaba con aire ausente.

—¿Lo oís? Algunos le llaman «maestro». Otros lo escriben todo. Creo que acabamos de escuchar el Sermón del Tallo de Habichuela, pronunciado por un mesías llamado Stan.

La voz de Martha era casi un gruñido:

—Solo es un crío.

—Con el debido respeto, señora Berg —respondió Roberta con tacto—, no creo que eso sea justo. Su mensaje es sencillo pero de gran profundidad, una profundidad que estoy segura de que se revelará mediante contemplación y exégesis en los meses y años venideros. «Aprehende»: podría tomarse como el mandato de obtener la plena consciencia y, en verdad, la plena autoconsciencia. Dominar las pasiones, por ejemplo. No eliminarlas, sino asegurarse de que no te controlen. «Muéstrate humilde ante el universo»: escondido ahí dentro podría encontrarse un mandato para nuestra gestión del mundo, de todos los mundos. Debemos abrazar la diversidad, por ejemplo, porque nunca podemos saber las consecuencias de nuestras intervenciones en un sistema de complejidad máxima como es una biosfera. —Miró de reojo a Martha—. Nos dijo que no es religiosa. No crio a Stan según esa tradición. Su sermón ha sonado libre de religión, humanista, quizá incluso ateo. Aun así, enterrada en sus implicaciones, había incluso una guía sobre cómo acercarse a Dios, a cualquier dios o dioses. «Pensad que cada momento de vuestra vida y consciencia en este mundo glorioso es un momento de la consciencia de ese dios, y que vivir ese momento es vuestra única manera de ser conscientes de vuestro dios.» Esa es la base de un credo que hasta los Sigüentes podrían aceptar. Y todo, encapsulado en apenas nueve palabras, pronunciadas por un hombre que apenas tiene diecinueve años. —Miró a su alrededor con ojos húmedos y brillantes, a la multitud y al joven del pedestal

—. Este no es un momento cualquiera. Esto es el nacimiento de un movimiento. Potencialmente una religión. Una nueva fuerza en los asuntos de la humanidad.

Rocky sintió que se enardecía.

—Por lo que entiendes la humanidad cortita. No sería la primera vez que los «cortitos» nos sacamos de la manga una nueva religión, incluso sin vuestra ayuda.

—Pero, verás —dijo Roberta—, el problema es que estas «reglas» de Stan vienen de un Siguierte, y no de un cortito. Porque Stan es eso y no otra cosa, lo reconozca o no para sus adentros, por mucho que hasta el momento haya rechazado nuestra propia incipiente filosofía. Está claro que intenta tender un puente entre los Siguiertes y la humanidad. Pero sus enseñanzas podrían tener un profundo efecto desestabilizador.

—Bien —gruñó Rocky.

Melinda arrugó la frente.

—Tenéis que bajar la voz.

—En realidad, Rocky, necesito que nos acompañes. —Una voz queda de mujer.

Rocky se volvió, sobresaltado. Detrás tenía a una mujer a la que no reconocía, de edad entre mediana y avanzada, vestida con ropa de viaje y con el pelo rubio canoso bajo un sombrero descolorido por el sol. Era una presencia severa, muda e intimidatoria.

Roberta asintió.

—Ha llegado el momento, entonces. Necesitamos que nos ayudes a salvarlo, Rocky. Y a sacarlo de aquí.

—¿Salvar a Stan? —preguntó Rocky, atónito—. ¿Salvarlo de qué? —Se volvió hacia la mujer mayor—. ¿Y qué coño quieres tú?

No parecía querer otra cosa que largarse de allí, y aun así le sostuvo la

mirada.

—Soy una de vosotros —dijo—, no una Siguierte. Y esto me hace tan poca gracia como te hará a ti. Pero he venido a ayudarlos a convencerte de que tienen razón, Rocky. Y a ti, Martha. Stan tiene que acompañarnos, porque tiene un deber que cumplir. En un sitio que se llama Nuevo Springfield. —La mujer sonrió, con una extraña tristeza o nostalgia—. Será un héroe, Rocky. Prometo que te contaré tanto como yo entiendo al respecto.

Aquel fue el principio. Cuando Rocky empezó a comprender que los Siguiertes pretendían llevarse a Stan de aquel lugar y que necesitaban su ayuda para ello.

—¿Quién eres?

—Me llamo Sally Linsay.

Sally y Roberta llevaron a un Rocky cada vez más preocupado a la sede local de la Compañía Comercial de la Tierra Larga.

Desde fuera, el edificio de la CCTL no tenía nada de especial. Era un simple bloque de madera y cemento de un piso de altura: como un búnker de Cabo Cañaveral, estaba construido pensando en la seguridad, como todas las demás estructuras habitables en las inmediaciones de la obra del tallo de habichuela. Pero sus pálidos muros de hormigón lucían, en cromo, el nombre y el logotipo de la CCTL, una fila de figuras estilizadas que cargaban sobre los hombros un enorme tronco de árbol, cruzando entre sombreados mundos paralelos. Así había empezado la compañía, transportando madera de la Tierra Larga al Datum sobre espaldas humanas. Ahora estaba construyendo un ascensor espacial.

Una vez dentro, llevaron a Rocky a una especie de sala de juntas, donde un gran ventanal inclinado permitía ver la obra y el tallo de habichuela en sí. Unas descomunales persianas metálicas esperaban prestas a desenrollarse sobre el cristal en caso de desastre.

Sally Linsay, que todavía llevaba puesto el sombrero de viaje, sonrió a Rocky y se sentó.

—Venga, chaval, ponte a mi lado. ¿Quieres agua?

—¿Qué hacemos aquí?

Respondió Roberta:

—El señor Russo, de la CCTL, nos ha prestado las instalaciones para que podamos hablar en privado sobre nuestro plan, sobre Stan. Y sin vigilancia.

—¿Qué más le da al señor Russo?

—La verdad, Rocky, es que la compañía quiere perderlo de vista, como estoy segura de que ya sabes. Causa demasiados problemas. Por eso, cuando Sally Linsay y yo nos hemos presentado diciendo que queríamos llevárnoslo...

Sally la miró con cara de pocos amigos.

—No habíamos coincidido antes de hoy, antes de que nos mandaran a las dos aquí, pero te conozco. Roberta Golding. Oriunda de Buen Viaje. Con solo quince años, fuiste la única estudiante occidental que viajó con los chinos en aquella misión a la Tierra Este Veinte Millones. Antes de Yellowstone, estuviste invitada en la Casa Blanca en calidad de becaria o algo así, y de ahí como por arte de magia pasaste al Consejo Científico Asesor del presidente. Y desde entonces...

—Desde entonces —dijo Roberta— me he unido a mi gente. No, Sally, no habíamos coincidido, pero sí que hemos trabajado juntas, a través de Joshua Valienté. Salvando a centenares de niños Siguintes de su reclusión en Hawái. Pienses lo que pienses de nosotros, siempre te estaremos agradecidos por aquello.

A Rocky no le pareció que Sally llevase muy bien la gratitud.

—Y aquí estamos trabajando juntas otra vez. El mundo es un pañuelo.

—Pero tú entiendes por qué, Sally —afirmó Roberta—. Lo has entendido desde el principio, con mayor claridad que ninguno de nosotros. Por eso mandaste a Lobsang a Nuevo Springfield. Intuiste que allí pasaba algo. Y por eso has ofrecido tu ayuda ahora.

—Dices que es un problema —terció Rocky, mirando a Roberta con rabia—. Stan. Para vosotras, a lo mejor, o para la CCTL. Para mí no es ningún problema.

—Pero sí que es tu problema, Rocky —dijo Roberta con delicadeza—. Lo

sé. Os he visto juntos, ¿recuerdas? Sois de la misma edad y os conocéis desde pequeños. Fuiste con él hasta la Granja y de vuelta. Y te has mantenido a su lado mientras este... circo se inflaba alrededor de él y sus enseñanzas, y el resto de sus amigos iban distanciándose. ¿Es verdad o no?

—Solo su madre y yo. Ni siquiera su padre quiere verlo ya.

—Para ti es algo personal. Y por eso estás aquí, por eso necesitamos tu ayuda. Veo claro que quieres protegerlo de esos acólitos que se sienten atraídos hacia él y que quieren usarlo con sus propios fines.

Sally resopló.

—Igual que vosotros queréis usarlo, con vuestros propios fines.

Roberta no dio muestras de irritación.

—Lo que queremos, por encima de todo, es que Stan encuentre su verdadero destino. Es la mejor manera de ayudarlo que tenemos. Y eso no pasa por dejarle soliviantar a los obreros de por aquí. Las autoridades están cada vez más preocupadas por la situación, Rocky. Me refiero al Gobierno, tanto estatal como federal. El Departamento de Seguridad Nacional. La policía, también. Lo que ven aquí es a un agitador que supone una amenaza para la estabilidad de esta explotación industrial y la seguridad de las instalaciones de alta energía y alto riesgo que ocupan su centro, por no hablar del peligro para los ingresos fiscales que se derivan de ella, ahora y en el futuro. Si la CCTL lo despacha a otra parte, contará con el beneplácito del gobierno.

—«El beneplácito.» ¿Y eso qué coño significa? —exclamó Sally—. Lo único que ha hecho el chaval es hablar. ¿Qué ha pasado con la libertad de expresión en este país?

Roberta sonrió.

—Algunos dirían que fue revocada cuando el presidente Cowley llegó al poder. —Se volvió hacia Rocky—. Pero todas esas autoridades tienen parte

de razón. Debes entenderlo. Stan sigue teniendo solo diecinueve años. Supón que sigue por este camino a medida que madura. No es un predicador cualquiera, es un Siguierte. Es posible que la cultura humana no esté... preparada para su mensaje. Sin duda te harás cargo del daño que podría hacer...

—Sí, ya nos has venido antes con eso —atajó Sally con frialdad—. Pero yo empiezo a sospechar que los Siguiertes tenéis otros intereses en juego, ¿verdad? Stan Berg cree que deberíamos trabajar juntos. Vosotros, los lumbreras, y nosotros, los cortitos. Dice que compartimos una humanidad común más profunda y que juntos deberíamos construir a partir de eso. Qué joven tan inocente —añadió con voz que rezumaba sarcasmo—. Qué desafío para vuestro orgullo.

Rocky estalló.

—Ya veo para qué habéis venido en realidad. Todos vosotros. —Las mujeres dejaron de lado su discusión y lo miraron—. Todos queréis libraros de él. La compañía, para construir su ascensor espacial. El Gobierno, para que no movilice a la gente. Vosotros, los Siguiertes, para que deje de alejarnos de vuestro control. Estáis haciendo piña contra él, combinando vuestros intereses para quitarlo de en medio. A todos os conviene libraros de él, esté pasando lo que esté pasando en ese sitio lejano, ese Nuevo Springfield. ¿Y queréis que yo os ayude a llevároslo?

Sally cubrió la mano de Rocky con la suya, un inesperado detalle de humanidad.

—No es solo eso, Rocky. Sí, toda esta panda de indeseables quiere quitarlo de en medio. Es como suele tratarse a los profetas, a fin de cuentas. Pero debajo de las manipulaciones hay un núcleo de verdad. Es cierto que lo necesitamos.

—¿«Lo necesitamos»? ¿Quiénes?

—Toda la humanidad. —Sally sonrió, una mueca sardónica—. En sus dos variantes. —Miró a Roberta—. Basta de discusiones y de manipulación. Basta de justificaciones. Se lo contamos y punto.

Y así, Sally y Roberta, poco a poco pero sin pausa, sin dramatismo ni ayudas visuales, intentaron contarle a Rocky la historia de la Tierra Oeste 1.217.756, de Nuevo Springfield. Y de las criaturas llamadas escarabajos de plata y lo que estaban haciendo con ese mundo, y de la amenaza que podían suponer para toda la Tierra Larga y una humanidad dispersa.

Cuando acabaron, Rocky se sentía abrumado.

—No veo en qué puede ayudaros Stan con todo esto. ¿Qué va a hacer, predicar a esos... escarabajos?

—Rocky, tendrás que confiar en nosotros —dijo Roberta.

—¿Confiar en vosotros? No confío en ninguno de los Siguietes. —Se dirigió a Sally—. Pero tú... Si te hago preguntas directas, ¿me contarás la verdad?

Sally asintió con solemnidad.

—Si puedo.

—¿Esto es necesario de verdad? Eso de... cerrar, ¿hay que hacerlo?

—Sí. Sí, creo que es necesario.

—¿Tiene que ser Stan? ¿Por qué?

Sally extendió las manos.

—Es difícil de explicar. Un cruzador lo bastante avanzado no es un simple viajero. Interactúa con la misma composición de la Tierra Larga. Y Stan es el cruzador más avanzado que he conocido nunca. Es como si entendiera la Tierra Larga mejor que nadie antes o después de él. Y eso es lo que lo hace tan poderoso.

Roberta añadió, con inquebrantable paciencia:

—Todo es teoría, la verdad. Un detalle, sin embargo, es que Sally va a tener que colaborar con él, entrenarle.

Sally gruñó.

—Más bien aprenderemos juntos.

—¿Por qué no le pedís ayuda sin más? ¿A qué viene este reclutamiento forzoso?

Se hizo un silencio incómodo. Fue Sally quien habló por fin:

—Porque no podemos permitirnos que se niegue, Rocky.

—Y si Stan hace lo que queréis... —«Si os entrego a Stan en bandeja»—, ¿sobrevivirá?

Sally suspiró.

—No —dijo—. No sobrevivirá.

Rocky intentó asimilarlo todo.

—¿Estará solo?

—No —respondió Sally con tono firme—. Eso puedo prometértelo. Personalmente. —Y asió la mano de Rocky.

No perdieron tiempo. Si había que hacerlo, decidieron, era mejor hacerlo de inmediato.

Anocheía cuando volvieron a la obra principal del ascensor. Stan seguía subido a su pedestal, con sus seguidores y algunos otros trabajadores. Su sermón había desembocado en una tertulia que, a juzgar por las apariencias, podía prolongarse toda la noche, pensó Sally.

Rocky se abrió paso hacia Stan por entre la multitud.

Sally se quedó atrás, con Roberta Golding y la madre de Stan.

—Bien —dijo Roberta, observando—. Rocky lo está haciendo bien. Tranquilo y con buenos modos. No es más que un amigo que viene a llevar a Stan a casa con su familia. No parece en absoluto un arresto.

Martha habló con tono apagado:

—Viendo cómo charla con los seguidores al pasar, nadie adivinaría lo que le pasa por la cabeza. Siempre ha sido un buen amigo de Stan. Pero va a tener que llevar consigo el recuerdo de lo que está haciendo durante el resto de su vida, ¿verdad?

En un arrebato impulsivo, Roberta la abrazó.

—Supongo que no hay mayor precio que un amigo pueda pagar.

Rocky llegó hasta Stan. Sonrió, aceptó un botellín de cerveza y señaló a la madre de Stan, que miraba desde la última fila del público. Stan se encogió de hombros, como si pidiera disculpas a su club de fans. Después recogió su chaqueta y empezó a caminar entre la pacífica muchedumbre, con el brazo de Rocky sobre los hombros, sin que sus seguidores ofrecieran resistencia.

—Te dije una vez que lo perderías, Martha —murmuró Roberta—. De una manera u otra. Por lo menos esta es una buena manera, positiva.

—No —replicó Martha con rabia—. No hay buena manera. —Y antes de que los chicos llegaran hasta ellas por entre el gentío, se alejó corriendo.

En la Tierra Oeste 1.217.756 se acercaba el final de la partida, al decir de todos.

Joshua lo intuía. Si salía al aire libre en aquel mundo, bajo aquel cielo en movimiento, sentía estremecerse el planeta a medida que absorbía más y más energía gracias al motor global de los escarabajos. Y veía acelerarse la rotación con sus propios ojos en el desplazamiento casi perceptible de las sombras, en aquellas raras ocasiones en que el sol se hacía visible entre las nubes.

Visto desde el espacio a través de los pequeños satélites de observación lanzados por el *Cowley*, el mundo con sus giros parecía Júpiter o Saturno, recorrido por bandas horizontales de nubes. Unos huracanes de trescientos veinte kilómetros por hora surcaban los océanos y batían de refilón las ya machacadas regiones costeras. En el interior, el corazón de los bosques antaño globales todavía resistía las tormentas con gallardía, pero en tiempos recientes solo se había visto a un puñado de los mamíferos conocidos como bolas de pelo, viviendo bajo tierra o escondidos dentro de los troncos de los árboles.

El día se había reducido a menos de ocho horas. Según las estimaciones de Ken Bowring y Margarita Jha, del *Cowley*, la energía rotacional del mundo se había multiplicado por nueve, la gravedad en el ecuador había decrecido en un tres por ciento y el achatamiento del planeta causado por la rotación estaba provocando ya deformaciones corticales de un par de cientos de kilómetros, muy por encima del grosor máximo de la corteza en sí. Joshua no daba

crédito a esas cifras, que encima iban empeorando. Lobsang y George suponían que el acoplamiento de la Tierra con el Sol que habían creado los escarabajos se estaba potenciando con la ayuda de algún medio más avanzado que los ostensibles viaductos latitudinales del motor de Dyson y las rocas lunares disparadas a toda velocidad, algún medio de transferir cantidades inmensas de energía e impulso angular que los observadores humanos no estaban en condiciones de reconocer. Pero no quedaba tiempo para aprender.

Joshua, sin embargo, no necesitaba mediciones científicas para aprehender la tragedia que se estaba produciendo. Y le parecía que, por fin, los científicos y los militares, Lobsang y sus aliados Siguintes, se estaban tomando en serio la posibilidad más extrema: que el objetivo de los escarabajos no fuese transformar aquel mundo y darle una nueva forma, sino destruirlo.

Y eso hizo que la decisión definitiva sobre si seguir adelante con la operación que los militares llamaban la Cauterización resultase fácil de tomar.

El equipo Stan, como lo había bautizado el propio joven —Stan, George y Sally—, se reunió a sotavento del monte Manning, en las estribaciones noroccidentales. En la cima todavía aguantaban los restos destrozados por el viento del hogar que George y Agnes habían compartido con su hijo adoptivo.

Los lugareños se habían marchado hacía mucho. Los Irwin, los Bamber, los Todd, los Clayton y todos los demás habían partido con sus sueños en busca de otro sitio donde construir un nuevo hogar. Nikos Irwin, que había sido el primero en encontrar, con su perra Rio, a los escarabajos trabajando en su mina, se había ido con su familia, pero Rio había muerto unos meses

antes y había dejado sus huesos en el suelo de aquella Tierra sentenciada. Menos fácil era saber si el resto del planeta también estaba vacío de personas. Antes de que el tiempo lo impidiera, el *Cowley* había emprendido varios recorridos en espiral por el continente norteamericano transmitiendo avisos y montando estaciones de radio automatizadas. Incluso habían puesto en órbita un satélite de comunicaciones que también emitía sin tregua instrucciones de abandonar el planeta, como si cualquiera que aún luchara por seguir agarrado a aquella peonza necesitase que se lo dijeran, pensó Joshua. En fin, si alguien se quedaba para presenciar el desenlace era asunto suyo, responsabilidad suya. Cualquiera podía adivinar lo que se avecinaba.

Por su parte, Lobsang —George Abrahams, el marido de Agnes—, Sally Linsay y el joven Stan Berg, que iban a quedarse para el desenlace, no necesitaban adivinarlo. Lo verían con sus propios ojos.

La tanda final de despedidas fue espantosa.

Joshua observó cómo Stan Berg, vestido con un resistente equipo de supervivencia reglamentario del ejército que casi era de su talla, intentaba consolar a su madre Martha y a Roberta Golding, la enigmática Siguierte a la que tanto parecía atraer. Sin embargo, Stan parecía más preocupado por Rocky Lewis, el amigo de la infancia que, según todas las murmuraciones, le había «traicionado».

—No te vamos a olvidar —aseguró Rocky con la voz pastosa y obvio sentimiento de culpa.

Stan sonrió.

—Claro que no. Tómate una a mi salud con los habichueleros debajo de ese condenado cable espacial.

—Te recordaremos. Todo lo que has dicho y hecho... Has tenido tan poco tiempo... Lo recordaremos y lo transmitiremos.

—Vale, pero retoca mis chistes, haz el favor.

Rocky puso cara de circunstancias.

—Stan, yo...

Stan lo agarró, lo abrazó con fuerza y le dio una palmada en la espalda.

—No digas nada. Hiciste lo que tenías que hacer. Hiciste lo correcto.

—No todos lo ven así.

—¿Qué es más importante, lo que digo yo o lo que dicen ellos? Y yo digo que está bien. Recuérdalo. —Soltó a Rocky.

Había llegado el turno de su madre. A diferencia de Rocky, ella no se dejó abrazar por Stan. A Joshua le pareció que estaba encendida de ira, con un fuego que se le veía en la cara y la postura. Quizá fuese una manera de mantener a raya el dolor. El padre de Stan, Jez, ni siquiera estaba allí. No había querido seguirle hasta aquel lugar, su Gólgota.

—Mamá, no...

—No lo digas. Ya has dicho suficiente. Todas tus palabras... Eso es lo que han usado para quitarme a mi hijo. Primero esos desgraciados y oportunistas que te rodeaban en Miami. Ya te están convirtiendo en un culto, a ti y a tus paparruchas. Un culto y una empresa. ¿Sabías que ya han registrado tus derechos de imagen? Esa es la clase de gente que son. Y ahora esto. —Se volvió y miró a Roberta con aborrecimiento—. Esta gente, con sus manipulaciones y sus teorías fantasiosas.

—Mamá, esto no son simples teorías. Yo mismo he dado vueltas a sus argumentos, y creo que tienen razón sobre lo que va a suceder con este mundo. La Cauterización podría funcionar.

—Me da igual. No hay nada que justifique esto, para mí. —Algo pareció ceder en su interior. Dio media vuelta y se alejó a trompicones.

Stan la persiguió.

—Mamá. ¡Mamá!

En ese momento Agnes se acercó a Joshua, cogida del brazo de George, la

sencilla unidad itinerante de aspecto anciano que había sido su marido en aquel mundo, la copia de Lobsang que iban a dejar atrás allí, en Nuevo Springfield, con Stan. Agnes seguía llevando su ropa de pionera, el uniforme que había adoptado al llegar allí con la intención de construir un hogar en aquel planeta con los días contados.

Agnes cogió la mano de Joshua.

—Será un largo camino de vuelta a casa, ¿verdad? Tú, Martha, Rocky y yo. Y los demás supervivientes. Rocky es el que me da más pena.

—Bueno, tú eres así, Agnes. Siempre te han atraído los niños traumatizados.

—¿No te parece un buen instinto? Créeme, el daño que ya se le ha hecho a ese niño le perseguirá durante toda la vida. Incluso después de muerto es probable que lo critiquen por su traición. Hay precedentes, ¿sabes? —Se volvió hacia George con pesar, todavía agarrada a su brazo—. Pero tú... ¿Seguro que tienes que quedarte?

George sonrió, con su cara de caballero amable, mayor y elegante vestido con raída y recia ropa de pionero, como Agnes.

—Bueno, ya lo hemos hablado, Agnes. No puedo participar en la Cauterización en sí, pero junto con mi hermano perdido durante tantos años he contribuido mucho a la base teórica, a las matemáticas. Y como la operación es, en buena medida, matemática, puedo prestar un gran apoyo a...

—No tienes por qué ser tú. Tienes un repuesto. —Y Agnes echó un vistazo a la segunda copia de Lobsang, la unidad itinerante llegada del mundo de las atravesadoras. El hombre, la máquina, llevaba un humilde mono con una manga cosida. Estaba aparte del grupo, totalmente quieto, como una estatua. Parecía más joven que George y en su cara no se apreciaba expresión alguna—. Él sabe lo mismo que tú.

—Y aun así no somos idénticos ni lo seremos nunca.

—¿Por qué quedarte? ¿Por la ciencia? Quedarás atrapado detrás de la Cauterización. Nunca podrás transmitir lo que descubras. No podrás sincronizarte, descargar tus recuerdos en esos grandes bancos de tu Instituto transEarth o...

—Es posible que, algún día, haya una manera. Fíjate que Stella Welch y el equipo científico del *Cowley* han sembrado este mundo de sondas y equipos de recogida de datos pensando en la misma eventualidad. Ya puestos, es mejor medir lo que se pueda, aunque no estemos seguros de si podremos recuperar los datos. Además... —Por un momento, un resentimiento muy humano torció sus facciones artificiales, y adoptó un tono más ronco—. Agnes, este era nuestro mundo. Mi mundo, mi hogar, contigo. Ahora está amenazado con la destrucción. Seré el único de los colonos que esté presente. No soy el mismo que era cuando llegué aquí contigo, Agnes. He dejado mucho de mí en este sitio, igual que todos, los Irwin y los demás, y los Poulson antes que ellos. Tengo que verlo. Tengo que recordarlo. Lo mejor que pueda.

Agnes le cogió las manos.

—¿Qué pasa con todo lo que te has «dejado» en Ben? Tendrías que haberlo visto cuando lo dejé, un niño de ocho años solo en un camarote en un dirigible militar, llorando a moco tendido.

—Ya no hay nada más que pueda hacer por él. No me queda nada que decirle.

Joshua dijo:

—Por lo menos quedarás fuera del alcance de los fiscales, después de salvar una vez más la civilización tal y como la conocemos.

George sonrió.

—¿Bromas de películas antiguas, incluso ahora, Joshua?

Joshua cedió a un impulso, se acercó a la unidad itinerante y le dio un

abrazo.

—A pesar de todo, te echaré de menos.

—Joshua, por favor. No hagas esto delante de los Siguintes.

—Bah, sois un caso perdido los dos —les espetó Agnes.

George echó un vistazo a su reloj reglamentario de la Armada, cuya presencia en su muñeca simbolizaba una ruptura definitiva con los valores atemporales de Nuevo Springfield.

—Os ruego que me disculpéis, hay unos preparativos finales que... — Separó el brazo con delicadeza del de Agnes—. Todavía tendremos un momento antes de que nos vayamos. —Se alejó.

Joshua le pasó el brazo por los hombros a Agnes.

—Lo siento.

—No lo sientas —replicó ella, con voz serena—. Es típico de Lobsang dejarme justo cuando he decidido dejarle yo. Pero la verdad es que lo perdí el día en que llegó el *Cowley* y se echó sobre los hombros la tarea de hablar por la comunidad. O quizá cuando los problemas de este mundo se volvieron demasiado evidentes para desentenderse de ellos. O tal vez nunca lo tuve, gracias a Sally Linsay, que nos plantó en este mundo sentenciado en primer lugar, cuando estoy segura de que sabía lo que estaba haciendo.

Joshua se encogió de hombros.

—Es posible que le pareciera que no tenía elección. Es lo que dicen los Siguintes. Ven el recorrido hasta el desenlace óptimo de la cuestión y, por lo tanto, no tienen alternativa. A veces pienso que Sally tiene algo de Siguinte. Si se barruntó el desenlace ya entonces, si captó que aquí pasaba algo, en fin, tenía razón, ¿no? Y si es cierto, va a pagar el precio ella misma.

—Bien —dijo Agnes casi con un gruñido, para espanto de Joshua—. Hala —añadió con más calma—, ya me lo he sacado de dentro. Ahora puedo perdonarla. Y hablando del tema, aquí viene. Os dejo un rato a solas. —

Agnes le apretó la mano y se fue detrás de George, sin mirar a Sally.

Joshua y Sally se situaron cara a cara. Como siempre, ella llevaba su ropa de viaje, su sombrero amorfo, su chaqueta sin mangas llena de bolsillos y su mochila a la espalda, lista para arrancar.

—Entonces se acabó —dijo Joshua.

—Eso parece.

—¿De verdad tienes que quedarte?

Sally se encogió de hombros.

—Stan tiene la habilidad en estado puro, pero yo soy una cruzadora más experimentada. Necesitan que le ayude. —Parecía tranquila, resignada—. Siempre sospeché que la cosa acabaría así.

Joshua miró en su interior.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos, no sé qué siento.

—Pues deja de darle vueltas —dijo ella con tono severo.

—Se diría que fue ayer cuando nos encontramos por primera vez.

—Cuando yo os encontré a vosotros.

—En nuestro pene volador, como llamaste a nuestro dirigible. En los Altos Megas. Tomando el sol con tus dinosaurios mascotas.

—Historia antigua.

—Comimos. Ostras recién cogidas y hechas al fuego, en aquella playa lejana.

—Supongo que ahora me dirijo hacia otra clase de playa, Joshua.

—¿Qué hay de tu padre?

—Sigue vivo, por lo que sé. Se forró con las patentes de la tecnología del tallo de habichuela que nos trajimos de Marte.

Joshua frunció el entrecejo.

—Me refiero a por qué no está aquí. ¿Lo sabe? ¿Sabe algo de esto, de lo tuyo? ¿Has intentado ponerte en contacto con él?

Sally se encogió de hombros.

—Lo sabrá todo. Siempre lo ha sabido todo. Si quisiera estar aquí, estaría.

—Pero ¿tú has intentado...?

—Déjalo, Joshua. Es asunto mío. Tú dale recuerdos de mi parte a Helen. Esa mosquita muerta...

—Siempre desconfió de ti, ¿sabes?

—No me extraña. Para ella yo era un símbolo del lado de ti al que nunca podría llegar, y ella lo sabía. Esa mujer te convenía, Joshua. Pero todos tenemos que elegir.

—Supongo que es verdad. Pero entiendo que tú ahora no tienes elección.

—En esto, no. Nunca la he tenido, desde el primer momento en que oí hablar de los problemas de este mundo.

—Y trajiste a Lobsang. ¿Qué oíste? ¿Cómo?

Pero Sally, que siempre había estado metida en sus propias redes de información que cubrían toda la Tierra Larga, nunca había respondido a preguntas de esa clase, y aquella no iba a ser la primera vez.

—En cualquier caso, por culpa de eso, voy a perderte —dijo Joshua con delicadeza.

Sally sonrió.

—No te me pongas tierno ahora, Valienté.

—Sally...

—Nos vemos.

Y en ese momento desapareció, desplazada a un mundo paralelo de manera tan precoz y abrupta como siempre, desde su primer encuentro en la playa con las ostras y los dinosaurios.

En las ruinas de Nuevo Springfield, cuando el *Cowley* y sus pasajeros por fin hubieron cruzado, los tres se quedaron a solas.

Sally respiró hondo.

—Es asombroso lo que cambia un mundo cuando estás sola en él. Es refrescante.

Lobsang, el replicante anteriormente conocido como George Abrahams, gruñó.

—Te estás convirtiendo en Joshua.

—Lo tomaré como un insulto.

—Bueno, yo creo que es un alivio —dijo Stan Berg—. Por lo menos eso ya está hecho. Las despedidas. Ahora podemos centrarnos en lo que hay que hacer. —Habló con voz inexpresiva, sin emoción en la cara.

Sally cruzó una mirada con Lobsang. De repente aquel hombre, aquel niño —aquel superintelecto de los Siguietes, aquel profeta, aquel hijo con una madre— parecía muy, muy joven. Joven y asustado. Y tenía derecho a estarlo, pensó Sally. Con todo, a pesar de su juventud, había aceptado aquella responsabilidad y aguantado las lágrimas de su madre porque había visto el peligro, presumiblemente con mayor claridad que ninguno de ellos. Tal era la maldición de la inteligencia Siguiete: no podían consolarse con autoengaños.

—Vamos —dijo Sally—. Hagamos lo que nos hemos quedado a hacer. ¿Adónde vamos? Supongo que podríamos estar en cualquier punto de este planeta roto.

Stan miró a su alrededor.

—¿La cima de la colina?

Lobsang sonrió.

—Donde está, o estaba, mi casa o lo que queda de ella. Por mí bien, mientras no se nos lleve el viento.

El ascenso al monte Manning no era muy abrupto, pero sí resultó difícil con un viento que los golpeaba con más fuerza cuanto más expuestos quedaban. En la cumbre, Sally vio los cimientos de la casa de los Abrahams, los pozos que habían cavado para las aguas residuales y para almacenar cosas, las filas de agujeros dejados por los postes que delimitaban los campos abandonados. De la granja quedaba poco salvo restos dispersos y azotados por el viento, que había borrado años de duro trabajo.

Mirando hacia abajo, Sally aún distinguía el trazado básico del paisaje en el que habían vivido Lobsang y Agnes, el bosque, el arroyo que había atraído a los colonos a aquel lugar. Pero ahora las aguas del riachuelo bajaban marrones y turbias por el fango diluido y el bosque moría, quemado por los incendios, zarandeado por el viento y destrozado por las colas de los tornados. Había troncos centenarios desperdigados y horizontales como cerillas caídas al suelo.

Y el sol ya se ponía detrás de las nubes veloces, marcando el final de otro de los truncados días de aquel planeta.

Agarró de la mano con firmeza a sus compañeros. Los tres se situaron muy juntos, con las manos unidas en un anillo, cara a cara en aquel monte desolado, resistiéndose a las rachas de viento. Tenían que gritar para hacerse oír.

—«¿Cuándo volveremos a vernos?» —dijo Lobsang.

Sally sonrió.

—«¿Bajo lluvia, rayo y trueno?»

—«Cuando acaben brega y bronca y haya derrota y victoria...» —Stan parpadeó cuando una ráfaga de viento le echó lluvia a la cara—. No me miréis así. En Miami Oeste 4 teníamos buenas escuelas, que enseñaban a Shakespeare. No todo era ingeniería para habichueleros.

—Bueno, la cita viene al caso con este tiempo —dijo Lobsang—. Y hay brega y bronca, aunque ya hemos perdido la batalla. Pero aún podemos ganar la guerra, la guerra por la Tierra Larga, de un plumazo. —Los miró a la cara—. Primero, mejor poner las cosas en claro: las proyecciones sobre la velocidad de rotación llevan un tiempo siendo dudosas. En los últimos días, el ritmo de aumento de la energía se ha vuelto superexponencial. Difícil de predecir o integrar en un modelo. Les hemos dicho a nuestras familias que podían quedarnos semanas por delante. Pero eso ha sido para consolarlos, ¿no?

Stan asintió.

—Lo sé. ¿Cuál es la última hipótesis?

—Que nada de semanas. Horas. Un par de días locales, con suerte.

—Eso no cambia nada —replicó Stan, con una autoridad impropia de su edad—. Pero tenemos que terminar la Cauterización antes de quedarnos sin tiempo.

Sally le apretó la mano con más fuerza.

—Vale, ¿cómo lo hacemos, Lobsang?

—Stella Welch y yo lo hemos pensado. Estudiemos la situación. Este mundo se ha convertido, cabe suponer que a causa de un accidente interdimensional, en un punto de intersección entre nuestra Tierra Larga, nuestra cadena de mundos, y otra cadena. Otro mundo largo. Una cadena a la que pertenece el mundo que llamamos el Planetario.

—Como dos collares que se cruzan —dijo Stan—. Y se enredan.

—Eso es. Visualiza eso. Es importante que lo visualices. Si se cruza

siguiendo un eje, al este o el oeste, se sigue el recorrido de la Tierra Larga. Si se cruza en otra dirección, al norte o al sur, se sigue el Planetario Largo, como parecen haber hecho los escarabajos. De modo que la conectividad de la Tierra Larga aquí es inusual. Está averiada. Lo que queremos hacer ahora es cambiar esa conectividad, dejarlo como queremos. Visualízalo. Imagina lo que vas a hacer, Stan.

El joven cerró los ojos.

—Podría cogerse con dos dedos el collar de mundos, la Tierra Larga. Hacer un nudo en el hilo de tal modo que una perla quede fuera de la cadena, la perla que está enredada en el collar del Planetario. Separar ese mundo por completo del collar de la Tierra Larga.

—Sí. Piensa en eso. Una simple reparación. Imagínatela. Tú también, Sally. Cruzar siempre ha sido una facultad mental. Hasta el acto de crear una caja cruzadora es una especie de mandala, una suerte de autohipnosis, una manera de liberar un potencial previo que llevamos dentro. Cruzar es un acto de la imaginación; hay que poder visualizar otro mundo, en cierto sentido, con el detalle suficiente, para llegar hasta él. Una descripción muy completa, tanto que la descripción se convierte en el objeto, del mismo modo en que la física cuántica trata en esencia de la información.

—Lobsang —le advirtió Sally—, corta el rollo.

—Sí, sí. Pido disculpas. Pero tenéis que entender que hablarlo es una parte esencial del proceso. Para ti, Sally, es como buscar un sitio blando. Una clase distinta de defecto en la conectividad de nuestra Tierra Larga, donde el lazo de mundos se cruza consigo mismo. Te he visto buscar esos sitios. Miras hacia dentro tanto o más que hacia fuera. Posicionas tu cuerpo...

Sally intentó imaginarlo, intentó imaginar que buscaba un sitio blando en ese momento. A veces podía verlos, distinguir una reverberación cuando no hacía mucho sol, a menudo en puntos liminares, lugares de frontera: entre el

agua y la tierra, por ejemplo, una orilla o la ribera de un río; al amanecer o el ocaso, la frontera entre el día y la noche. Y ahora, en ese mundo, buscaba su propia frontera definitiva, entre la realidad y lo irreal, la existencia y la inexistencia. La vida y la muerte.

—Buscamos un sitio blando —dijo Lobsang, con tono pausado e hipnótico, como si recitase una oración—. O tal vez lo creamos. Un sitio blando permanente, un túnel, un desvío que aisle este mundo de forma permanente y enganche los mundos que tiene al este y el oeste, a ambos lados. Casi podría decirse que estamos convenciendo a todos los que vengan después de nosotros de que este mundo defectuoso ya no está aquí, de que no hay nada entre los mundos al este y el oeste. —Cerró los ojos—. Estamos cambiando el engarce de la Tierra Larga, en este punto en concreto, para siempre.

Una caída.

Sally se tambaleó. De repente tenía mucho frío, más incluso del que causaba el gélido viento, como si hubiera caído por un sitio blando, la caída más larga que hubiera experimentado nunca.

Y Stan lanzó un grito. Les soltó las manos y cayó de espaldas, rígido como un árbol talado, sobre la hierba. Empezó a sufrir convulsiones y la boca se le llenó de espumarajos. Lobsang corrió a su costado.

Mientras le atendía, obstaculizado por el viento, Sally probó el experimento de cruzar a otro mundo. No pudo. Era como si estuviera emparedada entre dos muros que no pudiera ver, dos muros de cristal. Para ella, cruzadora natural, era una sensación extraña, antinatural.

—Lo hemos conseguido, Lobsang —anunció, maravillada—. La Cauterización.

—Lo ha conseguido él, más que nada. Con tu ayuda.

—¿Qué significa esto, Lobsang? De cara al futuro. Si Stan es un ejemplo típico, y no una especie de anomalía con superpoderes. Si los Sigüientes pueden desmontar y recomponer la Tierra Larga en sí, ¿qué harán con semejante capacidad?

—Eso ya no es asunto nuestro —dijo Lobsang con tono severo—. Échame una mano con él. —Había puesto a Stan de lado, en la posición de recuperación, pero el ataque no había remitido—. Llevo un botiquín en la mochila. Después tendremos que buscar cobijo.

Sally arrancó a correr colina abajo, en busca del botiquín.

Al socaire de la colina, en un cobertizo resistente —regalo de despedida de la tripulación del *Cowley*— los tres pasaron una incómoda «noche» de cuatro horas.

Comieron, envueltos en mantas de supervivencia. Ninguno pegó ojo. El aire parecía cada vez más cálido, cargado de humo y ceniza, como el del Datum justo antes de Yellowstone, pensó Sally. Y el ruido era ya continuo, el aullido del viento y los truenos, como descargas lejanas de artillería.

Stan se recuperó enseguida de su ataque, sobre todo cuando Lobsang/George le hubo administrado un cuenco de la sopa de pollo de Agnes. Prefirió no describir lo que había sucedido en su cabeza en el momento de la Cauterización, y sus compañeros no insistieron. Otro asunto que quedaba pendiente para un futuro que ninguno de ellos vería, pensó Sally.

Llegó la mañana con un amanecer tan brusco como un golpe de interruptor.

Y con ella llegó un temblor de tierra salvaje, una caída que les hizo sentirse como si estuvieran en un gigantesco ascensor cuyo cable se hubiera deslizado hacia abajo varios palmos, pensó Sally.

La tripulación del *Cowley* había dejado una pequeña estación científica. Lobsang consultó los instrumentos mientras tomaban café de un termo.

—Es increíble —dijo—. «Hoy» tendrá menos de seis horas, sumando el día y la noche. La energía rotacional de esta Tierra se ha duplicado, más o menos, en las últimas doce horas. Hay que reconocerles a los escarabajos

que, aunque tardaron mucho en construir esta máquina enorme, este motor interplanetario, ahora que está en marcha la energía y el impulso caen a chorro desde el cielo. Y aquí tenéis lo que está pasando. —Abrió una tableta que mostraba un mosaico de imágenes globales, tomadas desde el espacio—. Esto proviene de los pequeños satélites que el *Cowley* puso en órbita, antes de partir.

Sally se acercó para ver mejor. Bajo sus nuevas franjas latitudinales de nubes, los contornos de aquella Tierra eran más o menos los de siempre, las formas de los continentes que se encontraban en cualquier atlas escolar. Pero en el interior de esos continentes se extendía una red de líneas rojas e irregulares, que también resplandecían bajo los océanos, aunque unos gruesos bancos de nubes ocultaban el agua casi por completo.

—Es como un cuenco lleno de lava que se hubiera caído al suelo y se hubiese agrietado.

—No es una mala analogía —dijo Lobsang, mientras deslizaba el dedo por las brillantes fallas que cubrían Norteamérica como un garabato—. La corteza del planeta no es más que una fina cáscara alrededor de una bola de roca y metal líquidos. Ahora esa cáscara se está resquebrajando. Podéis apreciar las fronteras entre las provincias geológicas, las fallas que se abren, que son grietas entre las placas tectónicas. —Señaló un manchurrón morado en el oeste—. Eso es el Yellowstone local, que por fin ha estallado. Pero pronto empezarán a desmoronarse hasta las propias placas continentales. Es inevitable. La deformación del planeta se ha vuelto tan pronunciada que a la altura del ecuador el manto mismo está aflorando a la superficie. —Se frotó la cara—. Puede que no lo veamos todo. Toda esa porquería que se está vertiendo en el aire... en fin, ya solo los residuos volcánicos pueden bloquear las señales de radio de los satélites.

—Escuchad —dijo Sally—, deberíamos comer ahora que tenemos la

oportunidad, y no solo la sopa de Agnes. —Rebuscó entre los víveres que les había dejado el *Cowley*.

Stan tenía la vista fija en las imágenes.

—Van a llegar hasta el final. Van a desmontar esta Tierra por completo, ¿no es así? Parece un desperdicio enorme.

—Los escarabajos no deben de verlo así —objetó Lobsang—. Ellos creen que están mejorando el barrio.

Sally sacó varios paquetes de comida.

—Bueno, tenemos ternera, pollo, pan y ensalada. Me pregunto si habrán metido mostaza.

—Pero ¿por qué hacen esto los escarabajos? —preguntó Stan—. ¿Qué sentido tiene? Pensaba que en teoría estos escarabajos eran colonizadores.

—Es lo que parecía desde el mundo que nosotros llamamos el Planetario —dijo Lobsang—. Daba la impresión de que estaban terraformando de acuerdo a sus necesidades. Pero también vimos indicios de un conflicto, en el cielo de la agrupación de estrellas. Una guerra en el firmamento. Es evidente que la onda colonizadora ha encontrado oposición. Pero aquí, cruzando en paralelo a esta Tierra, los escarabajos de pronto se encontraron en un mundo vacío, o por lo menos vacío de competidores, y bajo un cielo abierto y despoblado. Dada esa situación, la estrategia óptima para unos colonizadores agresivos tiene que ser...

—Como un diente de león —dijo Sally, que de golpe lo comprendió—. O un bejín. Colonizar todo el espacio vacío, lo más lejos posible y lo más deprisa posible, antes de que nadie más tenga ocasión de hacerlo. Y eso significa mandar semillas en todas las direcciones, tantas como se pueda.

—Ah. —Stan cerró los ojos—. Ahora lo entiendo. Desmontan la Tierra entera. Atrapan la masa dispersada y la convierten en...

—Copias de sí mismos, probablemente —concluyó Lobsang—. Las cifras

son pasmosas. Si convierten este mundo entero en una horda de escarabajos, cada uno de los cuales pesa lo mismo que un humano adulto, pongamos, podrían crear hasta diez mil millones de billones de ellos, repartidos en todas las direcciones. Muchos más escarabajos que estrellas hay en la galaxia.

—Y cada uno de ellos —dijo Stan—, en principio, sería capaz de aterrizar en un mundo virgen y empezar a replicarse hasta conseguir lo mismo otra vez.

—Y por todo eso teníamos que asegurarnos de que los escarabajos no se extendieran en paralelo por la Tierra Larga. Por eso había que contenerlos aquí. De otro modo...

Sally sonrió.

—De otro modo, al cabo de unos pocos años, los mundos de la Tierra Larga habrían empezado a estallar de uno en uno, como petardos de una traca. —Replicó con los dedos las explosiones—. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Y desde cada mundo contaminado, los escarabajos se extenderían para infectar la galaxia entera.

Stan movió la cabeza.

—¿Sabéis? Dije a mis seguidores que, por encima de todo, debían no hacer daño. Este mundo estaba habitado, con un cargamento de vida propia, única e irremplazable. ¿Qué clase de ser hace una cosa así?

—Unas criaturas como los humanos —respondió Sally tajante—. Eso es todo. Imagino que no verías gran cosa del Datum, del desastre en que lo convertimos al final.

—Los humanos también construyeron catedrales —señaló Stan con suavidad.

—Hasta en el caso de los escarabajos —terció Lobsang—, puede que no todo sea tan blanco y negro como lo pintamos. Quizá hubiera un motivo más inocente al principio, una campaña de colonización pacífica. Tal vez estos

escarabajos desciendan de unas unidades que... mutaron. Se volvieron independientes. Quizá un impulso programado de ser eficientes, de no malgastar los recursos a los que obtenían acceso, se metamorfoseó en el mandamiento de consumir todos los recursos que se les pusieran a mano. En fin, los lugares que transformen quedarán ordenados, pero será el orden de la muerte, de la esterilidad. A fin de cuentas, no han dado muestras de maldad intrínseca. Hasta parece que jugaron con los niños de Nuevo Springfield. Lo que pasa es que se descontrolaron.

—Bobadas —le espetó Sally—. Lo complicas sin necesidad, Lobsang. Los escarabajos son como nosotros, y punto. —Les tendió un plato de plástico cargado de sándwiches—. ¿Pollo o ternera?

Lobsang cogió uno de pollo sin mucha convicción.

—Hay una opción de la que tengo que informaros —dijo—. Antes de tener que usarla.

Sally lo miró con recelo.

—¿Incluso ahora nos vas a salir con una triquiñuela, Lobsang?

Él señaló al cielo.

—Podría cargarme en uno de los satélites del *Cowley*. Transferir la sede de mi consciencia de esta unidad itinerante al espacio. Donde podría sobrevivir incluso a la destrucción final del planeta...

—Hazlo —le conminó Stan.

—Significaría abandonaros a vosotros dos.

—¿Durante unos breves minutos finales de fuego y azufre? —dijo Sally—. ¿Y qué? Estoy de acuerdo, Lobsang. Sigue observando mientras puedas. Para eso hemos venido.

—Y si alguna vez tienes ocasión —añadió Stan—, cuéntaselo a alguien.

Lobsang asintió.

—Así lo haré.

Stan dijo:

—Pero si te vas ya, Lobsang...

—¿Sí?

—¿Puedo quedarme ese último sándwich de pollo?

Durante la siguiente noche breve, Sally hasta consiguió dormir un poco, tapada con la delgada manta de supervivencia y con la cabeza apoyada en la mochila.

La despertó su propia tos. El humo que flotaba en el aire le hacía cosquillas en la garganta. Abrió los ojos. Tumbada de lado, bajo la manta, miraba hacia fuera del pequeño campamento, en concreto hacia el tronco de un árbol muerto hacía mucho y envuelto en un ficus trepador no menos muerto.

Pero había movimiento entre las lianas, en las sombras, visible a duras penas a la luz del amanecer. Una pequeña cara asomó por entre la celosía de los tallos, un hocico largo y unos grandes ojos. Pareció estudiar a Sally como si pudiera ser una amenaza o una oportunidad. Después la criatura salió correteando de su escondrijo. No era mucho más grande que un ratón de pelaje liso y marrón, pero tenía unas patas traseras grandes y fuertes, como un canguro en miniatura. Olisqueó, miró a su alrededor, inmóvil, y después dio un salto y cerró las fauces sobre algún insecto, para luego aterrizar y volver correteando a las sombras.

Lobsang tocó el hombro de Sally.

—Un último amanecer. Una última oportunidad para que las bolas de pelo cacen.

Sin salir de debajo de la manta, ella dijo:

—Hoy se acaba todo, entonces.

—Eso me temo.

Se produjo un temblor de tierra y Sally, que seguía tumbada, sintió que se

elevaba. Como si fuera una niña en una huella paralela de Wyoming y su padre la hubiera cogido en brazos. El ascenso se prolongó unos segundos, aplastándola contra el suelo. Después, tal como había llegado, remitió. Sally lanzó una exclamación ahogada y la tierra cayó, por lo menos un par de palmos. Aterrizó de golpe sobre la espalda.

—Arriba. —Lobsang, de pie, le tendía la mano.

Sintiéndose muy vieja, Sally aceptó la ayuda. Pero después metió los pies en las botas, agarró la mochila, la chaqueta de los muchos bolsillos y el sombrero, y ya estuvo lista para la acción una vez más.

Stan ya se había levantado y sonreía.

—Los títulos de crédito.

—Eso creo —convino Lobsang.

—Imagino que no tiene ningún sentido preguntar qué hay para desayunar.

Sally sonrió.

—Tú mandas, Stan. ¿Dónde quieres estar?

Él señaló hacia arriba.

—La cima del monte Manning, otra vez. Ya que estamos, podemos tener las mejores vistas posibles.

—Bien —dijo Lobsang—. Yo iré delante, porque conozco el camino. Pero id con cuidado con las fisuras. Y si hay otro temblor como el de antes, poned cuerpo a tierra...

El humo ocultaba las vistas desde la cumbre de la colina. Por encima de ellos, las nubes volaban como si estuvieran aceleradas mediante efectos especiales. Desde allí arriba, Sally vio que los edificios restantes de Nuevo Springfield ya estaban destrozados, reducidos a montones de madera astillada, y que a lo largo de la línea del arroyo de Soulsby se había abierto una profunda fisura

que revelaba el resplandor de la lava. El agua derramada siseaba y hervía.

—Mirad eso —dijo Lobsang—. Nuestra granja cayó pronto, por culpa del viento que hace en la cima. Ahora ha volado el resto del pueblo.

—Hecho trizas —comentó Sally—. Lo siento, Lobsang... George.

Él se encogió de hombros.

—Fuego —señaló Stan—. Allí, allí, allí...

A esas alturas debían de haber prendido ya porciones enteras del bosque que cubría el continente. Sally vio cómo se extendía el incendio, cómo los troncos de los árboles maduros se consumían en un instante con un silbido, como ramitas para encender hogueras. En un punto le pareció apreciar movimiento, como de animales pesados a la carrera. Los pajarracos de los que hablaban los colonos, probablemente. Habían sobrevivido hasta entonces, pues.

Se lo indicó a Lobsang.

—Pero no tienen a donde huir.

—No. El fuego se extiende, los focos se unen. Cuando rodee este monte, estaremos atrapados...

—Sospecho que eso será irrelevante, Lobsang.

Sonó un ensordecedor gemido procedente del interior de la colina, como si la propia roca estuviera sometida a una presión insoportable. Una vez más, la superficie dio una sacudida, esta vez hacia abajo, y Sally trastabilló y estuvo a punto de caer al suelo. Incluso cuando terminó el descenso, la tierra siguió temblando.

—Abajo —gritó Stan—. Sentémonos. Así al menos no saldremos disparados.

Hicieron lo que proponía con rapidez y formaron su estrecho círculo de brujas, sobre el suelo tembloroso, cogidos de la mano con firmeza. Sally observó cómo desfilaban las nubes por delante del sol. Estaba convencida de

que también distinguía cómo el propio sol se desplazaba por el cielo, un movimiento visible a causa de lo rápida que era ya la rotación.

—Una hora —sentenció Lobsang.

—¿Qué?

—Cuando el día quede reducido a una sola hora. Será entonces cuando las rocas del ecuador se muevan tan deprisa que, a todos los efectos, estarán en órbita, y el aire empezará a escapar. Será el principio de la desintegración final.

—Pero no llegaremos a verlo —dijo Sally, que apretó la mano de Stan—. Ya falta poco.

—Bien —replicó él con rabia.

—¿No te arrepientes de nada?

—Muero joven —respondió Stan, con los ojos entrecerrados y la boca apretada para protegerse del polvo que arrastraba el viento—. No he tenido la oportunidad de decir todo lo que quería. Espero que mis palabras no hagan daño en el futuro. Necesitaba más tiempo. —Negó con la cabeza—. Pero también necesitaba estar aquí.

Lobsang miraba fijamente.

—¡Chak pa!

Sally miró por encima del hombro. Vio que, a medida que empeoraban los seísmos, tramos enteros del paisaje al pie de la colina empezaban a desintegrarse, casi licuados, y que el bosque que aún quedaba en pie se hundía en trozos de varios kilómetros cuadrados que desaparecían entre nubes de polvo, como si cayeran a través de cartón mojado. El ruido atronaba desde todos los lados: el aullido del viento, el rugido del fuego, el fragor de unas masas enormes en movimiento. Sally recordó la pequeña bola de pelo que vivía en la enredadera y esperó que hubiera tenido tiempo de disfrutar de su última comida, que hubiese vuelto con sus crías antes del fin.

Stan la miró. Tuvo que gritar para hacerse oír.

—¿Qué ha dicho Lobsang?

Sally sonrió, recordando un viaje a través de la Brecha, hacía mucho.

—Una palabrota tibetana, creo. ¿No es así, Lobsang? ¿Lobsang?

El aludido estaba totalmente inmóvil, como si lo hubieran hipnotizado.

Sally lo agarró por la barbilla y movió su cara para que mirase hacia ella. Sus ojos, que eran los de un anciano, llorosos y rodeados de arrugas, tenían la mirada perdida, ausente, como si hubiera sucumbido por fin al síndrome de la Tierra Larga.

—Vete —gritó Sally—. ¡Vete! Antes de que te pierdas. ¡Ya! —Le dio una bofetada con todas sus fuerzas.

—¡Ay! —Lobsang se llevó una mano a la mejilla. Después sonrió a Sally—. Buena suerte, Sally Linsay. Ha sido un privilegio conocerte.

Puso los ojos en blanco y cayó de lado con el cuerpo rígido, como una marioneta con los hilos cortados.

Y la tierra cedió por debajo de Sally.

Esa vez no fueron unos palmos. El suelo cayó fuera de su alcance, desapareció. Durante un instante siguió agarrada a la mano de Stan, pero luego salieron disparados cada uno en una dirección.

Empezó a caer por el aire, rodeada de humo y ceniza, como si fuese una polilla sobre una hoguera. Por debajo de ella, el suelo había desaparecido por completo. Su mundo era ahora tridimensional: abajo había solo fuego, y chorros de vapor y de una sustancia al rojo que debía de ser roca líquida, mientras que a su alrededor caían, como ella, árboles y pedazos de roca más fría, y por encima hervían las nubes. Era minúscula, una mota en aquella inmensidad. Pero tenía el sombrero encasquetado en la cabeza y la mochila a la espalda. Y vio, en el último instante, una figura humana: Stan, tenía que ser, cayendo como ella y agitando los brazos y las piernas como una estrella

de mar voladora.

Pensó en su vida, en todo lo que le había pasado, todo lo que había visto, todo lo que había hecho. Era Sally Lindsay, pionera de la Tierra Larga y también del Marte Larga, y nunca había planeado morir en la cama. Qué manera de terminar. Cayendo por el aire caliente, gritó de júbilo...

Una llamarada. La polilla se consumió.

En otro mundo, bajo un cielo diferente —en otro universo, cuya distancia al Datum, la Tierra de la humanidad, se contaba pese a todo con una unidad de medida tan mundana como los cruces—, Joshua Valienté yacía junto a su propia hoguera.

Y lanzó una exclamación ahogada al sentirse hueco de repente, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Cuando Lobsang había conocido a Joshua, había descargado un nodo de su consciencia en una máquina expendedora de refrescos. Había sido una travesura, una broma. ¿Por qué no hacer esa clase de trucos, si uno podía? Pero entonces Lobsang era joven. Relativamente.

La experiencia de tener la mente alojada en esa pequeña nave espacial automatizada no era muy distinta de estar atrapado en aquella máquina expendedora.

El satélite, lanzado desde el *Brian Cowley* hacía ya bastante, no era más grande que una pelota de baloncesto, y disponía de una capacidad de maniobra y autorreparación muy limitada. Lobsang se sentía diminuto, menguado, impedido. Pero el aparato estaba repleto de sensores, como demostraban los objetivos que resplandecían en su casco y las pequeñas antenas finísimas que erizaban los montantes sujetos a sus costados.

Y a través de esos objetivos y sensores, Lobsang pudo presenciar los últimos estertores de un mundo.

Esa sonda había seguido una órbita sincrónica, a más de treinta mil kilómetros de altura, y desde allí Lobsang podía verlo todo: un hemisferio entero de un vistazo, el planeta como un plato sostenido a un brazo de distancia. El manto del aire estaba manchado de humo y vapor. Unas vistosas auroras polares cubrían como boinas los extremos norte y sur del globo, y Lobsang hizo cábalas sobre la tremenda distorsión del campo magnético planetario que se venía abajo. Las tormentas se arremolinaban en forma de gigantescos sistemas blancos y morados surcados de fogonazos de

relámpagos, que azotaban los turbulentos océanos y penetraban en los continentes. Aún podía distinguir las formas de los continentes, pero con esfuerzo: vio pasar disparadas las Américas, Norte y Sur, por la cara del orbe, mientras el mundo ejecutaba sus últimas rotaciones a velocidad de vértigo. Pero cada vez había menos diferencias entre tierra y mar, pues luminosos ríos de roca fundida recorrían las fracturas que se iban ensanchando en los suelos oceánicos y llenaban las colosales simas que se estaban abriendo en los continentes. Por un momento a Lobsang le vinieron a la cabeza las imágenes espaciales de Ío, la luna más próxima a Júpiter, un mundo atormentado por el interminable vulcanismo que provocaban las ciclópeas mareas de su astro primario.

Pero la Tierra evolucionaba con rapidez, y hasta esa comparación pronto perdió sentido. Con una velocidad pasmosa, los continentes se disolvieron, literalmente, como si ochenta kilómetros de granito no fueran más que una película quemada por el calor al rojo vivo del interior. Luego Lobsang vio que varios fragmentos de los continentes, como balsas a la deriva, rotaban, volcaban y hasta chocaban y se arrastraban unos contra otros en colisiones que levantaban inmensas cordilleras que solo sobrevivían unos minutos. Sin duda, allí abajo no podía quedar nada vivo. No podía quedar nada de Stan y Sally.

Y la rotación seguía acelerándose. Ya podía observar el creciente achatamiento del mundo en su conjunto. El planeta pareció ablandarse. Su superficie se estiró, para acomodar el cambio. Le daba la impresión de que en el manto visible se estaba formando una nueva geografía transitoria, con ríos de material más caliente que brotaban del interior y recorrían la superficie, algo más fría, y se llevaban por delante los últimos retazos de corteza sólida. Había incluso una especie de clima, creado por las inmensas nubes de plasma que atravesaban la superficie y extendían unos zarcillos incandescentes sobre

la cara del planeta.

Entonces empezó una nueva fase. En el ecuador, directamente por debajo de la posición de Lobsang, se formó algo que parecía una especie de tornado, un remolino con un centro oscuro que luego explotó con una fuerza tremenda y roció de fragmentos la atmósfera que se estaba disipando. Era un volcán, una gigantesca vía de escape para las energías del manto, en cuyas laderas Yellowstone no habría sido más que una mota brillante. Contemplando el horizonte del planeta, Lobsang avistó el perfil de muchos más fenómenos colosales como aquel, ampollas que se levantaban a ojos vistas por toda la curva distorsionada del mundo, por todo el ecuador. Y desde ese ángulo Lobsang vio que salían despedidos bólidos enormes, masas de roca brillante que se elevaban por encima del horizonte y durante unos instantes todavía caían de nuevo al mar de silicato fundido de abajo. Pero entonces se produjo una erupción descomunal, y una metralla de bólidos despegaron del mundo por completo y salieron volando al espacio, girando y enfriándose. Pedazos significativos de la Tierra, que ya se perdían en el vacío.

Fue entonces cuando vio los primeros indicios de la presencia de los escarabajos. Algo que parecían inmensas mariposas finas como el papel, con alas formadas por redes que debían de medir cientos de kilómetros de envergadura, bajaron desde una órbita superior para flotar por entre el anillo cada vez mayor de fragmentos de roca en proceso de enfriamiento que sobrevolaban el ecuador y recogerlos con sus redes. Empezaba una cínica cosecha.

El contorno del mundo empezó a deformarse de manera visible. Los polos debían de estar hundiéndose a cientos de kilómetros por hora, el ecuador se distorsionaba a un ritmo parecido y los grandes volcanes se convirtieron en bocas que vomitaban material al espacio de forma continua. La superficie era ya casi homogénea, salvo por las heridas volcánicas ecuatoriales. El mundo

era una gota de líquido, de una belleza casi abstracta, pensó Lobsang.

Entonces se produjo una especie de pausa, como si el planeta cogiera aire.

Y la superficie empezó a despegar, toda a la vez, como una gigantesca erupción global. Cantidades ingentes de material, una lluvia de roca brillante y nubes de plasma, salió disparada al espacio, parte de ella fluyendo en grandes corrientes celestes, causadas quizá por el campo magnético restante. Lobsang vio una luz interior, más intensa —la luz del propio núcleo, tal vez, una masa de hierro líquido comprimido del tamaño de la Luna—, brillando entre las capas externas desgajadas, proyectando sombras rectas de centenares de kilómetros de longitud.

Las naves rederas de los escarabajos se daban un festín.

Y a medida que la masa de la Tierra se dispersaba, su campo gravitatorio empezó poco a poco a soltar el vehículo de Lobsang, un corcho minúsculo que se alejó flotando a la deriva, desapercibido, por la superficie de un turbulento mar cósmico.

Mientras se alejaba de la destrucción de la Tierra, Lobsang dirigió sus pensamientos hacia el futuro. Su propio futuro.

Hizo inventario de los sistemas de su nave. Era un aparatito resistente. Mientras no lo cazaran los escarabajos, sobreviviría a la muerte del mundo. Además de una fuente de energía interna fiable, contaba con unas alas hechas de células solares que podían desplegarse y con un cohete de iones para maniobrar, un cohete capaz de administrar una propulsión pequeña pero persistente que, con tiempo, podía llevarle a cualquier parte.

También descubrió que la nave disponía de un mecanismo limitado pero funcional de autorreparación y hasta de una pequeña impresora 3D. No era un escarabajo de plata, pero la sonda podía fabricar repuestos para mantenerse y

hasta manipular su entorno. Lobsang podía aguantar de forma indefinida, siempre que pudiese llegar a una fuente de materia prima. Hasta podría construirse un nuevo cuerpo.

¿Adónde ir, sin embargo, para encontrar esa materia prima? ¿A un cometa, tal vez? ¿O adentrarse en la oscuridad, donde abundaban los mundos de hielo, más allá de los planetas? Y si lograba llegar hasta allí, no estaría indefenso: podría hacer un sinnúmero de cosas. Pero habría tiempo de sobra para aquello.

Tiempo de sobra, también, para reflexionar sobre lo que había visto. Todo lo que dejaba atrás.

Sintió una aguda punzada de pena, como si la cara de Ben se hubiera materializado ante sus ojos. Pero la decisión estaba tomada, y había sido la correcta. Tenía sus recuerdos, de Selena Jones, de Joshua... de Agnes, de Ben y de su hogar. Y tendría tiempo de sobra para vérselas con un cosmos lleno de los escarabajos de plata que habían destruido todo cuanto le importaba.

Encendió el pequeño cohete. La minúscula nave se alejó poco a poco de la ruina de la Tierra, del frenesí devorador de los escarabajos, hacia los espacios fríos lejanos. Tenía planes que hacer, lugares a los que ir.

Y sonrió.

«Igual que antes, Agnes. Pronto estaré una vez más por la nube de Oort.»

Agradecimientos

Estamos muy agradecidos a nuestra buena amiga Jacqueline Simpson por localizar la fuente de la cita de Stan Berg en el capítulo 48 —«No puede amarse lo que no se conoce»—, que procede del primer párrafo del trigésimo séptimo sermón de *El cantar de los cantares* de san Bernardo de Claraval.

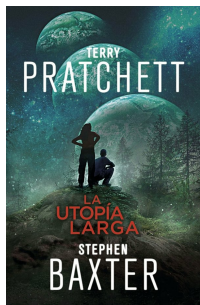
Cualquier error o imprecisión es, por supuesto, responsabilidad exclusiva nuestra.

T. P.

S. B.

Diciembre de 2014, Tierra Datum

La Utopía Larga es la esperada cuarta entrega de la saga «La Tierra Larga», una aclamadísima colaboración entre los dos gigantes de la ficción especulativa Terry Pratchett y Stephen Baxter, que ya lleva vendidos más de un millón de ejemplares en todo el mundo.



Año 2045. La humanidad ha hecho frente a todo tipo de cataclismos y sigue tratando de salir adelante en el antiguo planeta de Datum. Desde que la revolución tecnológica le permitió acceso a las nuevas Tierras, nada ha vuelto a ser lo mismo.

Ni siquiera para Lobsang, que, convertido en un superordenador viejo y estropeado, trata de pasar por humano en un mundo remoto y cree estar llevando una vida de lo más corriente, la de un hombre de familia en New Springfield. Agnes y él incluso han adoptado un niño.

Entretanto, su viejo amigo Joshua ha emprendido su propio viaje: está buscando a su padre y reuniendo información sobre su familia.

Cuando Lobsang descubra que algo verdaderamente extraño y terrible está pasando bajo la superficie de su nuevo hogar, irá en busca de Joshua, convencido de que deben unir fuerzas para acabar con lo que demonios sea lo que está ocurriendo, o será eso lo que acabe con todos los mundos de la Tierra Larga.

«Te lo pasas en grande.»

The Guardian

«La serie de "La Tierra Larga" merece un lugar en las estanterías de los fans de la ciencia ficción y de los lectores de todo tipo.»

Independent on Sunday

«Alquimia literaria.»

SFX

Desde hace más de tres décadas, **Terry Pratchett** ha fascinado a millones de lectores en todo el mundo con sus novelas fantásticas, divertidas y satíricas. Su prolífica obra consta de unos setenta libros, ha sido traducida a treinta y siete idiomas y lleva vendidos más de ochenta y cinco millones de ejemplares en todo el mundo.

Conocido especialmente por la aclamadísima serie del Mundodisco, en 2009 Terry Pratchett fue nombrado caballero de la excelentísima Orden del Imperio Británico por sus servicios a la literatura y siguió entregándose con pasión a la escritura hasta su fallecimiento en marzo 2015, a la edad de 66 años.

También se ha publicado en Fantascy la novela independiente *Perillán*, así como la serie de «La Tierra Larga», escrita a cuatro manos con el consagrado escritor británico de ciencia ficción Stephen Baxter, y que consta hasta la fecha de dos entregas en nuestro idioma: *La Tierra Larga* y *La Guerra Larga*.

Stephen Baxter es uno de los autores de ciencia ficción británicos más consagrados y el ganador de múltiples premios. Entre sus muchos libros destacan la serie «Xeelee», considerada ya un clásico, las novelas *Luz de otros días* y *El ojo del tiempo* (escritas con Arthur C. Clarke), así como *Las naves del tiempo*, una secuela de *La máquina del tiempo* de H.G. Wells.

Título original: *The Long Utopia*

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© 2015, Terry & Lyn Pratchett y Stephen Baxter.

Publicado por primera vez por Transworld Publishers, una división de The Random House Group, Ltd.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Gabriel Dols Gallardo, por la traducción

© Richard Shailer, por la ilustración del motor de giro planetario

Adaptación de la portada original de © R. Shailer / TW: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01954-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La Utopía Larga

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos